

Lorenzo Escupoli

A man in medieval armor, including a chainmail coif and gauntlets, and a surcoat with a large cross. He is holding a sword in his right hand and looking down. The background is a stone wall.

**COMBATE
ESPIRITUAL**

COMBATE
ESPIRITUAL.



COMBATE ESPIRITUAL

ESCRITO

en idioma italiano por el

V. P. D. LORENZO ESCUPOLI,

del orden de los PP. Clérigos Reglares de San
Cayetano.

Traducido al Castellano

Por D. DAMIAN GONZALEZ DEL CUETO,
doctor en ambos derechos;

*y reducido á la pureza del original en esta
nueva impresion por el P. D. RAMON
GUNINEL, del mismo orden.*



BARCELONA.

IMPRESA DE D. JOSÉ PIFERRER,

PLAZA DEL ANGEL.

1850.



AL

PIADOSO LECTOR.



El libro del Combate Espiritual, que restituido á la pureza del original italiano te ofrezco, piadoso lector, reconoce por su verdadero autor al V. P. D. Lorenzo Escúpoli de mi sagrada Religion de Clérigos Reglares, que le escribió en italiano, su idioma nativo, en el año de 1580 ó 1581, y aunque no fué su intencion que se die-

VI

se al público , por su grande humildad , y porque solamente le compuso para direccion de una hija espiritual , dispuso la Divina Providencia , que una de las muchas copias que se sacaron del original , llegase á las manos del Ilustrísimo señor conde Gerónimo Porcia , llamado el Viejo , que en beneficio comun de las almas le hizo imprimir en Venecia en el año de 1589 , con licencia del Reverendísimo P. Fr. Estevan Guaraldo de Cento , inquisidor General del Estado Veneto , y dedicó á las M. RR. MM. Abadesa y Religiosas del Monasterio de San Andrés de la ciudad de Venecia. Corrió el libro manuscrito con nombre de un Siervo de Dios ; y con el mismo se dió á la estampa , por haber salido del V. Escúpoli sin su nombre , y no tener noticia de su autor los que se aprovechaban de su doctrina : pero luego que se entendió haber salido de la Religion de los CC. RR. , le dieron muchos en Italia y en Francia , y primero que todos el glorioso S. Francisco

de Sales, el título de Libro de los Teatinos; porque así nos llama el vulgo en Italia, como Cayetanos en Castilla. Consta esta primera obra de 24 capítulos; pero el último que por error de imprenta se señala 23, por repetirse en la numeracion de los capítulos segunda vez 13, el que se debía numerar 19, y proseguir el error hasta el último, que es 24, en que está dividida esta primera obra.

Por medio de la impresion se divulgó el libro del Combate Espiritual, y se hizo tan célebre y deseado, que le procuraban las personas religiosas y espirituales: lo que dió motivo al V. Escúpoli para reducirle á mejor método; y así estendiendo la doctrina de los primeros 24 capítulos, y añadiendo nueve interpolados con ellos, formó el libro del Combate de 33 capítulos, que despues aumentó hasta 70, con la nueva edicion de los otros 27, en la forma que se previene en la Relacion Histórica del origen de este libro, que con el nombre supuesto de

D. Jaime Helpidio , Cayetano de Thienne , divulgó años pasados uno de los nuestros.

Ultimamente , deseando el V. Escúpoli emplearse en el mayor provecho espiritual de las almas , resolvió formar así de este tratado como de otros que habia divulgado , una obra , que con nombre de Combate Espiritual , incluyese todo lo que en diferentes ocasiones y en diversos tratados habia escrito. Esta dividió en dos tomos pequeños: el primero consta de 49 capítulos , y de un tratado de Adiciones á los capítulos mas principales , que se estampó en la ciudad de Nápoles en el año de 1610 : el segundo no pudo perfeccionar por el accidente de su muerte , que sucedió en la misma ciudad en 28 de noviembre del mismo año , como mas largamente se declaró en la Relacion Histórica citada del libro del Combate , en donde hallards distinta relacion de su formacion , de la general aceptacion y grande estimacion en que ha estado desde su principio

entre los varones doctos y espirituales.

De todas las referidas disposiciones, y de otros tratados que escribió y perfeccionó el V. Escúpoli, formó despues el P. D. Cdrlos de Palma la primera y segunda parte del libro del Combate, que se estampó en Roma en el año de 1657 de orden del Reverendísimo P. General D. Francisco Garafa, que es completa, y conforme con los originales y manuscritos del V. Escúpoli, y de que al presente se sirven las personas espirituales; pero en la colocacion de los capitulos de la primera parte he observado, que en los cinco últimos (en que se trata del modo de combatir con el enemigo en la hora de la muerte) se deben colocar despues del capitulo 43, por pertenecer al tercer género de armas necesarias en este Combate, que es el ejercicio de las virtudes de que se trata desde el capitulo 7 hasta el referido inclusive; y que despues se debe seguir con los demas, que pertenecen al cuarto gé-

nero de armas , que es la oracion ; especialmente habiendo el V. Escúpoli observado este orden en la disposicion del Combate de sesenta capítulos , en que añadió los cinco referidos , entre otros , á las disposiciones antecedentes ; lo que te prevengo , porque si notares de menos acertada la colocacion de aquellos capítulos , no atribuyas la inadvertencia al autor del Combate. Véase la Relacion Histórica citada , en la correspondencia de capítulos núm. 6 , y se hallará , que los cinco capítulos 39 , 40 , 41 , 42 y 43 del Combate , de setenta son los cinco últimos de la primera parte de la disposicion del P. Palma , en que se trata del modo de combatir contra los enemigos que nos asaltan en la hora de la muerte , y por consiguiente que está alterado el orden que observó el V. Escúpoli ; y en confirmacion de lo dicho véase tambien la traduccion francesa de la misma obra de setenta capítulos que hizo el Dr. San Parisino , y dedicó á S. Francisco de Sales.

Ni d esto se opone , que en la segunda parte de la disposicion del P. Palma , tratado 4 , capitulo 26 (en la presente obra es 30) se diga: En el fin del Combate Espiritual se habló de estas tentaciones , que suelen padecerse en la hora de la muerte , pero muy brevemente ; por cuya causa trataremos en este lugar , como el mas propio , con mayor estension esta materia etc. , porque aquella introduccion no es del V. Escúpoli , sino del P. Palma , que la añadió en correspondencia á la colocacion de capitulos que dejaba hecha en la primera parte del Combate. Véase al V. Escúpoli en el tratado que estampó del modo de consolar y ayudar á los enfermos á bien morir , capitulo 29 y se hallará que el exordio es muy diferente del de la disposicion del P. Palma.

Tradujo la obra del P. Palma del idioma italiano en el latino D. Carlos Antonio Meazza , en el portugues el P. D. Tomás Bequeman C. R. , y en el castellano el P. Fr. Bruno de Solis y

Valenzuela, monge de la Real Cartuja de Santa María del Paular de Segovia; pero esta version castellana está defectuosa, por omitir el traductor en el capitulo 62 de la primera parte el importante consejo de la frecuente consideracion de la muerte; y por no corresponder la segunda á la disposicion del P. Palma, y faltar en ella el tratado del modo de consolar y ayudar á los enfermos á bien morir.

Asimismo D. Damian Gonzales del Cueto hizo nueva traduccion castellana de la misma obra, que dió al público en Viena de Austria en los años de 1721 y 1722; y aunque esta version es completa por contener todos los tratados que escribió y perfeccionó el V. Escúpoli, no está conforme con la disposicion del P. Palma, del que el traductor se sirve como de original, por ser en muchas partes tan superficial la version, que es preciso repetir mas de una vez la leccion de la cldusula para percibir el concepto por haber omitido el traductor algunos párrafos y aña-

didado muchos y muy dilatados (que no son del asunto) sin advertir la adición en el prólogo al lector, ni notarla con alguna señal en sus lugares; y por cometer no pocos errores que he corregido en esta impresión, restituyendo la obra al ser que recibió de su autor, y á la pureza con que le dió al público el P. Palma. Asimismo he añadido para recomendacion de la obra, y tu mayor comodidad, las citas de los textos de la Sagrada Escritura, que incluyen, ó á que aluden muchas cláusulas: las de los lugares, que se alegan con sus formales palabras; y las de las autoridades de los Santos Padres y filósofos morales, en que el trabajo no ha sido inferior al que hubiera padecido si hubiese emprendido nueva version.

En la segunda parte (para que corresponda á la primera) he traducido del idioma latino en el castellano las autoridades de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, que sin esta diligencia no serian inteligibles á las

personas poco ó nada inteligentes de la lengua latina; pero algunas que se alegan en confirmacion de la doctrina antecedente, he dejado en el mismo idioma latino, por quedar el sentido suficientemente declarado con la misma doctrina, á que los textos sirven de prueba. Lo mismo he ejecutado con las autoridades del tratado 4, capítulo 35 (en la presente obra es 36) en que se trata de los enfermos que se hallan sin sentido y que han perdido el conocimiento.

*El Apóstol de Génova San Francisco de Sales hace grandes elogios del libro del Combate y de su doctrina, especialmente en sus Cartas Espirituales, que adelante se refieren con los de otros muchos autores, á que he añadido en esta impresion los que están señalados con este asterisco. **

No han faltado autores que hayan pretendido robar á mi sagrada Religion este preciosísimo tesoro del espíritu, y privar al V. Escúpoli de la gloria de autor de esta obra celes-

*tial ; pero hallards desvanecida su
pretension , y quedards convencido ser
parto legitimo de este V. Padre en
la Relacion Histórica mencionada, d
que te remito. VALE.*



mo se verá en los honrosos elogios que este gran Santo le hace, especialmente en sus cartas.

En el libro de la Introduccion á la Vida Devota, llamado comunmente *la Philotea*, en la parte 2.^a, capítulo 17, encomienda el Santo la leccion del Combate Espiritual, y le propone con algunos libros de Santos Padres, y de autores muy ilustrados, y que fueron dotados de grande sabiduría en materia de espíritu.

En las cartas del mismo Santo, parte 1.^a, libro 2.^o, carta 32, instruyendo á una viuda en el modo de servirse de la imaginacion para meditar, la dice: *El libro del método de servir á Dios es muy bueno; pero confuso, y no os conviene: el Combate Espiritual trae con mejor orden, mejor claridad, y con distincion, lo necesario para vuestro provecho.*

En la carta 40, exhortando á una señora á la lectura de los libros espirituales, despues de haber dicho que los libros del Método de servir á Dios,

Compendio de la Perfección Cristiana, y la Perla Evangélica, eran oscuros, y su doctrina difícil de entenderse y practicarse añade: *Leed una y otra vez el Combate Espiritual. Este ha de ser vuestro libro privilegiado y favorecido: su doctrina es clara, y en todo practicable.*

En la carta 45, persuadiendo á otra señora, que procurase adquirir algunas virtudes, de que tenia entónces mayor necesidad, concluye: *Volved á leer el Combate Espiritual: (porque sin duda lo habia leído ya por consejo del Santo) observad con reflexion particular los documentos que contiene; pues los hallaréis, sin duda, muy propios para vuestro intento.*

En la carta 55, dando algunos consejos á una viuda, dice: *El Combate Espiritual es un gran libro: yo hay quince años que lo llevo continuamente en el bolsillo, nunca le he leído sin sacar algun provecho.*

En la misma parte, libro 3, carta 16, prescribiendo algunos ejercicios

de devociou á una señora casada, dice en el fin : *Leed frecuentemente el Combate Espiritual*, yo os encomiendo mucho este libro.

En la segunda parte, libro 4, carta 94, escribiendo á una viuda, y exhortándola á la simplicidad y pureza de corazon, y á no desear con sobrada eficacia verse libre de las tentaciones, la dice : *Amada hija mia, leed el capítulo 29* (en la presente obra es 59) *del Combate Espiritual, que es mi libro favorecido y privilegiado : yo ha diez y ocho años que le llevo siempre conmigo, y no le leo jamas sin fruto y provecho.* (Julio 24 de 1607.) Esta carta se registró en los procesos de la Beatificacion y Canonizacion del Santo.

En la misma segunda parte, libro 5, carta 48, exhortando á una religiosa Abadesa á la paz interior, dice : *Amada hija mia, leed los capítulos 15, 16 y 17 del Combate Espiritual, y unid su doctrina á lo dicho ; y esto basta por ahora.*

En el mismo lugar, carta 75, es-

cribiendo á una señora viuda , y consolándola en la muerte de un hijo suyo , dice : *Conviene que hagamos una vez en la semana un ejercicio particular de querer y amar mas vigorosamente la voluntad de Dios ; esto es , mas tiernamente y mas amorosamente que ninguna cosa del mundo ; y esto no solamente en los accidentes que nos parecen tolerables , sino tambien en los mas insufribles. Vos hallaréis un no sé qué para este intento en el Combate Espiritual , que es el libro que tantas veces os he encomendado. Hija mia , para decir la verdad , esta doctrina es alta ; pero Dios , que nos la dicta y enseña en este libro , es altísimo.*

El Ilustrísimo señor don Pedro Camús , obispo de Belley , en el libro que intituló : *El Espíritu de san Francisco de Sales , parte 3.^a , seccion 12 , que se titula del Combate espiritual , dice : Este libro todo de oro (habla del libro de la Imitacion de Cristo) escede á toda alabanza : pero con todo esto no era este el libro que aconsejaba mas nuestro*

Padre : sino el Combate Espiritual : este era su libro privilegiado y favorecido.

El mismo autor en la parte 7.^a, seccion 7.^a, que tiene por título : De los libros de Devocion , dice : *Tres libros pequeños de devocion eran los que nuestro Santo tenia en alta estimacion : el primero era el Combate Espiritual : este, hermanas mias , es el libro de que tantas veces os he hablado : este es el libro que os encomendó tan particularmente el mismo Santo , y que encomendaba con particular estudio á sus discípulos , confesándoles que lo habia llevado consigo diez y siete años continuos , leyendo todos los dias algun capítulo , y siempre con nuevas luces del cielo.*

El mismo autor en el libro citado , parte 14. seccion 13 , que tiene por título : Consejo á un Director espiritual , dice : *Yo le pregunté un dia , ¿ quién era su director ó maestro de Espíritu ? Y me respondió , sacando del bolsillo el Combate Espiritual : Este es el que con la divina asistencia me ha gobernado desde mi juventud : este es mi maestro*

en las cosas de espíritu y de la vida interior. Después que siendo estudiante en Padua un Padre Teatino me dió noticia de él, y me aconsejó le leyese, he seguido su parecer y me hallo muy bien con él. Fue compuesto por una persona muy grave de aquella Ilustre Congregación, que ocultó su nombre particular, y le dejó correr con el de su Religión, que se sirve de él en la misma forma que los VV. PP. de la Compañía de Jesús del libro de los Ejercicios de su santo P. Ignacio de Loyola.

El Ilustrísimo señor Carlos Augusto de Sales, obispo de Génova, y sobrino de San Francisco, en la vida de su santo tío, que escribió en lengua latina, y estampó en el año de 1634, en el libro 1.º, (traducido al castellano) dice: *Valióse últimamente de la provechósima lección del libro de los Teatinos, intitulado Combate Espiritual, que tenía en sus manos como si fuese una carta divina enviada del cielo; y le llevó en el bolsillo por espacio de diez y siete años.*

El Ilustrísimo señor don Cristobal Giarda , de los padres clérigos reglares de San Pablo Degollado , que llaman comunmente Barnabitas , obispo de Castro , en el Compendio de la Vida de San Francisco de Sales , que dió á luz en el año de 1648 , libro 1.º , capítulo 5.º , dice : *Habiendo llegado casualmente á sus manos aquel libro de oro , intitulado Combate Espiritual , le apreció como armería , con que le fortalecia la divina Providencia antes de entrar en la espiritual batalla , para que en la ocasion resistiese á los golpes del enemigo.*

* El Ilustrísimo señor don Fr. Juan Bautista Sorribas , del orden de nuestra Señora del Cármen , obispo de Ampurias , en la aprobacion para la impresion de la primera parte del libro del Combate , que se hizo en Madrid en el año de 1673 , dice : *Habiendo visto este libro , reconozco en él un preciosísimo diamante desatado en luz de la vida espiritual , cuyos fondos no necesitan de mi aprobacion : pues merecie-*

ron la del Apóstol de Génova S. Francisco de Sales.

El Ilustrísimo señor don Fr. Francisco Palanco, del orden de los Padres Mínimos de S. Francisco de Paula, obispo de Jaca, en el tomo de *Conscientia humana*, quæst. 27, § 1, numer. 8, probando que es contra el dictámen de la prudencia, que la voluntad guie á la mas noble potencia del hombre, que es el entendimiento, (dice traducido al castellano): *Pruébase el asunto con aquel librito de oro del V. P. don Lorenzo Escúpoli, intitulado Combate Espiritual, cuya doctrina, mil veces recomendada del santísimo Prelado, y Tercero de nuestro orden, San Francisco de Sales, tiene grande autoridad entre los hombres insignes y varones ilustres que quedan cortos en su elogio, haciéndose lenguas en su alabanza. Este, pues, V. P. instruyendo (en la primera parte del Combate) al entendimiento en el verdadero conocimiento de las cosas, establece en el capítulo 8.º la siguiente regla: Siempre que se te presentare algun objeto etc.*

El mismo Ilustrísimo Señor en el tomo 1.^o de *Peccabilitate, et Impeccabilitate, quaest. 11, numer. 55*, reprobando por perniciosa una especial doctrina de algunos modernos, dice (traducido al castellano): *Lean estos directores de almas con la mayor atencion aquel librito de oro del P. don Lorenzo Escúpoli, intitulado Combate Espiritual, que escede á la grande alabanza y grandísima recomendacion que hizo de su doctrina nuestro san Francisco de Sales, principalmente en donde trata de la desconfianza de sí mismo, y de la confianza en Dios, etc.*

El doctor Parisiense, llamado comunmente san Parisino, que tradujo del frances el Combate Espiritual de sesenta capítulos, y le dedicó á san Francisco de Sales, le dice en la dedicatoria: *Tengo muy bien presente la grande estimacion de V. S. hácia el libro del Combate Espiritual, compuesto por los Clérigos reglares, que llaman Teatinos, cuya leccion práctica me recomendó muchas veces. Atendiendo á la*

grande estimacion que vi hacer siempre á V. S. de este libro, me he dejado persuadir del amigo que me le trajo, que seria acertado traducirlo en frances; teniendo por cierto que V. S. recibirá con agrado este tratado, que aunque pequeño, contiene en suma todas las virtudes que la Teología Mística nos enseña; y en una palabra, el fruto interior de su mocedad, etc.

El R. P. Fr. Luis de la Riviere, del orden de los Padres Mínimos de san Francisco de Paula, en la vida que escribió de san Francisco de Sales en francés en el año 1624, dos años después de su muerte, en el libro 1.º, capítulo 1.º, dice: *En el mismo tiempo, (habla de cuando el Santo era estudiante en Padua) le vi en las manos un libro, intitulado Combate Espiritual, compuesto por los RR. PP. Teatinos. El libro á la verdad es pequeño; pero no por eso debe estimarse en poco. Es un pequeño pomo de suavísimas aromas: un epílogo de la perfeccion cristiana; una recopilacion de la Teología Mística;*

y para decirlo de una vez , un resumen de admirables documentos. A la leccion de este libro se aplicó seriamente nuestro devoto Legista ; y á practicar con cuidado los escelentes documentos que contiene , dispuestos con muy buen orden. A todos los que recurrian á su direccion , aconsejaba su lectura para que aprendiesen el arte de vencerse á sí mismos , y lograsen el medio fácil de conseguir la perfeccion , siendo como es una armería espiritual , de donde se pueden sacar armas para sujetar las pasiones y desterrar los vicios.

El M. R. P. Fr. Juan de San Francisco , General de los Fulienses , en la Vida de san Francisco de Sales , que imprimió en lengua francesa en el año de 1624 , dos años despues de su muerte , en el libro 1.º , dice : *Habiendo llegado á sus manos un pequeño aunque excelente tratado , intitulado Combate Espiritual , del cual son autores los Padres Teatinos , se valió de él , prefiriéndole á otros de la misma materia para instruirse en las batallas de los vicios , y en el vencimiento de sus pasiones.*

El R. P. Fr. Filiberto de Beneville, Provincial de los Padres capuchinos de Saboya, en la vida del mismo Santo, que imprimió en francés, en el capítulo 3.º, dice lo mismo que se acaba de referir; y es de advertir, que estos tres Reverendísimos Padres conocieron al Santo, y trataron con él familiarmente.

* Asimismo los Reverendísimos Padres Francisco García y Juan Nadasio, de la misma Compañía, en el devocionario al Patriarca san José, parte 1.ª, capítulo 1.º, dan al Combate Espiritual el hermoso título de *Libro de Oro*.

* El R. P. Tomás Sanchez, también de la compañía de Jesus, en la aprobacion de la primera parte del Combate, que se imprimió en Madrid en el año de 1673, dice: *He visto este libro intitulado Combate Espiritual, escrito por el P. don Lorenzo de Escúpoli, de los Clérigos Reglares de San Cayetano; y he dado muchas gracias á Dios de que este tesoro preciosísimo del espíritu tan celebrado en todas lenguas y*

naciones, haya finalmente sido participado á la nuestra. Merecia tantas alabanzas, como tiene letras; pero basta por panegírico ser este aquel Combate Espiritual, tan encarecido del glorioso san Francisco de Sales, tan celebrado en sus escritos, tan encomendado á sus hijos é hijas espirituales, y tan cursado del santo Prelado, que le traia siempre consigo, y le comparaba y en parte le aventajaba al Contemptus Mundi.

* El R. P. Fr. Nicolás Lozano, del orden de san Francisco, obispo electo de Calipoli, en la aprobacion para la impresion de la segunda parte del Combate, que se hizo en Madrid en el año de 1678, dice: *En el escrito del autor (del Combate) hallo impreso el espíritu grande, de que la Magestad divina le dotó para maestro insigne de Mística Teología, con que inflama los corazones de los que participan de su doctrina.*

* El Dr. don Damian Gonzalez del Cueto, que imprimió en Viena de Austria la traduccion castellana del libro del Combate, que se corrige en la pre-

sente impresion , como se ha dicho en el prólogo al lector , trae en el prefacio de la primera parte de su traduccion un elogio de esta obra , que refiero con sus formales palabras , dice pues : *Caramuel formó una idea tan alta de la escelencia de su doctrina (de la del Combate) , que dijo , que despues de la Escritura Sagrada ningun libro le habia parecido mas propio para instruir á la Iglesia en todas las condiciones y estados que la componen. Los Padres , dice este grande ingenio , han escrito para la defensa de nuestra Religion , los Teólogos para la explicacion de nuestros misterios , los Historiadores para conservar las tradiciones de la iglesia , todos se han aventajado respectivamente en su género : mas para reformar las costumbres de los fieles y establecer en todos los estados una verdadera y sólida piedad , ninguno ha tenido el mismo don que el autor del Combate Espiritual. No dice el Dr. Cuento si es elogio puramente verbal , ó si le imprimió Caramuel en alguna de sus*

obras, que siendo muchas y muy difusas, como es notorio, sería perder tiempo empeñarse en registrarle; y así, si es como Cueto lo refiere, que supongo lo será, no se puede hacer ni desear mayor elogio del libro del Combate Espiritual y de su autor.





COMBATE ESPIRITUAL.

Non coronabitur , nisi qui legitime
certaverit. 2. (1^{timot.} 2.)

CAPITULO PRIMERO.

*En que consiste la perfeccion Cristiana,
y para adquirirla es necesario pelear y
combatir ; y de cuatro cosas que se re-
quieren para este combate.*

Si deseas , ó hija muy amada en Je-
sucristo , llegar al mas alto y eminente
grado de la santidad y de la perfeccion
Cristiana , y unirte de tal suerte á Dios,
que vengas á ser un mismo espíritu con
él , que es la mayor hazaña y la mas
alta y gloriosa empresa que puede de-
cirse é imaginarse , conviene que sepas

primeramente en qué consiste la verdadera y perfecta vida espiritual.

Muchos, no atendiendo á la gravedad de la materia, creyeron que la perfeccion consiste en el rigor de la vida, en la mortificacion de la carne, en los cilicios, disciplinas, ayunos, vigiliass y en otras penitencias y obras exteriores.

Otros, y particularmente las mugeres, cuando rezan muchas oraciones, oyen muchas misas, asisten á todos los oficios divinos, y frecuentan las iglesias y comuniones, creen que han llegado al grado supremo de la perfeccion.

Algunos, aun de los mismos que profesan vida religiosa, se persuaden á que la perfeccion consiste únicamente en frecuentar el coro, en amar la soledad y el silencio, y en observar exactamente la disciplina regular y todos sus estatutos.

Así los unos ponen todo el fundamento de la perfeccion evangélica en estos: los otros en aquellos ó semejantes ejercicios: pero es cierto que todos igualmente se engañan, porque no sien-

do otra cosa las mencionadas obras, que ó disposiciones y medios para adquirir la santidad, ó frutos de la santidad misma, no puede decirse que en semejantes obras consista la perfeccion cristiana y el verdadero espíritu.

No es dudable que son medios muy poderosos para adquirir la verdadera perfeccion, y el verdadero espíritu, en los que las usan con prudencia y con discrecion para fortificarse contra la propia malicia y fragilidad, para defenderse de los asaltos y tentaciones de nuestro comun enemigo; y en fin, para obtener de la misericordia de Dios los auxilios y socorros que son necesarios á todos los que se ejercitan en la virtud, y particularmente á los nuevos y principiantes.

Son tambien frutos del Espíritu Santo en las personas verdaderamente espirituales y santas, las cuales afligen y mortifican su cuerpo para castigar sus rebeldías pasadas contra el espíritu, y para humillarlo y tenerlo sujeto á su Criador: viven en la soledad, y en una entera abstraccion de las criaturas para

preservarse de los menores defectos, y no tener conversacion sino en el cielo (*Phil. 3.*) con los ángeles y bienaventurados: ocúpense en el culto divino y en las buenas obras: vacan á la oracion, y meditan en la vida y pasion de nuestro Redentor, no por curiosidad, ni por gustos ó consolaciones sensibles, mas por conocer mejor la bondad y misericordia divina, y la ingratitud y malicia propia; por excitarse mas cada dia al amor de Dios y al odio de sí mismos, siguiendo con la cruz y con la renunciacion (*Matth. 16.*) de la propia voluntad, los pasos del Hijo de Dios: frecuentan los Sacramentos sin otro fin que el del honor y gloria de Dios, y de unirse mas estrechamente con su divina Magestad, y de cobrar nuevo vigor y fuerza contra sus enemigos.

Lo contrario sucede á las almas imperfectas, que ponen todo el fundamento de su devocion en las obras exteriores, las cuales muchas veces son causa de su perdicion y ruina, y les ocasionan mayor daño que los pecados

manifiestos : no porque semejantes obras no sean buenas y loables en sí mismas ; sino porque se ocupan de tal suerte en ellas , que se olvidan enteramente de la reforma del corazon , y de velar sobre sus movimientos ; y dejándole que siga libremente sus inclinaciones , lo exponen á las asechanzas y lazos del demonio ; y entónces este maligno espíritu viendo que se divierten y apartan del verdadero camino , no solamente las deja continuar con gusto sus acostumbrados ejercicios , pero llena la imaginacion de quiméricas y vanas ideas de las delicias y deleites del paraíso , donde piensan algunas veces que se hallan ya entre los coros de los ángeles , como almas singularmente escogidas y privilegiadas , y que sienten á Dios dentro de sí mismas. Usa tambien del artificio de sugerirles en la oracion pensamientos sublimes , curiosos y agradables , á fin de que imaginándose , como san Pablo , arrebatadas al tercer cielo (2. Cor. 12.) y persuadiéndose á que no son ya de esta baja region del mundo , vivan en una abstraccion to-

tal de sí mismas, y en un profundo olvido de todas aquellas cosas en que deberían mas ocuparse.

Mas en cuantos errores y engaños vivan envueltas semejantes almas, y cuan lejos se hallen de la perfeccion que vamos buscando, se puede reconocer fácilmente de su vida y de sus costumbres; porque en todas las cosas grandes ó pequeñas desean ser siempre preferidas á los demas: son caprichosas, indóciles y obstinadas en su propio parecer y juicio; y siendo ciegas en sus propias acciones, tienen siempre los ojos abiertos para observar y censurar las ajenas, y si alguno las toca, aunque sea muy levemente, en la opinion y estimacion que tienen concebida de sí mismas, ó las quiere apartar de aquellas devociones en que se ocupan por costumbre, se enojan, se turban y se inquietan sobremanera; y en fin, si Dios para reducir las al verdadero conocimiento de sí mismas, y al camino de la perfeccion, les envia trabajos, enfermedades y persecuciones (que son las pruebas mas ciertas de la

fidelidad de sus siervos , y que no suceden jamas sin órden ó permission de su providencia) entónces descubren su falso fondo , y su interior corrompido y gastado de la soberbia ; porque en cualesquiera sucesos tristes y alegres, felices ó adversos de esta vida , no quieren conformar su voluntad con la de Dios , ni humillarse debajo de su divina mano , ni rendirse á sus adorables juicios , no menos justos que impenetrables : ni sujetarse , á imitacion de su santísimo Hijo , á todas las criaturas , amando á sus perseguidores , como á instrumentos de la bondad divina , que cooperan á su mortificacion , perfeccion y eterna salud.

De aquí nace el hallarse siempre en un funesto y evidente peligro de perecer ; porque como tienen viciados y obscurecidos los ojos con el amor propio y apetito de la propia estimacion , y se miran siempre con ellos á sí mismas y á sus obras exteriores , que de sí son buenas , se atribuyen muchos grados de perfeccion , y llenas de presuncion y soberbia censuran y conde-

nan á los demas; y á veces las deslumbra y ciega de tal suerte su orgullo, que es necesaria una gracia extraordinaria del cielo para convertirlas y sacarlas de su engaño, pues como muestra cada dia la experiencia, con mas facilidad se convierte y se reduce al bien el pecador manifesto, que el que se oculta y cubre con el manto de la virtud.

De todo lo referido podrás, hija mia, comprender con claridad, que la vida espiritual no consiste en alguno de estos ejercicios y obras exteriores con que suele confundirse la santidad, y que son muchos los que en este punto se dejan preocupar de grandes errores.

Si quieres, pues, entender en que consiste el fondo de la verdadera piedad y toda la perfeccion del Cristianismo, sabe que no consiste en otra cosa, que en conocer la bondad y la grandeza infinita de Dios, y la bajeza y propension de nuestra naturaleza al mal: en amar á Dios y aborrecernos á nosotros mismos: en sujetarnos no

solamente á su divina Magestad , sino tambien á todas las criaturas por su amor : en renunciar enteramente nuestra propia voluntad , á fin de seguir siempre la suya ; y sobre todo en hacer todas estas cosas únicamente por la honra y gloria de Dios , sin otra intencion ó fin que agradarle , y porque su divina Magestad quiere y merece ser amado y servido de sus criaturas.

Esta es aquella ley de amor que el Espíritu Santo ha grabado en los corazones de los justos (*Deut. 6 Matt. 22*): esta es aquella abnegacion de sí mismo , y crucifixion del hombre interior , tan encomendada de Jesucristo en el Evangelio (*Matt. 18*) : este es su yugo suave , y su peso leve (*Id. 11*) : esta es aquella perfecta obediencia que este divino Maestro nos ha enseñado siempre con sus palabras y con sus ejemplos (*Philip. 2*).

Si aspiras pues , hija mia , no solamente á la santidad , sino á la perfeccion de la santidad , siendo forzoso para adquirirla en este sublime grado combatir todas las inclinaciones vicio-

sas, sujetar los sentidos á la razon, y desarraigar los vicios, lo cual no es posible sin una aplicacion infatigable y continua; conviene, que con ánimo pronto y determinado te dispongas y te prepares á esta batalla; porque la corona no se da sino á los que combaten generosamente (2, *Thimoth.* 2).

Pero advierte, hija mia, que así como esta guerra es la mas difícil de todas, pues combatiendo contra nosotros mismos, somos combatidos de nosotros mismos (1. *Part.* 2.), así la victoria que se alcanza es la mas agradable á Dios, y la mas gloriosa al vencedor: porque quien con valor y resolucion mortifica sus pasiones, doma sus apetitos, y reprime hasta los menores movimientos de su propia voluntad, ejecuta una obra de mucho mayor mérito á los ojos de Dios, que si conservando alguna de ellas viva en su corazon, afligiese y maltratase su cuerpo con los mas ásperos cilicios y disciplinas, ó ayunase con mas austeridad y rigor que los antiguos anacoretas del desierto, ó convirtiese á Dios millares

de pecadores; porque aunque no es dudable que Dios estima y aprecia mas la conversion de una alma considerando este ejercicio en sí que la mortificacion de un apetito ó deseo desordenado; no obstante tú no debes poner tu principal cuidado en querer y ejecutar lo que segun su naturaleza es mas noble y mas excelente, sino en obrar lo que Dios pide y desea particularmente de tí: y es constante, que Dios se agrada mas de que trabajes en mortificar tus pasiones, que si dejando viva en tu corazon una sola con voluntad y advertencia le sirvieses en cualquiera otra cosa, aunque fuese mas considerable y de mayor consecuencia.

Ya, pues, que has visto, hija mia, en que consiste la perfeccion cristiana, y que para adquirirla es necesario que te determines á una continua guerra contra tí misma, conviene que te proveas de cuatro cosas, como de armas seguras y necesarias para conseguir la palma y quedar vencedora en esta espiritual batalla: estas son, la desconfianza de nosotros mismos, la

confianza en Dios, el ejercicio y la oración, de las cuales trataremos clara y sucintamente con la ayuda de Dios en los capítulos siguientes.

CAPITULO II.

De la desconfianza de sí mismo.

La desconfianza propia, hija mia, nos es tan necesaria en el Combate Espiritual, que sin esta virtud no solamente no podremos triunfar de nuestros enemigos, pero ni aun vencer la menor ó la mas leve de nuestras pasiones.

Esta verdad debes imprimir y grabar profundamente en tu espíritu; porque aunque verdaderamente no somos sino un puro nada, no obstante no dejamos de concebir una falsa estimacion de nosotros mismos, y persuadiéndonos sin algun fundamento á que somos algo, presumimos vanamente de nuestras propias fuerzas.

Este vicio, hija mia, es un funesto y monstruoso efecto de la corrupcion

de nuestra naturaleza , y desagrada mucho á los ojos de Dios , el cual desea siempre en nosotros un fiel y profundo conocimiento de esta verdad : que no hay virtud ni gracia en nosotros que no proceda de su bondad , como de fuente y origen de todo bien , y que de nosotros no puede nacer algun pensamiento que le sea agradable.

Pero si bien esta importante desconfianza de nosotros mismos es un don del cielo , que Dios comunica á sus escogidos , ya con santas inspiraciones , ya con ásperos castigos , ya con violentas y casi insuperables tentaciones , ya con otros medios que nos son ocultos ; no obstante , porque su divina Magestad quiere que hagamos de nuestra parte todo el esfuerzo posible para adquirirla , te propongo cuatro medios , con los cuales , ayudada del socorro de la gracia , la alcanzarás infaliblemente.

El primero es que consideres tu vileza y tu nada , y reconozcas que con tus fuerzas naturales no eres capaz de obrar algun bien por el cual merezcas entrar en el reino de los cielos.

El segundo, que con fervor y humildad pidas frecuentemente á Dios esta virtud; porque es don suyo, y para obtenerla debes desde luego persuadirte, no solamente á que no la tienes, sino tambien á que nunca podrás adquirirla por ti misma. Despues postrándote en la presencia del Señor se la pedirás con fe viva de que por su infinita bondad se dignará concedértela; y si perseverases constante en esta esperanza por todo el tiempo que dispusiere su providencia, no dudes la alcanzarás.

El tercer medio es, que te acostumbres poco á poco á no fiarte de ti misma, y á temer las ilusiones de tu propio juicio, la violenta inclinacion de nuestra naturaleza al pecado, la formidable multitud de enemigos que nos cercan de todas partes, que son sin comparacion mas astutos y fuertes que nosotros, que saben transformarse en ángeles de luz (2 Cor. 11.), y oculta-mente nos tienden lazos en el camino mismo del cielo.

El cuarto medio es, que cuando ca-

yeses en alguna falta , entres mas vivamente en la consideracion de tu propia flaqueza , y entiendas que Dios no permite nuestras caidas sino solamente á fin de que alumbrados de una nueva luz nos conozcamos mejor y aprendamos á menospreciarnos como viles criaturas , y concibamos un sincero deseo de ser menospreciados de los demas.

Sin este menosprecio , hija mia , no esperes adquirir perfectamente jamas la desconfianza de ti misma , la cual se funda en la verdadera humildad , y en un conocimiento experimental de nuestra miseria ; porque es cosa infalible y clara , que quien desea unirse con la soberana luz y verdad increada , debe conocerse bien á si mismo , y no ser como los soberbios y presuntuosos , que se instruyen con sus propias caidas , y solo empiezan á abrir los ojos cuando han incurrido en algun grave error y desórden de que vanamente imaginaban que podrian defenderse , permitiéndolo Dios así á fin de que reconozcan su flaqueza , y con esta funesta es-

perencia vengan á desconfiar de sus propias fuerzas.

Pero Dios no se sirve ordinariamente de un remedio tan áspero para curar su presuncion, sino cuando los remedios mas fáciles y suaves no han producido el efecto que su divina Magestad pretende. Su providencia permite que el hombre caiga mas ó menos veces, segun ve que es mayor y menor su presuncion y soberbia: de manera, que si alguno no se hallase tan exento de este vicio como lo fué la bienaventurada vírgen María nuestra Señora, es constante que no caeria jamas en alguna falta.

Todas las veces, pues, que cayeres, recurre sin tardanza al humilde conocimiento de ti misma, y con ferviente oracion pide al Señor que te dé su luz para que te conozcas tal cual eres verdaderamente á sus ojos, y no presumas de tu virtud; de otra suerte no dejarás de reincidir de nuevo en las mismas faltas, y por ventura cometerás otras mas graves, que causarán la pérdida de tu alma.

CAPITULO III.

De la confianza en Dios.

Aunque la desconfianza propia es tan importante y necesaria en este combate, como hemos mostrado; no obstante, si se halla sola esta virtud en nosotros y no tiene otros socorros, seremos fácilmente desarmados y vencidos de nuestros enemigos. Por esta causa es necesario que á la desconfianza propia añadas una entera confianza en Dios, que es el autor de todo nuestro bien, y de quien solamente debemos esperar la victoria; porque así como de nosotros que nada somos, no podemos prometernos sino frecuentes y peligrosas caídas, por cuyo motivo debemos desconfiar siempre de nuestras propias fuerzas; así con el socorro y asistencia de Dios conseguiremos grandes victorias y ventajas sobre nuestros enemigos, si convencidos perfectamen-

te de nuestra flaqueza , armamos nuestro corazon de una viva y generosa confianza en su infinita bondad.

Cuatro son los medios con que podrás adquirir esta excelente virtud.

El primero es, pedirla con humildad al Señor.

El segundo, considerar y mirar con los ojos de la fe la omnipotencia y sabiduría infinita de aquel Ser Soberano, á quien nada es imposible ni difícil , y que por su suma bondad y por el esceso con que nos ama , se halla pronto y dispuesto á darnos cada hora y cada instante todo lo que nos es necesario para la vida espiritual, y para la entera victoria de nosotros mismos , como recurramos á sus brazos con filial confianza.

¿Cómo será posible que este dulce y amable Pastor , que por el espacio de treinta y tres años ha corrido tras la oveja perdida y descaminada (*Luc. 15.*), con tanto sudor, sangre y costa suya , para reducirla y traerla de los despeñaderos y veredas peligrosas á un camino santo y seguro, de la perdicion

á la salud, del daño al remedio, de la muerte á la vida? ¿cómo será posible que este Pastor divino, viendo que su ovejuela le busca y le sigue con la obediencia de sus preceptos, ó á lo ménos con un deseo sincero, bien que imperfecto y flaco, de obedecerle, no vuelva á ella sus ojos de vida y de misericordia, no oiga sus gemidos, y no la recoja amorosamente y la ponga sobre sus divinos hombros, alegrándose con los ángeles del cielo de que vuelva á su redil y ganado, y deje el pasto venenoso y mortal del mundo por el suave y regalado de la virtud?

Si con tanto ardor y diligencia busca la dragma del Evangelio (*idem ibid*), que es la figura del pecador, ¿cómo será posible que abandone á quien como ovejuela triste y aflijida de no ver á su Pastor, lo busca y lo llama?

¿Quién podrá persuadirse á que Dios, que llama continuamente á la puerta de nuestro corazon (*Apoc. 3.*) con deseo de entrar en él y comunicarse á nosotros, y colmarnos de sus dones y gracias, hallando la puerta abierta, y

viendo que le pedimos que nos honre con su visita , no se dignará de concedernos el favor que deseamos ?

El tercer medio para adquirir esta santa confianza , es recorrer con la memoria las verdades y oráculos infalibles de la divina Escritura , que nos aseguran clara y espresamente , que los que esperan y confían en Dios no caerán jamas en la confusion (*Psalms. 21. Eccl*)

El cuarto y último medio con que juntamente podremos adquirir la desconfianza de nosotros mismos , y la confianza en Dios , es que cuando nos resolviéremos á ejecutar alguna obra buena , ó á combatir alguna pasion viciosa , antes de emprender cosa alguna , pongamos los ojos de una parte sobre nuestra flaqueza , y de la otra sobre el poder , sabiduría y bondad infinita de Dios ; y templando el temor que nace de nosotros con la seguridad y confianza que Dios nos inspira , nos determinaremos á obrar y combatir generosamente. Con estas armas , unidas á la oracion , como diremos en su lu-

gar , serás capaz , hija mia , de obrar cosas grandes , y de conseguir insignes victorias.

Pero si no observares esta regla , aunque te parezca que obras animada de una verdadera confianza en Dios , te hallarás engañada ; porque es tan natural en el hombre la presuncion de sí mismo , que insensiblemente se mezcla con la confianza que imagina que tiene en Dios , y con la desconfianza que cree tener de sí mismo.

Para alejarte pues , hija mia , cuanto te sea posible de la presuncion , y para obrar siempre con las dos virtudes que son opuestas á este vicio , es necesario que la consideracion de tu flaqueza vaya delante de la consideracion de la omnipotencia de Dios ; y que la una y la otra precedan á todas tus obras.

CAPITULO IV.

Cómo podremos conocer si obramos con la desconfianza de nosotros mismos, y con la confianza en Dios.

Muchas veces imagina y cree una alma presuntuosa que ha adquirido la desconfianza de sí misma y la confianza en Dios; pero este es un engaño que no se conoce bien sino cuando se cae en algun pecado, porque entónces si el alma se inquieta, si se aflige, si se desalienta y pierde la esperanza de hacer algun progreso en la virtud, es señal evidente de que puso su confianza, no en Dios, sino en sí misma; y si fuere grande su tristeza y desesperacion, es argumento claro de que confiaba mucho en sí y poco en Dios.

Porque si el que desconfia mucho de sí mismo y confia mucho en Dios comete alguna falta, no se maravilla, no se turba, ni se entristece conociendo que su caída es efecto natural de su flaqueza, y del poco cuidado que ha

tenido de establecer su confianza en Dios, antes bien con esta experiencia aprende á desconfiar mas de sus propias fuerzas, y confiar con mayor humildad en Dios; y detestando sobre todas las cosas su falta, y las pasiones desordenadas que la ocasionaron, con un dolor quieto y pacífico de la ofensa de Dios, vuelve á sus ejercicios, y persigue á sus enemigos con mayor ánimo y resolucion que ántes.

Esto seria bien que considerasen algunas personas espirituales, que apenas caen en alguna falta se afligen y se turban con esceso; y muchas veces mas por librarse de la inquietud y pena que les causa su amor propio, que por algun otro motivo, buscan con impaciencia á su director ó padre espiritual, al cual deberian recurrir principalmente para lavarse de sus pecados por el sacramento de la Penitencia, y fortalecerse contra sus recaídas por el de la Eucaristía.

CAPITULO V.

*Del error de algunas personas que
tienen á la pusilanimidad por
virtud.*

Es tambien una ilusion muy comun el atribuir á virtud la pusilanimidad y la inquietud que se siente despues del pecado; porque aunque la inquietud que nace del pecado sea acompañada de algun dolor, no obstante, siempre procede de una secreta presuncion y soberbia, fundada en la confianza que se tiene de las propias fuerzas. Ordinariamente las almas presuntuosas que por juzgarse bien establecidas en la virtud menosprecian los peligros y tentaciones, si vienen á caer en alguna falta, y á conocer por experiencia su fragilidad y miseria, se maravillan y se turban de su caída como de una cosa nueva; y viendo derribado el apoyo en el que vanamente se habian confiado, pierden el ánimo, y como pusilánimes

y flacas se dejan dominar de la tristeza y de la desesperacion.

Esta desgracia , hija mia , no sucede jamas á las almas humildes que no presumen de sí mismas y se apoyan únicamente en Dios ; porque cuando caen en alguna falta , aunque sientan grande dolor de haberla cometido , no se maravillan ni se inquietan , conociendo con la luz de la verdad que las ilumina , que su caída es un efecto natural de su inconstancia y de su flaqueza.

CAPITULO VI.

De otros avisos importantes para adquirir la desconfianza de sí mismo y la confianza en Dios.

Como toda la fuerza de que necesitamos para vencer á nuestros enemigos , depende de la desconfianza de nosotros mismos y de la confianza en Dios , me ha parecido darte algunos nuevos avisos , que son muy útiles y necesarios para obtener estas virtudes.

Primeramente , hija mia , has de tener por verdad indubitable , que ni con todos los talentos ó dones , ya sean naturales , ya adquiridos , ni con todas las gracias gratuitas , ni con la inteligencia de toda la sagrada Escritura , ni con haber servido á Dios por largo espacio de tiempo y estar acostumbrado á servirle , te hallarás capaz de cumplir la voluntad divina y de satisfacer á tus obligaciones , si la mano poderosa de Dios con especial proteccion no fortifica tu corazon en cualquiera ocasion que te se presentare , ó de hacer alguna buena obra , ó de vencer alguna tentacion , ó de salir de algun peligro , ó de sufrir alguna cruz y tribulacion.

Es necesario , pues , que imprimas profundamente en tu corazon esta importante verdad , y que no pase dia alguno sin que la medites y consideres ; y por este medio te alejarás y preservarás del vicio de la presuncion , y no te atreverás á confiarte temerariamente en tus propias fuerzas.

En lo que toca á la confianza en

Dios, has de creer constantemente que es muy fácil á su poder vencer todos nuestros enemigos, sean pocos ó muchos (1. *Reg.* 14.), sean fuertes y agueridos, ó flacos y sin experiencia.

De este fundamental principio inferirás como consecuencia precisa, que aunque una alma se halle llena de todos los pecados, imperfecciones y vicios imaginables, y despues de haber hecho grandes esfuerzos para reformar sus costumbres, en lugar de hacer algun progreso en la virtud sienta y reconozca en sí mayor inclinacion y facilidad al mal: no obstante, no por eso debe perder el ánimo y la confianza en Dios, ni abandonar las armas y los ejercicios espirituales, sino antes bien combatir siempre generosamente; porque has de saber, hija mia, que en esta pelea espiritual no puede ser vencido quien no deja de combatir y de confiar en Dios, cuya asistencia y socorro no falta jamas á sus soldados, bien que algunas veces permite que sean heridos. Combatamos, pues, con constancia hasta el fin, que en esto

consiste la victoria; porque los que combaten por el servicio de Dios, y en él solo ponen su confianza, hallan siempre para las heridas que reciben un remedio pronto y eficaz, y cuando ménos piensan ven su enemigo á sus pies.

CAPITULO VII.

Del ejercicio y buen uso de las potencias, y primeramente del entendimiento, y necesidad que tenemos de guardarlo de la ignorancia y de la curiosidad.

Si en el Combate Espiritual no tuviésemos otras armas que la desconfianza de nosotros mismos y la confianza en Dios, no solamente no podríamos vencer nuestras pasiones, mas caeríamos en frecuentes y graves faltas. Por esta causa es necesario añadir á estas virtudes el ejercicio y buen uso de nuestras potencias, que es la tercera cosa que hemos propuesto como medio necesario para adquirir la perfeccion.

Este ejercicio consiste principalmente en reglar bien el entendimiento y voluntad.

El entendimiento debe conservarse siempre libre y exento de dos grandes vicios que suelen pervertirlo : el uno es la ignorancia , la cual le impide el conocimiento de la verdad , que es su propio objeto. Es necesario , pues , iluminarlo de tal suerte con el ejercicio , que vea y conozca con claridad lo que se debe hacer para purificar el alma de las pasiones desordenadas , y adornarla de las virtudes.

Esta luz se alcanza por dos medios : el primero y mas importante es la oracion , y pidiendo al Espíritu Santo que se digne de infundirla en nuestros corazones ; y no dudes , hija mia , que el Señor te la comunicará abundantemente siempre que verdaderamente lo busques y desees cumplir su divina ley , y sujetes tu propio juicio al de tus superiores ó padres espirituales.

El segundo es una aplicacion continua á considerar y examinar bien las cosas que se presentan para conocer si

son buenas ó malas, juzgando de su bondad ó de su malicia, no por la exterior apariencia en que se presentan á los sentidos (1 *Reg.* 16.), ni segun la opinion del mundo, sino segun la idea que nos da el Espíritu Santo. Esta consideracion y exámen nos hará conocer con evidencia que lo que el mundo ama y busca con tanto ardor es ilusion y mentira: que los honores y placeres de la tierra no son otra cosa que vanidad y afliccion de espíritu (*Eccles.* 1.): que las injurias y los oprobios son para nosotros ocasiones de verdadera gloria, y las tribulaciones de verdadero contento: que el perdonar y hacer bien á nuestros enemigos es magnanimidad, y una de las acciones que nos hacen mas semejantes á Dios: que vale mas despreciar el mundo, que poseerlo: que es mayor generosidad y grandeza de ánimo obedecer con gusto por amor de Dios á las mas viles criaturas, que mandar á príncipes grandes: que el humilde conocimiento de nosotros mismos debe apreciarse mas que las ciencias mas sublimes; y últimamente, que el

vencer y mortificar los propios apellidos, por pequeños que sean, merece mayor alabanza que conquistar muchas ciudades, vencer grandes ejércitos con las armas, obrar milagros y resucitar muertos.

CAPITULO VIII.

De las causas que nos impiden el juzgar rectamente de las cosas, y de la regla que se debe observar para conocerlas bien.

La causa por qué no juzgamos rectamente de las cosas, es porque apenas se presentan á nuestra imaginacion, nos dejamos llevar ó del amor, ó del odio de ellas: y estas pasiones ciegas que pervierten la razon, nos las desfiguran de tal suerte, que nos parecen diferentes de lo que verdaderamente son en sí mismas.

Si quieres pues, hija mia, preservarte de un engaño comun y tan peligroso, es necesario que estés siempre

advertida y sobre aviso , para tener cuanto te fuere posible, la voluntad libre y purificada de la accion desordenada de cualquiera cosa.

Y cuando te se presentare algun objeto , deberás considerarlo y examinarlo bien con el entendimiento , antes que la voluntad se determine á abrazarlo si fuere agradable , ó aborrecerlo si fuere contrario á tus inclinaciones naturales ; porque entónces el entendimiento , no hallándose preocupado de la pasion , queda libre y claro para conocer la verdad , y discernir el mal encubierto con el velo de un bien aparente , del bien que tiene la apariencia de un mal verdadero ; pero si la voluntad primero se inclina á amar al objeto ó aborrecerlo , el entendimiento queda incapaz de conocerlo como es verdaderamente en sí , porque la pasion se lo desfigura de suerte , que la obliga á formar una falsa idea : y representándolo entónces segunda vez á la voluntad en todo diferente de lo que es , esta potencia ya movida y escitada , pasa á amarlo ó aborrecerlo con ma-

yor vehemencia que antes, y no puede guardar reglas ni medidas, ni escuchar la razon.

En esta confusion y desorden el entendimiento se oscurece mas cada instante, y representa siempre á la voluntad el objeto, ó mas odioso, ó mas amable que antes; de suerte, que si no se observa muy exactamente la regla que dejo escrita, que es muy importante en este ejercicio, las dos mas nobles facultadas del alma vienen á caminar siempre como dentro de un círculo de errores en errores, de tinieblas en tinieblas, de abismo en abismo.

Guárdate pues, hija, con todo cuidado del afecto desordenado de las cosas, antes de examinar y conocer lo que son verdaderamente en sí mismas con la luz de la razon, y principalmente con la sobrenatural que el Espíritu Santo te comunicare, ó por sí mismo, ó por medio de tu padre espiritual.

Pero advierte, hija mia, que este documento es mas necesario en algunas

obras exteriores que de sí son buenas , que en otras menos loables ; porque en semejantes obras por ser buenas en sí mismas , hay de nuestra parte mayor peligro de engaño ó de indiscrecion. Conviene , pues , que no te empeñes en ellas ciegamente y sin reflexion ; porque una sola circunstancia que se omita de lugar ó de tiempo , puede causar grave daño , y basta el no hacer las cosas en un cierto modo ó segun el órden de la obediencia , para cometer grandes faltas , como lo acredita el ejemplo de muchos que se perdieron en los ministerios y ejercicios mas loables y santos.

CAPITULO IX.

De otro vicio de que debemos guardar el entendimiento para que pueda conocer lo que es útil.

El otro vicio de que debemos defender y guardar nuestro entendimiento , es la curiosidad ; porque cuando lo

llenamos de pensamientos nocivos, impertinentes y vanos, lo inhabilitamos enteramente á unirse y aplicarse á lo que es mas propio para mortificar nuestros apetitos desordenados, y para llevarnos á verdadera perfeccion.

Por esta causa, hija mia, conviene que estés como muerta á las cosas terrenas, y que no procures saberlas ni investigarlas, si no son absolutamente necesarias, aunque sean lícitas.

Restringe y recoge cuanto pudiere tu entendimiento, y no le permitas que se derrame vanamente en muchos objetos. Hazlo como estúpido para todos los conocimientos profanos: no des jamas la oreja á las nuevas que corren: los sucesos y diversas revoluciones del mundo no hagan en tu espíritu mas impresion que si fuesen imaginaciones ó sueños. Aun en el deseo de saber las cosas del cielo has de procurar tambien ser humilde y moderada; no queriendo saber otra cosa que á Jesucristo crucificado (*Ad Cor. 1 et 2.*), su vida y su muerte, y lo que desea y pide particularmente de tí. De las demas cosas

no tengas algun cuidado ó solicitud ; y de este modo agradarás á este divino Maestro , cuyos verdaderos discípulos no buscan ni desean saber sino lo que puede contribuir á su aprovechamiento , y serles de algun socorro para servirle y hacer su voluntad. Cualquiera otro deseo , inquisicion ó cuidado , es amor propio , soberbia espiritual ó lazo del demonio.

Si tú , hija mia , observas estos avisos , te librarás de muchas asechanzas y engaños ; porque la serpiente antigua , viendo en los que abrazan con fervor los ejercicios de la vida espiritual una voluntad firme y constante , los combate de parte del entendimiento , á fin de ganar por esta noble potencia á la voluntad , y hacerse señor de estas dos potencias. Con este fin suele inspirarles en la oracion pensamientos sublimes y sentimientos elevados , principalmente si son espíritus vivos , agudos , curiosos y fáciles , y prontos á ensoberbecerse y enamorarse de sus propias ideas , para que ocupándose con deleite en el discurso y con-

sideracion de aquellos puntos en que falsamente se persuaden que tienen con Dios las mas íntimas comunicaciones, no cuiden de purificar su corazon, ni de adquirir el conocimiento de sí mismos, ni la verdadera mortificacion: de donde nace, que llenos de presuncion y vanidad, se formen un ídolo de su entendimiento, y acostumbrándose poco á poco á no consultar en todas las cosas sino á su propio juicio, vienen á imaginarse y persuadirse que no necesitan del consejo ó direccion ajená.

Este es un mal muy peligroso y casi incurable; porque es mas difícil de curarse la soberbia del entendimiento que la de la voluntad; porque la soberbia de la voluntad, siendo descubierta y reconocida por el entendimiento, puede fácilmente remediarse con una voluntaria y rendida sumision á las órdenes de aquel á quien debe obedecer: mas á quien está firme en la opinion de que su parecer es mejor que el de los otros, ¿quién será capaz de desengañarle? ¿Cómo podrá reconocer su error? ¿Cómo se sujetará con docilidad

á la direccion y consejo de otro , quien se imagina mas sabio y mas iluminado que todos los demas ? Si el entendimiento , que es la luz del alma , con que solamente se puede ver y conocer la soberbia de la voluntad , está enfermo , ciego y lleno de la misma soberbia , ¿quién podrá curarlo ? ¿quién hallará remedio á su mal ? Si la luz se trueca en tinieblas , si la regla es falsa y torcida ¿qué será de todo lo demas ?

Procura pues , hija mia , oponerte desde luego á un vicio tan pernicioso antes que se apodere de tu alma. Acos-túmbrate á sujetar tu juicio al ageno , á no sutlizar demasiado en las cosas espirituales , á amar aquella simplicidad evangélica que tanto nos encomienda el Apóstol (2. *ad Corinth.* 1. *ad Eph.* 6. *ad col.* 3.), y serás incomparablemente mas sabia que Salomon.

CAPITULO X.

*Del ejercicio de la voluntad y del fin á
que debemos dirigir todas nuestras
acciones, así interiores como es-
teriores.*

Despues de haber corregido los vicios del entendimiento, es necesario que corrijas los de la voluntad, regulándola de tal suerte, que renunciando á sus propias inclinaciones se conforme enteramente con la voluntad divina.

Pero advierte, hija mia, que no basta querer y procurar las cosas que son mas agradables á Dios, sino que es necesario tambien que las quieras y las obres como movida de su gracia, y con fin solamente de agradarle.

En esto principalmente necesitamos de combatir y luchar contra la propia naturaleza, la cual como infecta y depravada por el pecado, es tan inclinada á sí misma, que en todas las cosas, y tal vez en las espirituales con mas

cuidado que en las demas, busca su propia satisfaccion y deleite, alimentándose de ellas sin rezelo ni escrúpulo como de un manjar saludable y nada sospechoso. De donde nace, que cuando se nos ofrece y presenta la ocasion de ejercitar alguna obra, luego la abrazamos y la queremos, no como movidos de la voluntad de Dios, ni á fin solamente de agradarle, sino por el gusto y satisfaccion que hallamos algunas veces en hacer las cosas que Dios nos manda.

Este engaño es tanto mas oculto y ménos advertido, quanto es mejor en sí misma la cosa que queremos. Hasta en los deseos de unirnos á Dios y de poseerlo suelen mezclarse los engaños del amor propio; porque en desear poseer á Dios, miramos mas á nuestro interes propio y al bien que de ello esperamos, que su gloria y al cumplimiento de su voluntad, que es el único objeto que se deben proponer los que lo aman y lo buscan, y hacen profesion de guardar su divina ley.

Para evitar este peligroso lazo, que

es de grande impedimento en el camino de la perfeccion , y acostumbrarse á no querer ni obrar cosa alguna sino segun la impresion ó impulso del Espíritu Santo , y con intencion pura de honrar y agradar únicamente á Dios , que debe ser el primer principio y el último fin de todas nuestras acciones , observarás esta regla.

Cuando te se presentare la ocasion de ejercitar alguna buena obra , no inclines tu voluntad á quererla , sin haber levantado primeramente el espíritu á Dios , para saber si es voluntad suya que la hagas , y examinar si la quieres puramente por agradarle. De este modo tu voluntad prevenida y regulada por la de Dios , se inclinará á querer lo mismo que Dios quiere , por el único motivo de agradarle y procurar su mayor gloria.

De la misma suerte te gobernarás en las cosas que Dios no quiere ; porque antes de repelerlas ó desecharlas , deberás elevar tu espíritu á Dios para conocer su voluntad , y para tener alguna certeza de que repeliéndolas y

desechándolas podrás agradarle.

Pero es bien que adviertas, hija mía, que son grandes y muy poco conocidos los artificios y engaños de nuestra naturaleza corrompida, la cual buscándose siempre á sí misma con especiosos pretextos, nos hace creer que en todas nuestras obras no nos proponemos otro fin que el de agradar á Dios. De aquí nace que lo que abrazamos ó repelemos á fin solamente de satisfacer y contentarnos á nosotros mismos, nos persuadimos á que no lo abrazamos ni lo repelemos sino por el deseo de agradar á Dios, ó por el temor de ofenderle. El remedio mas esencial y propio de este mal consiste en la pureza de corazon, que todos los que se empeñan en este espiritual combate deben proponerse por fin desnudándose del hombre viejo para vestirse del nuevo. (*Col. 3.*)

El modo de usar y poner en práctica este divino remedio, es que en el principio de tus acciones procures desnudarte siempre de todas las cosas en que se mezcle algun motivo natural y

humano, y no te determines á obrar ó á repeler cosa alguna, si primero no te sintieres movida y guiada de la pura voluntad de Dios.

Si en todas tus operaciones, y particularmente en las interiores del alma, y en las exteriores que pasan prontamente, no pudieres sentir siempre la impresion actual de este motivo, procura á lo menos tenerlo virtualmente, censervando en el fondo del alma un verdadero y sincero deseo de no agradar sino solamente á Dios.

Pero en las acciones que duran algun espacio de tiempo, no basta que en el principio dirijas tu intencion á este fin; es necesario tambien que la renueves muchas veces, y que procures conservarla en su primera pureza y fervor; porque de otra manera podrás fácilmente caer en los lazos del amor propio, que prefiriendo en todas las cosas la criatura al Criador, suele encantarnos de suerte, que en breve tiempo nos hace mudar inadvertidamente de intenciou y de objeto.

El siervo de Dios que en este punto

no vive muy advertido y con cautela, empieza ordinariamente sus obras sin otra intencion ó fin que de agradar á Dios; pero despues poco á poco y sin conocerlo, se deja inducir y llevar á la vana gloria: porque olvidándose de la divina voluntad, se aplica y se aficiona á solo el placer y gusto que halla en su trabajo, y no mira sino la utilidad ó la gloria que le puede resultar; de manera, que si el mismo Dios le impide el progreso de su obra con alguna enfermedad ó accidente, ó por medio de alguna criatura, se turba, se enoja y se inquieta, y á veces murmura, ya contra este, ya contra aquel, por no decir contra el mismo Dios. De donde viene á conocerse con claridad, que su intencion no era recta y pura, y que nacia de un mal principio; porque cualquiera que obra por el movimiento de la gracia, y con intencion pura de agradar á Dios, no se inclina ó se aficiona mas á un ejercicio que á otro; y si desea alguna cosa, no pretende obtenerla sino en el modo y en el tiempo que Dios quiere, sujetándose siempre á

las órdenes de su providencia, y quedando en cualquier suceso, ó favorable ó contrario, igualmente tranquilo y contento; porque no quiere ni desea sino solamente el cumplimiento de la voluntad divina.

Por esta causa, hija mia, debes estar siempre muy recogida en tí misma, procurando dirigir todas tus acciones á un fin tan escelente y tan noble: y si alguna vez (pidiéndolo así la disposicion interior de tu alma) te movieres á obrar bien por el temor de las penas del infierno, ó por la esperanza de la gloria, podrás tambien en esto proponer por último fin el agrado y voluntad de Dios, que quiere que no te pierdas ni te condenes, sino que entres en la posesion de la bienaventuranza de su gloria.

No se puede fácilmente decir ni comprender cuán eficaz y poderosa es la virtud de este motivo; pues cualquiera accion, aunque sea vilísima en sí misma, si se hace puramente por Dios, es de mayor escelencia y precio que infinitas otras, aunque sean de mucho

valor y mérito en sí mismas, si se obran con otro fin. De este principio nace, que una pequeña limosna dada á un pobre por sola la honra y gloria de Dios, es sin comparacion mas agradable á sus ojos, que si con otro fin nos despojásemos de todos nuestros bienes, aunque nos moviésemos á esto por la esperanza de los bienes del cielo: bien que este movimiento sea muy loable en sí mismo, y digno de que nos lo propongamos.

Este santo ejercicio de hacer todas nuestras obras con solo el fin de agradar á Dios, te parecerá difícil en los principios; pero con el tiempo te se hará no solamente fácil, sino gustoso si te acostumbras á buscar á Dios, y á descarlo con los mas vivos afectos del corazon, como á tu único y perfectísimo bien, que por sí mismo merece que todas las criaturas lo busquen, lo sirvan y lo amen sobre todas las cosas.

Y advierte, hija mia, que cuanto mas continua y profundamente entrarás en la consideracion de su mérito infi-

nito, tanto mas tiernos y frecuentes serán los afectos de tu corazon á este divino objeto, y por este medio adquirirás mas fácil y brevemente la costumbre de dirigir todas tus acciones á su honor y gloria.

Ultimamente te aviso, que para adquirir un motivo tan escelente y elevado, se lo pidas con oracion importuna á Dios, y consideres los innumerales beneficios que te ha hecho y te hace continuamente por puro amor y sin algun interes suyo.

CAPITULO XI.

De algunas consideraciones que mueven la voluntad á querer en todas las cosas el agrado de Dios.

Para inclinar mas fácilmente tu voluntad á querer en todas las cosas el agrado y honra de Dios, deberás considerar que su bondad infinita te ha prevenido con sus beneficios y misericordias, amándote, honrándote y obli-

gándote en diversos modos.

En la creacion , formándote de nada á su imágen y semejanza , y dando el ser á todas las demas criaturas para que te sirvan (*Gen. 1.*) En la redencion, enviando no un ángel , sino su unigénito Hijo (*Hebreor. 1. 2. 1. Joan. 4.*) para rescatarte , no á precio de plata ni de oro , que son cosas corruptibles , sino de su propia sangre (*1. Petr. 1.*) En la Eucaristía, ofreciéndote en este infame y augusto Sacramento el cuerpo de su unigénito amado , en comida y alimento de vida eterna (*Joan. 6.*)

Despues de esto, no hay hora ni momento en que no te conserve y te proteja contra el furor y envidia de tus enemigos ; y en que no combata por tí con su divina gracia. ¿No son estas , hija mia , señales y pruebas evidentes del amor que te tiene este inmenso y soberano Dios?

¿Quién podrá comprender hasta donde llega la estimacion y aprecio que esta Magestad infinita hace de nuestra vileza y miseria , y hasta dónde debe llegar nuestra gratitud y reconocimien-

to con un Señor tan alto y liberal, que ha obrado y obra por nosotros cosas tan grandes y maravillosas?

Si los grandes de la tierra se juzgan obligados á honrar á los que los honran aunque sean de humilde condicion, ¿qué deberá hacer nuestra vileza con el soberano Rey del universo, que nos da tantas señales de su amor y de su estimacion?

Sobre todo, hija mia, debes considerar y tener siempre en la memoria, que esta Magestad infinita merece por sí misma que la amemos, la honremos y sirvamos puramente por agradarle.

CAPITULO XII.

Que en el hombre hay muchas voluntades que se hacen continuamente guerra.

Dos voluntades se hallan en el hombre; la una superior, la otra inferior: la primera llamamos comunmente razon; á la segunda damos nombre de

apetito de carne, de sentido y de pasión; pero como hablando propiamente, el ser del hombre consiste principalmente en la razón; cuando queremos alguna cosa con los primeros movimientos del apetito sensitivo, no se entiende que verdaderamente la queramos, si después no la quiere y la abraza la voluntad superior.

Por esta causa toda nuestra guerra espiritual consiste en que la voluntad superior y racional, estando como en medio de la voluntad divina y de la voluntad inferior, que es el apetito sensitivo, se halla igualmente combatida de la una y de la otra; porque Dios de una parte, y la carne de la otra, la solicitan continuamente, procurando cada una atraerla á sí, y sujetarla á su obediencia.

Esto causa una pena indecible á los que habiendo contraído malos hábitos en su juventud, se resuelven finalmente á mudar de vida, y á romper las cadenas que los tienen en la esclavitud del mundo y de la carne, para consagrarse enteramente al servicio de

Dios; porque entonces su voluntad superior se halla poderosamente combatida á un mismo tiempo de la voluntad divina y del apetito sensitivo; y son tan fuertes y tan violentos los golpes que recibe de una y de otra parte, que no puede resistirlos sin mucha pena y trabajo.

Este combate y lucha interior no padecen los que se han habituado ya en la virtud ó en el vicio, y quieren vivir siempre de la manera que han vivido; porque las almas habituadas en la virtud, se conforman fácilmente con la voluntad de Dios; y las que ha corrompido el vicio, ceden sin resistencia á la sensualidad.

Pero ninguno presuma que podrá adquirir las verdaderas virtudes y servir á Dios como conviene, si no se determina generosamente á hacerse fuerza y violencia á sí mismo, y á sufrir y vencer la pena y contradicción que se siente en renunciar no solamente á los mayores placeres del mundo, sino tambien á los mas pequeños, á que

antes tenia pegado el corazon con afecto terreno.

De aquí procede ordinariamente que sean tan pocos los que llegan á un alto grado de perfeccion; porque despues de haber sujetado los mayores vicios, y vencido las mayores dificultades, pierden el ánimo y no quieren continuar en hacerse fuerza á sí mismos, bien que no tenga ya que sostener sino muy fáciles y ligeros combates para destruir algunas flacas reliquias de su propia voluntad, y sujetar algunas pequeñas pasiones, que fortificándose de día en día mas, se apoderan finalmente de su corazon.

Entre estos se hallan muchos, por ejemplo, que si bien no roban los bienes agenos, aman no obstante apasionadamente los propios: si no procuran con medios ilícitos los honores del mundo, no los aborrecen como deberian, ni dejan de desearlos, y algunas veces de pretenderlos por otros caminos que juzgan legítimos: guardan rigurosamente los ayunos de obligacion; pero no quieren mortificar la gula, absteniéndose

dose de manjares esquisitos y delicados : son castos y continentes ; pero no dejan ciertas conversaciones y pláticas de su gusto , que son de grande impedimento para los ejercicios de la vida espiritual , y para la íntima union con Dios.

Como estas conversaciones y pláticas son peligrosas para todo género de personas , y principalmente para los que no temen las consecuencias funestas , conviene que cada uno ponga particular cuidado en evitarlas ; porque de otra manera será imposible que no haga todas sus obras con tibieza de espíritu , y que no mezcle en ellas muchos intereses , imperfecciones y defectos ocultos , y una vana estimacion de sí mismo , y deseo desordenado de ser aplaudido del mundo.

Los que se descuidan en este punto , no solamente no hacen algun progreso en el camino de la perfeccion , mas retroceden con evidente peligro de recaer en sus vicios antiguos , porque no aman ni buscan la verdadera virtud , ni agradecen el beneficio que el Señor

les hizo en librarlos de la tiranía del demonio; y no conociendo como ignorantes y ciegos el infeliz y peligroso estado en que se hallan, viven siempre en una falsa paz y en una seguridad engañosa.

Aquí debes observar, hija mia, una ilusión tanto mas digna de temerse, cuanto es mas difícil de descubrirse. Muchos de los que se entregan á la vida espiritual, amándose con exceso á sí mismos (si es que puede decirse que se aman á sí mismos) eligen los ejercicios que se conforman mas con su gusto, y dejan los que se oponen á sus propias y naturales inclinaciones y apetitos sensuales, contra los cuales deberían emplear todas sus fuerzas en este espiritual combate. Por esto, hija mia, yo te exhorto á que te enamores de las penas y dificultades que ocurren en el camino de la perfección; porque cuanto fueren mayores los esfuerzos que hicieses para vencer las primeras dificultades de la virtud, será mas pronta y segura la victoria; y si te enamorares mas de las dificultades y penas del

combate , que de la victoria misma y de los frutos de la victoria , que son las virtudes , conseguirás mas breve y seguramente lo que pretendes.

CAPITULO XIII.

Del modo de combatir la sensualidad , y de los actos que debe hacer la voluntad para adquirir el hábito de las virtudes.

Siempre que la voluntad superior y racional fuere combatida por una parte de la inferior y sensual , y por otra de la divina , es necesario que te escites de muchas maneras para que prevalezca enteramente en tí la voluntad divina , y consigas la palma y la victoria.

Primeramente , cuando los primeros movimientos del apetito sensitivo se levantan contra la razon , procurarás resistirlos valerosamente , á fin de que la voluntad superior no los consienta.

Lo segundo , cuando hubieren ya

cesado estos movimientos, los excitarás de nuevo en ti, para reprimirlos con mayor ímpetu y fuerza.

Después podrás llamarlos á batalla para acostumbrarte á propulsarlos con un generoso menosprecio.

Pero advierte, hija mia, que en estos dos modos de excitar en ti las propias pasiones y apetitos desordenados, no tienen lugar los estímulos y movimientos de la carne de que hablaremos en otra parte.

Ultimamente, conviene que formes actos de virtud contrarios á todas las pasiones que pretendes vencer y sujetar. Por ejemplo: tú te hallas por ventura combatida de los movimientos de la impaciencia; si procuras entonces recogerte en tí misma, y consideras lo que pasa en tu interior, verás sin duda que estos movimientos que nacen y se forman en el apetito sensitivo, procuran introducirse en tu voluntad, y ganar la parte superior de tu alma.

En este caso, hija mia, conforme al primer aviso que te he dado, deberás hacer todo el esfuerzo posible para

detener el curso de estos movimientos , á fin de que tu voluntad no llegue jamas á consentirlos , y no te retires del combate hasta tanto que tu enemigo vencido y postrado se sujete á la razon.

Pero repara en el artificio y malicia del demonio. Cuando este espíritu maligno ve que resistimos valerosamente alguna pasion violenta , no solamente deja de escitarla y moverla en nuestro corazon ; pero si la halla ya encendida , procura extinguirla por algun tiempo , á fin de impedir que adquiramos con una firme consistencia la virtud contraria , y de hacernos caer despues en los lazos de la vanagloria , dándonos á entender con destreza , que como valientes y generosos soldados hemos triunfado en poco tiempo de nuestro enemigo. Por esta causa , hija mia , conviene que en este caso pases al segundo combate , reduciendo á tu memoria y despertando de nuevo en tu corazon los pensamientos que fueron causa de tu impaciencia ; y apenas hubieren escitado algun movimiento en la parte inferior , procurarás emplear todos los es-

fuerzos de la voluntad para reprimirlos.

Pero como muchas veces sucede, que despues de haber hecho grandes esfuerzos para resistir y propulsar los asaltos del enemigo, con la reflexion de que esta resistencia es agradable á Dios, no estamos seguros ni libres del peligro de ser vencidos en una tercera batalla: por esto conviene que entres tercera vez en el combate contra el vicio que pretendes vencer y sujetar, y concibas contra él no solamente aversion y menosprecio, sino abominacion y horror.

En fin, para adornar y perfeccionar tu alma con los hábitos de las virtudes, has de producir muchos interiores actos, que sean directamente contrarios á tus pasiones desordenadas. Por ejemplo: si quieres adquirir perfectamente el hábito de la paciencia, cuando alguno menospreciándote te diere ocasion de impaciencia, no basta que te ejercites en los tres combates de que hemos hablado para vencer la tentacion; es necesario demas de esto,

que ames el menosprecio y ultraje que recibiste : que desees recibir de nuevo de la misma persona la misma injuria ; y finalmente , que te propongas sufrir mayores y mas sensibles ultrajes y menosprecios.

La razon porque no podemos perfeccionarnos en la virtud sin los actos que son contrarios al vicio que deseamos corregir , es porque todos los demas actos , por muy frecuentes y eficaces que sean , no son capaces de estirpar la raiz que produce aquel vicio. Así , por no mudar de ejemplo , aunque no consientas á los movimientos de la ira y de la impaciencia , cuando recibes alguna injuria , mas antes bien los resistas y los combatas con las armas de que hemos hablado ; persuádate , hija mia , que si no te acostumbras á amar al oprobio , y á gloriarte de las injurias y menosprecios , no llegarás jamas á desarraigar de tu corazon el vicio de la impaciencia , que no nace de otra causa en nosotros , que de un temor escesivo de ser menospreciados del mundo , y de un deseo ardiente de

ser estimados : porque en fin , mientras esta viciosa raíz se conservare viva en tu alma , brotará siempre , y enflaqueciendo de día en día tu virtud , llegará con el tiempo á oprimirla de manera , que te hallarás en un continuo peligro de caer en los desórdenes pasados.

No esperes , pues , obtener jamas el verdadero hábito de las virtudes , si con repetidos y frecuentes actos de las mismas virtudes no destruyes los vicios que les son directamente opuestos. Digo con actos repetidos y frecuentes , porque así como se requieren muchos pecados para formar el hábito vicioso , así tambien se requieren muchos actos de virtud para producir y formar un hábito santo y perfecto , y enteramente incompatible con el vicio. Y añado , que se requiere mayor número de actos buenos para formar el hábito de la virtud , que de actos pecaminosos para formar el del vicio ; porque los hábitos de la virtud no son ayudados como los del vicio de la naturaleza corrompida y viciada por el pecado.

Demas de esto te advierto , que si la virtud de que deseas escitarte no puede adquirirse sin algunos actos exteriores conformes á los interiores , como sucede en el ejemplo ya propuesto de la paciencia , debes no solamente hablar con amor y dulzura al que te hubiere ofendido y ultrajado , sino tambien servirlo , agasajarlo y favorecerlo en lo que pudieres : y aunque estos actos ya interiores ó ya exteriores sean acompañados de tanta debilidad y flaqueza de espíritu , que te parezca que los haces contra tu voluntad , no obstante no dejes de continuarlos ; porque aunque sean muy débiles y flacos , te mantendrán firme y constante en la batalla , y te servirán de un socorro eficaz y poderoso para alcanzar la victoria.

Vela pues , hija mia , con atencion y cuidado sobre tu interior , y no contentándote con reprimir los movimientos mas fuertes y violentos de las pasiones , procura sujetar tambien los mas pequeños y leves ; porque éstos sirven ordinariamente de disposicion para los

otros, de donde nacen finalmente los hábitos viciosos. Por la negligencia y descuido que han tenido algunos en mortificar sus pasiones en cosas fáciles y ligeras, despues de haberlas mortificado en las mas difíciles y graves, se han visto, cuando menos lo imaginaban, mas poderosamente asaltados de los mismos enemigos, y vencidos con mayor daño.

Tambien te advierto, que atiendas á mortificar y quebrantar tus apetitos en las cosas que fueren lícitas, pero no necesarias, porque de esto te seguirán grandes bienes; pues podrás vencerte mas fácilmente en los demas apetitos desordenados: te harás mas esperta y fuerte en las tentaciones: te librarás mejor de los engaños y lazos del demonio, y agradarás mucho al Señor. Yo te digo, hija mia, lo que siento; no dejes de practicar estos santos ejercicios que te propongo, y de que verdaderamente necesitas para la reformation de tu vida interior; pues si los practicares, yo te aseguro que alcanzarás muy en breve una gloriosa

victoria de ti misma, harás en poco tiempo grandes progresos en la virtud, y vendrás á ser sólida y verdaderamente espiritual.

Pero obrando de otra suerte y siguiendo otros ejercicios, aunque te parezcan muy excelentes y santos, y experimentes con ellos tantas delicias y gustos espirituales que juzgues que te hallas en perfecta union y dulces coloquios con el Señor, ten por constante y cierto que no alcanzarás jamas virtud ni verdadero espíritu; porque el verdadero espíritu, como dijimos en el capítulo primero, no consiste en los ejercicios deleitables, y que lisonjean á la naturaleza, sino en los que le crucifijan con sus pasiones y deseos desordenados. De esta manera, renovado el hombre interiormente con los hábitos de las virtudes evangélicas, viene á unirse íntimamente con su Criador y su Salvador crucificado.

Es tambien indubitable y cierto, que así como los hábitos viciosos se forman en nosotros con repetidos y frecuentes actos de la voluntad superior,

cuando cede á los apetitos sensuales , así las virtudes cristianas se adquieren con repetidos y frecuentes actos de la voluntad , cuando se conforma con la de Dios , que escita y llama continuamente al alma , ya á una virtud , ya á otra. Como la voluntad , pues , no puede ser viciosa y terrena por grandes esfuerzos que haga el apetito inferior para corromperla si no consiente , así no puede ser santa y unirse con Dios por fuertes y eficaces que sean las inspiraciones de la divina gracia que la escitan y llaman , si no coopera no solamente con los actos interiores , sino tambien con los exteriores si fuere necesario.

CAPITULO XIV.

De lo que se debe hacer cuando la voluntad superior parece vencida de la inferior , y de otros enemigos.

Si alguna vez te pareciere que tu voluntad superior se halla muy flaca

para resistir á la inferior y á otros enemigos, porque no sientes en tí ánimo y resolucion bastante para sostener sus asaltos, no dejes de mantenerte firme y constante en la batalla, ni abandones el campo; porque has de persuadirte siempre á que te hallas victoriosa, mientras no reconocieres claramente que cediste y te dejaste vencer y sujetar; pues así como nuestra voluntad superior no necesita del consentimiento del apetito inferior para producir sus actos, así aunque sean muy violentos y fuertes los asaltos con que la combatiere este enemigo doméstico, conserva siempre el uso de su libertad, y no puede ser forzada á ceder y consentir si ella misma no quiere; porque el Criador le ha dado un poder tan grande y un imperio tan absoluto, que aunque todos los sentidos, todos los demonios y todas las criaturas conspirasen juntamente contra ella para oprimirla y sujetarla, no obstante podría siempre querer ó no querer con libertad lo que quiere ó no quiere tantas veces, y por tanto tiempo, en el mo-

do y para el fin que mas le agradase.

Pero si alguna vez estos enemigos te asaltasen y combatiesen con tanta violencia , que tu voluntad ya oprimida y cansada no tuviese vigor ni espíritu para producir algun acto contrario , no pierdas el ánimo ni arrojes las armas ; mas sirviéndote en este caso de la lengua , le defenderás , diciendo : *no me rindo , no quiero ni consiento* , como suelen hacer los que hallándose ya oprimidos , sujetos y dominados de su enemigo , no pudiendo con la punta de la espada , lo hieren con el pomo : y así como estos desasiéndose con industria de su contrario se retiran algunos pasos para volver sobre su enemigo y herirlo mortalmente , así tú procurarás retirarte al conocimiento de tí misma que nada puedes , y animada de una generosa confianza en Dios , que lo puede todo , te esforzarás á combatir y vencer la pasion que te domina , diciendo entónces : *ayudadme , Señor , ayudadme , Dios mio : no abandoneis á vuestra sierva : no permitais que yo me rinda á la tentacion.*

Podrás tambien , si el enemigo te diere tiempo, ayudar la flaqueza de la voluntad , llamando en su socorro al entendimiento , y fortificándola con diversas consideraciones que sean propias para darla aliento y animarla al combate ; como por ejemplo , si hallándote alligida de alguna injusta persecucion ó de otro trabajo , te sintieses de tal suerte tentada y combatida de la impaciencia, que tu voluntad no pudiese ni quisiese sufrir cosa alguna, procurarás esforzarla y ayudarla con la consideracion de los puntos siguientes , ó de otros semejantes.

Primeramente, considera si mereces el mal que padeces , y si tú misma diste la ocasion y el motivo ; pues si te hubiere sucedido por culpa tuya , la razon pide que toleres y sufras pacientemente una herida que tú misma te has hecho con tus propias manos.

2. Mas cuando no tengas alguna culpa en tu daño , vuelve los ojos y el pensamiento á tus desórdenes pasados , de que todavía no te ha castigado la divina justicia , ni tú has hecho la de-

bida penitencia ; y viendo que Dios por su misericordia te trueca el castigo que habia de ser , ó mas largo en el purgatorio ó eterno en el infierno , en otro mas ligero y mas breve , recíbelo no solamente con paciencia , sino tambien con alegría y con rendimiento de gracias.

3. Pero si te pareciere que has hecho mucha penitencia , y que has ofendido poco á Dios (cosa que debe estar siempre muy lejos de tu pensamiento) deberás considerar que en el reino de los cielos no se entra sino por la puerta estrecha de las tribulaciones y de la cruz. (*Actor. 14.*)

4. Considera asimismo , que aun cuando pudieses entrar por otra puerta , la ley sola del amor debería obligarte á escoger siempre la de las tribulaciones , por no apartarte un punto de la imitacion del Hijo de Dios y de todos sus escogidos , que no han entrado en la bienaventuranza de la gloria sino por medio de las espinas y tribulaciones.

5. Mas lo que principalmente debes mirar y atender , así en esta como en

cualquiera otra ocasion, es la voluntad de Dios, que por el amor que te tiene se deleita y complace indeciblemente de verte hacer actos heróicos de virtud, y corresponder á su amor con estas pruebas de tu valor y fidelidad. Y ten por cierto, que cuanto mas grave fuere la persecucion que padeces, y más injusta de parte de su autor, tanto mas estimará el Señor tu fidelidad y constancia, viendo que en medio de tus aflicciones adoras sus juicios y te sujetas á su providencia, en la cual todos los sucesos, aunque nos parezcan muy desórdenados, tienen regla y orden perfectísimo.

CAPITULO XV.

De algunas advertencias importantes para saber en qué modo se ha de pelear, contra qué enemigos se debe combatir, y con qué virtud pueden ser vencidos.

Ya has visto, hija mia, el modo en

que debes combatir para vencerte á tí misma, y adornarte de las virtudes. Ahora conviene que sepas que para conseguir mas fácil y prontamente la victoria, no te basta combatir y mostrar tu valor una sola vez; mas es necesario que vuelvas cada día á la batalla, y renueves el combate principalmente contra el amor propio, hasta tanto que vengas á mirar como preciosos y amables todos los desprecios y disgustos que pudieren venirte del mundo.

Por la inadvertencia y descuido que se tiene comunmente en este combate, sucede muchas veces que las victorias son difíciles, imperfectas, raras y de poca duracion. Por esta causa te aconsejo, hija mia, que pelees con esfuerzo y resolucion, y que no te escuses con el pretexto de tu flaqueza natural; pues si te faltan las fuerzas, Dios te las dará como se las pidas.

Considera demas de esto, que si es grande la multitud y el furor de tus enemigos, es mayor infinitamente la bondad de Dios y el amor que te tie-

ne, y que son mas los ángeles del cielo y las oraciones de los santos que te asisten y combaten en tu defensa. Estas consideraciones han animado de tal suerte á muchas mugeres sencillas y flacas, que han podido vencer toda la sabiduría del mundo, resistir á todos los atractivos de la carne, y triunfar de todas las fuerzas del infierno.

Por esta causa no debes desmayar jamas, ó perder el ánimo en este combate, aunque te parezca que los esfuerzos de tantos enemigos son difíciles de vencer, que la guerra no tendrá fin sino con tu vida, y que te hallas de todas partes amenazada de una ruina casi inevitable; porque es bien que sepas que ni las fuerzas, ni los artificios de nuestros enemigos pueden hacernos algun daño sin la permission de nuestro divino Capitan por cuyo honor se combate, el cual nos exhorta y llama á la pelea; y no solamente no permitirá jamas que los que conspiran á tu perdition logren su intento, mas antes bien combatirá por tí, y cuando será de su agrado te dará la victoria con

grande fruto y ventaja tuya, aunque te la dilate hasta el último día de tu vida.

Lo que desea, hija mia, y pide únicamente de tí, es que combatas generosamente, y que aunque salgas herida muchas veces, no dejes jamas las armas, ni huyas de la batalla. Finalmente, para escitarte á pelear con resolución y constancia, considerarás que esta guerra es inevitable, y que es forzoso ó pelear ó morir; porque tienes que luchar contra enemigos tan furiosos y obstinados, que no podrás tener jamas paz, ni tregua con ellos.

CAPITULO XVI.

Del modo en que el soldado de Cristo debe presentarse al combate por la mañana.

La primera cosa que debes hacer cuando despiertas, es abrir los ojos del alma, y considerarte como en un campo de batalla en presencia de tu ene-

migo y en la necesidad forzosa , ó de combatir , ó de perecer para siempre. Imagínate que tienes delante de tus ojos á tu enemigo ; esto es , al vicio ó pasion desordenada que deseas domar y vencer , y que este monstruo furioso viene á arrojarle sobre tí para oprimirte y vencerte. Representate al mismo tiempo que tienes á tu diestra á tu invencible capitan Jesucristo , acompañado de María y de José , y de muchos escuadrones de ángeles y bienaventurados , y particularmente del glorioso arcángel san Miguel ; y á la siniestra á Lucifer con sus ministros , resueltos á sostener con todas sus fuerzas la pasion ó vicio que pretendes combatir , y á usar de todos los artificios y engaños que caben en su malicia para rendirte.

Asimismo te imaginarás que oyes en el fondo de tu corazon una secreta voz de tu ángel custodio que te habla de esta suerte : este es el dia en que debes hacer los últimos esfuerzos para vencer este enemigo , y todos los demas que cospiran á tu perdicion y ruina. Ten ánimo y constancia. No te dejes

vencer de algun vano temor ó respeto; porque tu capitan Jesucristo está á tu lado con todos los escuadrones del ejército celestial para defenderte contra todos los que te hacen guerra, y no permitirá que prevalezcan contra tí sus fuerzas ni sus artificios. Procura estar firme y constante: hazte fuerza y violencia, y sufre la pena que sintieres en violentarte y vencerte. Dá voces al Señor desde lo mas íntimo de tu corazón: invoca continuamente á Jesus y María: pide á todos los santos y bienaventurados que te socorran y asistan; y no dudes que alcanzarás la victoria.

Aunque seas flaca y estés mal habituada, y tus enemigos te parezcan formidables por su número y por sus fuerzas, no temas; porque los escuadrones que vienen del cielo para tu socorro y defensa, son mas fuertes y numerosos que los que envía el infierno para quitarte la vida de la gracia. El Dios que te ha criado y redimido es todopoderoso, y tiene sin compara-

cion mas deseo de salvarte que el demonio de perderte.

Pelea , pues , con valor , y entra desde luego con esfuerzo y resolucion en el empeño de vencerte y mortificarte á tí misma ; porque de la continua guerra contra tus malas inclinaciones y hábitos viciosos , ha de nacer finalmente la victoria y aquel gran tesoro con que se compra el reino de los cielos , donde el alma se une para siempre con Dios. Empieza pues , hija mia , á combatir en el nombre del Señor , teniendo por espada y por escudo la desconfianza de tí misma , la confianza en Dios , la oracion y el ejercicio en tus potencias.

Asistida de estas armas provocarás á la batalla á tu enemigo (esto es , aquella pasion ó vicio dominante que hubieres resuelto combatir y vencer) ya con un generoso menosprecio , ya con una firme resistencia , ya con actos repetidos de la virtud contraria , ya finalmente con otros medios que te inspirará el cielo para esterminarlo de tu corazon. No descanses ni dejes la pelea

hasta que lo hayas domado y vencido enteramente; y merecerás por tu constancia la corona de las manos de Dios, que con toda la Iglesia triunfante estará mirando desde el cielo tu combate.

Vuelvo á advertirte, hija mia, que no desistas ni ceses de combatir, atendiendo á la obligacion que tenemos de servir y agradar á Dios, y á la necesidad de pelear; pues no podemos excusar la batalla, ni salir de ella sin quedar muertos ó heridos. Considera que cuando como rebelde quisieses huir de Dios y darte á las delicias de la carne, te seria forzoso á tu pesar el combatir con infinitas contrariedades, y sufrir grandes amarguras y penas para satisfacer á tu sensualidad y á tu ambicion. ¿No seria una increíble locura elegir y abrazar penas y afanes que nos inducen y llevan á mayores penas y afanes, y aun á los tormentos eternos, y huir de algunas ligeras tribulaciones que se acaban presto, y nos encaminan y guian á una eterna felicidad, y nos aseguran el ver á Dios para siempre y gozarle?

CAPITULO XVII.

*Del orden que se debe guardar en el
combate contra las pasiones y
vicios.*

Importa mucho , hija mia , que sepas el orden que se debe guardar para combatir como se debe , y no acaso y por costumbre como hacen muchos , que por esta causa pierden todo el fruto de su trabajo.

El orden de combatir contra tus vicios y malas inclinaciones es recogerte dentro de tí misma , á fin de examinar con cuidado cuáles son ordinariamente tus deseos y tus aficiones , y reconocer cuál es la pasión que reina en tu corazón ; y á esta particularmente has de declarar la guerra como á tu mayor enemigo. Pero si el maligno espíritu , haciendo diversion , te asaltare por otra pasión ó vicio , deberás entonces acudir sin tardanza adonde fuere mayor y mas urgente la necesidad ,

y volverás despues á tu primera empresa.

CAPITULO XVIII.

De qué manera deben reprimirse los movimientos repentinos de las pasiones.

Si no estuvieres acostumbrada á reparar y resistir los golpes repentinos de las injurias, afrentas y demas penas de esta vida, conseguirás esta costumbre previéndolas con el discurso, y preparándote de lejos á recibirlas.

El modo de preveerlas es, que despues de haber examinado la calidad y naturaleza de tus pasiones, consideres las personas con quienes tratas, y los lugares y ocasiones donde te hallas ordinariamente; y de aquí podrás fácilmente conjeturar todo lo que puede sucederte.

Pero si bien en cualquiera accidente imprevisto te aprovechará mucho el haberte precaucionado contra semejantes motivos y ocasiones de mortifi-

cacion y pena, podrás no obstante servirte tambien de este otro medio.

Apenas empezares á sentir los primeros golpes de alguna injuria, ó de cualquiera otra afliccion, procura levantar tu espíritu á Dios, considerando que este accidente es un golpe del cielo, que su misericordia te envía para purificarte, y para unirme mas estrechamente á sí: y despues que hayas reconocido que su bondad inefable se deleita y complace infinitamente de verte sufrir con alegría las mayores penas y adversidades por su amor, vuelve sobre ti misma, y reprendiéndote dirás: *¡O cuán flaca y cobarde eres! ¿por qué no quieres tú sufrir y llevar una cruz, que te envía, no esta ó aquella persona, sino tu Padre celestial?* Despues mirando la cruz abrázala, y recíbela no solamente con sumision, sino con alegría, diciendo: *¡O cruz, que el amor de mi Redentor crucificado me hace mas dulce y apetecible que todos los placeres de los sentidos!* Uneme hoy estrechamente contigo, para que por tí yo pueda unirme estrecha-

mente con el que me ha redimido , muriendo entre sus brazos.

Pero si prevaleciendo en tí la pasión en los principios , no pudieres levantar el corazón á Dios , y te sintieres herida , no por esto desmayes , ni dejes de hacer todos los esfuerzos posibles para vencerla , implorando el socorro del cielo.

Después de todo esto , hija mia , el camino mas breve y seguro para reprimir y sujetar estos primeros movimientos de las pasiones es quitar la causa de donde proceden. Por ejemplo : si por tener puesto tu afecto en alguna cosa de tu gusto , observas que te turbas , te enojas y te inquietas cuando te tocan en ella , procura desnudarte de este afecto , y gozarás de un perfecto reposo.

Mas si la inquietud que sientes procede , no de amor desreglado á algun objeto de tu gusto , sino de aversion natural á alguna persona , cuyas menores acciones te ofenden y desagradan , el remedio eficaz y propio de este mal es que á pesar de tu antipatía te

esfuerzes á amar esta persona , no solamente porque es una criatura formada de la mano de Dios , y redimida con la preciosa Sangre de Jesucristo de la misma suerte que tú , sino tambien porque sufriendo con dulzura y paciencia sus defectos , puedes hacerte semejante á tu Padre celestial , que con todos es generalmente benigno y amoroso. (*Matt. 5.*)

CAPITULO XIX.

*Del modo en que se debe combatir
contra el vicio deshonesto.*

Contra este vicio has de hacer la guerra de un modo particular , y con mayor resolucion y esfuerzo que contra los demas vicios. Para combatirlo como conviene , es necesario que distingas tres tiempos.

El primero , antes de la tentacion.

El segundo , cuando te hallares tentada.

El tercero , despues que se hubiere pasado la tentacion.

1. Antes de la tentacion tu pelea ha de ser contra las causas y personas que suelen ocasionar esta tentacion. Primeramente has de pelcar no buscando ni acometiendo á tu enemigo , sino huyendo cuando te sea posible de cualquiera cosa ó persona que te pueda ocasionar el mas mínimo peligro de caer en este vicio : y cuando , ó la condicion de la vida comun , ó la obligacion del oficio particular , ó la caridad con el prójimo , te obligaren á la presencia y á la conversacion de tales objetos , procurarás contenerte severamente dentro de aquellos límites que hace inculpables la necesidad , usando siempre de palabras modestas y graves, y mostrando un aire mas serio y austero que familiar y afable.

No presumas de tí misma , aunque en todo el discurso de tu vida no hayas sentido los penosos estímulos de la carne , porque el espíritu de la impureza suele hacer en una hora lo que no ha podido en muchos años. Muchas

veces ordena y dispone ocultamente sus máquinas para herir con mayor ruina y estrago; y nunca es mas de rezelar y de temer que cuando mas se disimula y da menos sospechas de sí.

La experiencia nos muestra cada dia que nunca es mayor el peligro que cuando se contraen ó se mantienen ciertas amistades en que no se descubre algun mal, por fundarse sobre razones y títulos especiosos, ya de parentesco, ya de gratitud, ya de algun otro motivo honesto, ya sobre el mérito y virtud de la persona que se ama; porque con las visitas frecuentes y largos razonamientos se mezcla insensiblemente en estas amistades el venenoso deleite del sentido; y penetrando con un pronto y funesto progreso hasta la médula del alma, obscurece de tal suerte á la razon; que vienen finalmente á tenerse por cosas muy leves el mirar inmodesto, las espresiones tiernas y amorosas, las palabras libres, los donaires y los equívocos, de donde nacen tentaciones y caidas muy graves.

Huye pues , hija , de la mas mínima sombra de este vicio , si quieres conservarte inocente y pura. No te fies de tu virtud ni de las resoluciones ó propósitos que hubieres hecho de morir antes que ofender á Dios : porque si el amor sensual que se enciende en estas conversaciones dulces y frecuentes se apodera una vez de tu corazon , no tendrás respeto á parentesco , por contentar y satisfacer tu pasion : serán inútiles y vanas todas las exhortaciones de tus enemigos : perderás absolutamente el temor de Dios , y el fuego mismo del infierno no será capaz de extinguir tus llamas impuras. Huye , huye , si no quieres ser sorprendida y presa , y lo que mas es , perder la vida.

2. Huye de la ociosidad , procura vivir con cautela , y ocuparte en pensamientos y en obras convenientes á tu estado.

3. Obedece con alegría á tus superiores y ejecuta con prontitud las cosas que te ordenaren , abrazando con mayor gusto las que te humillan y son

mas contrarias á tu voluntad y natural inclinacion.

4. No hagas jamas juicio temerario del prójimo , principalmente en este vicio ; y si por desgracia hubiere caído en algun desórden , y fuere manifiesta y pública su caída , no por eso le menosprecies ó le insultes : mas compadeciéndote de su flaqueza , procura aprovecharte de su caída humillándote á los ojos de Dios , conociendo y confesando que no eres sino polvo y ceniza , implorando con humildad y fervor el socorro de su gracia , y huyendo desde entónces con mayor cuidado de todo comercio y comunicacion en que pueda haber la menor sombra de peligro.

Advierte , hija mia , que si fueres fácil y pronta en juzgar mal de hermanos y en despreciarlos , Dios te corregirá á tu costa permitiendo que caigas en las mismas faltas que condenas , para que así vengas á conocer tu soberbia , y humillada procures el remedio de uno y otro vicio.

Pero aunque no caigas en alguna

de estas faltas, sabe, hija mia, que si continuas en formar juicios temerarios contra el prójimo, estarás siempre en evidente peligro de perecer.

Ultimamente, en las consolaciones y gustos sobrenaturales que recibieres del Señor, guárdate de admitir en tu espíritu algun sentimiento de complacencia ó de vanagloria, persuadiéndote á que has llegado ya al colmo de la perfeccion, y que tus enemigos no se hallan ya en estado de hacerte guerra, porque te parece que los miras con menosprecio, aversion y horror; pues si en esto no fueres muy cauta y advertida, caerás con facilidad.

En cuanto al tiempo de la tentacion conviene considerar si la causa de donde procede es interior ó exterior.

Por causa exterior yo entiendo la curiosidad de los ojos y de las orejas, la delicadeza y lujo de los vestidos, las amistades sospechosas y los razonamientos que incitan á este vicio.

La medicina en estos casos es el pudor y la modestia que tienen cerrados los ojos y las orejas á todos los

objetos que son capaces de manchar la imaginacion ; pero el principal remedio es la fuga como dije.

La interior procede , ó de la vivacidad y lozanía del cuerpo , ó de los pensamientos de la mente que nos vienen de nuestros malos hábitos , ó de las sugestiones del demonio.

La vivacidad y lozanía del cuerpo se ha de mortificar con los ayunos , con las disciplinas , con los cilicios , con las vigiliass y con otras austeridades semejantes ; mas sin esceder los límites de la discrecion y de la obediencia.

Por lo que mira á los pensamientos (de cualquiera causa ó principio de donde nacieren) los remedios y preservativos son estos : la ocupacion en los ejercicios que son propios de tu estado , la oracion y meditacion.

La oracion se ha de hacer en esta forma. Apenas te vinieren semejantes pensamientos y empezares á sentir su impresion , procura luego recogerte dentro de tí misma , y poniendo los ojos en Jesucristo , le dirás : *¡ O mi dulce*

Jesús, acudid prontamente á mi socorro para que yo no caiga en las manos de mis enemigos! Otras veces abrazando la cruz de donde pende tu Señor, besarás repetidas veces las sacratísimas llagas de sus pies, diciendo con fervor y confianza: ¡O llagas adorables! ¡O llagas infinitamente santas! imprimid vuestra figura en este impuro y miserable corazón, preservándome de vuestra ofensa.

La meditacion, hija mia, yo no quisiera que en el tiempo en que abundan las tentaciones de los deleites carnales, fuese sobre ciertos puntos que algunos libros espirituales proponen por remedios de semejantes tentaciones, como por ejemplo, el considerar la vileza de este vicio, su insaciabilidad, los disgustos y amarguras que le acompañan, y las ruinas que ocasiona en la hacienda, en el honor, en la salud y en la vida: porque no siempre este es medio seguro para vencer la tentacion, antes bien puede empeñarnos mas en el peligro; pues si el entendimiento de una parte arroja y desecha estos

pensamientos, los escita y llama por otra, y pone á la voluntad en peligro de deleitarse con ellos y de consentir en el deleite.

Por esta causa el medio mas seguro para librarte y defenderte de tales pensamientos, es apartar la imaginacion, no solamente de los objetos impuros, sino tambien de los que les son contrarios; porque esforzándote á repelerlos por lo que les son contrarios, pensarás en ellos aunque no quieras, y conservarás sus imágenes. Conténtate, pues, en estos casos con meditar sobre la Pasion de Jesucristo; y si mientras te ocupas en este santo ejercicio, volvieren á molestarte y afligirte con mas vehemencia los mismos pensamientos, no por esto pierdas el ánimo ni dejes la meditacion, ni para resistirles te vuelvas contra ellos, antes bien menospreciándolos enteramente como si no fuesen tuyos, sino del demonio, perseverarás constante en meditar con toda la atencion que te fuese posible sobre la muerte de Jesucristo; porque no hay medio mas poderoso

para arrojar de nosotros el espíritu inmundo , aun cuando estuviese resuelto y determinado á hacernos perpetuamente la guerra.

Concluirás despues tu meditacion con esta peticion , ó con otra semejante: *¡O Criador y Redentor mio! Libradme de mis enemigos por vuestra infinita bondad , y por los méritos de vuestra sacratísima Pasion.* Pero guárdate mientras dijeres esto de pensar en el vicio de que deseas defenderte , porque la menor idea será peligrosa.

Sobre todo no pierdas el tiempo en disputar contigo misma para saber si consentiste ó no consentiste á la tentacion ; porque este género de exámen es una invencion del demonio que con pretexto de un bien aparente , ó de una obligacion quimérica , pretende inquietarte y hacerte tímida y desconfiada , ó precipitarte en algun deleite sensual con estas imaginaciones impuras de que ocupa tu espíritu.

Todas las veces , pues , que en estas tentaciones no fuere claro el consentimiento , bastará que descubras bre-

vemente á tu padre espiritual lo que supieres, quedando despues quieta y sosegada con su parecer, sin pensar mas en semejante cosa. Pero no dejes de descubrirle con fidelidad todo el fondo de tu corazon, sin ocultarle jamas alguna cosa, ó por vergüenza ó por cualquiera otro respeto; porque si para vencer generalmente á todos nuestros enemigos nos es necesaria la humildad, ¿cuánta necesidad tendremos de esta virtud para librarnos y defender-nos de un vicio que es casi siempre pena y castigo de nuestro orgullo?

Pasado el tiempo de la tentacion la regla que deberás guardar es esta. Aunque goces de una profunda calma y de un perfecto sosiego, y te parezca que te hallas libre y segura de semejantes tentaciones, procura no obstante tener lejos de tu pensamiento los objetos que te las causaron, y no las permitas que vuelvan á entrar en tu espíritu con algun color ó pretesto de la virtud, ó de otro bien imaginado; porque semejantes pretestos son engaños de nuestra naturaleza corrompida, y lazos del de-

monio que se transforma en ángel de luz (2. Cor. 11.) para inducirnos en las tinieblas exteriores que son las del infierno.

CAPITULO XX.

Del modo de pelear contra el vicio de la pereza.

Importa mucho , hija mia , que hagas la guerra á la pereza , porque este vicio no solamente nos aparta del camino de la perfeccion , mas nos pone enteramente en las manos de los enemigos de nuestra salud.

Si quieres no caer en la mísera servidumbre de este vicio , has de huir de toda curiosidad y afecto terreno , y de cualquiera ocupacion que no convenga á tu estado. Asimismo serás muy diligente en corresponder á las inspiraciones del cielo , en ejecutar las órdenes de tus superiores , y en hacer todas las cosas en el tiempo y en el modo que ellos desean.

No tardes ni un breve instante en cumplir lo que te se hubiera ordenado ; porque la primera dilacion ó tardanza ocasiona la segunda , y la segunda la tercera y las demas , á las cuales el sentido se rinde y cede mas fácilmente que á las primeras , por haberse ya aficionado al placer y dulzura del descanso ; y así , ó la accion se empieza muy tarde , ó se deja como molesta y pesada.

De esta suerte viene á formarse en nosotros el hábito de la pereza , el cual es muy difícil de vencer , si la vergüenza de haber vivido en una suma negligencia y descuido no nos obliga en fin á tomar la resolucion de ser en lo venidero mas laboriosos y diligentes.

Pero advierte , hija mía , que la pereza es un veneno que se derrama en todas las potencias del alma , y que no solamente inficiona la voluntad , haciéndola que aborrezca el trabajo , sino tambien el entendimiento , cegándolo para que no vea cuán vanos y mal fundados son los propósitos de los negligentes y perezosos ; pues lo que debe-

rian hacer luego y con diligencia , ó no lo hacen jamas , ó lo prolongan y dejan para otro tiempo.

Ni basta que se haga con prontitud la obra que se ha de hacer , mas es necesario hacerla en el tiempo que pide la calidad y naturaleza de la misma obra , y con toda la diligencia y cuidado que conviene , para darle toda la perfeccion posible ; porque en fin no es diligencia , sino una pereza artificiosa y fina hacer con precipitacion las cosas , no cuidando de hacerlas bien , sino de concluir las presto , para entregarnos despues al reposo en que teníamos fijo todo el pensamiento. Este desórden nace ordinariamente de no considerarse bastantemente el valor y precio de una buena obra , cuando se hace en su propio tiempo , y con ánimo resuelto á vencer todos los impedimentos y dificultades que opone el vicio de la pereza á los nuevos soldados que comienzan á hacer guerra á sus pasiones y vicios.

Considera pues , hija mia , que una sola aspiracion , una oracion jaculato-

ria , una reflexion , y la menor demostracion de culto y de respeto á la Magestad divina , es de mayor precio y valor que todos los tesoros del mundo ; y cada vez que el hombre se mortifica en alguna cosa , los ángeles del cielo le fabrican una bella corona en recompensa de la victoria que ha ganado sobre sí misma.

Considera , al contrario , que Dios quita poco á poco sus dones y gracias á los tibios y perezosos , y las aumenta á los fervorosos y diligentes , para hacerlos entrar despues en la alegría y gozo de su bienaventuranza.

Pero si en el principio no te sintieres con fuerza y vigor bastante para sufrir las dificultades y penas que se presentan en el camino de la perfeccion , es necesario que procures ocultártelas con destreza á tí misma , de suerte que te parezcan menores que suelen figurárselas los perezosos. Por ejemplo : si para adquirir una virtud necesitas de ejercitarte en repetidos y frecuentes actos , y combatir con muchos y poderosos enemigos que se opo-

nen á tu intento, empieza á formar estos actos como si hubiesen de ser pocos los que has de producir; trabaja como si tu trabajo no hubiese de durar sino muy breve tiempo, y combate á tus enemigos el uno despues del otro, como si no tuvieses sino uno solo que combatir y vencer, poniendo toda tu confianza en Dios, y esperando que con el socorro de su gracia serás mas fuerte que todos ellos. Pues si obrares de esta suerte, vendrás á librarte del vicio de la pereza, y á adquirir la virtud contraria.

Lo mismo practicarás en la oracion. Si tu oracion debe durar una hora, y te parece largo este tiempo, propone solamente orar medio cuarto de hora, y pasando de este medio cuarto de hora á otro, no te será difícil ni penoso el llenar finalmente la hora entera. Pero si al segundo ó tercero medio cuarto de hora sintieres demasiada repugnancia y pena, deja entónces el ejercicio para no aumentar tu desabrimiento y disgusto; porque esta interrupcion no

te causará algun daño, si despues vuel-
ves á continuarlo.

Este mismo método has de obser-
var en las obras exteriores y manuales.
Si tuvieres diversas cosas que hacer,
y por parecerte muchas y muy difíci-
les sientes inquietud y pena, comien-
za siempre por la primera con resolu-
cion, sin pensar en las demas; porque
haciéndolo así con diligencia, vendrás
á hacerlas todas con menos trabajo y
dificultad de lo que imaginabas.

Si no procuras, hija mia, guardar
esta regla, y no te esfuerzas á vencer
el trabajo y dificultad que nace de la
pereza, advierte que con el tiempo
vendrá á prevalecer en tí de tal mane-
ra este vicio, que las dificultades y
penas que son inseparables de los pri-
meros ejercicios de la virtud, no sola-
mente te molestarán cuando estan pre-
sentes, mas desde lejos te causarán
disgusto y congojas, porque estarás
siempre con un continuo temor de ser
ejercitada y combatida de tus enemi-
gos, y en la misma quietud vivirás in-
quieta y turbada.

Convienes , hija mia , que sepas que en este vicio hay un veneno oculto que oprime y destruye no solamente las primeras semillas de las virtudes , sino tambien las virtudes que estan ya formadas ; y que como la carcoma roe y consume insensiblemente la madera , así este vicio roe y consume insensiblemente la médula de la vida espiritual , y por este medio suele el demonio tender sus redes y lazos á los hombres y particularmente á los que aspiran á la perfeccion.

Vela , pues , sobre tí misma , dándote á la oracion y á las buenas obras , y no aguardes á tejer el paño de la vestidura nupcial para cuando ya habias de estar vestida y adornada de ella para salir á recibir el esposo. (*Matt. 22 et 25.*)

Acuérdate cada dia que quien te da la mañana no te promete la tarde ; y que quien te da la tarde no te asegura la mañana. (*Véase en la 2. part. trat. 4. cap. 14.*)

Emplea santamente cada hora del dia como si fuese la última ; ocúpate

toda en agradar á Dios, y teme siempre la estrecha y rigurosa cuenta que le has de dar de todos los instantes de tu vida.

Ultimamente te advierto, que tengas por perdido aquel día, en que aunque hayas trabajado con diligencia y concluido muchos negocios, no hubieres alcanzado muchas victorias contra tu propia voluntad y malas inclinaciones, ni hubieres rendido gracias y alabanzas á Dios por sus beneficios, y principalmente por el de la dolorosa muerte que padeció por tí, y por el suave y paternal castigo que te dá, si por ventura te hubiese hecho digna del tesoro inestimable de alguna tribulacion.

CAPITULO XXI.

Cómo debemos gobernar los sentidos exteriores, y servirnos de ellos para la contemplacion de las cosas divinas.

Grande advertencia y continuado ejercicio pide el gobierno y buen uso de los sentidos exteriores; porque el apetito sensitivo, de donde nacen todos los movimientos de la naturaleza corrompida, se inclina desenfrenadamente á los gustos y deleites, y no pudiendo adquirirlos por sí mismo, se sirve de los sentidos como de instrumentos propios y naturales para traer á sí los objetos, cuyas imágenes imprime en el alma: de donde se origina el placer sensual, que por la estrecha comunicacion que tienen entre sí el espíritu y la carne, derramándose desde luego en todos los sentidos que son capaces de aquel deleite, pasa despues á inficionar como un mal contagioso las po-

tencias del alma, y viene finalmente á corromper todo el hombre.

Los remedios con que podrás preservarte de un mal tan grave son estos.

Estarás siempre advertida y sobre aviso de no dar mucha libertad á tus sentidos, y de no servirte de ellos para el deleite, sino solamente para buen fin, ó por alguna necesidad ó provecho; y si por ventura, sin que tú lo adviertas, se derramaren á vanos objetos para buscar algun falso deleite, recógelos luego y réglalos de suerte que se acostumbren á sacar de los mismos objetos grandes socorros para la perfeccion del alma, y no admitir otras especies que las que pueden ayudarla para elevarse por el conocimiento de las cosas criadas á la contemplacion de las grandezas de Dios: lo cual podrás practicar en esta forma.

Cuando se presentare á tus sentidos algun objeto agradable, no consideres lo que tiene de material, mas míralo con los ojos del alma; y si advirtieres ó hallares en él alguna cosa que lisonjee y agrade á tus sentidos, considera

que no la tiene de sí, sino que la ha recibido de Dios, que con una mano invisible lo ha criado, y le comunica toda bondad y hermosura que en él admiras.

Despues te alegrarás de ver que este Sér soberano é independiente, que es el único autor de tantas bellas calidades que te hechizan en las criaturas, las contiene todas en sí mismo con eminencia, y que la mas escelente no es mas que una sombra de sus infinitas perfecciones.

Cuando vieres ó contemplares alguna obra escelente y perfecta de tu Criador, considera su nada, y fija los ojos del entendimiento en el divino Artífice que la dió el ser, y poniendo en él solo toda tu alegría le dirás: *¡O Esencia divina, objeto de todos mis deseos, y única felicidad mia, cuánto me alegro de que tú seas el principio infinito de todo el ser y perfeccion de las criaturas!*

De la misma suerte cuando vieres árboles, plantas, flores ó cosas semejantes, considera que la vida que tie-

nen no la tienen de sí, sino del espíritu que no ves y que las vivifica; y podrás decirle: *Vos sois, Señor, la verdadera vida, de quien, en quien y por quien viven y crecen todas las cosas. ¡O viva alegría de mi corazón!*

Asimismo de la vista de los animales levantarás el pensamiento á Dios que les ha dado el sentido y movimiento, y le dirás. *¡O gran Dios, que moviendo todas las cosas en el mundo, sois siempre inmóvil en Vos mismo! ¡Cuánto me alegro de vuestra perpetua estabilidad y firmeza!*

Cuando sintieres que se inclina tu afecto á la belleza de las criaturas, separa luego lo que ves de lo que no ves; deja el cuerpo, y vuelve el pensamiento al espíritu. Considera que todo lo que parece hermoso á tus ojos, viene de un principio invisible, que es la hermosura increada, y te dirás á tí misma: *Estos no son sino destellos ó arroyuelos de aquella fuente increada, ó gotas de aquel piélago infinito de donde manan todos los bienes. ¡O cómo me alegro en lo íntimo del corazón pensan-*

do en la eterna belleza , que es origen y causa de todas las bellezas criadas!

Cuando vieres alguna persona en quien resplandeciere la bondad , la sabiduría , la justicia ó alguna otra virtud , distingue igualmente lo que tiene de sí misma , de lo que ha recibido del cielo , y dirás á Dios : *¡O riquísimo tesoro de todas las virtudes! Yo no puedo explicar la alegría que siento cuando considero que no hay algun bien que no proceda de Vos , y que todas las perfecciones de las criaturas son nada en comparacion de las vuestras. Yo os alabo y bendigo , Señor , por este y por todos los demas bienes que os habeis dignado de comunicar á mi prójimo. Acordaos , Señor , de mi pobreza , y de la necesidad que tengo de tal y tal virtud.*

Cuando hicieres alguna cosa , considera que Dios es la primera causa de aquella obra , y que tú no eres sino un vil instrumento ; y levantando el pensamiento á su divina Magestad , le dirás : *¡O soberano Señor del mundo! Yo reconozco con alegría indecible , que sin Vos no puedo obrar cosa alguna , y que*

Vos sois el primero y el principal artífice de todas.

Cuando comieres de alguna vianda que sea de tu gusto , harás esta reflexión , que solo el Criador es capaz de darle este gusto que hallas , y que te es tan agradable ; y poniendo en él solo todas tus delicias , te dirás á ti misma: *Alégrate , alma mia , de que como fuera de Dios no hay verdadero ni sólido contento , así en solo Dios puedes verdaderamente deleitarte en todas las cosas.*

Cuando sintieres algun olor suave y agradable no te detengas en el deleite ó gusto que te causa ; mas pasa con el pensamiento al Señor , de quien tiene su origen aquella fragancia , y con una interior consolacion le dirás: *Haced , Dios y Señor mio , que así como yo me alegro que de Vos proceda toda suavidad , así mi alma desasida de los placeres sensuales no tenga cosa alguna que la impida el elevarse á Vos , como el humo de un agradable incienso.*

Finalmente , cuando oyeres alguna suave armonía de voces ó instrumentos , volviéndote con el espíritu á Dios ,

dirás: ¡O Señor Dios mio, cuánto me alegro de vuestras infinitas perfecciones, que unidas forman una admirable armonía y concierto; no solamente en Vos mismo, sino tambien en los ángeles, en los cielos y en todas las criaturas!

CAPITULO XXII.

Cómo podrán ayudarnos las cosas sensibles para la meditacion de los misterios de la vida y pasion de Cristo nuestro Señor.

Ya te he mostrado, hija mia, cómo podrás elevarte de la consideracion de las cosas sensibles á la contemplacion de las grandezas de Dios. Ahora quiero enseñarte el modo de servirte de estas mismas cosas para meditar y considerar los sagrados misterios de la vida y de la pasion de Jesucristo nuestro Redentor.

No hay cosa alguna en el universo que no pueda servirte para este efecto. Considera en todas las cosas á Dios

como única y primera causa que les ha dado el ser, la hermosura y la escelencia que tienen. Despues admirarás su bondad infinita; pues siendo único principio y señor de todo lo criado, quiso humillar su dignidad y grandeza hasta hacerse hombre y vestirse de nuestras flaquezas, y sufrir una muerte afrentosa por nuestra salud, permitiendo que sus mismas criaturas le crucificasen.

Muchas cosas podrán representarte particular y distintamente estos santos misterios, como armas, cuerdas, azotes, columnas, espinas, cañas, clavos, tenazas, martillos, y otras cosas que fueron instrumentos de la sacratísima pasión.

Los pobres alvergues nos reducirán á la memoria el establo (*Luc. 2.*) y pesebre en que quiso nacer el Señor. Si llueve podremos acordarnos de aquella divina lluvia de sangre que en el huerto (*Idem 22.*) salió de su sacratísimo cuerpo y regó la tierra. Las piedras que miraremos nos servirán de imágenes de las que se rompieron en

su muerte. La tierra nos representará el movimiento que entónces hizo (*Matt.* 27.). El sol las tinieblas que lo oscurecieron (*Marc.* 15.). Cuando viéremos el agua podremos acordarnos de la que salió de su sacratísimo costado (*Joan.* 19.); y lo mismo digo de otras cosas semejantes.

Si bebieres vino ú otro licor, acuerdate de la hiel y vinagre (*Matth.* 27.) que á tu divino Salvador presentaron sus enemigos. Si te deleitare la suavidad y fragancia de los perfumes, figúrate en tu imaginacion el hedor de los cuerpos muertos que sintió en el calvario. Cuando te vistieres, considera que el Verbo Eterno se vistió de nuestra carne para vestirnos de su divinidad (*Philip.* 2.). Cuando te desnudares, imagínate que lo ves desnudo (*Matth.* 27.) entre las manos de los verdugos para ser azotado y morir en la cruz por nuestro amor. Cuando oyes algunos rumores ó gritos confusos, acuerdate de las voces abominables de los judíos, cuando amotinados contra el Señor gritaban que fuese crucificado

(*Luc. 23. Joan. 19.*) : *Tolle, tolle; crucifige, crucifige.*

Todas las veces que sonare el reloj para dar las horas, te representarás la eongoja, palpitacion y angustias mortales que sintió en su corazon Jesus en el huerto, cuando empezó á temer los crueles tormentos que se le preparaban; ó te figurarás que oyes los duros golpes de los martillos que los soldados le dieron cuando lo clavaron en la cruz. En fin, en cualesquiera dolores y penas que padecieres ó vieres padecer á otro, considerarás que son muy leves en comparacion de las incomprensibles angustias que penetraron y afligieron el cuerpo y el alma de Jesucristo en el curso de su pasion.

CAPITULO XXIII.

De otros modos de gobernar nuestros sentidos segun las ocasiones que se ofrecieren.

Despues de haberte mostrado cómo

podemos levantar nuestros espíritus de las cosas sensibles á las cosas de Dios y á los misterios de la vida de Jesu-cristo, quiero tambien enseñarte otros modos de que podemos servirnos para diversas meditaciones, para que así como son diferentes los gustos de las almas, así tengan muchos y diversos manjares con que puedan satisfacer á su devocion. Esta variedad será de grande utilidad y provecho, no solamente para las personas sencillas, sino tambien para las mas espirituales; porque no todas van por un mismo camino á la perfeccion, ni tienen el espíritu igualmente pronto y dispuesto para las mas altas especulaciones.

No temas que tu espíritu se embarrace y confunda con esta diversidad de cosas, si te gobiernas con la regla de la discrecion, y con el consejo de quien te guiare en la vida espiritual, cuya direccion deberás seguir siempre, así en estas como en todas las demas advertencias que te daré.

Siempre que mirares tantas cosas hermosas y agradables á la vista, y

que estan en el mundo en grande aprecio y estimacion, considera que todas son vilísimas y como de barro en comparacion de las riquezas y bienes celestiales, á que solamente (despreciando el mundo) debes aspirar de todo corazon.

Cuando miras el sol, imagina y piensa que tu alma, si se halla adornada de la gracia, es mas hermosa y resplandeciente que el sol y que todos los astros del firmamento; pero que sin el adorno y hermosura de la gracia es mas oscura y abominable que las mismas tinieblas del infierno.

Alzando los ojos corporales al cielo, pasa adelante con los del entendimiento hasta el empíreo, y considera que es lugar prevenido para tu feliz morada por una eternidad, si en este mundo vivieres cristianamente.

Cuando oyes cantar los pájaros, acuérdate del paraíso donde se cantan incesantemente á Dios himnos y cánticos de alabanza (*Apoc.* 19.); y pide al mismo tiempo al Señor que te haga digna de alabarle eternamente en

compañía de los espíritus celestiales.

Cuando advirtieres que te deleita y hechiza la belleza de las criaturas, imagina que debajo de aquella hermosa apariencia se oculta la serpiente infernal, pronta á morderte para inficionarte con su veneno y quitarte la vida de la gracia, y con santa indignacion la dirás: *Huye, maldita serpiente; en vano te ocultas para devorarme.* Despues volviéndote á Dios le dirás: *Bendito seas, Señor, que os habeis dignado de descubrirme mi enemigo y de salvarme de sus asechanzas.* Despues retírate á las llagas de tu Redentor como á un asilo seguro, y ocupa tu espíritu con los dolores incomprendibles que padeció en su sacratísima carne para librarte del pecado, y hacerte odiosos los deleites sensuales.

Otro medio quiero enseñarte para defenderte de los atractivos de las hermosuras criadas; y es, que pienses y consideres ¿qué vendrán á ser despues de la muerte estos objetos que te parecen ahora tan hermosos?

Cuando caminares, acuérdate que

con cada paso que das te acercas á la muerte.

El vuelo de un pájaro, el curso de un rio impetuoso, te advierten que tu vida corre y vuela con mayor velocidad á su fin.

En las tempestades de vientos, relámpagos y truenos, acuérdate del tremendo dia del juicio; y postrándote profundamente en presencia de Dios, le adorarás pidiéndole con humildad que te conceda gracia y tiempo para disponerte y prepararte, de suerte que puedas comparecer con seguridad entónces delante de su altísima Magestad.

En la variedad de accidentes á que está sujeta la vida humana, te ejercitarás de esta manera. Si por ejemplo te hallares oprimida de algun dolor ó tristeza, si padecieres calor ó frio ó alguna otra incomodidad, levanta tu espíritu al Señor, y adora el orden inmutable de su providencia, que por tu bien ha dispuesto que en aquel tiempo padezcas aquella pena ó trabajo; y reconociendo con alegría el amor tierno y paternal que te muestra, y la

ocasion que te da de servirle en lo que mas le agrada , dirás dentro de tu razon : *Ahora se cumple verdaderamente en mí la voluntad de Dios , que tan benigna y amorosamente dispuso en su eternidad que yo padeciese esta mortificación. Sea para siempre bendito y alabado.*

Cuando se despertare en tu alma algun buen pensamiento , vuélvete luego á Dios , y reconociendo que debes á su bondad y misericordia este favor , le darás con humildad las gracias.

Si leyeres algun libro espiritual y devoto , imagínate que el Señor te habla en aquel libro para tu instruccion , y recibe sus palabras como si saliesen de su divina boca.

Cuando miras la cruz , considérala como el estandarte de Jesucristo tu capitán , y entiende que si te apartas de este sagrado estandarte , caerás en las manos de tus mas crueles enemigos ; pero si lo sigues constantemente , te harás digno de entrar algun dia en triunfo en el cielo cargada de gloriosos despojos.

Cuando vieres alguna imagen de María Santísima, ofrece tu corazón á esta Madre de misericordia, muéstrale el gozo y alegría que sientes de que haya cumplido siempre con tanta diligencia y fidelidad la voluntad divina: de que haya dado al mundo á tu Redentor, y lo haya sustentado de su purísima leche; y en fin, dále muchas bendiciones y gracias por la asistencia y socorro que da á todos los que la invocan en este espiritual combate contra el demonio.

Las imágenes de los santos te representarán á la memoria aquellos dignos y generosos soldados de Jesucristo, que combatiendo valerosamente hasta la muerte, te han abierto el camino que debes seguir para llegar á la gloria.

Cuando vieres alguna iglesia, entre otras devotas consideraciones, pensarás que tu alma es templo vivo de Dios (1. *Cor.* 3. 2. *Id.* 6.) y que como estancia y morada suya, debes conservarla pura y limpia.

En cualquier tiempo que se tocara la campana para la salutacion angélica,

podrás hacer alguna breve reflexion sobre las palabras que preceden á cada Ave María.

En el primer toque ó señal darás gracias á Dios de aquella célebre embajada (*Luc. 1.*) que envió á María Santísima, y fué el principio de nuestra salud. En el segundo te congratularás con esta purísima Señora de la alta dignidad á que la sublimó Dios, en recompensa de su profundísima humildad. En el tercero adorarás al Verbo encarnado, (*Joan. 1.*) y al mismo tiempo darás á su bienaventurada Madre y al arcángel san Gabriel el honor y culto que merecen. En cada uno de estos toques será bien que inclines un poco la cabeza en señal de reverencia, y particularmente en el último.

A mas de estas breves meditaciones, que podrás practicar igualmente en todos tiempos, quiero, hija mia, enseñarte otras de que podrás servirte en la tarde, en la mañana y en el mediodia, y pertenecen al misterio de la pasion de nuestro Señor; porque todos estamos obligados á pensar frecuente-

mente en el cruel martirio que entonces padeció nuestra Señora, y sería en nosotros monstruosa ingratitud el no hacerlo.

A la tarde te representarás el dolor y pena de esta purísima Señora por el sudor de sangre, prision en el huerto y angustias interiores de su santísimo Hijo en aquella triste noche.

Por la mañana compadécete de la afliccion que tuvo cuando con tanta ignominia presentaron su amado Hijo á Pilato y á Heródes, y cuando lo condenaron á muerte y obligaron á llevar la cruz sobre sus espaldas para ir al lugar del suplicio.

Al mediodia considera aquella espada de dolor que penetró el alma de esta Madre afligida por la crucifixion y muerte del Señor, y por la cruel lanzada que recibió ya difunto en su sacratísimo costado.

Estas piadosas reflexiones sobre los dolores y penas de nuestra Señora, las podrás hacer desde la tarde del juéves hasta el mediodia del sábado; las otras en los otros días. Pero en esto segui-

rás siempre tu devocion particular, segun te sintieres movida de los objetos exteriores.

Finalmente , para explicarte en pocas palabras el modo en que debes usar de los sentidos , sea para tí regla inviolable el no dar entrada en tu corazon al amor ó á la aversion natural de las cosas que te se presentaren , reglando de tal suerte todas tus inclinaciones por la voluntad divina , que no te determines á aborrecer ó amar sino lo que Dios quiere que aborrezcas ó ames.

Pero advierte , hija mia , que aunque te doy todas estas reglas para el buen uso y gobierno de tus sentidos ; no obstante , tu principal ocupacion ha de ser siempre estar recogida dentro de tí misma con el Señor , el cual quiere que te ejercites interiormente en combatir tus viciosas inclinaciones , y en producir actos frecuentes de virtudes contrarias. Solamente te las enseño y propongo para que sepas gobernarte en las ocasiones en que tuvieres necesidad , porque has de saber que no es medio seguro para aprovechar en la

virtud el sujetarnos á muchos ejercicios exteriores, que aunque de sí son loables y buenos, no obstante muchas veces no sirven sino de embarazar el espíritu, de fomentar el amor propio, de entretener la inconstancia, y de dar lugar á las tentaciones del enemigo.

CAPITULO XXIV.

Del modo de gobernar la lengua.

La lengua del hombre, para ser bien gobernada, necesita de freno que la contenga dentro de las reglas de la sabiduría y de la discrecion cristiana; porque todos somos naturalmente inclinados á dejarla correr y discurrir libremente de las cosas que agradan y deleitan á los sentidos.

El hablar mucho nace ordinariamente de nuestra soberbia y presuncion; porque persuadiéndonos á que somos muy entendidos y sabios, y enamorándonos de nuestros propios conceptos, nos esforzamos con sobradas

réplicas á imprimirlos en los ánimos de los demas, pretendiendo dominar en las conversaciones, y que todo el mundo nos escuche como á maestros.

No se pueden esplicar con pocas palabras los daños que nacen de este detestable vicio. La locuacidad es madre de la pereza, indicio de ignorancia y de locura, ocasiona la detraccion y la mentira, entibia el fervor de la devocion, fortifica las pasiones desordenadas, y acostumbra la lengua á no decir sino palabras vanas, indiscretas y ociosas.

No te alargues jamas en discursos y razonamientos prolijos con quien no te oye con gusto para no darle enfado, y ház lo mismo con quien te escucha cortesaneamente para no esceder los términos de la modestia.

Huye siempre de alabar con sobrada eficacia y con alta voz; porque ambas cosas son odiosas, y muestran mucha presuncion y vanidad.

No hables jamas de tí mismo, de tus cosas, de tus padres ó de tus parientes sino cuando te obligare la ne-

cesidad ; y entónces lo harás muy brevemente y con toda la moderacion y modestia posible , y si te pareciere que alguno habla sobradamente de sí y de sus cosas , no por eso lo menosprecies ; pero guárdate de imitarlo aunque sus palabras no se dirijan sino á la acusacion y al menosprecio de sí mismo , y á su propia confusion.

Del prójimo y de las cosas que le pertenecen no le hables jamas , sino cuando se ofreciere la ocasion de confesar su mérito y su virtud para no defraudarle de la aprobacion ó alabanza que se le debe.

Habla con gusto de Dios , y particularmente de su amor y de su bondad infinita. Pero temiendo que puedes errar en esto y no hablar con la dignidad que conviene , gustarás mas de escuchar con atencion lo que otros dijeren , conservando sus palabras en lo íntimo de tu corazon.

En quanto á los discursos ó razonamientos profanos , si llegaren á tus oidos , no les permitas que entren en tu corazon ; pero si te fuere forzoso

escuchor al que te habla para responderle, no dejes de dar con el pensamiento una breve vista al cielo donde reina tu Dios, y desde donde aquella alta y soberana Magestad no se desdén de mirar tu profunda bajaiza.

Examina bien todo lo que quisieres decir antes que del corazon pase á la lengua. Procura usar en esto de toda circunspeccion posible; porque muchas veces se fian inadvertidamente á la lengua algunas cosas que deberian sepultarse en el silencio, y no pocas palabras que en la conversacion parecen buenas y dignas de decirse, seria mejor suprimirlas; lo cual se conoce claramente pasada la ocasion del razonamiento.

La virtud del silencio, hija mia, es un poderoso escudo en el combate espiritual, y los que le guardan pueden prometerse con seguridad grandes victorias; porque ordinariamente desconfian de sí mismos, confian en Dios, tienen mucho atractivo para la oracion, y una grande inclinacion y facilidad para todos los ejercicios de la virtud.

Para aficionarte y acostumbrarte al silencio, considera á menudo los grandes bienes que proceden de esta virtud, y los males infinitos que nacen de la locuacidad y de la destemplanza de la lengua; (*Epist. Cat. Jacob. 1 et 3.*) pero si quieres adquirir en breve tiempo esta virtud, procura callar aun cuando tuvieres ocasion ó motivo de hablar, con tal que tu silencio no te cause á tí ó al prójimo algun perjuicio. Huye sobre todo de las conversaciones profanas; prefiere la compañía de los ángeles, de los santos y del mismo Dios, á la de los hombres. Acuérdate, finalmente, de la difícil y peligrosa guerra que tienes dentro y fuera de ti misma; porque viendo cuanto tienes que hacer para defenderte de tus enemigos, dejarás sin dificultad las conversaciones y discursos inútiles.

CAPITULO XXV.

Que para combatir bien contra los enemigos, debe el soldado de Cristo huir cuanto le fuere posible de las inquietudes y perturbaciones del corazon.

Así como cuando hemos perdido la paz del corazon, debemos emplear todos los esfuerzos posibles para recobrarla; así has de saber, hija mia, que no puede ocurrir en el mundo accidente alguno que deba quitarnos este inestimable tesoro.

De los pecados propios no es dudable que debemos dolernos; pero con un dolor tranquilo y pacífico, como muchas veces he dicho. Asimismo justo es que nos compadezcamos de otros pecadores, y que á lo menos interiormente lloremos su desgracia; pero nuestra compasion, como nacida puramente de la caridad, ha de ser libre y exenta de toda inquietud y perturbacion de ánimo.

En órden á los males particulares y públicos á que estamos sujetos en este mundo , como son las enfermedades , las heridas , la muerte , la pérdida de los bienes , de los parientes y de los amigos ; la peste , la guerra , los incendios y otros muchos accidentes tristes y trabajosos que los hombres aborrecen como contrarios á la naturaleza , podemos siempre con el socorro de la gracia no solamente recibirlos sin repugnancia de la mano de Dios , sino tambien abrazarlos con alegría y contento , considerándolos ó como castigos saludables para los pecadores , ó como ocasiones de mérito para los justos.

Por estos dos fines , hija mia , suele Dios afligirnos ; pero es constante , que mientras nuestra voluntad estuviere resignada en la suya , gozaremos de una perfecta paz y quietud interior entre todas las amarguras y contrariedades de esta vida. Y has de tener por cierto , que toda inquietud desagrada á sus divinos ojos ; porque de cualquiera naturaleza que sea , nunca se halla sin

alguna imperfeccion , y procede siempre de una mala raiz, que es el amor propio.

Procura pues , hija mia , acostumbrarte á prever desde lejos todos los accidentes que puedan inquietarte , y prepárate en tiempo á sufrirlos con paciencia. Considera que los males presentes no son efectivamente males ; que no son capaces de privarnos de los verdaderos bienes , y que Dios los envia ó los permite por los dos fines que hemos dicho , ó por otros que nos son ocultos , pero que no pueden dejar de ser siempre muy justos.

Conservando de esta suerte un espíritu siempre igual entre los diversos accidentes de esta vida , aprovecharás mucho y harás grandes progresos en la perfeccion ; pero sin esta igualdad de espíritu todos tus ejercicios serán inútiles y de ningun provecho. Demas de esto , mientras tuvieres inquieto y turbado el corazon , te hallarás espuesta á los insultos del enemigo , y no podrás en este estado descubrir la senda y verdadero camino de la virtud.

El demonio procura con todo esfuer-

zo desterrar la paz de nuestro corazon ; porque sabe que Dios habita en la paz , y que la paz es el lugar en que suele obrar cosas grandes. De aquí nace que no hay artificio de que no se sirva para robarnos este inestimable tesoro , y á este fin nos inspira diversos deseos que parecen buenos y son verdaderamente malos , cuyo engaño se puede fácilmente conocer entre otras señales , en que nos quitan la paz y quietud del corazon.

Para remediar un daño tan grave , conviene que cuando el enemigo se esfuerza á escitar en tí algun nuevo deseo , no le des entrada en tu corazon sin que primeramente libre y desnuda de todo afecto de propiedad y querer , ofrezcas y presentes á Dios este nuevo deseo , y confesando tu ceguedad y tu ignorancia le pidas con eficacia que con su divina luz te haga conocer si viene de su Magestad ó del enemigo ; y recurre tambien , cuando pudieres , al consejo de tu padre espiritual.

Aun cuando estuvieses cierta y segura de que el deseo que se forma en

tu corazon es un movimiento del Espíritu Santo, no debes ponerlo en obra sin haber mortificado primero tu demasiada vivacidad; porque una buena obra, á la cual precede esta mortificación, es mas perfecta y mas agradable á Dios que si se hiciese con un ardor y ansia natural, y muchas veces la buena obra le agrada menos que esta mortificación.

De esta suerte desechando y repeliendo los deseos no buenos, y no efectuando los buenos sino despues de haber reprimido los movimientos de la naturaleza, conservarás libre de todo peligro y en una tranquilidad perfecta la roca de tu corazon.

Para conservar esta paz y tranquilidad del corazon, conviene tambien que lo defiendas y guardes de ciertas reprensiones ó remordimientos interiores contra tí misma, que si bien (porque nos acusan de alguna verdadera falta) nos parece que vienen de Dios, no obstante no vienen sino del demonio. De sus frutos conocerás la raiz (*Matth. 7.*) de donde proceden. Si los

remordimientos de conciencia te humillan, si te hacen mas diligente y fervorosa en el ejercicio y práctica de las buenas obras, y no disminuyen tu confianza en la divina misericordia, debes recibirlos con gratitud y reconocimiento como favores del cielo; pero si te inquietan, te turban y te confunden, si te hacen pusilánimo, tímida y perezosa en el bien, debes creer que son sugerencias del enemigo, y así sin darles oído proseguirás tus ejercicios.

Mas como fuera de todo esto nuestras inquietudes nacen comunmente de los males de esta vida, para que puedas defenderte y librarte de estos golpes has de hacer dos cosas.

La primera es considerar, qué es lo que estos males pueden destruir en nosotros, si es el amor de la perfeccion ó el amor propio: si no destruyen sino el amor propio, que es nuestro capital enemigo, no debemos quejarnos, sino antes bien aceptarlos con alegría y reconocimiento, como gracias que Dios nos hace y como socorros que

nos envia; pero si pueden apartarnos de la perfeccion y hacernos aborrecible y odiosa la virtud, no por esto debemos desalentarnos ni perder la paz del corazon, como luego veremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXVI.

De lo que debemos hacer cuando hemos recibido alguna herida en el combate espiritual.

Cuando te sintieres herida, esto es, cuando conocieres que has cometido alguna falta, ó por pura fragilidad, ó con reflexion y malicia, no por esto te desanimas ó te inquietes; mas volviéndote luego á Dios le dirás con una humilde confianza: *Ahora, Dios mio, acabo de mostrar lo que soy; porque, ¿qué podia esperarse de una criatura flaca y ciega como yo, sino caídas y pecados?*

Gasta despues un breve rato en la consideracion de tu propia vileza, y sin

confundirte enójate contra tus pasiones viciosas, y principalmente contra aquella que fué causa de tu caída, y proseguirás diciendo: *No hubiera yo parado aquí, Dios mio, si por vuestra bondad infinita Vos no me hubierais socorrido.*

Aquí le darás muchas gracias, y amándole mas fervorosamente admirarás su infinita clemencia; pues siendo ofendido de tí, te da su poderosa mano para que no caigas de nuevo.

En fin, llena de confianza en su misericordia, le dirás: *Obrad Vos, Señor, como quien sois: perdonadme las ofensas que os he hecho, no permitais que yo viva un solo instante apartada de Vos: fortificadme de tal suerte con vuestra gracia, que yo no os ofenda jamas.*

Hecho esto, no te detengas en pensar si Dios te ha perdonado ó no; porque esto no es otra cosa que soberbia, inquietud de espíritu, pérdida de tiempo ó engaño del demonio, que con pretextos especiosos procura causarte inquietud y pena. Ponte libremente en las piadosas manos de tu Criador, y

continúa tus ejercicios con la misma tranquilidad que si no hubieras cometido falta alguna; y aunque hayais caído muchas veces en un mismo día, no te desalientes ni pierdas jamás la confianza en Dios; practica lo que te he dicho en la segunda, en la tercera y en la última vez como en la primera. Concibe un grande menosprecio de tí misma y un santo horror del pecado, y esfuérzate á vivir en adelante con mayor cuidado y cautela.

Este modo de combatir contra el demonio agrada mucho al Señor; y reconociendo este astuto enemigo que no hay arma tan poderosa para quebrantar su orgullo, y desarmar los ocultos lazos que siembra en el camino del espíritu, como este santo ejercicio, no hay artificio de que no se valga para obligarnos á que lo dejemos; y muchas veces logra su intento por nuestra inadvertencia y descuido en velar sobre nosotros mismos.

Por esta causa, hija mía, cuanto mayor fuere la repugnancia y dificultad que sintieres en el uso de un ejer-

cicio tan importante, tanto mayores han de ser tus esfuerzos para violentarte y vencerte á tí misma.

Y no te contentes con practicarlo una sola vez, mas repítelo muchas veces, aunque no hayas cometido sino una sola falta, y si despues de tu caída te sintieres inquieta, confusa y desconfiada, la primera cosa que has de hacer es recobrar la paz del corazon y la confianza; despues levantarás tu espíritu al Señor, persuadiéndote á que la inquietud que se sigue á la culpa, no tiene por objeto su ofensa sino el daño propio.

El modo de recobrar esta paz es, que por entónces te olvides enteramente de tu caída, y consideres únicamente la inefable bondad de Dios, que está siempre pronto y dispuesto á perdonarnos las mas enormes faltas, y no olvida ni omite medio alguno para llamarnos, para atraernos y unirnos á sí, para santificarnos en esta vida, y para hacernos eternamente bienaventurados en la otra. Despues que con estas ó semejantes consideraciones hubieres cal-

mado tu espíritu , podrás volver á la de tu caída , y harás lo que te he dicho.

En fin , en el sacramento de la Penitencia , que te aconsejo frecuentes muy á menudo , reconoce y examina todas tus faltas , y con nuevo dolor de la ofensa de Dios , y propósito de no ofenderle mas , las declararás sinceramente á tu padre espiritual.

CAPITULO XXVII.

Del orden que guarda el demonio en combatir , así á los que quieren darse á la virtud , como á los que se hallan en la servidumbre del pecado.

Has de saber , hija mia , que el demonio nada desea con tanto ardor como nuestra ruina , y que no combate con todos de una misma suerte. Para empezar , pues , á descubrirte algunos de sus artificios y engaños , te representaré diferentes estados y disposiciones del hombre.

Algunos se hallan esclavos del pecado, y no piensan en romper sus cadenas.

Otros desean salir de esta esclavitud, pero nunca empiezan la empresa.

Otros se persuaden á que siguen el camino de la perfeccion, y andan muy apartados.

Otros, en fin, despues de haber llegado á un grado muy alto de virtud, vienen á caer con mayor ruina y peligro. De todos discurrirémos en los capítulos siguientes.

CAPITULO XXVIII.

De los artificios que usa el demonio para acabar de perder á los que tiene ya en la servidumbre del pecado.

Cuando el demonio llega á tener una alma en la servidumbre del pecado, no hay artificio de que no se valga para cegarla mas, y divertirla de cualquier pensamiento que pueda inducirle al conocimiento del infeliz estado

en que se halla. No se contenta este espíritu de iniquidad con removerla de los pensamientos y buenas inspiraciones que la llaman á la conversion; mas procura empeñarla en las ocasiones, y la tiende continuamente peligrosos lazos, á fin de que caiga de nuevo en el mismo pecado ó en otros mas enormes: de donde nace que destituida de la divina luz, aumenta de dia en dia sus desórdenes, y se endurece mas en el pecado. De esta suerte corriendo continuamente sin freno alguno á la perdicion, y precipitándose de tinieblas en tinieblas, y de abismo en abismo, se aleja siempre mas del camino de la salud, y multiplica sus caidas, si Dios no la detiene con un milagro de su gracia.

El remedio mas eficaz y pronto para el que se halla en tan triste y funesto estado es, que reciba sin resistencia las inspiraciones divinas que lo llaman de las tinieblas á la luz, y del vicio á la virtud, y que clame fervorosamente á su Criador: *Ah, Señor, asistidme, asistidme: acudid prontamente á mi so-*

corro: no permitais que yo viva mas tiempo sepultada en la sombra de la muerte y del pecado. Repita muchas veces estas ó semejantes palabras, y si le fuere posible, acuda luego á su padre espiritual para pedirle ayuda y consejo contra su enemigo; pero si no pudiere ir luego á su padre espiritual, recurra prontamente á un Crucifijo, postrándose á sus sacratísimos pies con el rostro en tierra, y alguna vez á María santísima, implorando su misericordia y su ayuda: y sabe, hija mia, que en esta diligencia consiste la victoria, como verás en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIX.

De las invenciones de que se sirve el demonio para impedir la entera conversion de los que hallándose convencidos del mal estado de su conciencia desean corregir y reformar su vida; y de dónde nace que los buenos deseos y resoluciones muchas veces no tengan efecto.

Los que conocen el mal estado de su conciencia y desean mudar de vida, se dejan ordinariamente engañar del demonio con estas armas: *Despues, mañana, mañana: quiero primeramente desembarazarme de este negocio, y despues me daré con mayor quietud al espíritu.*

Este es un lazo en que han caído y caen continuamente innumerables almas; pero no se debe atribuir la causa de esta infelicidad sino á su suma negligencia y descuido; pues en un negocio en que se interesa su eterna salud, y el honor y gloria de Dios, no recurren

con prontitud á aquella arma tan poderosa : *Ahora , ahora ; ¿ y por qué despues ? Hoy , hoy ; ¿ y por qué mañana ?* Diciéndose á sí mismo : *¿ Quién sabe si yo veré el dia de mañana ? Mas cuando yo tuviese de esto una indubitable certeza , ¿ es querer salvarme el diferir mi penitencia ? ¿ Es querer alcanzar la victoria el hacer nuevas heridas ?*

Para evitar , pues , esta funesta illusion , y la que he tocado en el capítulo precedente , es necesario que el alma obedezca con prontitud á las inspiraciones del cielo , porque los propósitos solos muchas veces son ineficaces y estériles ; y así infinitas almas quedan engañadas con buenas resoluciones por diversos motivos.

El primero de que tratamos arriba , porque nuestros propósitos no se fundan en la desconfianza propia y en la confianza en Dios , y nuestra grande soberbia no permite que conozcamos de donde procede este engaño y ceguedad. La luz para alcanzar este conocimiento , y el remedio para curar este mal , vienen de la bondad de Dios , el cual per-

mite que caigamos , á fin de que instruidos y adoctrinados con nuestras propias caídas , pasemos de la confianza que ponemos en nuestras fuerzas , á la que debemos poner únicamente en su gracia , y de un orgullo casi imperceptible á un humilde conocimiento de nosotros mismos ; y así , si quieres que tus buenas resoluciones y propósitos sean eficaces , es necesario que sean constantes y firmes ; y no pueden serlo si no tienen por fundamento la desconfianza de nosotros mismos y la confianza en Dios.

El segundo , porque cuando nos movemos á formar estos buenos deseos y resoluciones , nos proponemos únicamente la hermosura y la escelencia de la virtud , que por sí misma atrae poderosamente las voluntades mas flacas , y no consideramos los trabajos que cuesta el adquirirla ; de donde nace que á la menor dificultad una alma tímida y pusilánime se acobarda y se retira de la empresa.

Por esta causa , hija mia , conviene que te enamores mas de las dificultades

que cuestan las virtudes, que de las virtudes mismas, y que alimentos tu voluntad de estas dificultades, preparándote á vencerlas segun las ocurrencias; y sabe que cuanto mas generosamente abrazares estas dificultades, tanto mas fácil y libremente te vencerás á tí misma, triunfarás de tus enemigos, y adquirirás las virtudes.

El tercero, porque nuestros propósitos muchas veces no miran á la virtud y á la voluntad divina, sino al interes propio, el cual suele suceder en las resoluciones que se forman cuando abundan las consolaciones y gustos espirituales; pero principalmente en las que se forman en el tiempo de las adversidades y tribulaciones, porque no hallando entónces alivio alguno á nuestros males, hacemos propósitos de darnos enteramente á Dios, y de no aplicarnos sino á los ejercicios de la virtud.

Para no caer en este inconveniente, procura en el tiempo de las delicias y gustos espirituales ser muy circunspecta y humilde en los propósitos y resoluciones, y particularmente en

las promesas y votos; mas cuando te hallares atribulada, todos tus propósitos se han de dirigir únicamente á llevar con paciencia la cruz que el Señor te envía, y á exaltarla, rehusando todos los consuelos y alivios de la tierra, y aun del cielo. No has de pedir ni desear otra cosa sino que la mano poderosa de Dios te sostenga en tus males, para que puedas tolerarlos sin algun menoscabo de la virtud de la paciencia, y sin desagrado de Dios.

CAPITULO XXX.

Del engaño de algunos que piensan estan en el camino de la perfeccion.

Vencido ya el enemigo en el primero y segundo asalto, recurre al tercero, el cual consiste en hacer que nos olvidemos de las pasiones y vicios que actualmente nos combaten, y nos ocupemos en descos y vanas ideas de una perfeccion imaginaria y quimérica,

á que sabe muy bien que no llegarémos jamas.

De aquí nace el que recibamos continuas y peligrosas heridas , y no pensemos en aplicar el remedio ; porque estos deseos y resoluciones quiméricas nos parecen verdaderos afectos , y con una secreta vanidad nos persuadimos á que hemos llegado ya á un alto y eminente grado de santidad. De esta suerte , no pudiendo sufrir la menor pena ni la menor injuria , gastamos inútilmente el tiempo en formar con la meditacion vanos propósitos de sufrir los mayores tormentos , y aun las mismas penas del purgatorio por amor de Dios : y como en esto la parte inferior no siente repugnancia , como en cosa que aun está por venir , nos atrevemos á compararnos con los que verdaderamente sufren grandes trabajos con una paciencia invencible.

Para evitar este engaño , es necesario que te determines á combatir y pelear con los enemigos , que efectivamente y de cerca te hacen guerra ; y por aquí vendrás á conocer si tus re-

soluciones han sido aparentes ó verdaderas , flacas ó firmes , tímidas ó generosas , y caminarás á la virtud y á la perfeccion por la senda real y verdadera que han seguido todos los Santos.

Mas con los enemigos que no acostumbran molestarte , no te aconsejo te empeñes de antemano , sino es cuando rezelas probablemente que dentro de breve tiempo te han de asaltar ; en tal caso , para que te halles prevenida y fuerte , será lícito anticipar algunos propósitos.

Pero nunca reputes por efectos tus resoluciones , aunque por algun tiempo te hayas ejercitado en las virtudes con la regla debida : antes bien procura ser cauta y humilde , y rezelándote de tí misma y de tu flaqueza , y confiando únicamente en Dios , recurre frecuentemente á su bondad , y pídele te fortalezca en el combate , y te preserve de los peligros , particularmente de la menor presuncion y confianza de tí misma.

Con estas prevenciones , hija mia , aunque no podamos vencer algunos de-

fectos leves , que muchas veces permite Dios en nosotros para que nos humillemos y no perdamos el bien que hubiéremos adquirido con nuestras buenas obras , nos será lícito proponernos un grado mas alto de perfeccion.

CAPITULO XXXI.

Del engaño y de la guerra que nos suele hacer el demonio para que dejemos el camino que nos lleva á la virtud.

El cuarto artificio de que se sirve nuestro enemigo para engañarnos, cuando reconoce que caminamos directamente á la virtud , es inspirarnos diversos deseos buenos , á fin de que dejando los ejercicios de la virtud que nos son propios y convenientes , nos empenemos insensiblemente en el vicio.

Por ejemplo : si una persona enferma sufre su mal con paciencia , este enemigo de nuestra salud , temiendo que de esta manera podrá adquirir el hábito de esta virtud , le propone otras

muchas obras buenas que pudiera ejercitar en otro estado , y la induce con sagacidad á que se persuada y crea que si tuviese salud serviria mejor á Dios , y seria mas útil para sí y para el prójimo.

Apenas ha escitado en ella los vanos deseos de recobrar la salud , los enciende y aumenta en su corazon de tal suerte , que viene á inquietarse y afligirse , porque no puede conseguir lo que quiere : y como al paso que sus deseos se van aumentando , crece su inquietud y desasosiego , viene el demonio á conseguir su intento ; porque finalmente la induce á que lleve con impaciencia su enfermedad , mirándola como impedimento de las buenas obras , que desea ejecutar con pretesto de adelantarse en la virtud.

Despues de tenerla en este estado , con la misma destreza le quita de la memoria el fin del servicio de Dios , y de la bondad de las obras , y la deja con solo el deseo de verse libre de la enfermedad , y porque no le sucede conforme quiere , se perturba de modo

que viene á ponerse impaciente de todo punto ; y así de la virtud que deseaba practicar, viene á caer insensiblemente en el vicio contrario.

El modo de preservarte de este engaño es, que cuando te hallares en algun trabajo , atiendas con mucha advertencia á no dar entrada en tu corazón á semejantes deseos ; porque por no poderlos ejecutar en aquella ocasion , probablemente te han de inquietar. Conviene , hija mia , que en estos casos te persuadas con un verdadero sentimiento de humildad y resignacion , que cuando Dios te sacase del estado penoso en que te hallas , todos los buenos deseos que concibes ahora no tendrían entónces por tu natural inestabilidad el efecto que tú te figuras ; ó que á lo ménos imagines y pienses que el Señor , por una secreta disposicion de su providencia , ó en castigo de tus pecados , no quiere que tengas la complacencia y gusto de hacer aquella buena obra , sino que te sujetes y rindas á su voluntad , y te humiles debajò de su suave y poderosa mano.

Asímismo , hija mia , cuando te vieres obligada , ó por órden de tu padre espiritual , ó por alguna otra causa á interrumpir tus devociones ordinarias , ó á abstenerte por algun tiempo de la santa Comunión , no te dejes abatir y dominar de la melancolía y tristeza , mas renuncia interiormente á tu propia voluntad , y conformándote con la de Dios , te dirás á tí misma : *Si Dios , que conoce el fondo de mi alma , no viese en mí ingratitudes y defectos , yo no seria privada ahora de la santa Comunión : sea su nombre eternamente bendito y alabado , pues se digna de descubrirme por este medio mi indignidad. Yo creo firmemente , Señor , que en todas las aflicciones que Vos me enviais , no quereis ni deseais de mí otra cosa sino que sufriendolas con paciencia y con deseos de agradaros , yo os ofrezca un corazon siempre rendido á vuestra voluntad , y siempre pronto á recibirlos , á fin de que entrando Vos en él , podais llenarlo de consolaciones espirituales , y defenderlo contra todas las fuerzas del infierno que os lo procuran robar. Ha-*

ced , ó Criador y Salvador mio , haced de mí lo que sea mas agradable á vuestros ojos. Sea vuestra divina voluntad ahora y siempre mi apoyo , mi manjar y sustento. La única gracia que os pido , es que mi alma , purificada de todo lo que desagrada á vuestros ojos , y adornada de todas las virtudes , se vea en estado que pueda no solamente recibiros , sino tambien ejecutar todo lo que fuere de vuestro divino beneplácito el ordenarme.

Si guardares estos preceptos , puedes estar cierta y segura que los buenos deseos que tuvieres y no puedes poner en obra , ya procedan puramente de la naturaleza , ya vengan del demonio á fin de hacerte aborrecible y odiosa la virtud , ó ya te los inspire Dios para hacer prueba de tu resignacion en su divina voluntad ; siempre te serán ocasion y motivo para hacer algun progreso en el camino de la perfeccion , y para servir al Señor en el modo que le es mas agradable ; y en esto , hija mia , consiste la verdadera devocion.

Advierte tambien , que cuando para

curarte de alguna dolencia , ó librarte de alguna incomodidad ; usares de aquellos remedios inocentes y lícitos de que suelen servirse les Santos y siervos de Dios , no lo hagas con deseo y demasiada voluntad de que las cosas sucedan segun tu inclinacion y gusto ; mas úsalos porque Dios quiere que los usemos en nuestras dolencias , y porque no sabemos si por estos medios ó por otros mejores , su divina Magestad ha resuelto librarnos de nuestros males.

Si no te gobernares de esta manera , todo te sucederá muy mal ; porque será muy posible que no consigas lo que desees apasionadamente , y entonces caerás con facilidad en el vicio de la impaciencia , ó cuando no caigas , tu paciencia será siempre acompañada de muchas imperfecciones que la harán menos agradable á Dios , y disminuirán mucho tu merecimiento.

Finalmente , quiero descubrirte un secreto artificio de nuestro amor propio , que suele siempre encubrirnos y ocultarnos nuestros defectos aunque sean muy visibles. Por ejemplo , cuando un

enfermo se aflige con exceso de su dolencia disimula esta imperfeccion con el zelo de algun bien aparente , diciendo que su inquietud no es verdaderamente impaciencia , sino un justo sentimiento de que su enfermedad sea el castigo de sus pecados , ó de que incomode ó fatigue á los que le asisten.

Lo mismo sucede á un ambicioso , que se aflige y se inquieta porque no ha podido obtener el honor ó la dignidad á que aspiraba ; pues no atribuye su inquietud á su vanidad , sino á otros motivos de que en otras ocasiones no recibia alguna pena ó disgusto.

Asimismo un enfermo suele mostrar mucha compasion de los que le sirven ; pero apenas se halla libre de sus males , no se duele ni se compadece de ellos cuando los ve sufrir las mismas incomodidades con otros enfermos. De donde se reconoce con evidencia , que su impaciencia no nace de la pena y molestia que ocasiona á los demas , sino de un secreto horror con que mira las cosas que son contrarias á su voluntad.

Si quieres pues , hija mia , no caer en estos y en otros errores , es necesario que te determines á sufrir con paciencia , como te he dicho , todas las cruces ; penalidades y trabajos que te sucedieren en este mundo.

CAPITULO XXXII.

Del último asalto y engaño con que procura el demonio que las mismas virtudes nos sean ocasiones de ruina.

Hasta en las virtudes adquiridas no deja de tentarnos con sus engaños la antigua serpiente para perdernos. Una de sus mas sutiles estratagemas es servirse de nuestras propias virtudes para inducirnos á la complacencia y estimacion de nosotros mismos , á fin de que caigamos despues en el vicio de la soberbia y de la vanagloria.

Para huir de este peligro , debes combatir siempre y mantenerte firme en el verdadero conocimiento de tí

misma , reconociendo que nada sabes , ni nada puedes , y que no hay en tí sino miserias y defectos , y que no mereces sino la condenacion eterna.

Procura imprimir en tu espíritu esta importante verdad , para servirte de ella en las ocasiones como de una especie de fortificacion , de donde no debes salir jamas , y si te vinieren algunos pensamientos de presuncion y de vanagloria , resístelos y combátelos como enemigos peligrosos que conspiran á tu perdicion y ruina.

Para adquirir un perfecto conocimiento de tí misma , te has de servir de este método. Todas las veces que hicieses reflexion sobre tí misma y sobre tus obras , considera solamente lo que es propio tuyo , sin mezclar lo que es de Dios y de su gracia , fundando siempre el juicio que formares de tí sobre lo que tienes puramente de tí misma.

Si consideras , hija mia , el tiempo que ha precedido á tu nacimiento , hallarás que en todo aquel abismo de eternidad no has sido sino un puro nada , y que no has obrado ni podido

obrar la menor cosa para merecer el ser que tienes.

Si vuelves los ojos al tiempo en que subsistes por sola la bondad y misericordia de Dios, ¿qué serias tú sin el beneficio de la conservacion? ¿Qué serias tú sino un puro nada? Porque no es dudable, que si Dios por solo un momento te dejase, al instante volverias á la nada, de donde te sacó su mano omnipotente.

Es pues indubitable, que no considerando sino solamente lo que te pertenece y es propio tuyo en el ser natural, no debes estimarte á tí misma, ni desear que los demas te estimen.

En lo que toca al ser sobrenatural de la gracia y el ejercicio de las buenas obras, no tienes tampoco causa alguna para ensoberbecerte; porque sin el socorro del cielo, ¿qué mérito puedes tú adquirir, ó qué bien puedes obrar por tí misma?

Por otra parte, si consideras la multitud de pecados, ó que has cometido ó que pudistes cometer, y hubieras sin duda cometido si Dios no te

hubiese preservado , hallarás que tus iniquidades por la multiplicacion , no solo de los dias y de los años , sino tambien de las acciones y malos hábitos (porque un vicio llama á otro vicio) hubieran llegado á número casi infinito , y te hubieras hecho semejante á los mismos demonios.

Todas estas consideraciones te inspirarán un grande menosprecio de tí misma , y te harán reconocer las infinitas obligaciones que debes á Dios , atribuyéndote á tí solamente lo que es tuyo , y no quitando á su infinita bondad la gloria que se le debe.

Pero advierte , hija mia , que en el juicio que hicieses de tí misma y de tus obras , has de procurar siempre que no entre cosa alguna que no sea justa y verdadera ; porque aunque te aventajes en el conocimiento de tu miseria á otros , que deslumbrados del amor propio conciben una vana estimacion de sí mismos , tú serás siempre mas culpable que todos ellos , si con todo el conocimiento que tienes de tus defec-

tos, desees pasar por santa en la opinion y juicio de los hombres.

Para que este conocimiento, pues, te libre de la vanagloria, y te haga agradable á los ojos del que es padre y modelo de los humildes, no basta, hija mia, que te desprecies á tí misma como indigna de todo bien, y digna de todo mal; es necesario que desees tambien ser despreciada del mundo, que aborrezcas las alabanzas y ames los vituperios, y que en las ocasiones que se ofrecieren ejercites con gusto los mas viles servicios y ministerios.

No hagas caso jamas de lo que se dirá ó se pensará de tí cuando te vieren abrazar estos humildes ejercicios. Ocupate en ellos únicamente por el fin ó motivo de tu propio abatimiento; mas no por una cierta presuncion de ánimo y soberbia oculta, con que muchas veces con color de generosidad cristiana suelen menospreciarse los discursos de los hombres, y sus opiniones y juicios.

Si sucediere, pues, alguna vez que los demas te amen, te honren y te

estímen como buena , y alaben en tí algunas calidades y gracias que has recibido del cielo , procura recogerte luego dentro de tí misma ; y fundándote en los principios de verdad y de justicia que quedan establecidos , dirás á Dios de todo corazon : *Señor , no permitais jamas que yo os usurpe vuestra gloria , atribuyendo á mis propias fuerzas lo que no es sino un puro efecto de vuestra gracia. Tibi laus , honor et gloria ; mihi confusio* (1. Paral. 29. Dan. 9.). *Para Vos , Señor , sea la alabanza , para Vos la honra y gloria , y para mí el oprobio y la confusion.* Despues , volviendo el pensamiento á la persona que te alaba , dirás interiormente : *¿Qué motivo puede tener este hombre para alabarme ? ¿Qué bondad , qué perfeccion ha visto en mí ? Solo Dios es bueno , y solamente sus obras son perfectas. Humillándote de esta suerte y dándote á Dios (Matth. 22.) te defenderás de la vanidad y merecerás de dia en dia mayores dones y gracias.*

Si por ventura la memoria de tus buenas obras produjere alguna vana

complacencia en tu corazon , procura reprimirla luego , mirando estas buenas obras , no como cosas tuyas , sino de Dios , y diciendo con humildad , como si hablaras con ellas : *Yo no sé verdaderamente cómo habeis sido concebidas en mi corazon , ni cómo habeis salido de este abismo de corrupcion y de iniquidad ; porque no puedo ser yo el que os ha formado. Dios solo es el que por su bondad os ha producido y os ha conservado ; y así á él solo reconozco por vuestro padre y principal autor : á él solo se deben las gracias , á él solo quiero yo darle y es justo que se le den todas las alabanzas.*

Despues de esto considera , que todas las buenas obras que has hecho en todo el curso de tu vida , no solamente no han correspondido á la abundancia de luces y auxilios que te han comunicado para conocerlas y practicarlas , sino que tambien han sido acompañadas de muchos defectos ; y que no se halla en ellas aquella pureza de intencion , aquel fervor y aquella diligencia con que debian ser ejercitadas. Pues si

las examinas con la atencion que conviene , antes te causarán confusion y vergüenza que complacencia y vanagloria , porque es constante que las gracias que recibimos de Dios puras y perfectas , las deslucimos y amancillamos con nuestras imperfecciones en todas nuestras obras.

Compara tambien tus acciones con las de los santos y siervos de Dios , y te avergonzarás de la suma diferencia que hay de las unas á las otras , reconociendo con claridad que las mejores y las mayores de todas tus obras son de muy baja liga y valor en comparacion de las de los santos. Y si despues pasas á compararlos con los trabajos de Jesucristo , cuya vida no fué otra cosa que una perpetua cruz , aun cuando no consideres la dignidad infinita de su persona , y solamente atiendas á la grandeza de sus penas y al puro amor con que las ha sufrido , reconocerás con evidencia que todo cuanto has obrado y padecido en el curso de tu vida es de ninguna consideracion.

En fin , si levantas los ojos al cielo para considerar la soberana Magestad de Dios y los servicios que merece , entenderás con claridad que todas tus buenas obras deben mas inspirarte el temor que la vanidad. Por esta causa en todas tus obras , aunque te parezcan muy perfectas y santas , debes decir siempre con un verdadero y profundo sentimiento de humildad : *Deus propitiuss esto mihi peccatori* (*Luc. 18.*) *Tened , Señor , misericordia de mí , que soy una grande pecadora.*

Guárdate tambien , hija mia , de descubrir con facilidad los dones y gracias que has recibido de Dios : porque esto desagrada siempre á su Magestad , como lo declaró el mismo Señor en el caso y doctrina que se sigue. Habiéndose aparecido un dia á una sierva suya en la forma de un niño , y sin alguna señal de su divinidad , esta dichosa alma le pidió con simplicidad que dijese la salutacion angélica (*Luc. 1.*). Hízolo luego el Señor ; pero despues de haber dicho : *Bendita eres entre todas las mugeres* , se detuvo , porque no

quiso añadir lo que redundaba en alabanza suya ; y rogándola esta bendita alma que prosiguiese , desapareció el celestial Niño , dejándola llena de consolacion , y convencida de la importancia de la humildad con el ejemplo que acababa de darla.

Aprende , pues , á humillarte en todas tus obras , mirándolas como espejos que te representan maravillosamente tu nada. Este , hija mia , es el fundamento de todas las virtudes ; porque como Dios en el principio del mundo crió de nada á nuestro primer padre , así funda ahora todo el edificio espiritual sobre el conocimiento de esta verdad : que de nosotros mismos nada somos. De suerte , que cuanto mas profundamente nos abatimos y nos humillamos , tanto mas se levanta el edificio (*Vide D. Agust. serm. 10. de Verb. Domini*) ; y á la medida que vamos cavando en la tierra de nuestras miserias y descubrimos el fondo de nuestra nada , el Divino arquitecto pone las piedras sólidas y firmes que sirven para la fábrica del edificio. No te persuadas

jamas , hija mia , á que puedes humillarte ni abatirte tanto cuanto es necesario , antes bien has de creer que si pudiese darse infinito en la criatura , lo seria tu fragilidad y bajeza.

Con este conocimiento puesto en práctica , lograremos todo el bien que se puede desear ; pero sin él seremos poco menos que nada , aunque hagamos todo lo que hicieron los Santos , y aunque estemos siempre ocupados en la contemplacion del mismo Dios.

¡ O Divino conocimiento que nos hace felices en la tierra , y gloriosos en el cielo ! ¡ O maravillosa luz que sales de las tinieblas de nuestra nada , para iluminar nuestras almas y levantar nuestros espíritus á Dios ! ¡ O piedra preciosa no conocida , que brillas entre las inmundicias de nuestros pecados ! ¡ O nada , cuyo solo conocimiento nos hace señores de todas las cosas !

Yo no podré jamas encarecer y ponderar bastantemente el valor y precio de esta perla evangélica. Si quieres honrar á la Magestad Divina , debes menospreciarte á tí misma , y desear que

todos te menosprecien. Si quieres honrar á la Magestad Divina, debes menospreciarte á tí misma, y desear que todos te menosprecien. Si quieres que Dios sea glorificado en tí, y ser tú glorificada en él, conviene que te humilles y te sujetes á todo el mundo. Si quieres unirte con su infinita bondad, huye de la grandeza y de la elevacion; porque Dios se aleja de los que se remontan. Elige siempre el último lugar, y obligarás á Dios á que descienda de su mismo trono (*Luc. 14.*) para buscarte, para abrazarte y unirte consigo; y tanto mayor será la benignidad con que te admitirá en sus brazos, y el amor con que te unirá consigo, cuanto mas tú te envilezcas á tus ojos, y desees ser menospreciada de todos.

Si Dios, que por tu amor se hizo el último de los hombres, te inspirare estos humildes sentimientos, no dejes de dar á su bondad infinita las debidas gracias; ni de reconocerte obligada á los que con injurias y menosprecios te ayudan á conservarlos.

Pero si no obstante todas estas consideraciones tan poderosas en sí mismas, la malicia del demonio, nuestra ignorancia y nuestra viciosa inclinación prevalecieren de suerte en nosotros, que no dejen de inquietarnos los deseos de la propia exaltación, entónces deberémos humillarnos mas profundamente á nuestros ojos, viendo por esperiencia cuán poco nos hemos adelantado en el camino del espíritu, y en el verdadero conocimiento de nosotros mismos, pues no podemos librar-nos de estos importunos deseos que tienen su raiz en nuestra vanidad y soberbia. De esta suerte harémos del veneno antidoto, y del mal mismo nuestro remedio.

CAPITULO XXXIII.

De algunos avisos importantes para mortificar las pasiones y adquirir nuevas virtudes.

Aunque te he dado diferentes documentos y reglas para enseñarte el modo de vencerte á tí misma, y de adornarte de las virtudes, todavía quiero añadir en este lugar algunas advertencias importantes.

Primeramente: si quieres llegar á una sólida piedad, y adquirir un perfecto dominio de tí misma, no te aficiones ó inclines á aquellos ejercicios espirituales que tienen determinados los dias de la semana; esto es, un dia para una virtud, los otros dias para las otras.

El orden que debes observar es entrar desde luego á combatir las pasiones que te hubieren hecho mas cruda guerra y que mas te afligen y te atormentan al presente, y trabajar al mis-

mo tiempo con todas tus fuerzas en adquirir en un grado eminente las virtudes contrarias á estas pasiones predominantes; pues si llegares á poseer estas virtudes, adquirirás con prontitud y facilidad todas las demas; porque las virtudes se hallan de tal suerte unidas y eslabonadas entre sí, que basta poseer una perfectamente para obtenerlas todas.

Lo segundo: no te prescribas ni te propongas jamas tiempo determinado para adquirir una virtud. No digas, yo emplearé tantos dias, tantas semanas, tantos años; mas como un nuevo soldado que no ha visto todavía la carrera del enemigo, combate y pelea siempre, y con continuas victorias procura abrirte el camino á la perfeccion.

No te detengas ni estes un solo momento sin hacer algun progreso en el camino de la virtud; porque el parar en este camino, no es tomar aliento, fuerza ó descanso, sino volver atras, y quedar mas flaco y cansado.

Por parar ó detenernos en el camino de la virtud, entiendo yo el persua-

dirnos á que hemos llegado ya al colmo de la perfeccion, y el hacer poco caso así de las ocasiones que nos convidan y llaman á nuevos actos de virtud, como de las faltas ligeras.

Por esta causa conviene que seas fervorosa y solícita, para no perder la menor ocasion que te se presentare de ejercitar la virtud. Ama, pues, y abraza de todo corazon las ocasiones que inducen á la virtud, principalmente cuando se hallan acompañadas de alguna dificultad, porque los esfuerzos que hicieres para vencerla formarán un breve tiempo, y establecerán en tu alma los hábitos virtuosos. Ama tambien á los que te presentan estas ocasiones, y solamente procurarás huir con velocidad y presteza de las que puedan inducirte á las tentaciones de la carne.

Lo tercero: serás prudente, discreta y moderada en las virtudes cuyo ejercicio puede causar daño al cuerpo, como son las disciplinas, cilicios, ayunos, vigiliass, meditaciones y cosas semejantes; porque estas virtudes se han

de adquirir poco á poco y por grados , como luego diremos.

En las demas virtudes que son puramente interiores , y consisten en amar á Dios , en aborrecer el mundo , en menospreciarte á tí misma , en detestar el pecado , en ser dulce , paciente , en amar á tus enemigos , no es necesario guardar medidas y reglas para adquirirlas , ni subir por grados á su perfeccion ; antes deberás esforzarte á producir y ejercitar los actos en el modo mas escelente y perfecto que te sea posible.

Lo cuarto : dirige todos tus pensamientos , todos tus deseos y todos tus cuidados á vencer la pasion que combates , y á adquirir la virtud contraria. Esta victoria ha de ser todo tu amor y todo tu tesoro , mirándola como la cosa mas ventajosa para tí , y mas agradable á Dios.

Si comes ó ayunas , si trabajas ó descansas , si velas ó duermes , si estás en casa ó fuera de ella , si vacas á la vida contemplativa ó á la activa , no has de tener otro fin que el de vencer

esta principal pasión, y el de adquirir la virtud contraria.

Lo quinto: aborrece generalmente todos los placeres y comodidades del cuerpo; pues de este modo no te combatirán sino muy flacamente los vicios, los cuales reciben todo su vigor y fuerza de los atractivos del deleite.

Pero si al mismo tiempo que te ocupas en hacer guerra á algun vicio ó deleite particular, buscas otros placeres terrenos, sabe, hija mia, que aunque estos placeres no sean sino culpas ligeras, no obstante, será siempre duro y áspero tu combate, y muy incierta y dudosa la victoria.

Procura tener siempre muy presentes estas palabras de la Escritura: *Qui amat animam suam, perdet eam; et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam aeternam custodit eam (Joan. 12.).* El que ama su vida la perderá; mas el que aborrece su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna. *Et similiter: Debitorum sumus non carni, ut secundum carnem vivamus: si enim secundum carnem vixeritis, moriemini;*

si autem spiritu facta carnis mortificaveritis , vivetis (Rom. 8.) : Nosotros no somos esclavos de la carne para vivir segun la carne ; si vivis , pues , segun la carne , moriréis ; pero si mortificais la carne con el espíritu , viviréis.

Ultimamente, hija mia, será conveniente, y por ventura necesario, que hagas una confesion general en todas las disposiciones que se requieren para asegurarte mas de una perfecta reconciliacion con Dios, que es la fuente de los auxilios y gracias, el autor de las victorias, y el distribuidor de las coronas.

CAPITULO XXXIV.

Que las virtudes se han de adquirir poco á poco y por grados , ejercitándose primero en una virtud y despues en otra.

Aunque el verdadero soldado de Cristo que aspira á la mas alta perfeccion, no debe poner límites á su aprovecha-

miento espiritual , conviene no obstante moderar y reprimir con la prudencia algunos fervores de espíritu indiscretos , que abrazados con demasiado calor en los principios , nos abandonan despues y nos dejan sin fuerzas en medio de la guerra.

Por esta causa , demas de lo que dejo advertido en órden al modo de reglar los ejercicios exteriores , conviene , hija mia , que sepas que las virtudes interiores tambien se adquieren poco á poco y por grados. De esta suerte se arrojan los fundamentos de una piedad sólida y constante , y en poco tiempo se gana mucho.

Por ejemplo : para adquirir la paciencia no debemos ejercitarnos ordinariamente en desear las adversidades , y en alegrarnos ó gloriarnos con ellas , si primero no hemos pasado por los grados mas bajos de esta virtud. Asimismo no debemos abrazar de una vez todas las virtudes , ó aplicarnos á muchas juntamente , sino ejercitarnos primero en una virtud y despues en otra , si queremos que el hábito virtuoso

eche profundas raíces en el alma ; porque con el ejercicio continuo de una sola virtud , la memoria en cualquiera ocasion recurre á ella con mayor prontitud ; el entendimiento busca con mayor industria y delicadeza nuevos motivos para adquirirla , y la voluntad se inclina con mayor actividad y eficacia á conseguirla : lo cual no sucedería si estas tres potencias se hallasen ocupadas á un mismo tiempo en el ejercicio de muchas virtudes.

Demas de esto , los actos en orden á una sola virtud por la conformidad y semejanza que tienen entre sí , vienen á ser con este uniforme ejercicio ménos difíciles y laboriosos ; porque el uno llama y ayuda al otro su semejante , y con esta semejanza y conformidad hacen mayor impresion en nosotros , hallando el corazon ya preparado y dispuesto para recibir los que de nuevo se producen.

Estas razones no podrán dejar de parecer eficaces y convincentes , si consideras que el que se ejercita bien en una virtud , aprende insensiblemente á

ejercitarse en todas las demas , y que una virtud no puede perfeccionarse sin que al mismo tiempo se perfeccionen las otras , por la inseparable union que todas tienen entre sí , como rayos que proceden de una misma divina luz.

CAPITULO XXXV.

De los medios para adquirir las virtudes , y cómo debemos servirnos de ellas para aplicarnos á una sola virtud por algun tiempo.

Sobre todo lo que dejo advertido , debes tambien saber , hija mia , que para llegar á una eminente y sólida virtud , es necesario que tengas un corazon grande y generoso , y una voluntad resuelta , invariable y firme para vencer las contradicciones , penas y dificultades que se hallan en este camino. Es necesario asimismo que tengas una inclinacion y afecto particular á la virtud. Esta inclinacion se adquiere considerando frecuentemente cuán agra-

dables son las virtudes á Dios, cuán nobles y excelentes son en sí mismas, y cuán útiles y necesarias para nosotros; pues en ellas empieza y acaba toda la perfeccion cristiana.

Harás todas las mañanas eficaces propósitos de ejercitarte en ellas segun las ocasiones que probablemente se te pueden ofrecer en aquel dia, y te examinarás muchas veces para reconocer si has ejecutado fielmente tus propósitos y buenas resoluciones, y para renovarlas con mayor eficacia y fervor.

Esta regla deberás observar particularmente con la virtud que te hubieres propuesto, de que tuvieres mayor necesidad.

Aplicarás á esta virtud todas las reflexiones que hicieres sobre los ejemplos de los Santos, y todas tus meditaciones sobre la vida y pasion de Jesucristo, que son útiles y tan importantes en todos los ejercicios espirituales: lo mismo harás de las ocasiones que te se ofrecieren, aunque sean entre sí diversas como dirémos abajo.

Procura acostumbrarte de suerte á

los actos de las virtudes así exteriores como interiores, que llegues finalmente á ejecutarlos con aquella misma prontitud y facilidad con que antes hacias los que eran conformes á tus apetitos. Acuérdate de lo que te dije en otra parte, que los actos mas contrarios á las inclinaciones de la naturaleza son los mas propios y eficaces para introducir en el alma el hábito de la virtud.

Las sentencias de la sagrada Escritura pronunciadas con la boca ó con el corazon como se debe, tienen virtud y fuerza maravillosa para ayudarnos en este santo ejercicio; por esta causa conviene que tengas muchas en la memoria, que se ordenen á la virtud que desees adquirir, y que las repitas muchas veces al dia, particularmente cuando se escita y mueve la passion contraria. Como por ejemplo: si desees adquirir la virtud de la paciencia, podrás servirtte de las palabras siguientes ó de otras semejantes.

Filii patienter sustinete iram, quae supervenit vobis (Baruc. 4.): *Hijos, lle-*

vad con paciencia la ira de Dios, que castiga vuestros desórdenes.

Patientia pauperem non peribit in finem (Ps. 9.): La paciencia de los pobres no será privada para siempre del bien que espera.

Melior est patiens viro forti, et qui dominatur animo suo expugnatore urbium (Prov. 16.): El hombre paciente mejor es que el fuerte y valeroso; y el que sabe dominarse á sí mismo vale mas que un conquistador de ciudades.

In patientia vestra possidebitis animas vestras (Luc. 21.): En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen (Hebr. 12.): Corramos de suerte en este campo, que por la paciencia ganemos el premio que Dios nos propone.

Para lo mismo podrás tambien añadir las aspiraciones siguientes: *¿Cuándo, Dios mio, se hallará armado mi corazon con el escudo de la paciencia?*

¿Cuándo, Dios mio, por contentarte, sufriré con ánimo alegre y tranquilo cualquiera penalidad ó trabajo?

¡O dichosas tribulaciones! pues me hacen semejante á mi Redentor Jesucristo, lleno de penas y de aflicciones!

¡O vida de mi alma! ¿Viviré yo alguna vez contenta y gozosa, por vuestra gloria, entre las tribulaciones?

Feliz seré yo, si con llamas de las tribulaciones me abraso en deseos de sufrir otras mayores.

De estas breves oraciones podrás servirte, y de otras que sean conformes al progreso que hicieres en la virtud, ó que te dictare tu devocion.

Estas oraciones se llaman jaculatorias, porque son como flechas encendidas que se tiran al cielo y tienen la virtud de levantar nuestro corazon y el de penetrar el de Dios, si van acompañadas de dos circunstancias que son como dos alas: la una es el conocimiento del gusto que recibe Dios de vernos ocupados en el ejercicio de las virtudes: la otra un eficaz deseo de adquirirlas por solo el fin de agradar á su divina Magestad.

CAPITULO XXXVI.

*Que en el ejercicio de la virtud se ha
de caminar siempre con continua
solicitud.*

Entre las cosas que sirven para adquirir las virtudes cristianas, que es el blanco que nos hemos propuesto, una de las mas importantes y necesarias es procurar siempre adelantarnos en el camino de la perfeccion; porque no se puede parar en este camino sin volver atras (*D. Greg. part. 3. Pastor. Curae admonit. 35*). La razon es, porque desde que cesamos de hacer actos de virtud, la violenta inclinacion del apetito sensitivo, y los objetos exteriores, que lisonjean los sentidos, no dejan de escitar en nosotros movimientos desordenados; y estos movimientos destruyen ó á lo menos enflaquezen los hábitos de las virtudes: fuera de que esta negligencia nos priva de muchas gracias y dones que pudiéramos mere-

cer del Señor, si pusiésemos mayor cuidado y solicitud en nuestro progreso espiritual.

Es muy diferente, hija mia, el camino espiritual y del cielo, del material y de la tierra; porque en este, aunque pare y se detenga el caminante, nada pierde de lo andado; pero en el camino espiritual, si se detiene y para, aunque sea por poco tiempo, pierde mucho.

Demás de esto, la fatiga del peregrino del mundo se aumenta con la continuacion del movimiento corporal; pero en el camino del espíritu cuanto mas se adelanta y se camina, mas fuerzas se cobran y se siente mayor vigor; porque con el ejercicio virtuoso la parte inferior, que con su resistencia hace el camino áspero y penoso, viene á debilitarse y enflaquecerse; y la parte superior donde reside la virtud, se repara, se restablece y se fortifica mas. De donde nace, que al paso que nos adelantamos en el bien, se va disminuyendo nuestra pena y dificultad, y á esta misma proporcion crece

y se aumenta tambien el gusto y dulzura interior con que Dios temple y suaviza las amarguras de este camino.

De esta suerte caminando siempre con alegría de virtud en virtud, llegamos finalmente á la cumbre del monte (*Isaí. 2.*), al colmo de la perfeccion, y á aquel estado dichoso y bienaventurado en que el alma empieza á ejercer sus funciones espirituales, no solo sin amargura y disgusto, sino con un contento y júbilo inefable; porque como se halla ya victoriosa de todas sus pasiones, y superior á las criaturas y á sí misma, vive dichosamente en el seno de Dios, y goza entre sus penas y trabajos de un dulce y bienaventurado reposo.

CAPITULO XXXVII.

Que siendo necesario continuar siempre en el ejercicio de las virtudes, no hemos de huir de las ocasiones que se nos ofrecieren para conseguirlas.

Hemos mostrado con claridad que en el camino de la perfeccion es necesario andar siempre sin parar. Para observar bien esta regla, conviene que estés siempre advertida y vigilante, para no perder ocasion alguna que se te ofrezca de ejercitar las virtudes. Guárdate, hija mia, de huir de las cosas que son contrarias á las inclinaciones de la naturaleza corrompida, pues por ellas solamente se llega á las mas heróicas virtudes.

Si deseas (por no salir del ejemplo que hemos propuesto) adquirir el hábito de la paciencia, conviene que no huyas ó te retires de las personas, acciones y pensamientos que suelen moverte á la impaciencia; conviene que te

acostumbres á tratar y conversar con todo género de personas, aunque sean molestas y pesadas; conviene que estés siempre dispuesta y preparada á sufrir todo lo que pudiere causarte mayor pena ó disgusto: de otra manera no llegarás jamas á adquirir la virtud de la paciencia.

De la misma suerte, si alguna ocupacion te fuere pesada y onerosa, ó por sí misma, ó por la persona que te la ha encargado, ó porque te divierte de otra ocupacion que seria mas de tu gusto, no dejes por eso de abrazarla con alegría, y de continuarla con perseverancia, aunque sientas alguna inquietud ó turbacion en tu espíritu, de que pudieras librarte dejándola enteramente, porque de otra manera nunca aprenderás á padecer, ni tu quietud seria verdadera, por no proceder de ánimo purificado de las pasiones, y adornado de las virtudes.

Lo mismo te digo de los pensamientos molestos, que á veces turban y afligen el espíritu; porque no debes arrojarlos enteramente de tí, pues con

la pena que te causan , te acostumbran á la tolerancia de las cosas contrarias. Y ten por cierto , hija mía , que quien te enseñare lo contrario , te enseñará mas á huir de la pena que sientes , que á conseguir la virtud que deseas.

Bien es verdad , que al soldado nuevo y poco experimentado , le conviene gobernarse con mucha prudencia y destreza en estas ocasiones , peleando con el enemigo , á veces de lejos , y á veces de cerca , segun fueren mayores ó menores las fuerzas de su virtud y de su espíritu ; pero nunca debe volver enteramente las espaldas , y abandonar el campo de manera que huya de todo lo que puede causarle inquietud y disgusto ; porque aunque por entónces nos preservásemos del peligro de caer , no obstante quedaríamos despues mas expuestos á los golpes de la impaciencia , por no habernos armado y fortificado con el ejercicio y uso de la virtud contraria.

Estas advertencias no tienen lugar en el vicio de la carne , de que hemos tratado ya particularmente en otra parte.

CAPITULO XXXVIII.

Que debemos abrazar con gusto todas las ocasiones que se nos ofrecieren de combatir , para adquirir las virtudes , y principalmente aquellas que fueren mas dificiles y penosas.

No me contento , hija mia , con que no huyas de las ocasiones que te se presentaren de combatir , para adquirir las virtudes : quiero tambien que las busques y las abrasces con alegría , y que las que te causaren mayor mortificacion y pena , te sean mas agradables como mas provechosas. Nada te parecerá difícil con el socorro de la gracia , principalmente si procuras imprimir bien en tu corazon las consideraciones siguientes.

La primera es , que las ocasiones son los medios esenciales y propios para adquirir las virtudes. De donde nace , que cuando pedimos á Dios las virtudes , le pedimos juntamente los medios

para obtenerlas, pues de otra manera nuestra oracion seria inútil y de ningun fruto; porque vendríamos á contradecirnos manifiestamente á nosotros mismos, y tentar á Dios; el cual no acostumbra dar la paciencia sin las tribulaciones, ni la humildad sin los oprobios.

Lo mismo sucede con las demas virtudes, las cuales son frutos de las adversidades que Dios nos envia. Estas adversidades deben sernos tanto mas preciosas y amables, cuanto fueren mas ásperas y penosas; porque los grandes esfuerzos que deben emplearse para sufrirlas, contribuyen y sirven maravillosamente para formar en nosotros los hábitos de las virtudes.

Son tambien muy estimables y preciosas las ocasiones de mortificar nuestra voluntad, aun en las cosas pequeñas y leves, porque aunque las victorias que conseguimos contra nosotros mismos en las grandes ocasiones sean mas gloriosas, no obstante, las que alcanzamos en las pequeñas son incomparablemente mas pequeñas.

La segunda consideracion (que ya hemos tocado) es, que todas las cosas que suceden en este mundo vienen de Dios para nuestro beneficio y provecho; porque, aunque hablando propiamente, no pueda decirse que algunas de estas cosas, como nuestros pecados ó los agenos, vienen de Dios, que aborrece la iniquidad; es cierto no obstante que vienen de Dios en cuanto los permite, y pudiendo absolutamente impedirlos no los impide. Mas por lo que mira á las aflicciones que nos suceden ó por culpa nuestra, ó por la malicia de nuestros enemigos, no se puede negar que son de Dios, y que vienen de su mano, y que aunque verdaderamente condene la causa, no obstante su voluntad es que los suframos con ánimo paciente, ó porque son medios muy propios para santificarnos, ó por otros justos motivos que nos son ocultos.

Estando, pues, persuadidos y ciertos, que para cumplir perfectamente su divina voluntad, debemos sufrir con gusto todos los males que nos causan

nuestros enemigos , ó que nosotros mismos nos causamos con nuestros pecados : el decir (como por escusar y cubrir su impaciencia suelen decir muchos) que Dios siendo infinitamente justo , no puede querer lo que procede de un mal principio , no es otra cosa que querer dorar con un vano pretesto la propia falta , y rehusar la cruz que su divina Magestad nos presenta , y que no podemos negar que es voluntad suya que la llevemos con tolerancia.

Demas de esto , hija mia , conviene que entiendas y sepas , que Dios se deleita mas de vernos sufrir constantemente las persecuciones injustas de los hombres , principalmente de aquellos que hemos obligado con nuestros favores y beneficios , que de vernos tolerar otros penosos accidentes , así porque la soberbia de nuestra naturaleza se reprime mejor con las injurias y malos tratamientos de nuestros enemigos , que con las penas y mortificaciones voluntarias , como porque sufriendolas con paciencia hacemos verdaderamente lo que Dios pide y desea de

nosotros, y es de su honor y de su gloria; pues conformamos nuestra voluntad con la suya en una cosa en que resplandecen igualmente su bondad y su poder; y de un fondo tan malo y tan detestable, como es el pecado, cogemos excelentes frutos de virtud y de santidad. Sabe pues, hija mia, que apenas nos ve el Señor resueltos y determinados á obrar de veras y á emplear todos nuestros esfuerzos para adquirir las sólidas virtudes, nos prepara el cáliz de las mas fuertes tentaciones y de los mas ásperos trabajos, y así conociendo el amor infinito que nos tiene, y la ardiente y misericordiosa solicitud con que desea nuestro bien espiritual, debemos recibir con alegría y con rendimiento de gracias el cáliz que nos ofrece, y beberlo hasta la última gota; porque la composicion de la bebida está hecha de mano de quien no puede errar, y con ingredientes tanto mas saludables para el alma, cuanto son mas desagradables y amargos á nuestro paladar.

CAPITULO XXXIX.

Como se puede practicar una misma virtud en diversas ocasiones.

Ya has visto , hija mia , en uno de los capítulos precedentes , que es mas útil para nuestro aprovechamiento aplicarnos por algun tiempo á una sola virtud , que abrazar muchas juntamente , y que en esta virtud particular debemos escitarnos siempre que se presentare la ocasion. Atiende ahora y observa la facilidad con que esto se puede ejecutar.

Podrá sucederte en un mismo dia , y por ventura en una misma hora , que te reprendan de una accion buena y loable en sí misma , ó que por otra causa murmuren de tí : que te nieguen con aspereza una pequeña gracia que hayas pedido : que se conciba una falsa sospecha de tí : que te den alguna comision odiosa : que te sirvan viandas mal sazonadas : que te sobrevenga al-

guna enfermedad ; ó que finalmente te halles oprimido de otros males mas sensibles y graves de los innumerables que se hallan en esta miserable vida.

Entre tan diversos y penosos accidentes podrás sin duda ejercitar diferentes virtudes ; pero conforme á la regla que te he dado, te será mas útil y provechoso aplicarte únicamente al ejercicio de aquella virtud de que entonces tuvieres mayor necesidad.

Si esta virtud de que necesitas fuere la paciencia , tú no debes pensar sino en sufrir constantemente y con alegría todos los males que te suceden y te pueden suceder. Si fuere la humildad , te imaginarás en todas tus penas que no hay castigo alguno que pueda igualar á tus culpas. Si fuere la obediencia , procurarás rendirte con prontitud á la voluntad de Dios, que te castiga conforme mereces , y sujetarte asimismo por su amor , no solamente á las criaturas racionales , sino tambien á las que no teniendo ni razon ni vida , no dejan de ser instru-

mentos de su justicia. Si fuere la pobreza, te esforzarás á vivir contenta, aunque te halles privada de todos los bienes y de todas las dulzuras de esta vida. Si fuere la caridad, harás todos los actos de amor de Dios y del prójimo que te fueren posibles, considerando que el prójimo te da ocasion de multiplicar tus merecimientos cuando ejercita tu paciencia; y que Dios, que te envia ó permite todos los males que te afligen, no tiene otro fin que tu mayor bien espiritual.

Todo esto que te digo en órden al modo de ejercitar en diversos accidentes y ocasiones la virtud que fuere mas necesaria, muestra al mismo tiempo el modo de ejercitarla en una sola ocasion, como en una larga enfermedad, ó en otra afliccion y pena que te durese mucho tiempo; pues se podrán entónces producir tambien los actos de aquella virtud de que tuviéremos mayor necesidad.

CAPITULO XL.

Del tiempo que debemos emplear en adquirir cada virtud, y de las señales de nuestro aprovechamiento.

No se puede determinar generalmente el tiempo que debemos emplear en el ejercicio de cada virtud; porque esto depende precisamente del estado y disposicion en que nos hallamos, del progreso que hacemos en la vida espiritual, y de la direccion del que nos guia y gobierna; pero es constante, que si nos aplicamos con todo el cuidado, diligencia y solicitud que conviene, aprovecharemos mucho en pocas semanas.

Es señal indubitable y cierta de nuestro aprovechamiento, cuando en la sequedad, obscuridad y angustias del alma, y en la privacion de las consolaciones y gustos espirituales, continuamos constantemente los ejercicios de la perfeccion.

Es tambien señal no menos evidente , cuando la concupiscencia vencida y sujeta á la razon , no puede impedirnos con sus contradicciones que nos ejercitemos en la virtud ; porque á la medida que se enflaquece y debilita la concupiscencia , se fortifican y se arraigan en el alma las virtudes. Por esta causa , cuando no se siente ya alguna contradiccion ó rebeldía en la parte inferior , podemos prometernos y asegurarnos que hemos adquirido el hábito de la virtud ; y cuanto mayor fuere la felicidad en producir los actos , tanto mas perfecto será el hábito.

Pero advierte , hija mia , que no debemos persuadirnos jamas á que hemos llegado á un grado eminente en la virtud , ó que hemos triunfado enteramente de alguna pasion , aunque despues de duros y prolijos combates no sintamos ya sus asaltos y movimientos ; porque aquí tambien puede tener lugar la astucia del demonio , y el artificio de nuestra naturaleza , que suele disfrazarse por algun tiempo. De donde nace , que muchas veces , por una so-

berbia oculta, tenemos por virtud lo que es verdaderamente vicio. Fuera de que si consideramos el grado de perfeccion á que Dios nos llama, aunque hayamos hecho grandes progresos en la virtud, reconocerémos que todavía no hemos entrado en sus confines.

Por esto, hija mia, tú debes como nueva guerrera continuar siempre tus ejercicios ordinarios, como si empezases á practicarlos, sin dejar que llegue á entibiarse tu primer fervor.

Considera que es mejor y mas útil aprovechar en la virtud, que examinar escrupulosamente si has aprovechado; porque Dios, que es el que solamente conoce lo íntimo de los corazones, descubre á unos este secreto, y lo oculta á otros, segun los ve en estado, ó de humillarse, ó de ensoberbecerse; y por este medio, este Padre infinitamente bueno y sabio, quita á los flacos la ocasion de su ruina, y obliga á los otros á que crezcan en las virtudes. Así, aunque una alma no vea ó conozca el progreso que hace en la perfeccion, no debe por esto dejar sus ejer-

cicios; porque lo conocerá, cuando será del gusto y beneplácito divino dársele á conocer para mayor bien suyo.

CAPITULO XLI.

Que no debemos desear con ardor librarnos de los trabajos que sufrimos con paciencia, y de qué modo debemos reglar nuestros deseos.

Si te hallares en alguna afliccion ó trabajo, y lo sufres pacientemente, guárdate de escuchar las exortaciones del demonio ó de tu amor propio, que procuran escitar en tu corazon deseos de librarte de esta pena; porque tu impaciencia te causará dos grandes daños.

El primero, que aunque entónces no pierdas enteramente la virtud de la paciencia, será no obstante una disposicion para el vicio contrario: el segundo, que tu paciencia será imperfecta y defectuosa, y no obtendrá de Dios el premio y la recompensa, sino solamente por el tiempo que la hubieres ejer-

citado ; siendo cierto , que si no hubieras deseado el alivio , antes bien te hubieses resignado en su Divina voluntad , aunque tu pena no hubiese durado sino un cuarto de hora , el Señor la reconocería y recompensaría como servicio de mucho tiempo.

Toma , pues , por regla general en todas las cosas , el no querer hacer sino solamente lo que Dios quiere , y dirigir á este fin todos tus deseos , como al único blanco á que debes encaminarlos. Por este medio llegarán á ser justos y santos , y en cualquiera accidente triste ó alegre que te suceda , no solamente gozarás de una perfecta y verdadera paz , sino tambien de un perfecto y verdadero contento ; porque como nada sucede en este mundo sino por orden y disposicion de la providencia Divina , si tú no quieres sino solo lo que quiere la Divina providencia , vendrás siempre á tener lo que deseas ; pues ninguna cosa sucederá sino segun su voluntad.

Este documento , hija mia , no tiene lugar en los pecados propios ó en

los agenos, los cuales siempre detesta y aborrece Dios, sino solamente en las aflicciones y penas de esta vida, por violentas y penetrantes que sean, ó procedan de tus pecados ó de otro principio; porque esta es la cruz con que Dios suele favorecer á sus mas íntimos amigos.

Esto mismo se debe entender respecto de aquella parte de pena y afliccion que en tí quedare, y que es voluntad de Dios que padezcas despues de haber buscado algun lenitivo á tu pena, y aplicado á este fin aquellos medios que de sí son lícitos y buenos, de que te puedes muy bien servir sin salir de la mano de Dios, ni del órden que tiene puesto; como en el uso de estos medios te gobiernes por su Divina voluntad, sirviendote de ellos, no por libertarte de tu pena, sino porque Dios quiere que los usemos en nuestras necesidades, y porque á este fin los ha ordenado su providencia.

CAPITULO XLII.

Del modo de defendernos de los artificios del demonio, cuando procura engañarnos con devociones indiscretas.

Cuando la serpiente antigua ve que caminamos derechamente, y con vivos y bien ordenados deseos á la perfeccion, reconociendo que no puede atraernos á sí con engaños declarados, se transfigura en ángel de luz, (2. Cor. 11.) y entónces con pensamientos devotos, conceptos agradables, con sentencias y textos de la sagrada Escritura, y ejemplos de los mayores Santos nos solicita y persuade importunamente á que con un fervor indiscreto procuremos remontarnos sobre la capacidad y medida de nuestro espíritu, para precipitarnos despues en un abismo de males.

Por ejemplo: este astuto enemigo nos incita que castigemos ásperamente el cuerpo con disciplinas, abstinencias, cilicios y otras mortificaciones semejan-

tes; pero el fin que se propone su malicia es, ó que persuadiéndonos á que hacemos cosas grandes, nos llenemos de vanagloria (lo cual sucede particularmente á las mugeres) ó que quebrantados con penitencias rigorosas y superiores á nuestras fuerzas, quedemos inhábiles para las buenas obras; ó que no pudiendo sufrir los trabajos de una vida austera y penitente, cobremos hastío y aborrecimiento á los ejercicios espirituales; ó finalmente, que resfriándonos en la virtud, busquemos con mayor ardor y apetito que antes los placeres y vanos divertimientos del mundo.

¿Quién podrá contar el número sin número de los que siguiendo con presuncion de espíritu el ímpetu de un fervor indiscreto y precipitado, y escediendo con los rigores exteriores la capacidad y medida de su propia virtud, cayeron infelizmente en el lazo que se habian tendido á sí mismos con sus propias manos, haciéndose risa y juguete de los demonios? Es constante, hija mia, que semejantes almas se hu-

bieran preservado de un mal tan grave , si hubiesen considerado que estos ejercicios de mortificacion , si bien son útiles y provechosos á los que tienen fuerza y robustez de cuerpo y humildad de espíritu , requieren siempre temperamento conforme y proporcionado á la calidad y naturaleza de cada uno.

No todos , hija mia , pueden practicar las mismas austeridades que han practicado algunos grandes Santos ; pero todos pueden imitar á los mayores Santos en muchas cosas. Podemos formar en nuestro corazon deseos ardientes y eficaces de participar de las gloriosas coronas que obtienen los verdaderos soldados de Jesucristo en los combates espirituales : podemos á su imitacion y ejemplo menospreciar el mundo y menospreciarnos á nosotros mismos , amar el retiro y el silencio , ser humildes y caritativos con todos , sufrir pacientemente las injurias , hacer bien á los que nos hacen mal , evitar los menores defectos que son cosas de mucho mayor mérito á los ojos de Dios , que todas las penitencias y maceraciones del cuerpo.

Tambien te advierto, que en los principios siempre es mejor usar de moderacion en las penitencias exteriores, á fin de que puedas aumentarlas despues, si fuere necesario, que por querer obrar mucho, ponerte en peligro de no poder despues obrar nada. Este documento, hija mia, te doy en el presupuesto de que te hallas libre del engaño en que incurren algunos, que pasan en el mundo por espirituales y devotos, los cuales seducidos de la naturaleza y del amor propio, cuidan con tan exacta y escrupulosa puntualidad de la salud del cuerpo, que temen perderla con la mas ligera mortificacion exterior: no hay cosa en que tanto se ocupen, ni de que hablen con tanta frecuencia, como del régimen de vida que deben guardar; tienen en la eleccion de los manjares una suma delicadeza, que no sirve sino de enflaquecerlos y debilitarlos; prefieren ordinariamente los que lisonjean mas el gusto y son mas agradables al paladar, á los que son mejores y mas provechosos para el estómago; y con todo esto si hubié-

semos de creer lo que dicen , su fin no es otro que tener vigor y fuerza para servir mejor á Dios.

Este es el pretesto con que disfrazan y cubren su sensualidad ; pero verdaderamente su intento no es otro que unir y concordar dos enemigos irreconciliables , que son la carne y el espíritu (*Galat.*) : de lo cual resulta infaliblemente la ruina del uno y del otro ; pues en un mismo tiempo el uno pierde la salud , y el otro la devocion. Por esta causa un modo de vida menos delicado , menos escrupuloso y menos inquieto , es siempre el mas fácil , el mas útil y el mas seguro , como sea regulado por las reglas de la prudencia que te tengo dadas ; porque no siendo todas las complexiones igualmente vigorosas y fuertes , no son todas igualmente capaces de sufrir los mismos trabajos. Y añado , que conviene usar de discrecion y regla , no solamente para moderar los ejercicios exteriores , sino tambien para adquirir las virtudes interiores , como ya lo

mostré en otro capítulo (*Cap. 34.*), explicando el modo de adquirir estas virtudes por grados.

CAPITULO XLIII.

Cuán poderosas sean en nosotros nuestra mala inclinacion y la instigacion del demonio, para inducirnos á juzgar temerariamente del prójimo, y del modo de hacerles resistencia.

La vanidad y propia estimacion producen en nosotros un desórden mas perjudicial que el juicio temerario, el cual nos hace concebir y formar una baja idea del prójimo. Como este vicio nace de nuestra soberbia, se sustenta y fomenta tambien con nuestra soberbia; y á la medida que crece y se aumenta en nosotros, nos hacemos presuntuosos y vanos, y susceptibles de las ilusiones y engaños del demonio, porque venimos á formar insensiblemente tanto mas alta opinion de nosotros mismos, quanto es mas baja la

que concebimos de los otros, persuadiéndonos á que nos hallamos libres de las imperfecciones que les atribuimos.

Cuando el enemigo de nuestra salud reconoce en nosotros esta maligna disposicion, usa de todos sus artificios para hacernos vigilantes y atentos en observar y examinar los defectos agenos. No es creible cuánto se esfuerza á ponernos y representarnos cada instante delante de los ojos algunas ligeras imperfecciones de nuestros hermanos, cuando no puede hacer que observemos defectos graves y considerables.

Pero pues este astuto enemigo es tan solícito de nuestra ruina, y tan aplicado á nuestra perdicion, no seamos nosotros menos vigilantes y atentos en descubrir y en evitar sus lazos. Apenas te representare algun vicio ó defecto del prójimo, procura desechar este pensamiento; y si continuare en persuadirte y solicitarte á formar algun juicio injurioso, guárdate de escuchar sus sugeriones malignas. Considera que tú no tienes la autoridad necesaria para juzgar; y que aun cuando la tu-

vieses , tú no eres capaz de formar juicio recto , hallándote cercada de infinitas pasiones , y muy inclinada á pensar mal de la vida y de las acciones de los otros sin justa causa.

Para remediar eficazmente un mal tan peligroso , te advierto , que tengas tu espíritu enteramente ocupado de tus propias miserias ; porque hallarás tantas cosas que corregir y reformar dentro de tí misma , que no tendrás tiempo ni gusto para pensar en las de tu prójimo , ó no pensarás en ellas , sino en el orden de una santa y discreta caridad. Fuera de que si te ocupas en considerar tus propios defectos , curarás fácilmente los ojos interiores del alma de cierta especie de malignidad , que es la fuente y origen de todos los juicios temerarios ; porque quien juzga sin razon que su hermano está sujeto á algun vicio , puede pensar de sí mismo con fundamento que padece el mismo defecto , pues siempre juzga un hombre vicioso que los demas son sus semejantes.

Todas las veces , pues , que te sin-

tieres pronta y dispuesta á condenar ligeramente las acciones de alguna persona, te debes vituperar interiormente á tí misma y darte esta justa reprehension: *¡O ciega y presuntuosa! ¿Cómo eres tú tan temeraria, que te atreves á censurar las acciones de tu prójimo, cuando tienes los mismos y aun mas graves defectos?* Así, convirtiendo contra tí misma tus propias armas, en lugar de herir y ofender á tus hermanos curarás tus propias llagas.

Pero si la falta que condenamos es verdadera y pública, escusemos por caridad al que la ha cometido: creamos que tiene algunas virtudes ocultas, que por ventura no hubiera podido conservar si Dios no hubiese permitido en él esta caída: creamos que un pequeño defecto que Dios le deje por algun tiempo, acabará de destruir en él la estimacion y buen concepto en que se tiene á sí mismo; que siendo menospreciado se hará mas humilde, y que por consiguiente su ganancia será mayor que su pérdida.

Mas si el pecado es no solamente

público , sino enorme , si el pecador es impertinente , endurecido y obstinado, levantemos nuestro espíritu al cielo , entremos en los secretos juicios de Dios ; considerémos que muchos hombres despues de haber vivido largo tiempo en la iniquidad , han venido á ser grandes santos ; y que otros al contrario , que habian llegado al grado mas sublime de la perfeccion , han caido infelizmente en un abismo de desórdenes y de miserias.

Con estas reflexiones comprenderás, hija mia , que no debes temerte menos á tí misma que á los demas ; y que si sientes en tí inclinacion y facilidad á juzgar favorablemente del prójimo , el Espíritu Santo es quien te da esta feliz inclinacion ; y que al contrario , cualquiera desprecio , aversion ó juicio temerario contra el prójimo nace únicamente de la propia malignidad y de la sugestion del demonio. Si alguna imperfeccion , pues , ó defecto ageno hubiere hecho en tí alguna impresion , no descanses ni sosiegues hasta tanto que la hayas desterrado enteramente de tu corazon.

CAPITULO XLIV.

De la oracion.

Si la desconfianza de nosotros mismos, la confianza en Dios y el buen uso de nuestras potencias son armas necesarias en el combate espiritual, como hasta aquí se ha mostrado, la oracion, que es la cuarta cosa y arma propuesta, es mas indispensable y precisa; pues por la oracion obtenemos de Dios no solamente las virtudes, sino generalmente todos los bienes de que tenemos necesidad. Este es el canal por donde se nos comunican todas las gracias que recibimos del cielo: con la oracion, si la ejercitares como debes, pondrás la espada en mano de Dios, para que combata por tí y te alcance la victoria. Para servirnos como conviene de un medio tan esencial y tan importante, conviene que observemos las reglas siguientes.

En primer lugar debemos tener un

verdadero deseo de servir á Dios con fervor y en el modo que le es mas agradable. Este deseo se encenderá fácilmente en nuestro corazon , si consideramos tres cosas : la primera es, que Dios merece infinitamente ser servido y adorado á causa de la excelencia de su Sér soberano , de su bondad , de su hermosura , de su sabiduría , de su poder , y de todas sus perfecciones inefables ; la segunda es , que este mismo Dios se hizo hombre , y trabajó continuamente por el espacio de treinta y tres años por nuestra salud , y curó con sus propias manos las llagas horribles de nuestros pecados , ungiéndolas y lavándolas , no con aceite y vino , sino con su sangre preciosa (*Luc. 10. Apoc. 1.*), y su carne purísima , toda despedazada con los azotes , con las espinas y con los clavos ; la tercera es , que nada nos importa tanto como el guardar su ley , y cumplir todas nuestras obligaciones , pues este es el único medio de hacernos señores de nosotros mismos , victoriosos del demonio , é hijos de Dios.

Lo segundo , debemos tener una fe viva , y una firme confianza de que Dios no nos negará los auxilios necesarios para servirle con perfeccion , y para obrar nuestra salud. Una alma llena de esta santa confianza es como un vaso sagrado , donde la Divina misericordia derrama los tesoros de su gracia ; y cuanto mayor es la confianza , tanto mayor es la abundancia de las bendiciones celestiales que atrae sobre sí con la oracion. Porque , ¿ cómo será posible que un Dios , á quien nada es difícil , deje de comunicarnos sus dones , cuando su bondad misma nos solicita y persuade á que se los pidamos , y nos promete su Santo Espíritu (*Luc. 11.*) , como se lo pidamos con fe y con perseverancia ?

Lo tercero , debemos entrar siempre en la oracion por solo el motivo ó fin de hacer lo que Dios quiere , y no lo que nosotros queremos : de manera , que no hemos de aplicarnos jamas á este santo ejercicio , sino solamente porque Dios nos lo manda , ni debemos desear ser oídos , sino en

cuanto fuere de su divino beneplácito; en fin, nuestra intencion ha de ser unir y conformar nuestra voluntad con la Divina, sin pretender jamas inclinar la Divina á la nuestra. La razon es, porque nuestra voluntad, como inficionada y pervertida del amor propio, yerra muchas veces, y no sabe lo que pide; pero la voluntad Divina no puede errar, siendo esencialmente justa y santa; y así debe ser la regla de cualquiera otra voluntad. Tengamos, pues, particular cuidado de no pedir á Dios sino las cosas que son de su agrado; y si hubiere algun motivo ó fundamento para temer que lo que deseamos no es conforme á su voluntad, no se lo pidamos sino con una entera sumision á las órdenes de su providencia. Pero si las cosas que deseamos alcanzar no pueden dejar de serle agradables como las virtudes, pidámoslas mas por agradarle y por servirle que por cualquiera otra consideracion, aunque sea muy espiritual.

Lo cuarto, si deseamos obtener lo que pedimos, conviene que nuestras

obras se conformen con nuestras palabras: conviene que antes y despues de la oracion procuremos con todas nuestras fuerzas hacernos dignos de la gracia que deseamos alcanzar; porque el ejercicio de la oracion debe andar siempre unido y acompañado con el de la mortificacion interior, pues seria tentar á Dios pedir una virtud y no aplicar los medios para conseguirla.

Lo quinto, antes de pedir á Dios cosa alguna, debemos darle muy rendidas gracias por todos los beneficios que hemos recibido de su bondad. Podrémos decirle: *Señor y Dios mio, que despues de haberme criado me habeis redimido por vuestra misericordia, y me habeis librado infinitas veces del furor de mis enemigos, ayudadme y socorredme ahora; y olvidando mis ingratitudes pasadas, no me negueis la gracia que os pido.*

Y si cuando deseamos obtener alguna virtud en particular, fuéremos tentados del vicio contrario, no dejemos de alabar y bendecir á Dios por la ocasion que nos da de ejercitar esta

virtud , porque no es este , hija mia , un favor pequeño.

Lo sexto, como la oracion recibe toda su eficacia y fuerza de la suma bondad de Dios , de los méritos de la vida y de la pasion de su unigénito Hijo , y de las promesas que nos ha hecho de oirnos (*Jerem. 33.*), podremos concluir siempre nuestras peticiones con alguna de las oraciones siguientes: *Yo os pido , Señor , que por vuestra divina misericordia me otorgueis esta gracia. Concededme por los méritos de vuestro unigénito Hijo lo que os pido. Acordaos, Dios mio , de vuestras promesas , y oid mis ruegos.*

Algunas veces podremos pedir tambien las gracias que deseamos por los méritos de la Virgen Santísima y de los Santos; porque es grande el poder que tienen en el cielo , y Dios se deleita de honrarlos á proporcion del honor y gloria que le han dado en el curso de su vida mortal.

Lo séptimo, convicne tambien perseverar en este ejercicio , porque el Todopoderoso no puede resistirse á una

humilde perseverancia en la oracion ; pues si la importunidad de la Viuda del Evangelio pudo doblar y vencer la dureza de un juez inicuo (*Luc. 18.*) , ¿ cómo podrán nuestros ruegos dejar de mover un Dios infinitamente bueno ? Y así , aunque el Señor tarde en oirnos , y nos parezca que no quiere escucharnos , no debemos perder la confianza que tenemos en su infinita bondad , ni dejar de continuar la oracion ; porque su divina Magestad tiene en un grado infinito todo lo que es necesario para poder y para querer enriquecernos y colmarnos de sus beneficios ; y si de nuestra parte no hubiere alguna falta , podremos estar ciertos y seguros de que obtendremos infaliblemente la gracia que le pedimos , ú otra que nos sea mas útil y provechosa , y por ventura ambas gracias juntamente.

Sobre todo , debemos estar siempre advertidos en este punto , que cuanto mas nos pareciere que el Señor no escucha ni admite nuestros ruegos , tanto mas hemos de procurar humillarnos y concebir menosprecio y odio de nos-

otros mismos; pero en esto, hija mia, debemos gobernarnos de suerte que considerando nuestras miserias, no perdamos jamas de vista su divina misericordia, y que en lugar de disminuir nuestra confianza, la aumentemos en nuestro corazon sobre el fijo conocimiento de que cuanto mas viva y constante fuere en nosotros esta virtud, cuando se halla combatida, tanto mayor será nuestro merecimiento.

Finalmente, no dejemos jamas de dar á Dios humildes y rendidas gracias. Alabemos y bendigamos igualmente su sabiduría, su bondad y su caridad, ya nos niegue ó ya nos conceda la gracia que le pedimos; y en cualquiera suceso procuremos conservarnos siempre tranquilos, contentos y enteramente rendidos á su providencia.

CAPITULO XLV.

Qué cosa sea oracion mental.

Oracion mental es una elevacion del espíritu á Dios, con actual ó virtual súplica de lo que deseamos.

La actual se hace cuando con palabras mentales se pide á Dios alguna gracia en esta ó semejante forma: *Señor y Dios mio, concededme esta gracia á honor y gloria vuestra; ó de este otro modo: Dios mio, creo firmemente que será de vuestro agrado, y de vuestra gloria, que yo os pida y alcance esta gracia: cúmplase, pues, en mí vuestra voluntad divina.*

Cuando te hallares combatida de tus enemigos, orarás así: *ayudadme presto, Dios mio, para que no me rinda á mis enemigos; ó de este modo: Dios mio, refugio mio, fortaleza mia, pues veis mi fragilidad y flaqueza, socorredme prontamente para que no caiga.*

Si continuare la batalla, continúa

en orar de la misma forma resistiendo siempre animosamente al enemigo que te hace la guerra.

Después que se hubiere pasado lo fuerte del combate vuélvete al Señor, y pidiéndole que considere de una parte las fuerzas de tu enemigo, y de la otra tu suma flaqueza, le dirás: *Veis aquí, Señor, vuestra criatura: veis aquí la obra de vuestras manos: veis aquí el alma que Vos habeis redimido con vuestra preciosa sangre, mirad como vuestro enemigo os la procura robar para perderla. A Vos, Dios mio, recurro, en Vos solo pongo mi confianza; porque Vos solo sois infinitamente bueno, infinitamente poderoso. Vos conoceis mi debilidad, y la prontitud con que caerá en manos de mis enemigos, sin el socorro de vuestra gracia. Ayudadme pues, ó dulce esperanza mia, única fortaleza de mi alma.*

La súplica virtual se hace cuando elevamos nuestro espíritu á Dios para obtener alguna gracia, representándole nuestra necesidad, sin decir ni hacer otra consideracion; como cuando yo

elevo la mente á Dios , y en su presencia reconozco que de mí mismo no soy capaz de defenderme del mal , ni de obrar el bien ; y encendido de un ardiente deseo de servirle , fijo la vista en su bondad , esperando su socorro con humildad y confianza. Este conocimiento de mi flaqueza , este deseo de servir á Dios , y este acto de fe , producido en su divina presencia , es una oracion que virtualmente pide lo que necesito ; y cuanto mas puro fuere el conocimiento , cuanto mas abrasado el deseo , y cuanto mas viva la fe , tanto mayor será la eficacia de la oracion para obtener la gracia que deseo.

Hay tambien otra especie de oracion virtual mas reducida y breve , la cual se hace con una simple vista del alma , que espone á los ojos del Señor su diligencia para que la socorra ; y esta vista no es otra cosa que un tácito recuerdo y súplica de aquella gracia que antecedentemente le hemos pedido.

Es necesario , hija mía , que te acostumbres á esta especie de oracion , y que te la hagas muy familiar para ser-

virte de ella en cualquiera tiempo y lugar; porque la experiencia te mostrará, que así como no hay cosa mas fácil, así no hay cosa mas útil ni mas excelente.

CAPITULO XLVI.

De la oracion por via de meditacion.

Si quieres detenerte en este santo ejercicio de la oracion por algun espacio de tiempo, como por media hora ó por una hora entera, añadirás la meditacion de la vida y pasion de Jesucristo, aplicando siempre sus santísimas acciones á la virtud que desees adquirir.

Como por ejemplo, si desearas obtener la virtud de la paciencia, meditarás en algunos puntos del misterio de los azotes.

El primero, como despues de haber dado Pilato la sentencia, fue el Señor arrebatado con violencia, por aquellos ministros de la iniquidad, y llevado con

gritos y baldones al lugar destinado para la flagelacion.

El segundo, como con impaciente y apresurada rabia le despojaron aquellos crueles verdugos de todos sus vestidos, quedando descubiertas y desnudas á la vista de aquel ingrato pueblo sus purísimas carnes.

El tercero, como aquellas inocentes manos, instrumentos de su piedad y misericordia, fueron atadas á una columna con ásperos cordeles.

El cuarto, como aquel sagrado y honestísimo cuerpo fue azotado por los verdugos con rigor tan inhumano, que corrió su divina sangre por el suelo, rebalsando en muchas partes con abundancia.

El quinto, como los golpes continuados y repetidos en una misma parte aumentaban y renovaban sus llagas.

Mientras meditates sobre estos puntos ú sobre otros semejantes, propios á inspirarte el amor de la paciencia, aplicarás primeramente tus sentidos interiores á sentir con la mayor viveza que pudieres los dolores incomprensi-

bles que sufrió el Señor en todas las partes de su sacratísimo cuerpo, y en cada una en particular.

De aquí pasarás á las angustias de su alma santísima, meditando profundamente la paciencia y mansedumbre con que sufría tantas aflicciones, sin que jamas se apagase aquella ardiente sed que tenia de padecer nuevos tormentos por la gloria de su Padre, y por nuestro bien.

Considérale despues encendido de un vivo deseo de que tú sufras con gusto tus aflicciones; y mira, como vuelto á su eterno Padre, le ruega que te ayude á llevar con paciencia no solamente la cruz que entónces te aflige, sino todas las demas que quisiere enviarte su providencia.

Movida de estas tiernas y piadosas consideraciones, confirma con nuevos actos la resolucion en que estás de sufrir con ánimo paciente cualquiera tribulacion.

Despues levantado tu espíritu al Padre Eterno, dále rendidas gracias de que haya enviado al mundo su Unigé-

nito Hijo , para que padeciese tan crueles tormentos , y para que intercediese por tí: pídele en fin , que te conceda la virtud de la paciencia por los méritos y por la intercesion de su santísimo Hijo.

CAPITULO XLVII.

De otro modo de orar por el camino de la meditacion.

Tambien podrás orar y meditar de esta otra manera.

Despues que hubieses considerado atentamente las penas de tu divino Salvador , y la alegría con que las toleraba , pasarás de la consideracion de sus dolores y de su paciencia á otras dos consideraciones no menos necesarias.

La una será de sus méritos infinitos : la otra del contento y gloria que recibió su Eterno Padre de la puntual y perfectísima obediencia con que puso en ejecucion sus divinos decretos.

Ambas cosas representarás humilde-

mente á su divina Magestad , como dos razones poderosas para obtener la gracia que deseas.

Esto mismo podrás practicar no solamente en todos los misterios de la pasion del Señor , sino tambien en todos los actos interiores ó exteriores que su Magestad hacia en cada misterio.

CAPITULO XLVIII.

De un modo de orar fundado en la intercesion de María Santísima nuestra Señora.

A mas de los sobredichos hay otro modo de orar y meditar , que se dirige particularmente á María Santísima , levantando el espíritu primeramente á Dios , despues al dulcísimo Jesus , y últimamente á su gloriosísima Madre.

Levantando el espíritu á Dios considerando dos cosas.

La primera , el singular amor que tuvo *ab aeterno* á esta purísima Vírgen ,

aun antes que la hubiese sacado de la nada.

La segunda, la eminente santidad de esta Señora, y las heroicas obras que ejercitó desde el instante de su Concepcion hasta el de su muerte.

Sobre el primer punto meditarás en la forma siguiente :

Remóntate primero con el pensamiento sobre la esfera y jurisdiccion de los tiempos y de todas las criaturas ; y entrando en el abismo de la eternidad y de la misma mente de Dios , pondera la complacencia y satisfaccion con que aquel sumo bien consideraba á la que destinaba para ser Madre de su Unigénito amado : y en virtud de esta satisfaccion y contento inefable , pídele con seguridad que te conceda gracia y fortaleza para vencer y destruir á tus enemigos , y particularmente al que entónces te hiciere guerra.

Despues te representarás las virtudes y las acciones heroicas de esta Virgen incomparable ; y ofreciéndolas á Dios , ó todas juntamente , ó cada una en particular , pedirás en virtud de ellas

á su bondad infinita las cosas de que tuvieres necesidad.

Vuelve luego el espíritu á su Hijo santísimo, y tráele á la memoria el virginal vientre que le sirvió de albergue y purísimo tálamo por el espacio de nueve meses; la humildad y profunda reverencia con que apénas salió á luz le adoró la Vírgen, y reconoció por verdadero hombre y verdadero Dios, Hijo y Criador suyo; la compasion y ternura con que le vió nacer pobre, despreciado y desconocido en un pesebre; el amor con que le recogió en sus brazos; los ósculos suavísimos que le dió; la purísima leche con que lo alimentó; y las fatigas, tribulaciones y penas que en el curso de su vida mortal padeció por su causa.

Representáte bien todas estas cosas; y no dudes, hija mia, que con tan eficaces y poderosas consideraciones, le harás una dulce violencia para que te oiga y te conceda lo que le pides.

Vuélvete en fin á la Vírgen santísima, y acuérdale que entre todas las mugeres fué escogida y predestinada de

la bondad y eterna providencia de Dios para ser Madre de gracia y misericordia, y abogada de los pecadores, y que despues de su bendito Hijo no tenemos otro mas poderoso seguro asilo que el de su patrocinio. Representale tambien aquella inefable verdad tan constante entre los Doctores, y confirmada con tantos prodigios y maravillas, que ninguna la ha invocado jamas con viva fe, que no haya sido ayudado y socorrido en su necesidad.

Ultimamente, ponle á la vista las aflicciones y penas que padeció su santísimo Hijo por nuestra salud, á fin de que te obtenga de su infinita bondad la gracia de que te aproveches de ellas para su gloria y satisfaccion.

CAPITULO XLIX.

*De algunas consideraciones para que con
fe y seguridad acudamos al patro-
cinio de la Virgen María.*

Si deseas recurrir con seguridad y confianza en cualquiera necesidad ó trabajo á la proteccion de la Virgen María, podrás servirté de los motivos y consideraciones siguientes:

Primero: la experiencia muestra, que un vaso que ha tenido dentro de sí algun licor aromático y precioso, conserva su fragancia, aunque se haya sacado el licor del vaso, principalmente si lo ha tenido dentro de sí por mucho espacio de tiempo, y si ha quedado en el vaso alguna parte del licor precioso. Asimismo, el que ha estado cerca de un fuego grande, conserva por mucho tiempo el calor despues de haberse retirado del fuego.

Pues si esto, hija mia, sucede con cualquiera licor precioso, y con cual-

quiera grande incendio, que no son sino de virtud corta y limitada, ¿qué diremos nosotros de la caridad y de la misericordia de esta purísima Virgen, que por el espacio de nueve meses ha llevado dentro de sus entrañas, y lleva siempre en su corazón al Hijo único de Dios, la caridad increada, cuya virtud no tiene límites?

Si es imposible que el que se acerca á un grande incendio no participe del calor de sus llamas, ¿cómo podremos persuadirnos á que quien se acerca al fuego de la caridad, que arde en el corazón purísimo de esta Madre de misericordia, no sienta sus admirables y divinos efectos; y que no reciba mas favores, beneficios y gracias de su piedad, cuanto con mas frecuencia, fe y confianza acudiere á su patrocinio?

2. Ninguna pura criatura amó jamas tanto á Jesucristo, ni fué tan conforme á su voluntad, como su santísima Madre. Pues si este divino Salvador, que se sacrificó por la salud y remedio de los pecadores, nos ha dado su propia Madre, para que fuese ues-

tra Madre comun, nuestra abogada y nuestra medianera, ¿cómo podrá esta Señora dejar de entrar en sus sentimientos, y olvidarse de socorrernos?

Recorre pues, hija mia, con seguridad á esta piadosísima Madre en todas tus necesidades: implora con confianza su misericordia; porque es una fuente inagotable de bondad, y un manantial perenne de gracias, y suele medir sus favores y beneficios por nuestra fe y confianza.

CAPITULO L.

De un modo de meditar y orar por medio de los ángeles y de los bienaventurados.

Para merecer la proteccion de los ángeles y santos del cielo, usarás de dos medios.

El primero será levantar tu espíritu al Padre eterno, y representarle las alabanzas que le da toda la corte celestial, y los trabajos, persecuciones y

tormentos que han padecido los Santos en la tierra por su amor; y pedirle despues, en virtud de las pruebas illustres que le dieron estos gloriosos predestinados de su felicidad, amor y constancia, que te conceda la gracia de que necesitas.

El segundo será invocar á estos bienaventurados espíritus, pidiéndoles que te ayuden á corregir tus vicios, y á vencer todos los enemigos de tu salud; pero particularmente que te asistan en el artículo de la muerte.

Algunas veces admirarás las gracias singulares que han recibido del Señor, alegrándote de sus escelencias y dones, como si fuesen propios tuyos, y complaciéndote con un santo júbilo de que Dios les haya comunicado mayores ventajas y privilegios que á tí, porque así ha sido de su beneplácito y agrado; y tomarás de aquí ocasion y motivo para alabarle y bendecirle.

Mas para que puedas hacer este santo ejercicio con mejor orden y con menos trabajo, dividirás segun los dias de la semana los diversos órdenes de

los bienaventurados en esta forma.

El domingo invocarás los nueve coros de los Angeles.

El lunes san Juan Bautista.

El martes los Patriarcas y Profetas.

El miércoles los Apóstoles.

El juéves los Mártires.

El viérnes los Pontífices y demas Confesores.

El sábado las Vírgenes y las demas Santas.

Pero sobre todo, hija mia, no te olvides jamas de implorar frecuentemente el patrocinio y socorro de María santísima, que es la Reina de todos los santos y nuestra principal abogada, y el de tu Angel custodio, del arcángel san Miguel y de los demas santos á quienes tuvieres particular devocion.

No dejes pasar dia alguno sin que pidas á María, á Jesus y al Padre eterno, que te concedan al bienaventurado san José, esposo dignísimo de la mas pura de las Vírgenes, por tu principal abogado y protector, y recurrirás despues á este glorioso Santo con mu-

cha fe y confianza , pidiéndole humildemente que te reciba en su proteccion y amparo.

Son , hija mia , infinitas las maravillas que se cuentan de este gran Santo , y muchos los favores y gracias que han recibido de Dios los que en sus necesidades , así espirituales como corporales , lo han invocado , principalmente cuando han necesitado de la luz del cielo y de un director invisible para aprender á orar y meditar bien.

Si Dios , hija mia , considera y atiende tanto á los demas santos , y tanto favorece á los hombres por su intercesion , por haberle servido y glorificado en el mundo , ¿qué condescendencias no usará con este admirable Patriarca , á quien el mismo Dios honró de tal manera en la tierra , que quiso sujetarse á él , y como Padre obedecerle y servirle? (*Luc. 2.*)

CAPITULO LI.

De diversos sentimientos afectuosos que se pueden sacar de la meditacion de la pasion de Jesucristo.

Todo lo que he dicho arriba en órden al modo de orar y meditar sobre la pasion del Señor, no se dirige sino á pedirle favores y gracias; ahora, hija mia, quiero enseñarte el modo de sacar de la misma pasion diversos afectos.

Por ejemplo, si te propones por objeto de tu meditacion la crucifixion de Jësucristo, podrás entre otras maravillosas circunstancias de este misterio, considerar las siguientes.

Primeramente, el inhumano modo con que en el monte Calvario lo desnudaron de sus vestiduras las impías y crueles manos de los judíos, arrebatándole con tanto furor la túnica que tenia pegada en las llagas, que renovaron todas las de su sacratísimo cuer-

po, y le añadieron nuevo dolor sobre el de sus heridas.

2. La sacrílega violencia con que le arrancaron la corona de espinas, rasgándole las heridas; y la desmedida crueldad con que se la volvieron á fijar en la cabeza, abriéndole llagas sobre llagas.

3. Como para fijarlo en el árbol de la cruz, como al mas facineroso de los hombres, penetraron á martilladas con duros y agudos clavos sus sagradas manos y pies, rompiendo con impiedad las venas y nervios de aquellos miembros divinos que habia formado el Espíritu Santo.

4. Como no alcanzando á los barrenos que habian formado en la cruz aquellas sacratísimas manos que fabricaron los cielos, tiraron de ellas con inaudita crueldad para ajustarlas con los barrenos, quedando la fábrica de aquel santísimo cuerpo, en quien estaba unida la Divinidad, tan disuelta y desconcertada, que se le pudieron contar todos los huesos. (*Psalm. 21.*)

5. Como estando pendiente de aquel

duro leño , y sin otro apoyo que el de los clavos , se dilataron con un dolor indecible las heridas de su sagrado cuerpo con su misma gravedad y peso.

Si con estas consideraciones , ó con otras semejantes , deseas escitar en tu corazon afectos del divino amor , procura , hija mia , pasar con la meditacion á un sublime conocimiento de la bondad infinita de tu Salvador , que por tu amor quiso padecer tantas penas ; pues á medida que se fuere aumentando en tí este conocimiento , crecerá tu amor.

De este mismo conocimiento de la suma bondad y amor infinito de Dios , sacarás una admirable disposicion para formar actos fervientes de contricion y dolor de haber ofendido tantas veces y con tanta ingratitud á un Señor , que con escesos tan grandes de caridad y misericordia se sacrificó por la satisfaccion de tus ofensas.

Para formar y producir actos de esperanza , considera que el Señor en sujetarse al rigor de tantos tormentos , y á la ignominia y oprobio de la cruz ,

no tuvo otro fin que esterminar el pecado del mundo, librarte de la tiranía del demonio, espiar tus culpas particulares y reconciliarte con su eterno Padre (1. *Joan.* 2.) para que puedas recurrir con confianza á su misericordia en todas tus necesidades.

Si despues de haber considerado sus penas, consideras sus grandes y maravillosos efectos; si observas y adviertes que con su muerte quitó los pecados de todo el mundo (*Heb.* 2.), satisfizo la deuda de la posteridad de Adan (*Rom.* 5.), aplacó la ira de su eterno Padre (*Eph.* 6. *Colos.* 1.), confundió las potestades del infierno, triunfó de la muerte misma (*Oseae* 13.), y llenó en el cielo las sillas de los ángeles rebeldes (*Ps.* 109.), tu dolor se convertirá en alegría, y esta alegría se aumentará en tu corazon con la memoria de la que causó á toda la Santísima Trinidad, á la bienaventurada Virgen María, á la Iglesia Triunfante y á la Militante, la grande obra de la redencion del mundo.

Pero si quieres concebir un vivo

dolor de tus pecados , aplica todos los puntos de tu meditacion al único fin de persuadirte que Jesucriste no tuvo para padecer tantos tormentos otro motivo que el de inspirarte un odio saludable de tí misma y de tus pasiones desordenadas , principalmente de la que induce á mayores faltas , y desagradamas á su infinita bondad.

Si quieres entrar en sentimientos y afectos de admiracion , considera qué cosa puede haber mas digna de maravilla y de asombro , que ver al Criador del universo , al autor mismo de la vida , morir á manos de sus criaturas. Que ver la Magestad suprema ultrajada y envilecida , la justicia condenada , la hermosura en que se miran los cielos escupida y desfigurada , el objeto del amor y de la complacencia del eterno Padre hecho el objeto del odio de los pecadores , la luz inaccesible (1. *Timot.* 6.) abandonada al poder de las tinieblas , la gloria , la felicidad increada sepultada en el oprobio y en la miseria.

Para moverte y ejercitarte á la compasion de este Salvador divino , penetra

por las llagas exteriores del cuerpo las interiores de su alma santísima; y si por aquellas sintiere tu corazón grandísima pena, maravilla será que por estas no se haga pedazos de dolor.

Veia esta grande alma claramente la divina Esencia como ahora la ve en el cielo: conocia con altísima luz de amor la adoracion y culto que merece de todas las criaturas: representábansele al mismo tiempo los pecados de todas las naciones, de todos los siglos, de todos los estados, de todas las condiciones, y distinguia con la vivacidad de su divina penetracion el número, el peso, la calidad y las circunstancias de todos y de cada uno de ellos; y como amaba á Dios cuanto podia amarle una alma unida al Verbo, á proporcion de este amor era el odio que tenia á los pecados, y á la medida de este amor y de este odio era el dolor que causaban en aquella alma santísima las ofensas contra aquella Magestad infinita: y como ni la bondad de Dios, ni la malicia del pecado se pueden conocer enteramente sino de Dios,

ninguna mente, ó humana ó angélica, puede formar una justa idea de cuán grande, cuán intenso y cuán incomprendible fuese el dolor que afligia la mente, el espíritu y el alma de Jesucristo.

A mas de esto, hija mia, como este adorable Salvador amaba sin tasa ni medida á todos los hombres, á proporcion de este escesivo amor era su dolor y amargura por los pecados que habian de dividirlos y separarlos de su alma santísima. Sabia que ningun hombre podia cometer algun pecado mortal sin destruir la caridad y la gracia, que es el vínculo con que estan unidos espiritualmente con él todos los justos: esta separacion era al alma de Jesucristo mucho mas sensible y dolorosa, que lo es al cuerpo la de sus miembros cuando se apartan de su lugar propio y natural; porque como el alma es toda espiritual, y de una naturaleza mas excelente y perfecta que el cuerpo, es mas capaz de sentimiento y dolor. Pero la mas sensible de todas sus aflicciones fué la que ocasionaron

los pecados de todos los réprobos , que no pudiendo reunirse con él por la penitencia , habian de padecer en el infierno eternos tormentos.

Si á la vista de tantas penas sientes que tu corazon se mueve á la compasion de tu amado Jesus , entra mas profundamente en la consideracion de sus aflicciones , y hallarás que padeció dolores y penas incomprensibles , no solamente por los pecados que efectivamente has cometido , sino tambien por los que no has cometido jamas ; porque es constante , que Jesucristo nos mereció y alcanzó de su Eterno Padre el perdon de los unos , y la preservacion de los otros , con el precio infinito de su sangre.

No te faltarán , hija mia , otros motivos y consideraciones para condolerte con tu afligido Redentor ; porque no ha habido ni habrá jamas algun dolor en criatura racional que no lo haya sentido en sí mismo , pues las injurias , las tentaciones , las ignorancias , las penitencias , las angustias y tribulaciones de todos los hombres afligieron mas

vivamente el alma de Cristo, que á los mismos que las padecieron; porque vió perfectamente todas las aflicciones de los mortales, grandes y pequeños, espirituales y corporales, hasta el mas mínimo dolor de cabeza; y con su inmensa caridad quiso padecerlas é imprimirlas todas en su corazon este piadosísimo Señor.

¿Pero quién podrá encarecer ó ponderar dignamente cuán sensibles le fueron las penas y dolores de su Madre santísima? Porque en todos los modos y por todos los respetos que padeció Cristo, padeció igualmente y fué affligida esta Señora; y aunque no tan intensamente y en aquel grado, fueron no obstante acerbísimas y sobre toda comprension sus penas (*Luc. 2.*)

Estas penas renovaron las llagas internas de Jesus, penetrando como otras tantas flechas encendidas de amor su dulcísimo corazon. Por esta causa solia decir con santa simplicidad una alma muy favorecida de Dios, que el corazon de Jesus le parecia un infierno de

penas voluntarias, donde no ardia otro fuego que el de la caridad.

Mas en fin, ¿cuál es la causa y origen de tantos tormentos? Nuestros pecados. Por esto, hija mia, el mejor modo de compadecernos de Jesucristo crucificado, y de mostrarle la gratitud y reconocimiento que le debemos, es dolernos de nuestras infidelidades puramente por su amor, aborrecer y detestar el pecado sobre todas las cosas, y hacer guerra continua á nuestros vicios como á sus mas mortales enemigos, á fin de que desnudándonos del hombre viejo y vistiéndonos del nuevo (Col. 3.), adornemos nuestras almas con las virtudes cristianas, que son las que forman su belleza y perfeccion.

CAPITULO LII.

De los frutos que podemos sacar de la meditacion de la Cruz , y de la imitacion de las virtudes de Jesucristo.

Los frutos , hija mia , que debes sacar de la meditacion de la Cruz , son :

El primero , que te duelas con amargura de tus pecados pasados , y te aflijas de que aun vivan y reinen en tí las pasiones desordenadas , que ocasionaron la dolorosa muerte de tu Señor.

El segundo , que pidas á Jesucristo crucificado el perdon de las ofensas que le has hecho , y la gracia de un odio saludable de tí misma para que no le ofendas mas , sino antes bien le ames y le sirvas de todo tu corazon en reconocimiento de tantos dolores y penas como ha sufrido por tu amor.

El tercero , que trabajes con continua solicitud en desarraigar de tu co-

razon todas tus viciosas inclinaciones, por pequeñas y leves que sean.

El cuarto, que con todo el esfuerzo que pudieses, procures imitar las virtudes de este divino Maestro, que murió, no solamente por espiar nuestras culpas, sino tambien por darnos el ejemplo de una vida santa y perfecta. (1. *Petr.* 2.)

Quiero, hija mia, enseñarte un modo de meditar, de que podrás servirte con mucho fruto y provecho para este fin.

Si deseas, por ejemplo, entre las virtudes de Jesucristo imitar particularmente su paciencia heroica en los males y tribulaciones que le suceden, considerarás los puntos siguientes:

El primero, lo que hace el alma afligida de Cristo mirando á Dios.

El segundo, lo que hace Dios mirando al alma de Cristo.

El tercero, lo que hace el alma de Cristo mirándose á sí misma y á su sacratísimo cuerpo.

El cuarto, lo que hace Cristo mirándonos á nosotros.

El quinto, lo que nosotros debemos hacer mirando á Cristo.

Considera pues, lo primero, como el alma de Jesus absorba y transformada en Dios, contempla con admiracion aquella Esencia infinita é incomprensible, en cuya presencia son nada las mas nobles y escelentes criaturas (*Isai. 40.*); contempla, digo, con admiracion y asombro, aquella Esencia infinita en un estado, en que sin perder nada de su grandeza y de su gloria esencial, se humilla y se sujeta á sufrir en la tierra los mas indignos ultrajes por el hombre, de quien no ha recibido sino infidelidades, injurias y menosprecios: y como adora aquella suprema Magestad, le tributa mil alabanzas, bendiciones y gracias, y se sacrifica enteramente á su beneplácito divino.

Lo segundo, mira despues lo que hace Dios con el alma de Jesucristo: considera como quiere que este Hijo único, que es el objeto de su amor, sufra por nosotros y por nuestra salud las bofetadas, las contumelias, los azotes, las espinas y la cruz: considera

la complacencia y satisfaccion con que lo mira colmado de oprobios y de dolores por tan alta y tan gloriosa causa.

Lo tercero , representáte el alma de Jesucristo , que conociendo en Dios con la altísima luz de su entendimiento esta complacencia y satisfaccion , el amor íntimo y ardiente con que la ama , ya por sus infinitas perfecciones , ya por los bienes infinitos que le ha comunicado , le obliga á sujetarse enteramente con prontitud y con alegría á su voluntad. (*Philip. 2.*) ; Qué lengua podrá ponderar el ardor con que desea las aflicciones y penas ! Esta grande alma no se ocupa sino en buscar nuevos modos y caminos de padecer ; y no hallando todos los que desca y busca , se entrega libremente (*Joan. 10.*) con su inocentísima carne al arbitrio de los hombres mas crueles y de los demonios.

Lo cuarto , mira despues á tu amado Jesus , que volviéndose á tí con ojos llenos de misericordia , te dice dulcemente : *Mira, hija , el estado á que me han reducido tus desordenadas inclina-*

ciones y apetitos : mira el exceso de mis dolores y penas , y la alegría con que los sufro , sin otro fin que el de enseñarte la paciencia. Yo te exhorto y te pido por todas mis penas , que abrasces con gusto la cruz que te presento , y todas las demas que te vinieren de mi mano. Abandona tu honor á la calumnia , y tu cuerpo al furor y rabia de los perseguidores que yo eligiere para ejercitarte y probarte , ya sean despreciables y viles , ya inhumanos y formidables. ¡ O si supieses , hija , el placer y contento que me dará tu resignacion y tu paciencia ! ¿ Pero cómo puedes ignorarlo , viendo estas llagas que yo no he recibido sino solamente á fin de adquirirte con el precio de mi sangre las virtudes con que quiero adornar y enriquecer tu alma , que amo y estimo mas que mi propia vida ? Si yo quise reducirme á tan triste y penoso estado por tu amor , ¿ por qué no querrás tú sufrir un leve dolor por aliviar los mios , que son extremos ? ¿ Por qué no querrás curar las llagas que me ha ocasionado tu impaciencia , que es para mí un tor-

mento mas sensible y doloroso que todas las llagas de mi cuerpo.

Lo quinto, piensa despues bien quién es el que te habla de esta suerte; y verás que es el mismo Rey de la gloria, Cristo Señor nuestro, verdadero Dios y verdadero hombre. Considera la grandeza de sus tormentos y de sus oprobios, que serian penas muy rigurosas para los mas facinerosos delincuentes. Admírate de verle en medio de tantas aflicciones, no solamente inmóvil y paciente, sino lleno de alegría, como si el día de su pasion fuese para él un día de triunfo; y como el fuego, si se le echa poca agua se enciende mas, así con los grandes trabajos y tormentos que tuvo, á su caridad superabundante le parecian pequeños, y se le aumentaba el deseo de padecerlos mayores.

Pondera en tu interior, que todo esto ha obrado y padecido, no por fuerza (*Joan. 10.*) ni por interes, sino por puro amor (como el mismo Señor lo dijo) y á fin de que á su imitacion y ejemplo (*Petr. 2.*) te ejercites en la

virtud de la paciencia. Procura, pues, comprender bien lo que pide y desea de tí, y la complacencia y gusto que le darás con el ejercicio de esta virtud. Concibe despues deseos ardientes de llevar, no solo con paciencia, sino tambien con alegría la cruz que te envia, y otras mas graves y pesadas, á fin de imitar mas perfectamente á Jesucristo crucificado, y de hacerte mas agradable á sus ojos.

Representáte todos los dolores y todas las ignominias de su pasion, y admirándote de la invariable constancia con que la sufria, avergüénzate de tu flaqueza: mira tus penas en comparacion de las que padecia por tí como penas imaginarias, persuadiéndote á que tu paciencia no es ni aun sombra de la suya. Nada temas tanto como el no querer sufrir y padecer algo por tu Salvador; y cualquiera pensamiento que te viniere sobre este punto, deséchalo luego como una sugestion del demonio.

Considera á Jesucristo en la cruz como un libro espiritual (*Galat. 3.*), que debes leer continuamente para

aprender en él la práctica de las mas excelentes virtudes. Este es un libro, hija mia, que se puede justamente llamar libro de vida (*Ecli. 24. Apoc. 3.*), que á un mismo tiempo ilumina el espíritu con los preceptos, y enciende la voluntad con los ejemplos. El mundo está lleno de innumerables libros; mas cuando se pudiesen leer todos, nunca se aprenderia tan perfectamente á aborrecer el vicio y á amar la virtud, como considerando á un Dios crucificado.

Pero advierte, hija mia, que los que se ocupan horas enteras en llorar la pasion de nuestro Redentor y en admirar su paciencia, y despues cuando les sucede alguna tribulacion ó trabajo se muestran tan impacientes como si no hubiesen pensado jamas en la cruz, son semejantes á los soldados poco experimentados, que mientras estan en sus tiendas se prometen con arrogancia la victoria, y despues á la primera vista del enemigo dejan las armas y se entregan ignominiosamente á la fuga.

¿Qué cosa puede haber mas torpe y miserable que mirar como en claro

espejo las virtudes del Señor , amarlas y admirarlas , y despues cuando se nos presenta la ocasion de imitarlas , olvidarnos de ellas totalmente , ó no estimarlas ?

CAPITULO LIII.

Del santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Hasta ahora , hija mia , he trabajado en proveerte , como has visto , de cuatro armas espirituales , y enseñarte el modo de servirte de ellas para vencer á los enemigos de tu salud y de tu perfeccion.

Ahora quiero mostrarte el uso de otra arma mas excelente , que es el santísimo sacramento de la Eucaristía. Este augusto sacramento , así como escede en la dignidad y en la virtud á todos los demas sacramentos , así de todas las armas espirituales es la mas terrible para los demonios.

Las cuatro primeras reciben toda su fuerza y virtud de los méritos de Cris-

to, y de la gracia que nos ha adquirido con el precio de su sangre; pero esta última contiene al mismo Jesucristo, su carne, su sangre, su alma y su divinidad. Con aquellas combatimos á nuestros enemigos con la virtud de Jesucristo; con esta los combatimos con el mismo Jesucristo, y el mismo Jesucristo los combate en nosotros y con nosotros; porque quien come la carne de Cristo y bebe su sangre, está con Cristo y Cristo con él. (*Joan. 6.*)

Mas como puede comerse esta carne y beberse esta sangre en dos maneras; esto es, realmente una vez cada día, y espiritualmente cada hora y cada momento, que son dos modos de comulgar muy provechosos y sanos, usarás del segundo con la mayor frecuencia que pudieres, y del primero todas las veces que tuvieres la permission.

CAPITULO LIV.

Del modo de recibir el santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Por diversos motivos y fines podemos recibir este divino sacramento; pero para recibirlo con fruto se deben observar algunas cosas, esto es, ántes de la comunión, cuando estamos para comulgar, y despues de haber comulgado.

Antes de la comunión, por cualquiera fin ó motivo que se reciba, debemos siempre purificar el alma con el sacramento de la Penitencia, si reconocemos en nosotros algun pecado mortal. Despues debemos ofrecernos de todo corazon y sin alguna reserva á Jesucristo, y consagrarle toda el alma con sus potencias, ya que en este sacramento se da todo entero á nosotros este divino Redentor, su sangre, su carne, su divinidad, con el tesoro infinito de sus merecimientos; y como

lo que nosotros le ofrecemos es poco ó nada, en comparacion de lo que á nosotros nos da, debemos desear tener cuanto le han ofrecido todas las criaturas del cielo y de la tierra, para hacer de todo á su divina Magestad una oblacion agradable á sus ojos.

Si quisieres recibir este sacramento con el fin de obtener alguna victoria contra tus enemigos, empezarás desde la noche del día precedente, ó cuanto ántes pudieres, á considerar cuánto desea el Hijo de Dios entrar por este sacramento en nuestro corazon, á fin de unirse con nosotros, y de ayudarnos á vencer nuestros apetitos desordenados. Este deseo es tan ardiente en nuestro Salvador, que no hay espíritu humano capaz de comprenderlo.

Pero si quisieres formar alguna idea de este deseo, procura imprimir bien en tu alma estas dos cosas: la primera, la complacencia inefable que tiene la sabiduría encarnada de estar con nosotros; pues esto llama sus mayores delicias (*Prov. 8.*): la segunda es el odio infinito que tiene al pecado mor-

tal, así por ser impedimento de la íntima union que desea tener con nosotros, como por ser directamente opuesto á sus divinas perfecciones; porque siendo Dios sumo bien, luz pura y belleza infinita, no puede dejar de aborrecer infinitamente el pecado, que no es otra cosa que malicia, tinieblas, horror y corrupcion.

Este odio del Señor contra el pecado es tan ardiente, que á sola su destruccion se ordenaron todas las obras del viejo y nuevo Testamento, y particularmente las de la sacratísima passion de su unigénito Hijo. Los Santos mas iluminados aseguran, que consentiria que su único Hijo volviese á padecer, si fuese necesario, mil muertes por destruir en nosotros las menores culpas.

Despues que con estas dos consideraciones hayas reconocido, bien que imperfectamente, cuánto desea nuestro Salvador entrar en nuestros corazones, á fin de esterminar enteramente de nosotros nuestros enemigos y los suyos, escitarás en tí fervientes deseos

de recibirle por este mismo fin; y cobrando ánimo y esfuerzo con la esperanza de la venida de tu divino Capitán, llamarás muchas veces con generosa resolución á la batalla la pasión dominante que desees vencer, y harás cuantos actos pudieres de la virtud contraria. Esta, hija mia, ha de ser tu principal ocupacion por la tarde y por la mañana, ántes de la sagrada comunión.

Cuando estuvieres ya para recibir el cuerpo de tu Redentor, te representarás por un breve instante las faltas que hubieres cometido desde la última comunión; y á fin de concebir un vivo dolor de todas, te imaginarás que las has cometido con tanta libertad, como si Dios no hubiese muerto en una cruz por nuestra salud: y considerando que has preferido un pequeño placer, una ligera satisfaccion de tu propia voluntad á la obediencia que debes á Dios, y á su honor y gloria, te confundirás dentro de tí misma, reconocerás tu ceguedad, y detestarás tu ingratitud; pero viniendo despues á

considerar, que aunque seamos muy ingratos, infieles y rebeldes, no obstante, este inmenso abismo de caridad quiere darse á nosotros, y nos convida á que lo recibamos, te acercarás á él con confianza, y le abrirás tu corazón para que entre en él, y lo posea como Señor absoluto, cerrando despues todas sus puertas para que no se introduzca algun afecto impuro.

Despues que hayas recibido la comunión, te recogerás luego dentro de tí misma (*Matth. 6*), y adorando con profunda humildad y reverencia al Señor, le dirás: *Bien veis, único bien mio, con cuánta facilidad os ofendo: bien veis el imperio que tiene sobre mí esta ciega pasión, y cuán flacas y débiles son mis fuerzas para resistirla y sujetarla. Vuestro es, Señor, el principal empeño de combatirla; y si bien yo debo tener alguna parte en la pelea; no obstante, de Vos solo espero la victoria.*

Volviéndote despues al Padre Eterno, le ofrecerás en acción de gracias, y para obtener alguna victoria de tí misma, el inestimable tesoro que te ha

dado en su mismo unigénito Hijo, que tienes dentro de tí, y tomarás en fin la resolución de combatir generosamente contra el enemigo que te hiciere mas cruda guerra, esperando con fe la victoria; porque haciendo de tu parte lo que pudieres, Dios no dejará de socorrerte.

CAPITULO LV.

Cómo debemos prepararnos para la comunión, á fin de escitar en nosotros el amor de Dios.

Si quieres, hija mia, que el sacramento de la Eucaristía produzca en tí sentimientos y afectos de amor de Dios, acuérdate del íntimo amor que Dios te ha tenido; y desde la tarde que precederá á tu comunión, considera atentamente que este Señor, cuya magestad y poder no tienen límites ni medidas, no contentándose de haberte criado á su imagen y semejanza, y de haber enviado al mundo su unigénito Hijo para que expiase tus culpas con los tra-

bajos continuos de treinta y tres años, y con una muerte no menos acerba que ignominiosa en una cruz, te lo ha dejado en este Divino Sacramento para que sea tu sustento y tu refugio en todas tus necesidades.

Considera bien, hija, cuán grande, cuán singular, y cuán perfecto es este amor en todas sus circunstancias.

1. Si miras y atiendes á su duracion, hallarás que es eterno, y que no ha tenido principio; porque así como Dios es eterno en su divinidad, así es eterno el amor con que decretó en su altísima mente el darnos á su único Hijo de un modo tan admirable.

Con esta consideracion, llena de un júbilo interior, le dirás: *¡Es posible que en aquel abismo de eternidad era mi pequenez tan estimada y tan amada de Dios, que se dignaba de pensar en mí antes de todos los siglos, y descaba con tan inesfable caridad darme por alimento la carne y la sangre de su único Hijo!*

2. No hay amor en las criaturas, por vehemente que sea, que no tenga su término: solamente el amor con que

Dios nos ama no tiene límites ni medida: queriendo, pues, aquel sumo bien satisfacer llenamente á este amor, nos envió desde el cielo á su mismo Unigénito, igual á él en todo, y de una misma sustancia y naturaleza, y así tan grande es el amor como el don, y tan grande el don como el amor, siendo el uno y el otro infinitos y sobre toda inteligencia criada.

3. Si Dios nos ama con tanto exceso, no es por fuerza ó por necesidad, sino solamente por su intrínseca bondad, que naturalmente lo inclina á colmarnos de sus beneficios.

4. Si atiendes al motivo de tan grande amor, no hallarás otro que su infinita liberalidad; porque de nuestra parte no precedió ni pudo preceder mérito alguno que moviese á este inmenso Señor á ejecutar con nuestra vileza tan grande exceso de amor.

5. Si vuelves el pensamiento á la pureza de este amor, verás claramente que no tiene como los amores del mundo alguna mezcla de interes: Dios, hija mia, no necesita de nosotros ni

de nuestros bienes (*Psalm. 15.*) porque tiene dentro de sí mismo, sin dependencia de nosotros, el principio de su felicidad y de su gloria. Si derrama sobre nosotros sus bendiciones, lo hace únicamente por nuestra utilidad, y no por la suya.

Ponderando en lo íntimo de tu corazón estas cosas, dirás interiormente: *¿Quién hubiera creído, Señor, que un Dios infinitamente grande como Vos, hubiese puesto su amor en una criatura tan vil y tan contentible como yo? ¿Qué pretendéis Vos, ó Rey de la gloria? ¿Qué podeis esperar de mí, que no soy sino polvo y ceniza? Pero ya descubro bien, ó Dios mío, á la luz de vuestra encendida caridad, que solo un motivo teneis, que mas claramente me manifiesta la pureza de vuestro amor. Vos no pretendéis otra cosa en daros y comunicaros enteramente á mí en este Sacramento, sino trasformarme en Vos, á fin de que yo viva en Vos, y Vos vivais en mí, y de que con esta union íntima, viniendo yo á ser una misma cosa con Vos, se trueque un corazón todo terre-*

no, como el mio, en un corazon todo espiritual como el vuestro

Despues de esto entrarás en sentimientos y afectos de admiracion y de alegría, de ver las señales y pruebas que el Hijo de Dios te da de su estimacion y de su amor, y persuadiéndote á que no busca ni pretende otra cosa que ganar tu corazon y unirlo consigo, desasiéndote de las criaturas y de tí misma que eres del número de las mas viles criaturas, te ofrecerás enteramente á su Magestad en holocausto, á fin de que tu memoria, tu entendimiento, tu voluntad y tus sentidos, no obren con otro movimiento que con el de su amor, ni con otro fin que con el de agradarle.

Considerando despues que sin su gracia nada es capaz de producir en nosotros las disposiciones necesarias para recibirlo dignamente en la Eucaristía, le abrirás tu corazon, y procurarás atraerlo con jaculatorias breves, pero vivas y ardientes, como son las siguientes: *¡O manjar celestial! ¡cuándo llegará la hora en que yo me sacrifique*

toda á Vos , no con otro fuego que con el de vuestro amor ! ; Cuándo , ó amor increado , ó pan vivo , cuándo llegará el tiempo en que yo viva únicamente en Vos , por Vos y para Vos ! O mandá del cielo , vida dichosa , vida eterna , cuándo vendrá el día venturoso , en que aborreciendo todas las viandas y manjares de la tierra , yo no me alimento sino de Vos ! ; O sumo bien mio , única alegría mia , cuándo llegará este dichoso tiempo ! Desasid , Dios mio , desde ahora , desasid este corazon de las criaturas : libradlo de la servidumbre de sus pasiones y de sus vicios : adornadlo de vuestras virtudes : estinguid en él cualquiera otro deseo que el deseo de amaros , servirlos y agradaros. De este modo yo os abriré todo el corazon , os convidaré , y aun usaré , si fuere necesario , de una dulce violencia para atraeros. Vos vendréis , en fin , entraréis , y os comunicaréis á mí (ó único tesoro mio) y obraréis en mi alma los admirables efectos que deseais. En estos tiernos y afectuosos sentimientos podrás , hija mia , ejercitarte por la tarde y por la maña-

na, para prepararte á la comunión.

Cuando se acerca el tiempo de comulgar, considera bien á quién vas á recibir; y advierte, que es el Hijo de Dios, de magestad tan incomprensible, que en su presencia tiemblan los cielos (*Job. 26.*) y todas las potestades: el Santo de los santos, el espejo sin tacha (*Sapient. 7.*), la pureza increada, en cuya comparacion son inmundas todas las criaturas (*Job. 15 et 25.*): aquel Dios humillado, que por salvar los hombres quiso hacerse semejante á un gusano de la tierra (*Psalms. 21.*), ser despreciado, escarnecido, pisado, escupido y crucificado por la ingratitude y detestable malicia de los hombres.

Aquel inmenso y omnipotente Señor, que es árbitro de la vida y de la muerte (*Eccli. 11.*), de todo el universo; y por otra parte, que tú de tu propio caudal y fondo no eres sino un puro nada, que por tus pecados te has hecho inferior á las mas viles criaturas irracionales, y que en fin mereces ser esclava de los mismos demonios.

Imagina y piensa, que en retorno

y recambio de los beneficios y obligaciones infinitas que debes á tu Salvador , lo has ultrajado cruelmente , hasta pisar con execrable vilipendio la sangre que derramó por tí , y fué el precio de tu redencion. Con todo esto su caridad siempre constante , y siempre inmutable , te llama y te convida á su mesa (*Jerem. 31.*) , y alguna vez te amenaza con enfermedad mortal para obligarte á que vengas á ella. (*Luc. 14.*) Este Padre misericordioso está siempre pronto á recibirte ; y aunque á sus ojos comparezcas cubierta de lepra , coja , hidrópica , ciega , endemoniada , y lo que es peor , llena de vicios y de pecados , no por esto te cierra la puerta (*Isai. 60.*) , ni te vuelve las espaldas. Todo lo que pide y desea de tí es : 1.º Que tengas un sincero dolor de haberle tan indignamente ofendido. 2.º Que aborrezcas y detestes sobre todas las cosas no solamente el pecado mortal , sino tambien el venial. 3.º Que estés aparejada y dispuesta á hacer siempre su voluntad , y que en las ocasiones que se ofreciere la ejecutes prontamen-

te y con fervor. 4.º Que tengas despues una firme confianza de que te perdonará todas tus culpas, te purificará de todos tus defectos, y te defenderá de todos tus enemigos.

Confortada con este amor inefable del Señor, llegarás despues á comulgarle con un temor santo y amoroso, diciendo: *Yo no soy digna, Señor, de recibiros, porque os he ofendido muy gravemente; y no he llorado como debo vuestra ofensa, ni dado alguna satisfaccion á vuestra justicia. No soy digna, Señor, de recibiros, porque no soy totalmente purificada del ofecto de las culpas veniales. No soy digna, Señor, de recibiros, porque aun no me he entregado de todo corazon á vuestra obediencia y voluntad. Pero ¡ó Dios mio, único bien y esperanza mia! ¿A dónde iré yo, si me retiro de Vos? Lejos de Vos, en dónde hallaré yo la vida? ¡Ah, Señor! No os olvidéis de vuestra bondad, acordaos de vuestra palabra, hacedme digna de que os reciba dentro de mi pecho con fe y con amor. Con temblor me acerco á Vos; mas tambien con confianza:*

vuestra dicinidad , que toda entera se oculta en vuestro Sacramento , me llena de un miedo religioso ; pero al mismo tiempo vuestra infinita bondad , que en este mismo misterio derrama con una especie de profusion todos sus tesoros , me anima con una confianza filial.

Despues que hubieses comulgado , entrarás luego en un profundo recogimiento , y cerrando la puerta de tu corazon (*Matth. 6.*) , no pienses sino en tratar y conversar con tu Salvador , diciéndole estas , ó semejantes palabras : *O soberano Señor del cielo , ¿quién ha podido obligáros á descender desde vuestro trono á una criatura pobre , miserable , ciega y desnuda como yo ? El Señor te responderá luego : El amor. Tú le replicarás : ¡ O amor increado ! ¿ qué pretendéis y deseáis de mí ? Ninguna otra cosa (te responderá) sino tu amor. Yo no quiero , hija mia , en tu corazon otro fuego que el de la caridad : este fuego victorioso de los ardores impuros de tus pasiones abrazará á tu voluntad (*Deut.*) , y me hará de ella una víctima de agradable amor : esto es*

lo que deseo y he deseado siempre de tí. Yo quiero ser todo tuyo , y que tú seas toda mia ; porque esto no podrá ser mientras que no haciendo de tí aquella resignacion en mi voluntad , que tanto me agrada y me deleita , esturieres pegada al amor de tí misma , á tu propio parecer , al deseo de la libertad y de la vanagloria del mundo.

Nada pues , hija mia , pretendo y quiero de ti , sino que te aborrezcas á ti misma , á fin de que puedas amarme ; que me des tu corazon (Prov. 23.), para que yo pueda unirlo con el mio , que fué abierto para tí en la Cruz. (Joan. 19.) Bien ves , hija mia , que yo soy de infinito precio (1. Cor. 6.) ; y no obstante es tanta mi bondad , que solo quiero apreciarme en lo mismo que vales : cómprame pues , querida hija mia : cómprame , pues no te cuesta mas que el darte enteramente á mí. Yo quiero que á mí solo me busques , en mí solo pienses , á mí solo me escuches , me mires y me atiendas , á fin de que yo sea el único objeto de tus pensamientos , de tus deseos ; que no obres sino solamente en mí , y

para mí; que tu nada llegue á sumergirse enteramente en mi grandeza infinita; para que de esta suerte tú halles en mí toda tu felicidad y contento, y yo halle en tí complucencia y descanso.

Finalmente, ofrecerás al Padre Eterno su Unigénito amado, primero en accion de gracias, despues por tus propias necesidades por las de toda la santa Iglesia y de todos tus parientes, y de aquellas personas á quienes tienes alguna obligacion, y por las almas del Purgatorio, uniendo este ofrecimiento con el que el mismo Salvador hizo de sí mismo en el árbol de la Cruz (*Luc. 23.*) cuando cubierto de llagas y de sangre se ofreció en holocausto á su Padre por la redencion del mundo: y asimismo le podrás ofrecer todos los sacrificios que en aquel dia se ofrecieren á Dios en la santa Iglesia Romana.

CAPITULO LVI.

De la Comunión espiritual.

Aunque no se pueda recibir el Señor sacramentalmente sino una sola vez al dia , no obstante se puede recibir espiritualmente , como dije arriba , cada hora y cada momento. Este es un bien , hija mia , de que solamente puede privarnos nuestra negligencia ó culpa ; y para que comprendas la escelencia y fruto de esta comunión espiritual , sabe que algunas veces será mas útil al alma y mas agradable á Dios , que muchas comuniones sacramentales , si se reciben con libieza y sin la debida preparacion.

Siempre que tú , hija mia , estuvieres dispuesta para esta especie de comunión , el hijo de Dios estará pronto á darse y comunicarse á tí para ser tu alimento.

Cuando quisieres prepararte á recibirlo de este modo , levanta tu espíritu al Señor , y despues que hayas hecho

alguna reflexion sobre tus pecados, le manifestarás un verdadero y sincero dolor de tu ofensa. Despues le pedirás con profundo respeto y con viva fé, que se digne de venir á tu alma, y que derrame en ella nuevas bendiciones y gracias, para curarla de sus flaquezas, y fortalecerla contra la violencia de sus enemigos.

Asímismo, siempre que quisieres mortificar alguna de tus pasiones, ó hacer algun acto de virtud, te servirás de esta ocasion para preparar tu corazon al Hijo de Dios, que te lo pide continuamente; y volviéndote despues á él, pídele con fervor que se digne de venir á tí, como médico para curarte, y como protector para defenderte, á fin de que ninguna cosa le estorbe ó le impida el poseer tu corazon.

Acuérdate tambien de tu última comunion sacramental; y encendida toda en el amor de tu Salvador, le dirás: *¿Cuándo, Dios y Señor mio, volveré á recibirlos dentro de mi pecho? ¿Cuándo llegará este dichoso dia?* Pero si quie-

res disponerte en mejor y mas debida forma para esta comunión espiritual, dirigirás desde la tarde antecedente todas las mortificaciones, todos los actos de virtud y demas buenas obras que hicieres, al fin de recibir espiritualmente á tu Señor.

Considerando cuán grande es el bien y felicidad del alma que comulga dignamente, pues por este medio recobra las virtudes que ha perdido, vuelve á su antigua y primera hermosura, participa de los preciosos frutos y méritos de la Cruz, y hace en fin una acción muy agradable al Eterno Padre, el cual desea que todos gocen de este Divino Sacramento. Procura escitar en tu corazón un deseo ardiente de recibirlo, por contentar y agradar á quien con tanto amor desea comunicarse á tí; y en esta disposición le dirás: *Señor, ya que no me es permitido recibiros hoy sacramentalmente, haced á lo menos por vuestra infinita bondad, que purificada de todas mis imperfecciones: y curada de todas mis dolencias y enfermedades, yo merezca recibiros espiritualmente cada*

día y cada hora del día , á fin de que hallándome fortificada con nueva gracia, resista animosamente á mis enemigos , y principalmente al que ahora por agradaros y contentaros hago particularmente la guerra.

CAPITULO LVII.

Del modo de agradar á Dios.

Siendo de Dios todo el bien que poseemos (*Epist. Cath. Jacob. 1.*) y obramos es muy justo que le rindamos continuas acciones de gracias por todas las buenas obras que hacemos , por todas las victorias que alcanzamos de nosotros mismos , y por todos los beneficios comunes y particulares que recibimos de su mano.

Para que podamos satisfacer propia y debidamente á esta obligacion , hemos de considerar el fin que mueve al Señor á derramar con tanta liberalidad sobre nosotros sus bendiciones y gracias; porque este conocimiento nos enseñará el modo en que quiere que le

mostremos nuestra gratitud y reconocimiento. Como su fin principal en los favores y misericordias que nos reparte, es exaltar su gloria y atraernos á su servicio, harás desde luego esta reflexion dentro de ti misma: *¡O con cuánto poder, sabiduría y bondad se ha dignado Dios de hacerme este beneficio!*

Despues considerando que en tí no hay verdaderamente alguna cosa que merezca semejante gracia, sino antes bien muchas ingratitudes y culpas que te hacen indigna, dirás al Señor con profundísima humildad: *¿Es posible, Señor, que con tanta bondad y misericordia os dignáis de poner los ojos en la mas vil y abominable de todas vuestras criaturas, y colmarla de vuestros favores y beneficios? Sea vuestro nombre bendito y alabado por todos los siglos.*

Finalmente, viendo que en retorno de tantos beneficios no te pide otra cosa sino que ames y sirvas á tu bienhechor, concebirás grandes sentimientos de amor por un Dios tan bueno, y deseos fervientes de hacer en todas las cosas su divina voluntad; á cuyo fin añadirás un

sincero ofrecimiento de tí misma en el modo que verás en el capítulo siguiente.

CAPITULO LVIII.

Del ofrecimiento.

Para que este ofrecimiento sea muy agradable á Dios , se han de observar dos circunstancias : la primera es , que haya de unirse y acompañarse con los ofrecimientos que hizo Jesucristo á su Eterno Padre en el curso de su vida pasible mortal : la segunda , que nuestro corazon esté desasido enteramente del amor de las criaturas.

En órden á la primera has de saber que mientras vivía el Señor en este valle de lágrimas, ofrecia á su Padre Celestial no solamente su persona y sus acciones particulares , sino tambien todos los hombres y todas sus obras. Conviene pues , hija mia , que juntemos nuestros ofrecimientos con los suyos para que con esta union los suyos santifiquen á los nuestros.

En cuanto á la segunda , importa

mucho examinar bien antes de hacer este sacrificio de nosotros mismos, si nuestro corazon tiene alguna adhesion ó apego á las criaturas; y si reconociéremos que no está libre y exento de toda aficion impura y terrena, debemos recurrir al Señor y pedirle que rompa nuestros lazos, á fin de que no haya cosa alguna en nosotros que nos impida el ser enteramente suyos. Este punto, hija mia, es muy importante; porque ofrecernos á Dios estando asidos á las criaturas, es burlarnos en alguna manera de Dios; pues como entonces no somos señores de nosotros mismos, sino esclavos de aquellas criaturas á quienes hemos entregado nuestro corazon, venimos á ofrecer á Dios una cosa que no es verdaderamente nuestra sino agena: de donde nace que aunque muchas veces nos ofrecemos á Dios, como siempre nos ofrecemos de esta manera, no solamente no creemos en las virtudes, sino antes bien caemos en nuevas imperfecciones y pecados.

Bien podemos algunas veces ofre-

cernos á Dios , aunque tengamos algun apego á las cosas del mundo ; pero esto ha de ser solamente á fin de que su bondad infinita nos inspire la aversion y disgusto de las criaturas , y podamos despues sin algun estorbo entregarnos á su servicio. **Importa mucho repetir este ofrecimiento con frecuencia y fervor.**

Sean pues , hija mia , puros todos nuestros ofrecimientos : no tenga en ellos alguna parte nuestra propia voluntad : no atendamos ni á los bienes de la tierra , ni á los del cielo : miremos solamente á la voluntad de Dios : adoremos á su providencia , y sujetémonos ciegamente á sus órdenes y disposiciones : sacrificuémosle todas nuestras inclinaciones , y olvidándonos de todas las cosas criadas , digámosle : *Veis aquí , Dios y Criador mio , que yo os ofrezco y consagro todo lo que tengo : yo sujeto y rindo enteramente mi voluntad á la vuestra , haced de mi lo que fuere de vuestro divino agrado , así en la vida como en la muerte ; así en el tiempo como en la eternidad.*

Si estos afectos y sentimientos fueren sinceros y verdaderos , y te nacieren del corazon (lo cual conocerás fácilmente , sucediéndote cosas contrarias y adversas) adquirirás en breve tiempo grandes merecimientos , que son tesoros infinitamente mas preciosos que todas las riquezas de la tierra : serás toda de Dios , y Dios será todo tuyo , porque Dios se da siempre á los que se renuncian á sí mismos , y á todas las criaturas por su amor. Esto , bija mia, es sin duda un poderoso medio para vencer todos tus enemigos; porque si con este sacrificio voluntario llegas á unirte de tal suerte con Dios , que seas toda de Dios , y Dios recíprocamente sea todo tuyo; ¿qué enemigo habrá que sea capaz de ofenderte?

Pero descendiendo á mas distinta y particular especificacion de este punto , siempre que quisieres ofrecer á tu Dios alguna obra tuya , como ayunos , oraciones , actos de paciencia y otras acciones meritorias , conviene que desde luego te acuerdes de los ayunos , oraciones y acciones santas de Jesucristo ,

y poniendo toda tu confianza en el valor y mérito de ellas , presentes así las tuyas al Padre eterno. Pero si quieres ofrecerle los tormentos y penas que sufrió nuestro Redentor en satisfaccion de nuestros pecados , podrás hacerlo de este modo ó de otro semejante.

Representáte en general ó en particular , los desórdenes de tu vida pasada ; y hallándote convencida que por tí misma no puedes aplacar la ira de Dios, ni satisfacer su justicia , recurre á la vida y pasion de tu Salvador : acuérdate que cuando oraba , ayunaba , trabajaba y vertia su sangre , todas estas acciones y penas ofrecia á su Eterno Padre , á fin de obtenernos una perfecta reconciliacion con su Magestad Divina : *Vos veis, le decia, Padre mio celestial y eterno, que conformándome con vuestra voluntad, satisfago superabundantemente (Ps. 129.) á vuestra justicia por los pecados y deudas de N. Sea, pues, de vuestro divino agrado el perdonarle y recibirle en el número de vuestros escogidos.*

Conviene, hija mia , que entonces

juntas tus ruegos con los de Jesucristo, y pidas al Padre eterno que use contigo de misericordia por los méritos de la pasión de su santísimo Hijo. Esto podrás practicar siempre que meditates sobre la vida ó muerte de nuestro Redentor, no solamente cuando pasares de un misterio á otro, sino tambien de un acto de cualquier misterio á otro, y de este modo de ofrecimiento te podrás servir, ya ruegues por tí, ó ya ruegues por otros.

CAPITULO LIX.

De la devocion sensible, y de la sequedad del espíritu.

La devocion sensible procede ó de la naturaleza, ó del demonio, ó de la gracia. De los efectos que obrare ó produjere en tí, podrás, hija mia, conocer fácilmente su origen; porque si no produce la enmienda y reformation de tu vida, puedes justamente temer que proceda del demonio ó de la naturale-

za , principalmente si te inclinas y te aficionas con exceso al gusto y dulzura que te causa , y vienes á concebir mejor opinion de tí misma.

Siempre , pues , que sintieres lleno tu corazon de consolaciones y gustos espirituales , no pierdas el tiempo en examinar la causa de donde proceden ; procura solamente tener tu nada delante de los ojos , conservando siempre un grande aborrecimiento de tí misma , y desnudándote de toda inclinacion ó afecto particular á cualquiera objeto criado , aunque sea espiritual , no busques sino solamente á Dios , ni desees sino solamente agradarle ; porque de este modo , aunque la dulzura ó gusto que sientes proceda de un mal principio , mudará de naturaleza , y empezará á ser un efecto de la gracia.

La sequedad del espíritu puede igualmente proceder de las mismas tres causas. 1. Del demonio que suele servirse de este medio para resfriarnos en el servicio de Dios , divertirnos del camino de la virtud , y aficionarnos á los vanos placeres del mundo.

2. De la naturaleza corrompida que nos precipita en muchas imperfecciones y faltas, nos hace tibios y negligentes, y nos inclina poderosamente al amor de los bienes de la tierra.

3. De la gracia por diversos fines, ó para avisarnos que seamos mas diligentes en apartar de nosotros cualquier afecto, propension y ocupacion que no sea el mismo Dios, y que no le tenga por fin: ó para que conozcamos por experiencia que todo nuestro bien procede (*Epist. Cath. Jacob. 4.*) de su infinita bondad, ó para que en adelante hagamos mas estimacion de sus dones, y seamos mas humildes y cautos en conservarlos, ó para que procuremos unirnos mas estrechamente con su Divina Magestad con una total abnegacion de nosotros mismos, y de los gustos y dulzuras espirituales á que aficionada nuestra voluntad se divide al corazon, que el Señor quiere todo para sí (*Prob. 23.*): y finalmente, porque su Divina Magestad se complace por nuestro bien, y por nuestra propia utilidad, en que combatamos con

todas nuestras fuerzas , valiéndonos del auxilio de su gracia.

Siempre pues , hija mia , que sintieres alguna sequedad en tu espíritu , entra dentro de tí misma , registra con los ojos de la consideracion toda tu conciencia , y mira qué defecto hay en ella que te haya privado de la devocion sensible , y procura corregirlo y enmendarlo luego , no por recobrar el gusto sensible de la gracia , sino por desterrar de tu corazon todo lo que ofende y desagrada á Dios.

Pero si despues de un exacto y diligente exámen de tu conciencia , no hallares en tí defecto alguno , no pienses mas en la devocion sensible ; procura solamente adquirir la verdadera devocion , la cual consiste en resignarse enteramente en la voluntad de Dios. No dejes jamas tus ejercicios espirituales , sino antes bien continúaos con constancia , por infructuosos que te parezcan , bebiendo con gusto el cáliz de amargura que te ofrece tu Padre celestial.

Y si sobre la sequedad interior que

padeces , y te hace como insensible á las cosas de Dios , sientes tambien tu espíritu embarazado y lleno de tan oscuras tinieblas , que no sepas á qué determinarte , ni qué partido ó consejo abrazar en esta confusion , no por esto hija mia , te desalientes , antes bien procura estar siempre unida con la cruz que el Señor te envia , despreciando todos los alivios humanos , y todos los vanos consuelos que puedan darte el mundo y las criaturas.

No descubras tu pena sino solamente á tu padre espiritual , á quien deberás manifestarla , no por hallar alivio ó consuelo , sino instruccion y luz para saber sufrirla con una entera y perfecta resignacion en la voluntad divina.

No frecuentes las comuniones , ni emplees las oraciones y otros ejercicios espirituales , á fin de que el Señor te libre de la cruz , sino solo á fin de que te dé fuerza y vigor para estar y permanecer en ella á su ejemplo , y á su mayor honor y gloria hasta la muerte.

Si la oscuridad y turbacion de tu espíritu no te permitieren orar y meditar como solias, ora y medita siempre en la mejor forma y modo que pudieres; y si no pudieres obrar con el entendimiento, suple este defecto con los afectos de la voluntad y con las palabras: hablando contigo misma y con tu Señor, sentirás en tí maravillosos electos de esta santa práctica, y tu corazon cobrará grande vigor y aliento, para no desmayar en las tribulaciones.

Dirás, pues, en estos casos hablando contigo misma: *¿Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?* (Psalm. 42.) *¡O alma mia, ¿por qué estás tú tan triste, y por qué me causas tanta inquietud y pena? Spera in Deo: quoniam adhuc confitebor illi salutare vultus mei, et Deus meus. Espera en Dios; porque yo confesaré aun sus alabanzas, pues es mi Salvador y mi Dios. Ut quid Domine recessisti longe; despicias in oportunitate, in tribulatione?* (Psalm. 9.) *Non me derelinquas usquequaque* (Psalm. 118.) *¿De dónde*

nace, Señor, que Vos os hayais alejado de mí? ¿Por qué me menosprecias, cuando necesito mas de vuestra asistencia? No me desampareis de todo punto.

Y acordándote de los sólidos sentimientos que Dios inspiró á su amada Sara, muger de Tobías, en el tiempo de sus tribulaciones, dirás, como ella, con viva y alentada voz: *Hoc autem pro certo habet omnis, qui te colit, quod vita ejus, si in probatione fuerit, coronabitur: si autem in tribulatione fuerit, liberabitur: et si in correptione fuerit, ad misericordiam tuam venire licebit. Non enim delectaris in perditionibus nostris: quia post tempestatem tranquillum facis, et post lacrymationem, et fletum, exultationem infundis. Sit nomen tuum, Deus Israel, benedictum in sæcula (Tobiæ 3). Dios mio, todos los que os sirven, saben, que si son probados en esta vida con las aflicciones, serán coronados: que si gimen con el peso de sus penas, serán algun dia libres y exentos de toda tribulacion: si Vos los castigais con justicia, podrán recurrir á vuestra misericordia; porque*

Vos no gustais de vernos perecer. Vos haceis que suceda la calma á la tempestad, y la alegría al llanto. ¡ O Dios de Israel! sea vuestro nombre bendito y alabado en todos los siglos.

Representáte tambien á tu divino Salvador, que en el jardin y en el Calvario se vió desamparado de su eterno Padre en la parte inferior y sensitiva; y llevando la cruz con él, dirás de todo corazon (*Matth. 26.*): *Fiât voluntas tua: Hágase vuestra voluntad, y no la mia.* De este modo, hija mia, juntando el ejercicio de la paciencia con el de la oracion, adquirirás infaliblemente la verdadera devocion, por el sacrificio voluntario que harás de tí misma á Dios; porque como ya he dicho, la verdadera devocion consiste únicamente en una voluntad pronta y determinada á seguir á Jesucristo con la cruz, por donde quiera que nos llamare; en amar á Dios porque merece ser amado; y en dejar, si fuere necesario, á Dios por Dios.

Si muchas personas, que se dan á la vida espiritual y devota, especial-

mente las mugeres , midiesen por esta devocion , y no por la sensible , su aprovechamiento , no serian engañadas de sí mismas , ni del demonio ; ni murmurarian con impiedad , como suelen , contra Dios , quejándose con detestable ingratitud de la gracia y singular favor que las hace de probar su paciencia ; antes se aplicarian á servirle con mayor fervor y fidelidad , sabiendo que su providencia misericordiosa ordena ó permite todas las cosas para su gloria y para nuestro bien.

Es tambien muy peligrosa la ilusion que padecen algunas mugeres , las cuales si bien aborrecen verdaderamente el pecado , y ponen todo el cuidado y diligencia posible en evitar las ocasiones , no obstante , si el espíritu inmundo las molesta con pensamientos deshonestos y abominables , y con visiones torpes y horribles , se afligen , se turban y pierden el ánimo , porque creen que Dios las ha desamparado enteramente ; no pudiendo persuadirse á que el Espíritu Santo quiera habitar en una alma llena de pensamientos tan impu-

ros ; y así preocupadas de estas falsas ideas se abandonan de tal suerte á la tristeza y á la desesperacion , que casi vencidas de la tentacion , piensan en dejar sus ejercicios espirituales y en volverse á Egipto. (*Núm. 14.*)

Este error nace comunmente de no comprender semejantas almas el favor insigne que Dios las hace en permitir que sean tentadas , pues las reduce por este medio al conocimiento de sí mismas , y las obliga y fuerza á recurrir como necesitadas de socorro á su bondad infinita , en que se descubre claramente su enorme ingratitud ; pues se lamentan y duelen de lo mismo que debería dejarlas reconocidas y obligadas á su divina misericordia.

Lo que en semejantes casos debemos hacer , hija mia , es considerar bien las inclinaciones perversas de nuestra naturaleza corrompida ; porque Dios , que conoce lo que nos es mas útil y saludable , quiere que comprendamos bien nuestra infeliz facilidad y propension al pecado , y que sin su asistencia y socorro nos precipitaría-

mos en la mas funesta y formidable de todas las desgracias. Despues debemos escitarnos á la confianza en su divina misericordia, persuadiéndonos firmemente á que, pues nos hace ver el peligro, desea y pretende atraernos y unirnos mas estrechamente á sí con la oracion : de lo cual le darémos las mas rendidas y humildes gracias.

Pero volviendo á los pensamientos torpes y deshonestos, has de advertir, hija mia, y tener por regla segura, que se disipan mejor con un humilde sufrimiento de la pena y mortificacion que nos causan, y con la aplicacion de nuestro espíritu á algun otro objeto, que con una resistencia inquieta y forzada.

CAPITULO LX.

Del exámen de la conciencia.

Tres cosas debes considerar, hija mia, en el exámen de tu conciencia : la primera, las faltas que hubieres cometido en el dia : la segunda, las oca-

siones de que se originaron : la tercera , la disposicion en que te hallas de comenzar de veras á corregir tus vicios y adquirir las virtudes contrarias.

En cuanto á las faltas cometidas , observarás lo que dejo advertido en el capítulo 26 , que contiene todo lo que debemos hacer cuando hubiéremos caído en algun pecado. Por lo que mira á las ocasiones de tus caidas , procurarás evitarlas con todo el cuidado y vigilancia posible.

En fin , para enmendar y corregir tus defectos y adquirir las virtudes que te faltan , fortificarás tu voluntad con la desconfianza de tí misma , con la oracion , y con frecuentes deseos de destruir tus viciosas inclinaciones y de adquirir hábitos buenos.

Si te pareciere que has conseguido algunas victorias contra tí misma , ó que has ejecutado algunas buenas obras , guárdate de pensar mucho en ellas si no quieres perder el mérito y el fruto , y que se introduzca insensiblemente en tu corazon algun sentimiento oculto de presuncion y de vanagloria. Procura en

estos casos poner todas sus obras , tales cuales fueren , en las manos de la misericordia divina , y no pienses sino solamente en satisfacer y cumplir con mayor fervor que jamas todas tus obligaciones.

No te olvides de rendir á Dios humildes acciones de gracias por todos los socorros que en este dia has recibido de su divina mano. Reconócelo por único Autor de todos los bienes (*Epist. Cath. Jacob. 1.*), y alaba y magnifica particularmente su misericordia , porque te ha librado de tantos enemigos , ya visibles y manifiestos , ya invisibles y ocultos ; porque te ha inspirado buenos pensamientos , te ha dado ocasiones de ejercitar las virtudes , y héchote en fin otros muchos beneficios que no conoces.

CAPITULO LXI.

Cómo en este Combate Espiritual debemos perseverar hasta la muerte.

Entre las cosas que son necesarias en este Combate, la mas principal es la perseverancia, que es la virtud con que debemos aplicarnos sin intermision ni descanso á mortificar nuestras pasiones, que nunca llegan á morir mientras vivimos, antes bien brotan y crecen siempre en nuestro corazon, como un campo fértil de malas yerbas.

Es locura el pensar que podemos dejar de combatir mientras vivimos, porque esta guerra no se acaba sino con la vida; y cualquiera que rehusare la pelea, perderá infaliblemente la libertad ó la vida. Tenemos que luchar con enemigos irreconciliables, de los cuales no podemos esperar jamas paz ni treguas; porque es implacable y continuo el odio que nos tienen, y nunca es mayor el peligro de nuestra ruina que cuando nos fiamos de su amistad.

Pero si bien son muchos y formidables los enemigos que de todas partes nos cercan, no obstante, hija mia, no te espantes, ni de su número, ni de sus fuerzas; porque en esta batalla solamente puede quedar vencido quien quisiere serlo; y toda fuerza y poder de nuestros enemigos será en las manos del Capitan, por cuyo honor y gloria hemos de combatir, el cual no solamente no permitirá que te ofendan ni que seas tentada sobre tus fuerzas (1 Cor. 10.), mas tomará las armas en tu favor y defensa; y como mas poderoso que todos tus contrarios te dará infaliblemente la victoria, como combatiendo tú en su compañía vigorosamente no pongas la confianza en tus propias fuerzas, sino en su poder y bondad.

Mas si el Señor tardare en socorrerte y te dejare en el peligro, no por eso pierdas el ánimo ni la confianza; cree firmemente que su Divina Magestad dispondrá las cosas de suerte, que todo lo que parece que impide la victoria, se convierta en beneficio y ventaja tuya.

Sigue pues , hija mia , constante y generosamente á este celestial y divino Capitan que por tí se espuso á la muerte , y muriendo venció al mundo. Combate animosamente debajo de sus insignias , no dejes las armas hasta tanto que hayas destruido á todos tus enemigos ; porque si dejares vivo uno solo , si te descuidares de corregir una sola de tus pasiones ó vicios , esta pasion ó vicio será como una paja en el ojo , ó como una flecha en el corazon , que inhabilitándote para la pelea retardará tu triunfo.

CAPITULO LXII.

Del modo de prevenirnos contra los enemigos que nos asaltan á la hora de la muerte.

Aunque toda nuestra vida no es sino una continua guerra (*Job. 7.*) en este mundo , es cierto no obstante que la principal y mas peligrosa batalla será la última , porque de ella depende nuestra vida ó nuestra muerte eterna.

Para no peligrar, pues, entonces con daño irreparable, procura ejercitarte en este combate ahora que Dios te concede el tiempo y las ocasiones; porque solo quien combate valerosamente en la vida, puede esperar ser victorioso en la muerte, por la costumbre que ha adquirido de vencer á sus mas formidables enemigos. Ademas, piensa frecuentemente y con atenta consideracion en la muerte (porque de esta suerte cuando estuviere vecina, te causará menos espanto) y tu espíritu estará mas sereno, libre y pronto para la batalla. (*Eccles.* 11.)

Los hombres entregados á los placeres del mundo, huyen de esta consideracion por no interrumpir el gusto que perciben de las cosas terrenas, porque como estan asidos voluntariamente á ellas, les servirian de grande afliccion considerar las habian de dejar algun día; y así no se disminuye en ellos el afecto desordenado, antes va siempre en aumento y cobra nuevas fuerzas: de donde proviene que les causa grande afliccion dejar esta vida y los

deleites mundanos, siendo mayor la pena en aquellos que los gozaron mas tiempo.

Mas para prepararte mejor á este terrible paso del tiempo á la eternidad, imagínate alguna vez que te hallas sola sin algun socorro entre las angustias y congojas de la muerte : considera atentamente las cosas de que hablaré en los capítulos siguientes, que son las que entonces podrán causarte mayor afliccion y pena ; y no te olvides de los remedios que te propongo , á fin de que puedas servirte de ellos en esta última estremidad ; porque conviene que aprendas á hacer bien lo que no has de hacer sino una sola vez , si no quieres cometer una falta irreparable que causará tu infelicidad eterna.

CAPITULO LXIII.

De cuatro géneros de tentaciones con que nos asalta el demonio á la hora de la muerte ; y primeramente de la tentacion contra la fé, y del modo de resistirla.

Con cuatro tentaciones peligrosas suelen principalmente asaltarnos nuestros enemigos en la hora de la muerte.

I. Con dudas sobre las cosas de la fé.

II. Con pensamientos de desesperacion.

III. Con pensamientos de vanagloria.

IV. Con diversos géneros de ilusiones de que estos espíritus de las tinieblas transformándose en ángeles se sirven para engañarnos.

Por lo que mira á la primera tentacion , si el enemigo te propone algun razonamiento falso ó argumento sofístico , guárdate de disputar con él. Conténtate solamente con decirle con una santa indignacion : *Vete , maligno espíritu , padre de la mentira , que no te*

quiero escuchar ; á mí me basta el creer cuanto cree la santa Iglesia Católica Romana.

No te detengas jamas en los pensamientos que te vengan sobre la fe ; y aunque te parezcan favorables y verdaderos , arrójalos de tí como sugestiones del demonio , que por este medio pretende embarazarte y confundirte empeñándote insensiblemente en la disputa. Pero si tuvieses tan ocupado tu espíritu de estos pensamientos que no puedes repelerlos , procura mantenerte invariable y firme en creer lo que cree la santa Iglesia Católica Romana , y no escuches ni las razones ni las autoridades mismas de la Escritura que te alegará el enemigo ; porque aunque te parezcan claras y evidentes , serán no obstante truncadas ó mal citadas , ó mal interpretadas.

Si el maligno espíritu (*Apoc. 12.*) te preguntare : ¿ Qué es lo que cree la Iglesia Romana ? No le des alguna respuesta ; mas persuadiéndote á que su intento no es otro que sorprenderte y seducirte sobre alguna palabra ambi-

gua , forma solamente en general un acto interior de fe ; y si quieres quebrantar su orgullo y aumentar su despecho , respóndele : que la santa Iglesia Romana cree la verdad ; y si replicare : ¿ cuál es esta verdad ? No le respondas otra cosa , sino que es lo que la Iglesia cree.

Sobre todo , hija mia , procura tener unido tu corazon con la cruz , y di á tu divino Redentor : *O Criador y Salvador mio , socorredme presto , y no os apartéis de mí para que yo no me aparte de la verdad que Vos me habeis enseñado ; y pues me habeis hecho la gracia de que haya nacido en vuestra Iglesia , hacedme tambien la de que yo muera en ella para vuestra mayor gloria.*

CAPITULO LXIV.

De la tentacion de la desesperacion , y cómo podrémos defendernos de ella.

La segunda tentacion del enemigo de nuestra eterna salud es un vano

terror ó espanto , que nos infunde con la representacion y memoria de nuestras culpas pasadas , para precipitarnos en la desesperacion.

Si te hallares , hija mia , amenazada de este peligro , ten por regla general , que la memoria de tus pecados será un efecto de la gracia , y te será muy saludable si produce en tí sentimientos de humildad , de compuncion y de confianza en la divina misericordia : pero si te causare inquietud , desconfianza y pusilanimidad , aunque te parezca que tienes grandes motivos y fundamentos para persuadirte á que estás reprobada , y que ya no hay para tí alguna esperanza de salud , reconócela luego por sugestion y artificio del demonio , y no pienses entonces sino en humillarte , y en confiar mas que nunca en la bondad y misericordia de Dios ; que de este modo eludirás todas las estratagemas del enemigo , le vencerás con sus propias armas , y darás al Señor honor y gloria.

Conviene , hija mia , que tengas un vivo dolor de haber ofendido á esta

bondad infinita, siempre que te acordares de tus culpas pasadas; pero conviene tambien, que le pidas perdon con una firme confianza en los méritos de tu Salvador: y aunque te parezca que el mismo Dios te dice en lo secreto de tu corazon que tú no eres del número de sus escogidos (*Joan. 10.*), no por eso dejes de esperar en su misericordia; antes bien le dirás con humildad y confianza: *Mucha razon tenéis, Dios mio, para reprobarme por mis pecados; pero yo la tengo mayor en vuestra infinita piedad, para esperar que me perdoneis. Yo os pido pues, Señor, que os compadezcáis de esta miserable criatura vuestra, que si bien merece por su malicia la condenacion eterna, está no obstante redimida con el precio infinito de vuestra sangre. Yo quiero salvarme, Redentor mio, para bendeciros y alabaros eternamente en vuestra gloria: toda mi confianza está en Vos. Yo me pongo enteramente en vuestras manos: haced de mí lo que fuere de vuestro agrado, porque Vos sois mi único y absoluto Señor; y aunque me*

queráis quitar la vida eterna, siempre he de tener en Vos vivas mis esperanzas.

CAPITULO LXV.

De la tentacion de vanagloria.

La tercera tentacion es la vanagloria. Nada temas tanto, hija mia, como el dejarte inducir á la menor complacencia de tí misma y de tus obras. No te gloríes jamas sino en el Señor, y reconoce que todo el bien que hay en tí lo debes á los méritos de su vida y de su muerte. Conserva siempre, mientras te dure la vida, un grande odio y menosprecio de tí misma. Humíllate hasta el polvo con la reflexion de tu miseria y tu nada, y rinde incesantemente á Dios acciones de gracias, como Autor de todas las buenas obras que hubieres hecho. Pídele que te socorra en este peligroso asalto; pero no mires jamas el socorro de su gracia como precio de tus merecimientos, aun quando hubieses conseguido grandes victo-

rias de tí misma. Permanece invariablemente en un temor santo, y confiesa ingenuamente que todos tus cuidados serian inútiles, si Dios, que es toda tu esperanza, no te asistiese y amparase con tu proteccion. (*Psalm. 16.*)

Con estas advertencias, hija mia, si puntualmente las observares, triunfarás fácilmente de todos tus enemigos, y te abrirás el camino para pasar con alegría á la celestial Jerusalem.

CAPITULO LXVI.

Del asalto de las ilusiones y falsas apariencias en la hora de la muerte.

Ultimamente, hija mia, si nuestro comun enemigo, que no se cansa jamas de molestarnos y afligirnos, transformándose en ángel de luz (2. Cor. 11.) se esfuerza á seducirse con ilusiones y falsas apariencias, procura mantenerte firme y constante en el conocimiento de tu nada; y dile animosamente: *Retírate, infeliz, vuelve, vuelve á las ti-*

nieblas de donde has salido ; que yo no soy digna de que Dios me favorezca con visiones celestiales , ni necesito de otra cosa que de la misericordia de mi amado Jesus , y de los ruegos de María santísima , del glorioso san José , y de los demás Santos.

Y si te parecierē por muchas y casi evidentes señales , que fuesen apariciones celestiales , no por esto dejes de repelerlas de tí ; y no temas que esta resistencia tuya , fundada en el conocimiento de tu miseria , desagrade al Señor : porque si fuesen cosas tuyas , bien sabrá manifestarlo , para que no dudes , y no te suceda algun mal : pues el que da su gracia á los humildes (*Epist. Cath. Jacob. 4.*) no los priva de ella cuando se humillan.

Estas son , hija mia , las armas mas comunes de que usa el demonio contra nosotros en el último combate ; pero demás de esto suele tambien asaltarnos particularmente por aquella parte que reconoce mas flaca en nosotros ; porque estudia y observa todas nuestras inclinaciones , para hacernos caer por nues-

tras mismas inclinaciones en el pecado. Por esta causa, antes que llegue la hora de esta grande y peligrosa batalla, debemos armarnos bien y pelear esforzadamente contra nuestras pasiones mas violentas y que mas nos dominan, para que con mas facilidad y menos trabajo podamos resistirlas y vencerlas en aquel tiempo formidable que será el fin de todos los tiempos.

*Pugnabis contra eos usque ad inter-
nectionem. 1. Reg. 15.*



COMBATE ESPIRÍTUAL,

PARTE SEGUNDA.



TRATADO PRIMERO.

Que contiene las adiciones al Combate
Espiritual.



CAPITULO PRIMERO.

Qué cosa sea la perfeccion cristiana.

Si quieres no fatigarte vanamente y sin fruto, ó ánima devota, en los ejercicios de la vida espiritual, como ha sucedido á muchos, ni caminar sin saber á donde se dirige la vereda que sigues, conviene que entiendas y comprendas primeramente bien qué cosa sea la perfeccion cristiana.

La perfeccion cristiana no es otra cosa que una cumplida observancia de los preceptos de Dios y de su ley, á fin solo de obedecerle y agradarle, sin declinar ni á la diestra ni á la siniestra, ni volver atras (*Deut. 5. Isai. 30. 2. Petr. 2.*) *Et hoc est omnis homo (Eccles. 12.): Y esto es todo el sér del hombre, ó en esto consiste todo su sér.*

De modo que el fin de toda la vida del cristiano, que quiere serlo perfectamente, ha de ser engendrar y conservar en sí un hábito, con el cual, acostumbrándose á no hacer en cosa alguna su propia voluntad, todo lo que hiciere lo haga solo como movido de la voluntad de Dios, y solo á fin de agradarle, obedecerle y honrarle.

CAPITULO II.

Cómo conviene combatir para alcanzar la perfeccion cristiana.

En pocas palabras se ha dicho todo lo que se pretende; pero reducirlo á práctica, y ponerlo en ejecucion: *Hoc*

opus , hic labor est : En esto está la dificultad , ó en esto consiste todo el trabajo : porque reinando en nosotros por el pecado de nuestros primeros padres , y por nuestros malos hábitos , una ley contraria á la de Dios ; conviene que combatamos contra nosotros mismos , y contra el mundo y el demonio , que escitan y mueven nuestras guerras.

CAPITULO III.

De tres cosas que son necesarias al nuevo soldado de Cristo.

Publicada ya la guerra , ha menester para ello el nuevo soldado de Cristo tres cosas que le son muy esenciales. Ha menester un ánimo grande , resuelto y determinado á pelear , y á no volver atras : ha menester armas y saber manejarlas.

La resolucion de pelear la ha de tomar de la frecuente consideracion , de que : *Militia est vita hominis super terram* (Job. 7.) : *La vida del hombre*

es una continua guerra; y de que esta guerra espiritual tiene por ley, que quien no pelea como debe, de cierto perece y muere para siempre.

La grandeza de ánimo y valor que se requiere, conseguirás, si desconfiando de tí misma, pones toda tu confianza en Dios, teniendo por cosa cierta que el mismo Dios está dentro de tí, para librarte de cualquier peligro.

Serás asaltada y acometida de los enemigos repetidas veces: mas todas las que lo fueres, si desconfiada de tus fuerzas y propia industria, te acoges con confianza segura al poder, bondad y sabiduría de Dios, alcanzarás peleando la victoria.

Las armas para esta guerra son dos, resistencia y violencia.

CAPITULO IV.

De la resistencia y violencia, y del modo de gobernarse con ellas.

La resistencia y violencia son verdaderamente armas pesadas y penosas, pero necesarias para alcanzar la victoria. Estas armas se manejan en la forma siguiente.

Cuando te hallares combatida de tu corrompida voluntad, y de tus malos hábitos, que te persuaden y tiran para que no hagas ni cumplas la voluntad de Dios, has de resistirles, diciendo: *Sí, sí; yo quiero hacer la voluntad de Dios.*

Con la misma resistencia te has de oponer cuando de esta misma corrompida voluntad, y malos hábitos, fueres llamada y persuadida á hacer algo contra la voluntad de Dios, diciendo luego al punto: *No, no; la voluntad de Dios quiero yo hacer con su ayuda siempre. Ea, Dios mio, socorredme presto, para que esta voluntad, que en mí se*

halla por vuestra gracia , de hacer siempre vuestra voluntad Divina , no sea en esta ocasion vencida de mi antigua y depravada voluntad.

Y si sintieres flaqueza en tu voluntad , y mucha pena en resistir , te has de hacer toda suerte de violencia , acordándote que el reino del cielo padece violencia , y que los que lo alcanzan son los esforzados (*Matth. 11.*) , que se la hacen á sí mismos y á sus propias pasiones.

Y si la pena ó violencia fuere tan grande que te angustie el corazon , véte luego con el pensamiento al huerto de Gethsemaní , y acompañando tus congojas y angustias con las de tu divino Redentor , pídele que en virtud de las tuyas te dé la victoria de tí misma , para que de todo corazon puedas decir á tu Padre celestial: *Non sicut ego volo , sed sicut tu , fiat voluntas tua: (Matth. 26.)* No se haga , Señor , lo que yo quiero , sino tu santa voluntad ; y procurarás una y otra vez unir y conformar tu voluntad con la de Dios , queriendo como él quiere que quieras.

Pondrás todo tu cuidado en hacer cualquiera acto con tanta plenitud y pureza de voluntad, como si en ese solo consistiese toda la perfeccion y todo el grado y honra de Dios; y de este modo podrás hacer el segundo acto, el tercero y el cuarto y otros muchos.

Y si te acordares que has quebrantado algun precepto de Dios, duélete mucho de la transgresion, y toma mayor vigor y fortaleza de ánimo para obedecer á Dios en aquel mismo precepto, ó en otro cualquiera que te ofreciere la ocasion.

Y para que no dejes pasar ocasion alguna, por pequeña que sea, de obedecer á Dios, advierte, que si eres obediente á su divina Magestad en las cosas mínimas, te dará nueva gracia para que con facilidad le obedezcas en las mayores.

Demás de esto, debes acostumbrarte á que cuando te viniere al pensamiento cualquier precepto divino, lo primero adores á Dios, y luego le ruegues que te socorra para que le obedezcas.

CAPITULO V

*Que conviene velar continuamente sobre
nuestra voluntad, para reconocer á
cuál de las pasiones se inclina
mas.*

Vela sobre tí con el mayor cuidado que puedas, para que espíes y reconozcas á cuál de tus pasiones se inclina mas á menudo tu voluntad; pues de esa pasion mas que de todas las demas suele ser engañada y quedar esclava.

Porque no pudiendo estar sola la voluntad del hombre, sino acompañada siempre de alguna de sus pasiones, es forzoso que, ó ame ó aborrezca, ó desee ó huya, ó esté alegre ó triste, ó desespere ó tema, ó sea atrevida ó iracunda.

Pero cuando la hallares inclinada, no á la voluntad divina, sino al amor propio, procura con todo cuidado que se aparte del amor de sí misma, y se incline al amor de Dios, y á la observancia de los preceptos de su santa ley.

Procurarás hacer esto, no sólo en las pasiones, que son de momento, y que inducen y mueven á pecado mortal, mas tambien en las que pueden ocasionar los veniales: porque aunque estas mueven ligeramente y obran poco á poco; no obstante, enervan y debilitan nuestra virtud cuando son voluntarias, y nos ponen en peligro manifiesto de caer con mucha brevedad en los pecados mortales.

CAPITULO VI.

Como quitando la primera pasion, que es el amor de las criaturas y de nosotros mismos, y dándola á Dios, todas las demas pasiones quedan corregidas y ordenadas.

Para que mas brevemente y con mejor orden libres tu voluntad del cautiverio de las pasiones desordenadas, conviene que te apliques continuamente á vencer y ordenar la primera pasion, que es el amor propio; pues ordenada

esta, que es como la cabeza, todas las demas pasiones la seguirán, como sus miembros, porque nacen de ella y en ella tienen su raiz y vida, como se reconoce claramente con el discurso; pues lo que mas se desea es lo que mas se ama; y lo que mas se ama es en lo que mas se deleita el que ama; y solamente se aborrece, se huye y nos contrista, lo que impide y ofende el objeto amado: ni otra cosa se espera sino la que se ama; y al contrario, de esta misma desesperacion, cuando la dificultad de alcanzarla nos parece insuperable; y ninguno teme, abomina ó aborrece sino lo que impide y puede ofender á la cosa amada.

El modo de vencer y ordenar esta pasion primera, es considerar en la cosa que amas, sus calidades, y qué es lo que desees ó pretendes con este amor; y en reconociendo que tiene las calidades de bondad y de belleza, y que lo que pretendes es utilidad y deleite, podrás decirte á ti misma muchas veces: *¿Qué mayor belleza y qué mayor bondad que la de Dios, que es la única*

fuelle y manantial de todos los bienes y de toda la perfeccion ?

Y si en lo que amas pretendes utilidad y provecho , ¿qué cosa se puede imaginar que iguale al que consigo trae el amor á Dios ? Porque amándolo se transforma el hombre en el mismo Dios, deleitándose y gozándose solo en él.

Demás de esto , el corazon del hombre pertenece á Dios , porque el mismo Dios lo ha criado , lo ha redimido , y cada dia con nuevos beneficios amorosamente nos lo pide , diciendo : *Fili , praebe mihi cor tuum* (Prov. 23.) : *Dame , hijo , tu corazon.*

Perteneciendo , pues , á Dios el corazon humano por tantas razones como luego diremos , y siendo tan pequeño para satisfacer á las obligaciones que debemos á su infinita bondad , te hallas obligada á ser zelosísima de que no ame tu corazon sino solamente á Dios y las cosas que le agradan ; y esto con la moderacion , órden y modo que Dios quiere.

Este mismo zelo y cuidado debes tener tambien (porque estas dos cosas

son el fundamento de la fábrica de la perfeccion) con la pasión del odio, para no aborrecer sino solamente el pecado, y lo que puede inducir al pecado.

CAPITULO VII.

Que conviene socorrer y ayudar á la voluntad humana.

Mas porque nuestra voluntad, estando apasionada, es muy débil y flaca para resistir y vencer sus pasiones, y ordenarlas á Dios y á su obediencia (como lo muestra la esperiencia; pues aunque ella quiera y proponga mortificarse en todo, no obstante, cuando llega la ocasion de practicarle, oprimida de sus pasiones, se olvida de sus buenos propósitos y miserablemente se rinde á ellas), conviene socorrerla y ayudarla, no solo en las ocasiones que se ofrecen, sino cada hora y cada momento, para que cobrando fuerzas contra sí misma, se venza y se libre de la dura servidumbre de sus pasiones,

entregándose toda á Dios y á su divino beneplácito.

CAPITULO VIII.

Como vencién dose al mundo viene á quedar socorrida la voluntad del hombre en gran manera.

Moviéndose comunmente nuestras pasiones , y cobrando fuerzas del mundo y de sus cosas , mientras nos muestran sus falsas grandezas ó engañosos deleites ; se sigue , que vencido y despreciado el mundo con todas sus cosas , viene la voluntad del hombre á respirar con libertad , y á volverse á otro objeto , no pudiendo estar sin amar y sin tener en que deleitarse.

El modo de vencer al mundo es , considerar profundamente qué sean en la verdad sus cosas , y cuáles sus promesas.

Esta consideracion , si no estamos ciegos con alguna de nuestras pasiones , nos hará comprender con claridad lo mismo que conoció el sapientísimo Sa-

lomon, á quien reveló Dios todo el misterio de las ilusiones y vanidades del mundo: el cual despues de haber hecho experiencia de todo lo que hay en él, reconociendo el engaño de los placeres, y la inutilidad de las grandezas humanas, y sintiendo en sí mismo la nada de su propia gloria, dijo: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas et afflictio spiritus* (Eccles. 1.): *Vanidad de vanidades, todo es vanidad y afliccion de espíritu.*

Esta verdad se experimenta cada dia; porque deseando el corazon del hombre saciarse, aunque haya alcanzado todo lo que desea, no por eso queda satisfecho, sino antes con mas hambre: y sucédele esto, no por otra causa sino porque sustentándose de las cosas del mundo (aunque las tenga todas) viene á sustentarse de sombras, de sueños, de vanidad y mentiras: cosas que no pueden darle nutrimento alguno.

Las promesas del mundo son todas falsas y llenas de engaños; promete felicidad y da inquietud: promete y no da las mas veces; y si da lo que pro-

mete, luego lo quita; y si no lo quita luego, aflige y atormenta mas á sus apasionados; porque tienen puestos sus descos en el lodo, sin permitirles un momento de descanso: á los cuales se puede decir justamente: *Filii hominum, usque quò gravi corde? Ut quid diligitis vanitatem, et queritis mentalium?* (Psalm. 4.) *¿Hijos de Adán, hasta cuándo ha de durar la dureza de vuestro corazon? ¿Por qué amais la vanidad, y buscáis la mentira?*

Pero concedamos á estos engañados que estos bienes aparentes del mundo fuesen verdaderos. ¿Qué diremos de la velocidad y presteza con que pasa la vida del hombre para gozarlos? ¿Dónde están las riquezas, las prosperidades, las soberbias de tantos príncipes, reyes y emperadores? Pereció en un momento toda su falsa gloria.

El modo, pues, de que venzas el mundo, de tal suerte que le vuelvas las espaldas, y le obligues á que él te las vuelva á tí; esto es, que estés crucificada al mundo (*Galat. 6*), y el mundo esté crucificado á tí, es, que antes

que tu voluntad se aficione y se pegue al mundo, le salgas al encuentro, primeramente con una profunda consideracion de sus vanidades y mentiras, y despues con la voluntad; porque así no estando ni la voluntad ni el entendimiento apasionados, con facilidad lo despreciarás; y á cualquiera criatura que te proponga podrás decirle: *¿Eres criatura? Quitale, quita tu apego, tu aficion y tu amor, porque yo voy buscando en la criatura solo á mi Criador, y lo espiritual, no lo corporal: no eres tú á quien yo quiero y deseo amar, sino al que á tí te da la operacion y la virtud.*

CAPITULO IX.

Del segundo socorro con que se ha de ayudar la voluntad humana.

Este segundo socorro de la voluntad humana, consiste en echar fuera al príncipe de las tinieblas, como autor de todos los desordenados movimientos de nuestras pasiones.

A este enemigo de nuestra salud echarémos fuera, y lo vencerémos todas las veces que venzamos nuestras concupiscencias y deseos desordenados.

Y así, si quieres que el demonio huya de tí, resiste tú á tus pasiones; que esta resistencia es la que, como dice Santiago (*Epist. Cath. 4.*), le ahuyenta. Y debes advertir, que este enemigo á veces nos asalta de tal suerte, encendiendo la concupiscencia de la carne, y todas las pasiones, que parece se halla ya el hombre necesitado á rendirse; pero no te aflijas ni te acobardes: resístele con valor, y ten por cierto que Dios está contigo para que no se te haga alguna injuria ó superchería. Resístele, te digo, que si resistes y perseveras te aseguro que vencerás.

He dicho *si perseveras*, porque no basta resistir una, dos y tres veces, sino todas las que intentare rendirte, porque es costumbre de este astuto enemigo intentar mañana lo que hoy no ha podido conseguir, y la semana siguiente lo que en la presente no ha

podido lograr; y de este modo va continuando con paciencia sus asaltos, variándolos de tiempo en tiempo, ya con furia, ya con destreza, hasta salir con su intento.

Por lo cual conviene estar siempre constante con las armas en la mano, sin fiarse ni descuidarse, por muchas que hayan sido las victorias conseguidas; porque la vida del hombre es una continua guerra, y la victoria no consiste en hoy ni en mañana, sino en el fin.

Y si tú en esto sientes pena, sabe, que mayor es la que el demonio siente cuando con valor le resistes; y así para tu consuelo y su afrenta, le puedes decir: *Vete á penar, demonio infernal; mas porque tú penas por tu impiedad, y yo peno por no ofender á mi Señor y mi Dios, tus penas serán eternas, y las mías por la gracia de Dios se mudarán en paz eterna.*

CAPITULO X.

*De la tentacion de la soberbia
espiritual.*

En el precedente capítulo te he advertido de las tentaciones con que el demonio nos suele acometer, valiéndose del mundo, de sus riquezas y deleites: ahora he de tratar de la soberbia espiritual, complacencia y vanagloria de que se vale para derribarte, tanto mas peligrosa, y digna de temerse, cuanto es menos conocida, y mas enojosa y desagradable á Dios.

¡O cuántos generosos soldados, y grandes siervos de Dios, despues de las victorias insignes de muchos años, han perecido en este escollo, y de hijos de Dios se han hecho esclavos de Lucifer!

El modo de librarnos de este tremendo golpe, y oculto lazo de Satanás, es temblar siempre, y ejercitar las virtudes y buenas obras con temor y temblor, para que no se engendre en ellas el gusano oculto del amor pro-

pio y de la soberbia, que tan odiosa es á Dios; y por eso humillándonos en ellas, debemos procurar cada dia hacelas mejores, como si nada hubiésemos obrado bien por lo pasado; y cuando nos pareciese (que jamás debemos pensarlo) que hemos obrado alguna cosa bien y con perfeccion, debemos de todo corazon decir á Dios: *Servi inutiles sumus* (Luc. 17.): *Somos siervos inútiles, y de ningún provecho.*

Sobre todo debemos recurrir á menudo á Cristo nuestro Salvador y Maestro, pidiéndole que librándonos de toda especie de soberbia, nos enseñe y ayude á ser humildes de corazon. Asimismo debemos recurrir á su santísima Madre, para que nos alcance la verdadera humildad, que es el fundamento de todas las virtudes, y la que siempre las acompaña, las conserva, las asegura y las aumenta.

He tratado largamente de la humildad en la primera parte de este Combate; y así nada se me ofrece que añadir en este lugar de semejante materia.

CAPITULO XI.

Del tercer socorro de la voluntad humana.

El tercer socorro con que se ha de ayudar nuestra voluntad, es la frecuente oracion, á la cual te has de acostumar de tal suerte, que cuando te hallares asaltada, recurras siempre y sin dilacion á Dios, diciendo: *Deus in adiutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina* (Psalm. 69.): *Atended, Señor, á la necesidad que tengo de socorro, y dadme ayuda sin dilacion.*

En el combate, pues, has de entrar acompañada de la oracion y de la resistencia en presencia de tu Dios, y siempre vestida de la desconfianza de tí misma, y de la confianza en su divina Magestad: que si con este aparato, y de este modo combates, segura tendrás siempre la victoria.

¿Qué cosas no sobrepuja y vence la oracion? ¿Qué dificultades y peligros

no rinde y avasalla la resistencia con la desconfianza propia, y con la confianza en Dios?

¿Y en qué batalla puede ser vencido quien combate en presencia de su Dios con ánimo y deseo de agradarle?

CAPITULO XII.

Del modo en que ha de habituarse el hombre para tener presente á Dios todas las veces que quiera.

Para que tú alcances la costumbre de tener á Dios presente todas las veces que quieras, procura pensar siempre que Dios te mira y considera tus obras y pensamientos. ó que todas las criaturas que ves son otros tantos canceledos por donde te mira Dios escondido, y te dice: *Petite, et accipietis: omnis enim, qui petit, accipit, et pulsanti aparietur* (Math. 7.): *Pedid, y recibiréis: porque al que pide se da lo que necesita; y al que llama se le abre la puerta.*

Podrás demás de esto hacerte pre-

sente á Dios , mirando las criaturas , en las cuales , dejando lo corporal , te has de ir luego con el pensamiento á Dios , considerando como su divina Magestad es quien les da el sér , vida , el movimiento , la virtud y las operaciones.

Siempre , pues , que combatiendo ó haciendo alguna cosa , quisieres orar , representate á Dios en cualquiera de estas dos maneras ; ora despues , y pídele ayuda y socorro.

Y sabe , ó alma devota , que si llegare á hacérsete familiar la presencia de Dios , alcanzarás grandes victorias , y ganarás tesoros infinitos , y entre otros bienes te guardarás de muchos pensamientos , palabras y obras , que no son decentes á la presencia de Dios , ni conformes á la vida de su santísimo Hijo Jesucristo.

Ten tambien por cierto , que esta presencia de Dios te infundirá y dará virtud , para que puedas estar como debes en su presencia.

Porque si de la presencia y vecindad de los agentes naturales , que son

de virtud limitada y finita, contraemos y tomamos su calidad y virtud, ¿qué diremos de la presencia y vecindad de Dios, que es de infinita virtud y comunicable, lo que no es decible?

Demás del sobredicho modo de orar: *Deus, in adiutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina* (Psalm. 69.): *Atended, Señor, á la necesidad que tengo de socorro, y dadme ayuda sin dilacion*, de que podemos usar en cualquiera necesidad; podrás orar tambien con otros modos mas particulares: como deseando tú conocer y ejecutar la voluntad de Dios, la oracion que has de hacer es una de las siguientes: *Benedictus es, Domine; doce me facere justificationes tuas: Deduc me, Domine, in semitam mandatorum tuorum* (Psalm. 118.) *Utinan dirigantur viae meae ad custodiendas justificationes tuas. Bendito eres, Dios mio, enséñame á ejecutar tus preceptos: guíame por la senda de tus mandamientos. Ojalá que todos mis pasos se enderecen á guardar tus justas y santas leyes.*

Y para pedir á Dios cuanto se le puede

pedir , y su divina Magestad gusta que se le pida , puedes usar la oracion del *Pater noster* , (Matth. 6.) la cual deberás decir con toda la atencion posible , y con todo el afecto de tu corazon , para que así alcances lo que pides.

CAPITULO XIII.

De algunos avisos acerca de la oracion.

Lo primero has de advertir que las oraciones (no hablo aquí de las meditaciones , que de estas hablaré mas abajo) deben no solo ser breves en el modo sobredicho , sino frecuentes, llenas de deseo , y de actual fe y confianza de que Dios te ha de socorrer y ayudar , sino en el modo que deseas , y cuando tú quieres , con mejor socorro , y en tiempo mas oportuno.

Lo segundo han de ir siempre acompañadas , ó actual ó virtualmente , con alguna de las cláusulas siguientes.

Por tu boca : Segun tus promesas : A tu honra : En nombre de tu amantísimo

Hijo: En virtud de tu pasión: En nombre de María Virgen, tu Hija, tu Esposa y tu Madre.

Lo tercero, que algunas veces añadas algunas jaculatorias, como: *Concédeme, Señor, tu amor en nombre de tu amantísimo Hijo: ¿Y cuándo, Señor, gozaré yo de tal ventura?*

Lo mismo se puede hacer tambien en cada una de las peticiones de la oracion del *Padre nuestro*, como: *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. (Matth. 6.) ¿Mas cuando será el día, Padre nuestro celestial, que vuestro nombre sea conocido por toda la redondez del mundo, honrado, glorificado y ensalzado? ¿Cuándo, Dios mío? Cuándo? Y á este modo las demas peticiones.*

Lo cuarto, que pidiendo en la oracion virtudes y gracias, será bien considerar el valor y precio de las virtudes y tu necesidad: la grandeza de Dios, y su infinita bondad: los méritos de quien pide, que de esta manera se pedirá con mas afecto y deseo, con mas reverencia y confianza, y con mas

humildad ; y finalmente , se ha de considerar el fin de lo que se pide , que ha de ser para agradar á Dios , y para honra suya.

CAPITULO XIV.

De otro modo de orar.

Suélese orar tambien perfectísimamente , estando en presencia de Dios con el pensamiento , sin decir cosa alguna , ya enviándole de cuando en cuando suspiros amorosos , ya volviéndole los ojos , y manifestándole tu corazón con un breve y encendido deseo de que te socorra , para que le ames para-mente , le honres y le reverencies , como es justo y debido , ó tambien con un deseo de que te otorgue la gracia que le tienes pedida en la oracion precedente.

CAPITULO XV.

Del cuarto socorro de la voluntad humana.

El cuarto socorro es el amor Divino, el cual de tal manera socorre y fortifica la voluntad humana, que no hay cosa que con él no pueda, ni passion ó tentacion que no venza.

El modo de conseguirlo es la oracion, pidiéndoselo á Dios en ella muy á menudo; y la meditacion, meditando aquellos puntos que son á propósito con la gracia de Dios, para encenderlo en el corazon humano. Estos son:

Quién es Dios, cuánto, y cuál es su infinito poder, su sabiduría, bondad y belleza. Qué ha hecho Dios por el hombre, y qué mas hiciera, si fuera necesario: el ánimo con que lo ha hecho, qué cosas hace cada dia por el hombre, las recompensas que tiene aparejadas en la otra vida, si mientras vive en esta obedece sus preceptos por agradarle, y le sirve con pureza de alma.

CAPITULO XVI.

De la meditacion del sér de Dios.

Qué cosa sea Dios, el mismo Dios, que se conoce perfectamente á sí mismo, nos lo declaró, cuando respondió y dijo: *Ego sum, qui sum* (Exod. 3.): *Yo soy el que soy.*

Es tal, y tan grande este predicado de Dios, que á ninguna criatura puede atribuirse: no á príncipes, no á reyes, no á emperadores, no á los ángeles mismos, ni al universo entero; porque todas las cosas tienen su sér, dependiente de Dios, y de sí no son sino un puro nada.

De aquí se reconoce cuán vano es el hombre que ama las criaturas, no amando en ellas al Criador, ó á las criaturas, como quiere y desea Dios.

Digo vano, porque ama la vanidad: vano, porque piensa satisfacerse de aquellas cosas que de sí son nada: vano en fin, porque se fatiga por tener aquellas cosas que de suyo son caducas

y perecederas. Si quieres, pues, amar como conviene amar, ama á Dios, que llena y satisface enteramente nuestro corazon.

CAPITULO XVII.

De la meditacion del poder de Dios.

Ya se sabe que no solo esta ó aquella Potencia del mundo, sino aun todas juntas y unidas, queriendo edificar, no reinos, no ciudades, sino un solo palacio, necesitan de varios materiales, instrumentos y maestros, y de mucho espacio de tiempo; y con todo esto, por grande que sea la diligencia, no se acaba el edificio á su voluntad y gusto: mas Dios, con solo su poder y querer, de nada en un momento crió todo el universo mundo, y con la misma facilidad podia criar infinitos mundos, destruirlos y reducirlos á nada.

Este solo punto, si profundamente se medita, quanto mas se meditare, despertará en nosotros nuevas maravi-

llas y nuevos incentivos de amar á un Dios y Señor tan sumamente poderoso.

CAPITULO XVIII.

De la meditacion de la sabiduría de Dios.

Cuán alta é inescrutable sea la sabiduría de Dios, no hay quien lo pueda decir ni comprender: pero para que conozcas algo de ella, vuelve los ojos al ornamento de los cielos, á la hermosura de la tierra y de todo el universo; y no hallarás otra cosa que la incomprensible sabiduría del Arquitecto Divino.

Vuelve la mente á la vida de los hombres, y á los varios accidentes que ocurren, y hallarás que no hay cosa tan desordenada, que á la vista de Dios no sea suma sabiduría.

Medita los misterios de la Redencion, y los hallarás todos llenos de esta altísima sabiduría, y dirás con frecuencia con san Pablo, absorto en este inmenso piélago: *¡O altitudo divitiarum*

sapientiae , et scientiae Dei , quàm incomprehensibilia sunt iudicia ejus (Rom. 11.) ! ¡ O inefable y altísima grandeza de los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios , cuán incomprensibles son sus juicios , é investigables los caminos de sus secretos !

CAPITULO XIX.

De la meditacion de la bondad de Dios.

La bondad de Dios es (como todas las demás infinitas perfecciones suyas) incomprensible en sí misma ; pero si miramos lo que por de fuera se dilata y estiende , es tal y tan grande , que no hay cosa en el mundo en que no resplandezca.

La creacion es efecto de la bondad de Dios ; la conservacion y gobierno es tambien efecto de la bondad de Dios : la redencion nos muestra , que es inefable é infinita la bondad de Dios ; pues nos dió su propio Hijo para nuestro rescate , y nos lo dá tambien por sustento cotidiano en el admirable sacramento del Altar.

CAPITULO XX.

De la meditacion de la belleza de Dios.

De la belleza de Dios, basta que sepamos todos que es tal y tan grande, que contemplándose en ella el mismo Dios *ab aeterno*, se halla en su capacidad infinita incomprensiblemente satisfecho y bienaventurado.

¡ O hombre, conoce la altísima dignidad á que eres llamado de Dios, que es para gozar de esta su incomparable belleza ! No seas de corazon tan duro y tan grave, que despreciando sus infinitas perfecciones, pongas tu aficion en la vanidad, en las mentiras, y en las sombras. Dios te llama al amor de su poder, sabiduría y bondad : llámate á que goces de su belleza, y de los incomparables bienes que tiene preparados en el cielo ; ¿ y tú te haces sordo ? Piensa, piensa seriamente en tus cosas ; porque llegará tiempo en que no aprovechará el arrepentimiento.

CAPITULO XXI.

*De lo que ha hecho Dios por el hombre,
con qué ánimo, y qué mas hiciera
si fuese necesario.*

Lo que Dios ha hecho por el hombre, se puede conocer meditando la creacion y la redencion. Despues de esto, el ánimo con que lo ha hecho, y con que ha obrado tu eterna salud, ha sobrepujado lo infinito.

Infinito ha sido el precio del rescate; pero el ánimo ha sido mas infinito, porque ha sido de padecer y volver á morir por el hombre si fuese necesario: y así, si al rescate infinito eres, ó alma, tan deudora, que toda te debes á quien te rescató; ¿en qué grado lo serás al ánimo de Dios, que escede y sobrepuja con tantos quilates al mismo rescate?

CAPITULO XXII.

Qué es lo que cada dia hace Dios por el hombre.

No hay-dia , hora ni momento en que el hombre no reciba de Dios nuevos beneficios , porque cada dia y cada momento Dios lo cria , conservándole en el sér que le dió.

Cada momento le sirve con sus criaturas , con el cielo , con el aire , con la tierra , con el mar , y con cuanto se halla en ellos.

Cada dia le da su gracia , llamándolo del mal al bien , guardándole para que no peque , y en pecando le ayuda para que no peque mas. Lo espera , lo llama á la penitencia , y volviéndose á él , le perdona con mayor presteza , que el mismo pecador se mueve á buscar el perdon de su pecado. Cada dia le envia su Hijo santísimo con todas las riquezas de los misterios de la Cruz , y se lo tiene aparejado en el Santísimo Sacramento del Altar.

CAPITULO XXIII.

Cuánta bondad muestra Dios, aguardando y tolerando al pecador.

Para que conozcas cuánta bondad muestra Dios en sufrir al pecador, has de considerar, que amando Dios indeciblemente la virtud, así al contrario aborrece infinitamente al pecado.

¿Qué bondad, pues, muestra Dios sufriendo al pecador, que á los ojos de su divina Magestad y de su infinita pureza, comete tantas maldades, y le ofende, no una, dos ó tres veces, sino mas y mas?

Bien veo (puede decir el pecador), *Señor mio, que cuando yo pecaba, tú me decias al corazon: Estemos á cuenta, y veamos quién vence: tú en ofenderme, y yo en perdonarte.* (Vide infr. tract. 4. cap. 16.)

Creo que este punto, bien meditado, encenderá con la gracia de Dios el corazon del pecador, para que luego se convierta,

Y si no lo hace, debe temer los altos é inescrutables juicios de Dios, de los cuales suelen salir golpes de venganza, prontos, terribles y sin remedio.

CAPITULO XXIV.

Qué hará Dios en la otra vida, no solo con quien bien le ha servido, sino con el pecador convertido.

Son tantos y tales los bienes y felicidades que Dios nos tiene preparadas en su reino celestial, que no se puede imaginar ni comprender clara y perfectamente, por mas que una alma los medite.

Porque, ¿quién llegará á comprender bien, qué cosa sea sentarse un hombre á la mesa de Dios, y que el mismo Dios le sirva y le sustente de su bienaventuranza?

¿Quién llegará á imaginar debidamente, qué cosa es el entrar una alma bienaventurada en el gozo de su Señor?

¿Y quién concebirá el amor y la estimacion que muestra Dios á sus ciudadanos y escogidos? De que hablando santo Tomás, dice: *Deus Omnipotens singulis Angelis, sanctisque animabus, in tantum se subjicit, quasi sit servus emptitius singulorum; quilibet verò ipsorum sit Deus suus* (Opusc. 63. cap. 2. § 3.). Nuestro Omnipotente Dios en tanto grado se sujeta á los ángeles y á las almas santas, como si fuese siervo comprado de cada uno de ellos; y como si cada uno fuese su propio Dios.

¡O Señor! O Señor! quien considere profundamente vuestras obras para con las criaturas, os halla tan embriagado de su amor, que parece consiste vuestra bienaventuranza en amarlas, favorecerlas y sustentarlas de Vos mismo.

Dadnos tan familiar y frecuente esta consideracion, que os correspondamos y amemos, y amandoos, nos transformemos en Vos mismo por union amorosa.

O corazon humano, ¿á dónde corres? A dónde vuelas? A la sombra? Al viento? A la nada, dejando lo que es todas las cosas: la Omnipotencia,

la suma Sabiduría, la inefable Bondad, la Belleza increada, el sumo Bien, el piélago infinito de toda perfeccion? Dios te sigue y te llama, no solo con los antiguos beneficios, sino con muchos nuevos que cada dia te hace.

¿Sabes de dónde se te origina, y de dónde te nace un tan grave mal? De que no oras, ni meditas; y así, estando sin luz y sin calor, no es maravilla que no te muevas sino es á las obras que son propias de las tinieblas.

Vuelve en tí, ó hombre, ó alma, ó religioso tibio, entra en la escuela de la meditacion y oracion, que en ella hallarás probado que el verdadero estudio del cristiano y del religioso es negar su propia voluntad, para que se haga la de Dios; aborrecerse á sí mismo para que ame á Dios.

Advierte, que todos los estudios sin este (aunque sean de todas las ciencias) estan llenos de presuncion y de soberbia; y que quanto mas alumbran el entendimiento, mas ciegan la voluntad, con daño y ruina del alma de quien los advierte.

CAPITULO XXV.

Del quinto socorro para la voluntad humana.

El odio de nosotros mismos es un socorro muy necesario para nuestra voluntad ; porque sin este socorro no podemos tener el del amor Divino , autor de todo bien.

El modo de conseguirlo es , lo primero , pedirlo á Dios , y despues ir meditando los daños que ha causado y todavía causa el amor propio.

No ha habido daño alguno en el cielo ni en la tierra , que no se haya originado del amor propio.

Este amor propio , y de nosotros mismos , es de tanta malignidad , que si le fuera posible entrar en el cielo , convertiria la celestial Jernsalen en una confusa Babilonia. Considera , pues , ¿ qué hará esta peste y mortífero veneno en esta vida presente dentro del pecho humano ?

Quita y destierra del mundo el amor propio , y cesará el infierno.

¿Quién pues será tan impío y tan desacordado contra sí mismo , que meditando el sér , las calidades y los efectos del amor propio no se indigne contra él , y le aborrezca , y con todas veras procure desarraigarlos de sí?

CAPITULO XXVI.

De qué modo se podrá conocer el amor propio.

Para que tú conozcas cuánto en tí se dilata y estiende el reino del amor propio , acude á menudo á ver y examinar con cual de las pasiones del alma se halla mas frecuentemente ocupada tu voluntad , porque nunca la hallarás sola.

Y en reconociendo que ama , ó desea , ó se alegra , ó entristece , considera luego si la cosa amada ó deseada es alguna de las virtudes , ó segun los preceptos de Dios : y así mismo en la

alegría ó tristeza , considerarás si es de aquellas cosas de que Dios quiere que nos alegremos ó entristezcamos : ó si por ventura todo esto nace del mundo ó del apego á las criaturas ; porque trata y conversa con ellas , no por necesidad ni cuanto conviene , como Dios quiere ; y si hallas algo de esto , es clara cosa que reina en tí el amor propio , y que es el que mueve tu voluntad.

Mas si los negocios y ocupaciones de la voluntad son en órden á las virtudes , y en las cosas que Dios quiere , debes bien considerar , si á estos negocios y ocupaciones se mueve de la voluntad de Dios , y del deseo de agradarle , ó de alguna propia complacencia y capricho ; porque muchas veces sucede , que uno movido puramente de complacencia ó capricho , se da á diversas obras buenas ; como á la oracion , á los ayunos , á la sagrada comunión , y otras obras santas.

La prueba para discernir esto es de dos maneras : la una es , si tu voluntad no se da indiferentemente en todas

las ocasiones que se ofrecen á todas las obras que son buenas : la otra prueba es , si ofreciéndose algun justo impedimento , se lamenta , se inquieta y turba ; ó si sucediendo como quiere , se deleita y se complace de sí misma.

Si fuere movida de Dios , se ha de considerar tambien á dónde , y á qué fin endereza sus operaciones : porque si el fin es solamente su ágrado , va bueno el negocio ; pero no debe asegurarse : porque es tan sutil y tan astuto el amor propio , que muy disimuladamente se suele introducir y mezclar aun en las mismas buenas obras.

Cuando se conoce manifestamente que esta cruelísima bestia se ha introducido , debes perseguirla con todo odio y aborrecimiento , y desterrarla de tí , no solo en las cosas grandes , sino aun en las mas menudas y pequeñas.

De lo que está oculto y tú no puedes discernir , debes , ó alma , estar siempre sospechosa ; y así en todas las buenas obras que hicieres , humíllate á los ojos de Dios , y ruégale que te

perdone, y te guarde del amor de tí misma.

Será bien que por la mañana, luego que despiertes, te vuelvas á Dios, y le protestes que tu intencion y pensamiento es de no ofenderle jamas, y de hacer siempre, y particularmente en aquel dia, en todas las cosas su santísima voluntad, solo por agradarle: y le rogarás que te socorra siempre, y que te proteja con su divina mano, para que conozcas y hagas cuanto á su divina Magestad le agrada, y en la forma que le agrada.

CAPITULO XXVII.

Del sexto socorro de la voluntad humana.

El sexto socorro de la voluntad del hombre es el oír misa, la confesion y la comunión; porque siendo el principal y mas necesario socorro de nuestra voluntad, para que se guarde del mal y ejecute el bien, la gracia de Dios, necesariamente se sigue, que todo

aquello que ayuda al aumento de esta gracia es socorro de nuestra voluntad.

Pero para que oyendo Misa adquieras nuevo aumento de gracia, la debes oir en la siguiente manera.

En la primera parte, pues en tres se divide la Misa, que comienza del Introito hasta el Ofertorio, procura encender en tí un deseo grande de que como Jesucristo vino del cielo al mundo, para encender en nuestra tierra el fuego de su Divino amor, (*Luc. 22.*) así se digne de venir y nacer en tu corazon con su virtud, *ut ardeat; que arda de tal modo, que no cuides de otra cosa que de servirle y de agradarle siempre mientras vivieres.*

Despues, cuando el sacerdote dice las oraciones, con este deseo, que has procurado encender en tu corazon, pídele tú tambien, ó alma necesitada, las mismas gracias.

Cuando empezare la Epístola y el Evangelio, pide con la mente á Dios que te dé entendimiento y virtud para entenderlo y observarlo todo.

En la segunda parte, que comienza

del Ofertorio hasta la Comunión , abstrayéndote de toda afición , pensamiento de las criaturas , y de tí mismo , ofréceste todo á Dios y á la ejecución de su divina voluntad.

Cuando alzare el sacerdote la Hostia y Cáliz consagrado , adora el verdadero cuerpo y sangre de Cristo con su sacratísima Divinidad.

Contemplándole oculto debajo de aquellos accidentes de pan y vino , ríndele amorosas gracias , porque cada día se digna de venir á nosotros con los preciosos frutos del árbol de su Cruz , y con la misma oferta que hizo de sí mismo , estando en la Cruz , á su Eterno Padre ; y para los mismos fines para que se ofreció , ofréceste tú también á su mismo Padre. Despues , cuando comulgare sacramentalmente el sacerdote , podrás tú comulgar espiritualmente , abriéndole el corazón , y cerrándolo á todas las criaturas , á fin de que su divina Magestad encienda en él el fuego de su amor.

Al mismo tiempo que el sacerdote con la lengua , podrás tú con la men-

te pedir cuanto se pide en las oraciones despues de la comunión.

CAPITULO XXVIII.

De la Comunión Sacramental.

Para que comulgando recibas grande aumento de gracia, conviene que te dispongas, y no pudiendo de nosotros mismos tener la disposición que se requiere, dirás con grande afecto, para que Dios te lo otorgue, la oración siguiente: *Conscientias nostras, quaesumus Domine, visitando purifica: ut veniens Jesus-Christus Filius tuus, Dominus noster, cum omnibus Sanctis, paratam sibi in nobis inveniat mansionem. Qui tecum, etc. Pedímoste, Señor, que visitando nuestras conciencias, las purifiques, para que viniendo á nuestras almas Jesucristo Hijo tuyo, y Señor nuestro, con todos los Santos, halle en ellas morada digna á su divina Magestad.*

Mas para no dejar de hacer de nues-

tra parte alguna cosa con la ayuda de Dios, tu preparacion ha de ser considerar lo primero: A qué fin instituyó Cristo el santísimo sacramento del Altar, y hallando que fué para que nos acordásemos del amor que nos mostró en los misterios de la Cruz, considera despues á qué fin quiso que en nosotros quedase y permaneciese esta memoria.

Y siendo á fin de que le amásemos y le obedeciésemos, nuestra mejor preparacion será un fervoroso deseo y una encendida voluntad de amarle y obedecerle, doliéndonos de no haberle en lo pasado obedecido y amado, sino antes ofendido.

Con este fervoroso y encendido deseo de amarle, tendremos preparado el corazon antes de la sagrada Comunión.

Mas: en llegando el tiempo de recibirla, avivando la fe, de que debajo de aquellos accidentes de pan consagrado está el Cordero verdadero de Dios, que quita los pecados, adóralo profundamente, y ruegale que quite y

borre de tu corazon los pecados ocultos , y que te perdone los demás , y recíbele con toda reverencia , y con una firme esperanza de que te dará su amor.

Despues que lo hayas recibido , introdúcelo en tu corazon , y pídele una y otra vez que le dé su amor , y todo lo que te fuere necesario para agradarle.

Despues lo ofrecerás al Padre Eterno y Celestial en sacrificio de alabanza de su inmensa caridad , la cual nos ha mostrado en este singular beneficio y en todos los demás de la redencion , así para que te dé su amor , como por las necesidades de los vivos y de los muertos.

CAPITULO XXIX.

De la Confesion Sacramental.

La confesion sacramental para que se haga como se debe , necesita de algunas cosas.

La primera , de un buen exámen de conciencia , regulándolo con los preceptos de Dios y con las obligaciones del propio estado.

En el exámen de tus pecados y faltas , aunque sean muy pequeñas , llóralas amargamente considerando la ingratitud del hombre contra su bondad y caridad infinita ; y así , vituperándote , dirás contra tí estas palabras : *Haec-cine reddis Domino , stulte , et insipiens ? Numquid non ipse est Pater tuus , qui possedit , et fecit , et creavit te ?* (Deut. 32.) *Así correspondest , ignorante y necio , á los innumerables beneficios que has recibido de Dios ? ¿ Por ventura no es tu Padre que te poseyó , que te hizo y te crió ?*

Con esta consideracion , escitando en tí repetidas veces un ferviente y eficaz deseo de no haberle ofendido , dí : *¡ O quien no hubiera ofendido á mi Criador , á mi Padre celestial y Redentor , aunque hubiera padecido muchos males !*

Despues volviendote á Dios con vergüenza de tus culpas , con fe de que te las ha de perdonar , dñle de todo co-

razon: *Pater peccavi in Coelum, et coram te: jam non sum dignus vocari filius tuus; fuc me sicut unum ex mercenariis tuis.* (Luc. 15.) *Padre, pequé contra el Cielo y delante de Vos. No soy digno de que me conozcais y llameis hijo vuestro; y así ponedme en el número de vuestros siervos.*

Y renovando el dolor de la ofensa divina, con propósito de querer antes sufrir y padecer cualquiera pena ó tribulacion que ofender á Dios voluntariamente, descubre claramente tus pecados al confesor con vergüenza y dolor, como los cometiste, sin excusarte á tí y sin acusar á otros.

Acabada la confesion, rinde muchas gracias á Dios de que siendo así que tantas y tan repetidas veces le has ofendido, no te niega el perdon, antes está mas pronto á dártelo que tú á recibirlo.

De esta consideracion tomarás ocasion para dolerte de nuevo de haber ofendido á un padre tan benigno, y con una plena voluntad propondrás no volver á ofenderle con su ayuda y la

de la Virgen María, del ángel Custodio, del santo de tu nombre y de los demás santos á quienes tuvieres particular devoción.

CAPITULO XXX.

Cómo se ha de vencer la pasión deshonestá.

Todas las demás pasiones se vencen asaltándolas y combatiéndolas, aunque nos cuesten algunas heridas y provocándolas á la batalla, hasta que enteramente las venzamos. Mas la pasión deshonestá no solo no conviene escitarla, sino antes bien es necesario alejarla de todas aquellas cosas que la puedan escitar y mover.

Véncese la tentación de la carne, y se mortifica la pasión deshonestá, huyendo y no combatiendo frente á frente.

Aquel, pues, que huye mas prontamente, mas lejos, tendrá mas cierta y mas segura la victoria.

Las buenas inclinaciones , la voluntad sincera , las pruebas pasadas, las victorias , el parentesco , los objetos indiferentes , los de fea apariencia que no amenazan peligro alguno , y otras cualesquiera cosas que prometen seguridad , no son buenos argumentos para que tú no debas huir : huye , huye , ó alma , con presteza , si no quieres quedar presa y despojada.

No es dudable que algunos santos varones, tratando y conversando con personas peligrosas , se han conservado puros y perfectos sin caer jamas al golpe blandísimo de este vicio ; pero á nosotros no nos toca examinar la causa , sino venerar los profundos juicios de Dios ; fuera de que donde no se descubren ni advierten las caidas , suelen hallarse mayores precipicios.

Huye , pues , ó alma , y obedece á los avisos y ejemplos que Dios te da en la sagrada Escritura y en las vidas de tantos grandes santos , y cada dia te los propone y renueva , ya en este , ya en aquel. Huye sin detenerte ni aun á ver ó pensar en el objeto de que has

huido; porque en esta detencion, aunque sea breve, está todo el peligro.

Y cuando el hablar sea forzoso, la conversacion sea corta y breve y con palabras mas rústicas que blandas y afeitadas; porque en esas suele estar el cebo, la llama y el fuego impuro.

Ten en la memoria aquel sabio aviso: *Ante languorem adhíbe medicinam*: Antes de la enfermedad aplica la medicina: esto es, no esperes á estar enfermo; mas huye en tiempo oportuno, que esta es la meditacion de la salud.

Y si por desgracia vinieres á caer en alguna flaqueza, toda tu salud consiste en que luego que la sintieres: *Ut teneas et allidas parvulos tuos ad petram*: (Psalm. 136.) Que des contra una piedra á estos hijos babilónicos, tan malos y tan perversos: esto es, que acudas sin tardanza á tu confesor, y no le escondas la falta mas venial y ligera de esa pasion; pues ninguna hay en este vicio tan pequeña y tan leve, que como la centella, si no se apaga y queda encubierta, no pueda crecer y escitar un grande incendio.

CAPITULO XXXI.

*De cuántas y cuáles cosas se debe huir,
para no caer en el vicio deshonesto.*

Para no caer en este vicio, debemos huir muchas cosas. Lo primero, de las personas que amenazan evidente peligro: lo segundo, de las demas personas en cuanto se pueda: lo tercero, de las visitas, de los recados, de los presentes y de las amistades, aunque no sean de las que llamamos estrechas; porque así como las cosas anchas mas fácilmente se estrechan, que las estrechas se ensanchan; así es mas fácil que las amistades corteses y honestas se estrechen y pasen á ilícitas, que las ilícitas se conviertan en lícitas y honestas: lo cuarto, se ha de huir de hablar de esta pasión, de las músicas y canciones amorosas, y de los libros profanos: lo quinto (de que suelen guardarse pocos) se ha de huir del deleite universal de todas las criaturas, como de los vestidos preciosos y de los

manjares delicados; porque estos deleites aunque sean lícitos, acostumbran el corazon del hombre á deleitarse, y lo mantienen siempre deseoso de nuevos deleites.

De donde nace, que ofreciéndose el deleite deshonesto (que de su naturaleza es pronto á herir y penetrar la médula de los huesos) dificultosamente halla el camino de vencerlo y mortificarlo; porque no está acostumbrado á vencerse en los deleites.

Por el contrario, el corazon ejercitado en la mortificacion de los deleites lícitos, cuando se le ofrecen los ilícitos y deshonestos, del nombre solo huye con facilidad.

CAPITULO XXXII.

Qué es lo que se ha de hacer cuando se ha caído en el vicio deshonesto.

Acaeciéndote, ó por desgracia ó por malicia, el haber caído en el vicio de la sensualidad, el remedio es (porque no añadas pecados á pecados) que cor-

ras luego con toda velocidad sin otro exámen de conciencia á la confesion, donde menospreciando todos los dictámenes de la prudencia humana, espliques y manifiestes con sinceridad y sin artificio tu llaga y enfermedad, tomando la medicina y el consejo que te se diere, aunque te parezca duro, áspero y amargo.

No tardes ni te detengas aunque te lo persuadan diferentes consideraciones ó causas; porque si tardas recaerás, y de esta recaída nacerán nuevas tardanzas: de manera, que procediendo de las tardanzas las recaídas, y de las recaídas nuevas tardanzas, se pasarán años enteros antes que te confieses y te levantes de la culpa.

Por conclusion de esta materia te aviso de nuevo, que si no quieres caer en este vicio, huyas.

Los pensamientos que te vengan aunque sean pequeños y leves, húyelos no menos que los grandes; y aunque conozcas con claridad despues de haberlos huido prontamente, que son culpas ligeras, confiésalas no obstan-

te, y descubre tu enemigo al confesor.

Y si hubieres caldo, recurre luego á la confesion, y no te dejes vencer jamas de la vergüenza.

CAPITULO XXXIII.

De algunos motivos para que el pecador se convierta presto á Dios.

El primer motivo para que el pecador se convierta á Dios, es la consideracion del mismo Dios, el cual siendo el sumo bien, la suma sabiduría, no debe ser ofendido del hombre por motivo alguno.

No por prudencia, porque ya se ve cuan grande locura y desacuerdo es ponerse á partido con la omnipotencia, y con el supremo Juez que le ha de juzgar.

No por via de conveniencia ni de justicia, no siendo tolerable que la nada, el lodo y la criatura ofenda á su Criador, el esclavo á su señor, el beneficiado á su bienhechor, el hijo á su padre.

El segundo motivo es la obligacion grande del pecador á volver luego á la casa de su padre , siendo la conversion del hijo y su retorno á la casa del padre , honra del mismo padre , y alegría y fiesta para toda su casa , para la vecindad y para los ángeles del cielo. (*Luc. 15.*)

Porque así como antes , pecando el hijo ofendió á su padre y le enojó ; así volviendo arrepentido y llorando con lágrimas amargas la ofensa con firme voluntad de obedecer en todo sus divinos preceptos , lo honra , lo alegra , y de tal suerte enternece su corazon y lo mueve á misericordia , que sin aguardar á que llegue , sale á recibirlo , lo abraza , lo besa , y lo viste de su gracia y de sus dones.

El tercer motivo es el interés propio ; porque debe considerar el pecador que si no se convierte á tiempo , ciertamente llegando el invierno y el dia del sábado , (*Matth. 24 **) no podrá

(*) En el invierno se significa la frialdad de la culpa , y en el sábado la omision de las buenas obras. *Vide Ludolphum in vita Crist.*

convertirse y descenderá á las penas del infierno, donde cuando no hubiese otra pena que el aumento infinito de las pasiones, que en el pecho lo tenían iluso y engañado, sin alguna esperanza de gozar del mas mínimo de los gustos en que antes se deleitaba, debería no obstante causarle espanto y sumo horror este tormento.

Ni debe confiarse el pecador en el propósito de convertirse en el fin de su vida ó despues de algunos años ó meses; porque semejante propósito no solamente es loco, sino lleno de impiedad y malicia.

Es locura pensar que se puede vencer una dificultad grande en el tiempo en que el hombre se halla mas flaco.

Continuando en el pecado, cada dia se halla mas flaco y se inhabilita mas á su conversion, ya por la costumbre que creciendo siempre va poco á poco convirtiéndose en naturaleza, ya sea

part. 2. cap. 10. Y en este sentido N. P. S. Cayetano por su grande humildad decia: *Rogad á Dios que mi partida de esta vida no suceda en invierno, ni en dia de sábado.*

por su mayor indisposicion á recibir la gracia de la conversion , porque menospreciando á Dios con impía malicia , y deleitándose cuanto puede de las criaturas , fiado en la vana esperanza de convertirse y de darse á Dios tarde ó á la hora de la muerte , viene á desobligarle de suerte que le quita la voluntad de ayudarlo eficazmente.

Es asimismo loco este consejo y propósito , porque aun cuando se conceda la posibilidad de convertirse y la gracia eficaz ; la seguridad de que en el interin no muera de repente y sin pronunciar una palabra como ha sucedido á tantos y sucede cada dia , ¿quién se la ha dado ó se la dará?

Grita , pues , ó pecador que lees esto ; grita y dá voces á tu Señor , diciendo : *Converte me , et convertar , quia tu Dominus Deus meus : (Jer. 31.)* Conviérteme , Señor , y me convertiré á Vos que sois mi dueño y mi Dios : y no ceses en tus clamores , hasta tanto que te hayas convertido á tu Señor y Padre , llorando con amargura su ofensa , y con resignacion á todo cuanto

conocieres que puede agradarle y satisfacerle.

CAPITULO XXXIV.

Del modo de procurar la conversion y el llanto de la ofensa de Dios.

El mejor modo de procurar el llanto de la ofensa de Dios, es la meditacion de la grandeza y de la bondad de Dios, y de la caridad que ha mostrado al hombre.

Porque quien considera que pecando ha ofendido al sumo Bien, y á la inefable Bondad, que no sabe sino hacer beneficios, ni jamas ha hecho ni hace otra cosa que derramar sus gracias, y comunicar su luz á amigos y enemigos, y que lo ha ofendido por un leve gusto y por un falso deleite, no puede dejar de llorar amargamente.

Te pondrás delante de un Crucifijo, y te imaginarás que te dice: *Aspice in me: (Psalm. 118.) Mira y considera atentamente mis llagas; tus pecados me han maltratado y puesto en el doloroso estado en que me ves.*

Considera que Yo soy tu Dios, tu Criador y tu Padre: y así, revertere ad me: vuélvete á mi con llanto puro y encendida voluntad de que Yo no hubiese sido ofendido, y con pleno y sincero deseo de padecer antes cualquiera grave pena, que volver á ofenderme. Revertere ad me, quoniam redemi te: (Isai. 44.) Vuélvete á mí, que soy el que te redimí.

Despues, figurándote á Cristo en tu imaginacion, coronado de espinas, vestido de púrpura, con la caña en la mano, lleno de llagas y dolores, te imaginarás que te dice: *Ecce homo: (Joan. 19.) Ves aquí el hombre que amándote con amor inesfable, te ha redimido con estos oprobios, con estas llagas y con esta sangre. Ecce homo: este hombre es á quien tú has ofendido, despues de haberte dado tantas pruebas de su amor, y colmádote de tantos beneficios.*

Ecce homo: este hombre es la misericordia de Dios, y la redencion copiosa. Este hombre con todos sus méritos se ofrece por tí al Padre cada dia, cada hora y cada momento. Este es el hombre que sentado á la diestra de su Eterno

Padre pide por tí, y hace el oficio de abogado; ¿por qué pues me ofendes? ¿Cómo no te vuelves á mí? Revertere ad me, quia detexi ut nubem iniquitates tuas; et quasi nebulam peccata tua: (Isai. 44.) Vuelve á mí, que así como el sol destierra la nube y deshace la niebla, así borraré tus culpas, y olvidaré tus pecados.

CAPITULO XXXV.

De algunas razones porque los hombres viven descuidados, sin llorar las ofensas de Dios, y sin aspirar á la virtud ni á la perfeccion cristiana.

Las razones porque el hombre duerme profundamente en su tibieza, y ni se levanta del pecado, ni se da á la virtud como debe, son diversas, y entre otras cosas las siguientes:

La primera es, porque el hombre no habita dentro de sí, ni ve lo que se hace en su casa, ni sabe quien la posee; mas, vago y curioso pasa sus

das en divertimientos y vanidades ; y aunque se ocupe en cosas lícitas y buenas en sí mismas , no obstante de las que pertenecen á la virtud y conducen á la perfeccion cristiana , ni se acuerda , ni tiene pensamiento alguno.

Y si tal vez se acuerda y conoce su necesidad , y es inspirado de Dios á mudar de vida , responde *crás*, *crás*, *despues*. *despues*, y nunca llega el *hoy* ni el *ahora*, porque teniendo el vicio del *crás*, y del *despues*, en cualquier *hoy*, y en cualquier *hora* se halla siempre el *crás* y el *despues*.

Otros hay que persuadiéndose á que la verdadera mudanza de la vida , y los ejercicios de la virtud , consisten en ciertas devociones particulares , gastan todo el dia en repetir muchas veces el *Pater noster* y el *Ave María*, sin trabajar ni poner la mano en la mortificacion de las pasiones propias, que los tienen asidos á las criaturas.

Otros se dan á los ejercicios de la perfeccion , mas edifican sin los fundamentos de las virtudes ; porque cada virtud tiene su propio fundamento ,

como la humildad tiene por fundamento el deseo de ser estimado en poco, y parecer vil y despreciable á los ojos de todos. Quien abre primero esta zanja y edifica este fundamento, recibe luego con alegría las piedras de la fábrica de la humildad, que son los desprecios, las afrentas y las ocasiones de producir actos de humildad. Con lo cual, aumentándose el deseo de ser tenido en baja estimacion y concepto, y recibiendo los desprecios con alegría, va creciendo el edificio de la humildad, que para que llegue á su perfeccion, se debe pedir continuamente á Dios en virtud de su Hijo humillado.

Algunos hacen todo esto, mas no por amor á la virtud ó por agradar á Dios.

De donde nace que los actos de la virtud no corresponden con todos y en todo lugar, siendo con unos humildes y con otros soberbios; humildes con los que han menester, y soberbios con aquellos cuya estimacion no conduce ni aprovecha para sus fines.

Otros hay, que deseando la perfec-

cion cristiana la procuran de sus fuerzas propias, que son muy débiles y flacas, de su industria y de sus ejercicios, mas no de Dios desconfiando de sí mismos, por cuya causa antes retroceden que se adelantan: ni faltan algunos que apenas han entrado en el camino de la virtud, se persuaden á que han llegado ya á la cumbre de la perfeccion, y desvaneciéndose en sí mismos, se les desvaneco y huye toda su virtud.

Si quieres, pues, adquirir la perfeccion cristiana, desconfia primero de tí misma, y despues confiada en Dios, procura con todo estudio encender en tí un vivo deseo de alcanzarla, renovando y aumentando cada dia este deseo. Demás de esto está advertida y cuida de que no se te huya de las manos ocasion alguna de ejercitar la virtud, ya sea grande, ya pequeña; y si se te huyere, mortifícate y castígatelo en alguna cosa, y no omitas jamás esta mortificacion ó castigo.

Aunque aproveches y te adelantes mucho en la virtud, haz cuenta que

empiezas cada día, y procura ejecutar cualquier acto con tanta diligencia y cuidado, como si en él solo consistiere toda la perfeccion; y lo mismo que hicieres en el primer acto has de hacer en el segundo y en el tercero, y en los demas. Guárdate de los defectos pequeños con el mismo cuidado con que las almas diligentes se guardan de los grandes.

Abraza la virtud por la virtud, y por agradar á Dios: pues de este modo serás siempre una misma con todos, ya estés sola, ya acompañada; y sabrás tal vez dejar la virtud por la virtud, y á Dios por Dios. No declines ni á la diestra ni á la siniestra, ni vuelvas atrás (*Deut. 5. Isai. 30. 2. Petr. 2.*) Procura ser diestra, amiga de la soledad, de la oracion y de la meditacion, pidiendo á Dios que te dé la virtud y la perfeccion que vas buscando, porque Dios es la fuente de toda la virtud y perfeccion á que cada hora nos llama.

CAPÍTULO XXXVI.

Del amor para con los enemigos.

Aunque la perfeccion cristiana consista en la perfecta obediencia de los preceptos de Dios, no obstante, procede principalmente del precepto de amar á los enemigos, por ser este precepto muy conforme á la costumbre del Señor, y á lo que practicó en la tierra, y practica en el cielo.

Y así, si pretendes adquirir en breve la perfeccion, debes procurar cumplir exactamente cuanto Cristo manda en este precepto de amar á los enemigos, amándolos, haciéndoles bien y rogando por ellos, (*Matth. 5.*) no tibia y lentamente, sino con tanto afecto que casi olvidada de tí misma te entregues de todo tu corazon á su amor y á rogar por ellos.

En orden al bien que deberás hacerles, guardarás esta regla. En lo que toca al bien del alma, has de estar ad-

vertida , que de tí y de tu mal ejemplo no tomen jamas ocasion de ofender á su alma , mostrando siempre con el semblante , con las palabras y con las obras , que los amas y los estimas , y que estás siempre dispuesta y pronta á servirlos.

En cuanto á los bienes temporales te consultarás con el juicio y con la prudencia , considerando la calidad de los enemigos , y tu propio estado y las ocasiones.

Si á esto atendieres con cuidado , ten por cierto que la virtud y la verdadera paz entrarán en tu corazon.

Este precepto no es tan difícil como algunos persuaden ; duro es á la naturaleza , no es dudable ; mas á quien está sobre aviso de mortificar los movimientos de la naturaleza y del odio , se le hará suave , porque lleva dentro de sí escondida una dulcísima paz y felicidad.

Para socorrer la flaqueza de la naturaleza te servirás de cuatro medios que son muy eficaces y poderosos.

El primero es la oracion , pidiendo

este amor á Jesucristo en virtud de aquel amor con que estando en la Cruz, primeramente se acordó de sus enemigos, despues de su santísima Madre, y últimamente de sí mismo. (*Luc. 23. Joan. 19. Luc. ibid.*)

El segundo medio será decirte tú á tí misma : *Precepto del Señor es que yo ame á mis enemigos ;* (*Matth. 5.*) *y así debo cumplirlo.*

El tercero será que mirando y contemplando en ellos la viva imágen de Dios, la cual les dió el mismo Dios en su creacion, (*Génes. 1.*), te escites y te despiertes á estimularla y amarla.

El cuarto, el precio infinito con que han sido rescatados por Jesucristo, que no ha sido plata ni oro, sino su misma sangre, (*1. Petr. 1.*) que tú debes venerar siempre, y no permitir jamas que sea pisada, vilipendiada y ultrajada. Si estas cuatro cosas contemplas á menudo, amarás, como Dios quiere, á tus enemigos.

CAPITULO XXXVII.

Del exámen de la conciencia.

Este exámen suelen hacerlo las almas diligentes tres veces al dia: la primera antes de comer, la segunda despues de vísperas, y la tercera antes de acostarse; pero si esto no se pudiere, á lo menos no deberá omitirse el de la tarde; porque si Dios miró dos veces las obras que hizo para el hombre y su utilidad, (*Genes. 1.*) justo será que el hombre mire á lo menos una vez al dia las obras que hace para Dios, de las cuales mas de una vez ha de dar cuenta muy estrecha á su Magestad.

El exámen se ha de hacer en esta forma; lo primero has de pedir luz á Dios, para que puedas conocer bien todo lo interior de tus obras. Despues considerarás, si has estado recogida y encerrada en tu corazon, y lo has guardado,

Lo tercero , examinarás cómo has obedecido á Dios en aquel día en todas las ocasiones que te ha dado para servirlo : esta tercera consideracion incluye en sí el estado y las obligaciones de cada uno.

De tu correspondencia á la gracia , y de tus buenas obras , despues que hayas dado gracias á Dios , te olvidarás enteramente , quedando deseosa de empezar de nuevo este camino , como si nada hubieses hecho hasta entonces.

Si hallares faltas , defectos ó pecados , vuélvete á Dios ; y doliéndote de su ofensa , dile : *Señor , yo he obrado como quien soy ; y hubiera sido sin duda mayor mi precipicio , si vuestra diestra soberana no me hubiera ayudado y socorrido : por lo que os doy infinitas gracias : obrad Vos ahora , Señor , os suplico en nombre de vuestro amantísimo Hijo , como quien sois , y perdonadme y dadme gracia para que no os ofenda mas.*

Despues por penitencia de tus faltas , y para estímulo de la enmienda , mortifica tu voluntad , privándote de

alguna lícita; porque esto le agrada mucho. Lo mismo digo del cuerpo, procurando no omitir jamás estas ó semejantes penitencias, si no quieres que los exámenes de tu conciencia se hagan solamente por costumbre ó uso, y sin algun fruto ó provecho.

CAPITULO XXXVIII,

De dos reglas para vivir en paz.

Aunque el que vive conforme á los documentos que se han propuesto está siempre en paz, todavía quiero en este último capítulo darte dos reglas, las cuales si tú observas, vivirás quieta cuanto sea posible en este mundo inícuo.

La una es, que atiendas con todo el cuidado que te fuere posible á cerrar la puerta de tu corazón á todos los deseos: porque has de advertir, que el deseo es el leño largo de la cruz y de la inquietud, el cual será grave y pesado segun la grandeza del

deseo ; y así si el deseo fuere de muchas cosas , mayores , mas graves , y en mayor número , serán los leños preparados á muchas cruces.

Despues sobreviniendo impedimentos y dificultades en la ejecucion del deseo , se forma el otro leño que atraviesa la cruz , en la cual queda clavado el deseoso : así pues , el que no quisiere cruz , no desee ; y cuando se hallare en cruz , deje el deseo : que en el mismo punto que lo dejare descenderá de la cruz , y este el único remedio.

La otra regla es , que cuando te hallares molestada y ofendida de tu prójimo , no te entretengas á la consideracion del agravio , imaginándote que no debiera hacerse esto contigo ; quiénes son ó piensan ser , y otras semejantes cosas , las cuales no son sino leña y fomento de la ira , de la indignacion y del odio : mas recurre luego en estos casos á la virtud y á los preceptos de Dios , para que sepas lo que debes obrar , á fin de no incurrir en mayores faltas que los mismos que te

han ofendido : pues de este modo hallarás el camino de la virtud y de la paz.

Considera tambien , que si tú mismo no haces contigo lo que debes , ¿ qué maravilla es que los otros no hagan lo que deben contigo ? Y si te agrada la venganza de los que te ofenden , primero debes tomarla de tí misma ; pues no tienes otro enemigo que mas te ofenda ó haga mayor daño.



TRATADO II.

De la paz interior y verdadera senda
del Paraíso.

CAPITULO I.

*Cuál sea la naturaleza del corazón
humano, y cómo debe ser
gobernado.*

El corazón del hombre ha sido criado únicamente para ser amado y poseído de Dios, su criador. Siendo pues tan alto y tan excelente el fin de su creación, se debe considerar como la principal y la mas noble de todas sus obras. De su gobierno depende la vida ó la muerte espiritual. El arte de gobernarlo no es difícil; porque siendo propiedad suya hacer todas las cosas por amor, y nada por fuerza, basta que veles dulcemente y sin violencia

sobre sus movimientos, para que hagas de él cuanto quisieres.

Por esta causa debes primeramente fundar y establecer de manera la intencion de tu corazon, que de lo interior proceda lo exterior; porque si bien las penitencias corporales, y todos los ejercicios con que se castiga y allige la carne, no dejan de ser loables cuando son moderados, con discrecion, y como conviene á la persona que los hace: no obstante, no adquirirás jamas por solo su medio alguna virtud, sino ilusion y viento de vanagloria, con que pierdas enteramente tu trabajo, si de lo interior no fueren animados y reglados semejantes ejercicios.

La vida del hombre no es otra cosa que guerra y tentacion continua. Por esta causa has de velar siempre sobre tí mismo, y guardar tu corazon, para que se conserve siempre pacífico y quicto, y cuando advirtieres que en tu alma se levanta algun movimiento de inquietud sensual, procurarás con toda diligencia suprimirlo luego, pacificando tu corazon, y no permitiéndole

que se desvíe ó fuerza á alguna de las cosas que lo perturban. Esto ejecutarás todas las veces que sintieres alguna inquietud , ya sea en la oracion , ya en cualquiera otro tiempo ; pero advierte , que todo esto se ha de hacer con suavidad y dulzura , y sin alguna fuerza ó violencia. En suma , el principal y continuo ejercicio de tu vida ha de ser pacificar tu corazon , cuando se hallare inquieto y turbado ; porque en este estado no podrás orar bien , si primero no lo sosiegas y restituyes á su primera tranquilidad.

CAPITULO II.

Del cuidado que debe tener el alma de pacificarse , y adquirir una perfecta tranquilidad.

Esta atencion ó centinela de paz sobre tu corazon , te llevará á cosas grandes sin alguna dificultad ó trabajo ; porque con ella velarás de tal suerte sobre tí mismo , que te acostumbres á

orar , á obedecer , á humillarte , y á sufrir sin inquietud las injurias y menosprecios. No es dudable que antes que llegues á conseguir esta paz interior , padecerás mucha pena y trabajo , por no estar ejercitado ; pero quedará siempre tu alma muy consolada en cualquiera contradiccion que la suceda ; y de dia en dia aprenderás mejõr este ejercicio de sosegar y pacificar tu espíritu : y si tal vez te hallares tan atribulado y tan inquieto , que te parezca imposible recobrar la paz interior , recurre luego á la oracion y persevera en ella , á imitacion de Cristo nuestro Señor , que oró tres veces en el huerto (*Matth.* 26.) para enseñarte con su ejemplo , que nuestro único recurso y refugio ha de ser la oracion ; y que aunque te sientas muy contristado y pusilánime , no debes dejarla , sino continuarla con perseverancia , hasta que reconozcas que tu voluntad se haga enteramente conforme con la de Dios , y consiguientemente devota y pacífica , y juntamente fuerte , generosa y atrevida para recibir y abrazar con gusto lo

mismo que antes temia y aborrecia, como hizo nuestro Redentor : *Surgite , eamus : ecce appropinquat ; qui me tradet :* (Matth. ibid.) *Levantaos, y vamos : que llega el traidor que me ha de entregar.*

CAPITULO III.

Que esta habitacion pacífica de corazon se ha de edificar poco á poco.

Pondrás todo el desvelo y cuidado posible , como te se ha dicho , en no dejar que se turbe tu corazon , ó se mezcle en cosa que lo inquiete ; y así trabajarás siempre en conservarlo pacífico y quieto ; porque de esta suerte el Señor edificará en tu alma una ciudad de paz , y tu corazon será verdaderamente una casa de placeres y delicias. Solamente quiere y desea de tí , que cuando se altere ó turbe tu espíritu , procures calmarlo y pacificarte en todas tus operaciones y pensamientos. Pero así como no se edifica en un solo dia una ciudad , así no pienses que

en un solo día podrás adquirir esta paz interior : porque todo esto no es otra cosa que edificar una casa al Señor, y un tabernáculo al Altísimo, haciéndote templo suyo; y el mismo Señor es el que lo ha de edificar, pues de otra suerte sería vano y sin fruto tu trabajo. (*Psalm. 126.*) Considera, que el principal fundamento de este ejercicio ha de ser la humildad.

CAPITULO IV.

Que el alma debe negarse á toda consolacion y contento, porque en esto consiste la verdadera humildad y pobreza de espíritu con que se adquiere esta paz interior.

Si deseas entrar por esta puerta de la humildad, que es la única que se halla, debes trabajar con todo el esfuerzo y diligencia posible, principalmente en el principio, en abrazar las tribulaciones y cosas adversas, como á tus mas queridas hermanas, desean-

do ser despreciado de todos, y que no haya alguno que te favorezca ó te consuele, sino solamente tu Dios. Procura fijar y establecer en tu corazon esta máxima: que solo Dios es tu bien, tu esperanza y tu único refugio, y que todas las demas cosas son para tí espinas, que si las acercas al corazon, no podrán dejar de herirte y lastimarte. Cuando recibas alguna afrenta, súfrela con alegría, y gloriáte en ella, teniendo por cierto que entónces está Dios contigo. No desees ó busques jamas otra honra que padecer por su amor y por su gloria. Pon todo el estudio posible en alegrarte cuando alguno te dijere palabras injuriosas, ó te reprendiere ó te despreciare; porque es grande y muy precioso el tesoro que se halla escondido en este polvo, y si lo tomas con gusto te hallarás rico en breve tiempo, sin que lo advierta el mismo que te hace este presente. No procures ni quieras jamas ser conocido y estimado de alguno en esta vida, para que todos te dejen solo padecer con Cristo crucificado, sin que alguno

te lo impida. Guárdate de tí mismo, como del mayor enemigo que tienes en este mundo. No sigas tu voluntad, tu parecer ó capricho, si no quieres perderte. Por esta causa necesitas precisamente de armas para defenderte de tí mismo; y así todas las veces que tu voluntad se inclinare á alguna cosa, aunque sea no solamente lícita, sino santa, la pondrás primeramente sola y desnuda delante de Dios con profunda humildad, diciéndole que en ella se haga y cumpla, no tu voluntad, sino la suya, y ejecutarás esto con fervientes y encendidos deseos, sin alguna mezcla de amor propio, conociendo siempre que de tí nada tienes y nada puedes. Guárdate de todas aquellas opiniones y sentimientos propios, que llevan consigo apariencia y especie de santidad y zelo indiscreto, del cual dice el Señor: Guardaos de los falsos profetas que vienen en trage de corderos, y son lobos voraces: por sus frutos los conoceréis: (*Matthi. 7.*) sus frutos son dejar en el alma ansia, inquietud y afán.

Todas las cosas que te distraen y apartan de la humildad y de esta paz y quietud interior con cualquiera color ó causa, son los falsos profetas, que en figura de corderos, esto es, con color de zelo y de ayudar al prójimo indiscretamente, son lobos voraces que te roban la humildad, y aquella paz y quietud que es tan necesaria al que verdaderamente desea aprovechar; y cuanto mayor apariencia de santidad tuviere la cosa, con tanto mayor cuidado y diligencia deberás examinarla, y siempre con mucha paz y quietud interior, como se ha dicho. Pero si tal vez faltares en alguna de estas cosas, no te turbes, sino humíllate delante del Señor, y reconoce tu flaqueza, y queda advertido y enseñado para lo venidero; porque Dios por ventura lo permite, á fin de humillar alguna soberbia que en tí se halla oculta, y tú no la conoces. Si en alguna ocasion sintieres herida el alma de alguna aguda y venenosa espina, no por esto te turbes ó inquietes; mas vela con mayor atencion y cuidado, para que no

Pase y penetre dentro; retira y separa entonces con suavidad y dulzura tu corazón, y restitúyelo á su primera calma, conservando tu alma pura y sin tacha á los ojos de Dios, al cual hablarás siempre en el fondo de tu corazón por la rectitud de tu intencion, persuadiéndote que todo esto sucede para prueba y ejercicio tuyo, para que de esta suerte te hagas capaz de tu bien, y merezcas la corona de justicia, que su infinita misericordia te tiene preparada.

CAPITULO V.

*Que el alma debe conservarse sola
y desasida, para que Dios obre
en ella.*

Ten en grande estimacion á tu alma, considerando su dignidad: pues el Padre de los padres, y el Señor de los señores, la ha criado para templo y morada suya. Ténla en tan alto precio, que no la permitas que se abata

y se incline á otra cosa. Tus deseos y tus esperanzas sean siempre de la venida del Señor, el cual, si no hallare tu alma sola y desasida, no querrá visitarla. No pienses que en presencia de otros la dirá alguna palabra, sino es amenazándola ó huyendo de ella.

Dios la quiere sola; sola y desnuda (cuanto fuere posible) de pensamientos; sola y desnuda de deseos, y sobre todo de propia voluntad. Por esta causa no debes jamas abrazar por tí mismo y por tu propia eleccion las mortificaciones y penitencias, ni buscar las ocasiones de padecer por amor de Dios, sino solamente con la direccion y consejo de tu padre espiritual, y de los superiores que te gobiernan, para que por su medio disponga y haga Dios de tu voluntad lo que su divina Magestad quiere, y en el modo que quiere: nunca hagas tú lo que quisieras; mas haga Dios siempre lo que quiere en tí. Procura que tu voluntad esté siempre tan desasida de tí mismo, que nada quieras ó desees; pero cuando quisieres alguna cosa, sea de tal suerte, que

si no sucediere ó no se hiciere lo que deseas, sino lo contrario, no te duelas ó te contristes; mas persevera siempre tan quieto y tan tranquilo, como si no hubieses querido ó deseado cosa alguna. La verdadera libertad del alma consiste en no aficionarse ó asistir á alguna cosa. Dios la quiere libre, desasida y sola para obrar en ella sus maravillas, y glorificarla aun en esta vida. ¡O soledad amable, cámara secreta del Altísimo, donde solamente gusta el Señor de dar audiencia; (*Osee 2.*) y de hablar al corazon del alma! O desierto glorioso, transformado en Paraíso, pues en él solo permite Dios ser visto y que se le hable. *Vadam, et videbo visionem hanc magnam: (Exod. cap. 2.) Iré y registraré esta admirable vision.* Pero si quieres llegar á esta felicidad, entra con los pies descalzos en esta tierra, porque es santa; esto es, entra desnudo y libre de todos tus afectos; no llesves contigo cosa alguna de este mundo en este camino, ni te detengas en él á saludar á alguna persona, porque has de ocupar todos tus

afectos y pensamientos únicamente en Dios, y no en las criaturas. Deja que los muertos sepulsen sus muertos: (*Luc. 9.*) camina tú solamente á la tierra de los vivos, (*Psal. 141.*) y no tenga en tí parte alguna la muerte.

CAPITULO VI.

De la prudencia con que se debe amar al prójimo porque no se pierda ó turbe esta paz.

La misma experiencia te mostrará que el camino de la caridad, y del amor de Dios y del prójimo, es muy dilatado y claro para conseguir el fin de la vida eterna. Jesucristo dijo (*Luc. 12.*) que habia venido á poner fuego en la tierra, y que queria que se encendiese y ardiese; y aunque el amor de Dios no admite límite (*Deut. 6. Luc. 10. D. Bernad. de diligendo Deo, c. 1.*) el amor del prójimo debe tener límite y medida. No puede haber exceso en

amar á Dios; pero puede haberlo en amar al prójimo; porque si en este amor no guardas la debida moderacion, podrás perderte, y por edificar á otros, venir á destruirte á tí mismo.

Debes pues, hijo mio, amar á tu prójimo; pero de suerte que tu alma no reciba algun daño. Aunque te hallas siempre obligado á dar buen ejemplo, no obstante nada ejecutes por solo este motivo, ni por servir de modelo á los demas, porque de este modo no sacarás sino grande pérdida.

Lo segundo es hacer todas las cosas con santa simplicidad, y sin otra intencion que de agradar á Dios. Humíllate en todas tus obras, y conocerás que lo que á tí te aprovecha tan poco, no puede aprovechar mucho á los otros. Considera que no debes retener tanto fervor y zelo de las almas, que pierdas la paz y quietud interior. Ten sed ardiente y deseo de que todos conozcan la verdad, como tú la comprendes y entiendes, y que se embriaguen de aquel vino suavísimo que á cada uno promete Dios, y da libre-

mente sin algun precio (*Isai. 55. Cant. 2. et 5.*)

Esta sed ardiente de la salud del prójimo te ha de acompañar siempre; pero ha de proceder del amor que tienes á Dios, y no de tu zelo indiscreto.

Dios es el que ha de plantar en la soledad de tu alma, y cogerá el fruto cuando quisiere. Tú nada debes sembrar por tí solo, sino solamente ofrecer á Dios pura y limpia la tierra de tu alma: porque entónces su divina Magestad arrojará su semilla segun su beneplácito, y de esta suerte dará abundantísimo fruto. Acuérdate siempre de que Dios quiere tu alma sola, y enteramente desasida y libre para unirla á sí. Deja que te elija solamente, no le impidas con tu libre arbitrio. Procura mantenerte en un ocio santo, sin algun pensamiento de tí mismo, sino solamente de agradar á Dios, esperando que te lleve á obrar; porque ya el Padre de familias ha salido á buscar operarios. (*Matth. 20.*) Abandona todos los cuidados y pensamientos; desnúdате de toda solitud de tí mismo, y de

cualquiera afecto ó deseo de cosas terrenas, para que Dios te vista de sí mismo, y te dé lo que jamas pudiste imaginar. Olvídate, cuanto te sea posible, de tí mismo, y solamente viva en tu alma el amor de Dios. De todo cuanto se ha dicho procura tener siempre en tu memoria este importante aviso: que con toda diligencia, ó por mejor decir, sin alguna diligencia que te inquiete, has de pacificar tu zelo y fervor con mucha templanza, para que conserves á Dios en tí con toda paz y tranquilidad, y no pierda tu alma del propio caudal que le es necesario, para ponerlo á ganancia indiscretamente para otros. Este callar en el modo que se ha dicho, es amar altamente á los oídos de Dios. Esta ociosidad es la que negocia todas las cosas, y así con sola ella debes traficar y negociar para hacerte rico con Dios; porque todo esto no es otra cosa que resignarse enteramente el alma en Dios, desocupada de todas las cosas criadas; y harás esto siempre sin que á tí te atribuyas alguna cosa en lo que obras, porque Dios

lo hace todo , y de tí no desea otra cosa sino que en su presencia te humilles , y le ofrezcas una alma desembarazada , libre y desasida de las cosas terrenas , con un deseo interior de que en tí se cumpla perfectísimamente en todo y por todo su santísima voluntad.

CAPITULO VII.

Cuan desnuda de amor propio debe presentarse el alma delante de Dios.

Debes , hijo mio , empezar poco á poco y con suavidad , confiando enteramente en el Señor que te llama y dice : *venid á mí todos los que estais atrabajados , y yo os recrearé. Todos los que teneis sed , venid á la fuente* (Matth. 11. Isai. 55.) Este movimiento y vocación divina deberás seguir siempre , esperando con ella el impulso del Espíritu Santo , para que resueltamente puedas arrojarte en el mar de la providencia Divina y del eterno beneplácito , pidiendo que este se haga y cum-

pla enteramente en tí; pues de esta suerte serás llevado de las poderosas ondas de la divina misericordia, sin que tú puedas resistirlas, al puerto de tu particular perfeccion y salud. Ejecutado este acto que procurarás repetir muchas veces al día, has de trabajar con cuanta seguridad te fuere posible, así interior como exterior, en llegarte con todas las potencias de tu alma á las cosas que te escitan y mueven, y hacen á Dios loable, amable y deseable. Pero todos estos actos se han de hacer sin alguna fuerza ó violencia de tu corazon: porque si fuesen importunos é indiscretos podrian debilitarlo, y por ventura endurecerlo, dejándolo inhábil para otros ejercicios. Toma el consejo de los que son prácticos y experimentados, y procura acostumbrar dulcemente tu espíritu á que no piense en otra cosa que en la bondad, amor y beneficios de Dios con sns criaturas, y á que se sustente y recree con el delicioso maná, que la frecuencia de esta meditacion hará flover en tu alma con dulzuras inefables.

Guárdate de procurar por fuerza las lágrimas y sentimientos de devoción, y sea tu principal cuidado estar tranquilo en esta soledad interior, esperando que en tí se cumpla la voluntad de Dios; pues cuando su divina Magestad te concediere estas lágrimas, entónces serán dulces, humildes, amorosas y tranquilas, sin alguna industria ó diligencia tuya; y conociendo tú por estas señales el origen de donde nacen, las recibirás como rocío del cielo con suavidad y serenidad, y sobre todo con reverencia y profundísima humildad. La llave con que se abren los mas secretos tesoros espirituales, es saber negarte á tí mismo en todos tiempos y en todas las cosas; y con esta misma llave se cierra la puerta al desabrimiento y sequedad del alma, cuando procede de culpa nuestra; porque cuando procede de Dios, se junta con los demas tesoros del alma. Deléitate siempre de estar con María santísima á los pies de Jesucristo, y escucha con atencion lo que el Señor te dice. Procura que tus enemigos (de

los cuales tú eres el mayor y mas peligroso) no te impidan en este santo silencio, y advierte que cuando buscas á Dios con tu entendimiento para descansar y reposar en él como en la centro, no debes formar término ni comparacion con tu débil y corta imaginativa, porque sin alguna comparacion es infinito. y en todas partes se halla, y todas las cosas estan en él; tú mismo lo harás dentro de tu alma todas las veces que lo busques en verdad; este es, todas las veces que lo busques para hallarlo; mas no para hallarte á tí mismo; porque sus delicias son estar y morar con los hijos de los hombres (*Prov. 8.*) para hacerlos dignos de sí, bien que no tenga alguna necesidad de nosotros. En las meditaciones no te ciñas ni te ates jamas á algunos puntos, de manera que no quieras meditar otros fuera de los que te has propuesto; mas donde hallares quietud y reposo, procura detenerte y goza del Señor en cualquiera paso en que quiera comunicarse á tu alma; y aunque omitas y dejes lo que tenias

premeditado y te habias propuesto, no formes algun escrúpulo; porque todo el fin de estos ejercicios es gustar y gozar del Señor, bien que con intencion de no buscar como fin principal esta fruicion ó gusto, sino solamente de enamorarnos mejor de sus obras con propósito de imitarlo en lo que fuere posible á nuestra cortedad; y una vez que lleguemos á conseguir el fin, no debemos cuidar de los medios que se ordenan al mismo fin. Uno de los impedimentos de la verdadera paz y quietud, es el afan y demasiada solicitud que ponemos en semejantes operaciones, porque queremos fijar precisamente nuestro espíritu en esta ó en aquella cosa, y obligar de esta suerte á Dios á que lo lleve y guíe por donde queremos, procurando mas hacer en esto nuestra voluntad sin advertirlo, que la del Señor; lo cual no es otra cosa que buscar á Dios huyendo de Dios, y querer contentarle y agradarle sin hacer su voluntad. Si quieres pues, hijo mio, hacer progresos en este camino y llegar al deseado término, no

has de tener otra intencion ó deseo que de hallar á Dios; y cuando te se manifestare, deja y abandona todas las cosas, y no pases adelante mientras no se te diere licencia, olvidándote entónces de todo lo criado, y reposando en el seno de tu Señor; y cuando su divina Magestad gustare de retirarse no manifestándose mas en aquel modo, entónces podrás volver de nuevo á buscarlo continuando tus ejercicios, y siempre con la misma intencion y deseo de hallar con ellos su amor; y cuando le hayas hallado, de hacer lo mismo que queda dicho, dejando todas las demas cosas, y conociendo que entónces se ha cumplido el deseo del Señor. Este documento es de suma importancia y digno de muy particular reflexion; porque muchas personas espirituales pierden el fruto y la quietud interior por la fatiga y sollicitud que ponen en sus ejercicios, pareciéndoles que nada hacen si no los acaban todos, poniendo en esto toda la perfeccion, haciéndose propietarios de su voluntad; por cuya causa

viven siempre afligidos , como quien se fatiga y trabaja sin mas fin que el de acabar alguna obra , sin llegar jamas al verdadero reposo y quietud interior, donde verdaderamente habita y reposa el Señor.

CAPITULO VIII.

De la fe que se debe tener en el santísimo Sacramento del Altar ; y del modo con que debemos ofrecer-nos al Señor.

Procura aumentar cada dia en tu alma la fe del santísimo Sacramento, y no ceses de admirarte de tan incomprendible misterio , y de alegrarte y complacerte , considerando cómo se muestra Dios debajo de aquellas humildes y puras especies para hacerse mas digno. No deseés que te se muestre en esta vida debajo de otra apariencia , acordándote que el mismo Señor ha dicho , *que son los bienaventurados los que no le ven y le creen.* (Joan, 20.)

Procura que tu voluntad se encienda y se inflame en su amor, y de ser cada dia mas pronto en hacer en todas las cosas su santísima voluntad. Cuando te ofrezcas á Dios en este Sacramento, has de estar dispuesto y aparejado á padecer por su amor todas las aflicciones, penas, injurias y trabajos que pueden sucederte, como tambien todas las flaquezas, disgustos, tibiezas y sequedades, así en la oracion como fuera de ella, persuadiéndote á que las has de padecer muchas veces, y que te conviene aceptarlas por buenas, y trabajar en no ser tú mismo la causa de ellas. Y así toda tu alegría y contento ha de ser sufrir y padecer con tu amable Jesus por su amor,

No seas inconstante en lo que empiezas, queriendo hoy una cosa y mañana otra. Persevera invariable y firme en tus ejercicios, y en los medios de purificar tu alma con la suavidad y quietud que se ha dicho. Mientras no dejares estos medios, puedes estar cierto y seguro de que no te saltará la gracia de la perseverancia. Es imposi-

ble que una alma que ha empezado á gustar este espiritual reposo, pueda volver á la manera de vivir del mundo. Esto le seria verdaderamente una pena y tormento intolerable.

CAPITULO IX.

Que no se deben buscar delicias ni cosas que den gusto, sino solamente Dios.

Elige siempre y ten complacencia y gusto de carecer de los consuelos, de amistades particulares y de favores que no causan alguna utilidad al alma: desea vivir siempre sujeto á la voluntad de otro y depender de ella. Todas las cosas han de servirte de motivo para ir á Dios, y ninguna ha de divertirte ó detenerte en el camino. Esta, hijo mio, ha de ser siempre tu alegría y consuelo, que todo sea amargura para tí, y solamente Dios sea tu descanso. Dirige todas tus aflicciones y trabajos á tu Señor, ámalo y comunícale todo

tu corazon sin algun temor ; pues su divina Magestad hallará el camino de resolver todas tus dudas y dificultades, y te levantará cuando cayeres. Finalmente, en una palabra, si amares á Dios tendrás todos los bienes. Ofrecete á Dios en sacrificio, en paz y quietud de espíritu ; pero para que puedas seguir mejor este camino y continuarlo sin fatiga y sin turbacion alguna, conviene que á cada paso dispongas tu alma estendiendo tu voluntad á la de Dios ; y quanto mas la estendieres, tantos mayores bienes recibirás. Tu voluntad debe estar dispuesta de tal suerte, que solamente quiera y no quiera lo que quiere y no quiere Dios. Renueva á cada paso tu intencion y propósito de querer agradar á Dios. Procura tener el alma tan libre de deseos, que se halle toda entera y presente á lo que hace y á lo que piensa, sin permitir que el cuidado de lo que ha de hacer ó ha de pensar fuera del instante de su operacion la tenga dividida. Pero no por esto se prohíbe á alguno el aplicarse á sus negocios tem-

porales con una solicitud prudente y avisada, según la necesidad de su estado; pues estas ocupaciones si se toman como conviene, son según el orden y voluntad de Dios, y no impiden la paz interior y el verdadero aprovechamiento espiritual. En todas las cosas has de proponerte hacer lo que puedes y lo que debes, conservándote indiferente y resignado en cuanto ocurre y sucede fuera de tí. Lo que en estos casos puedes hacer siempre, es ofrecer á Dios tu voluntad y no querer ó desear mas alguna cosa; porque siempre que tuvieres esta libertad y te hallares desasido de todas partes (lo cual podrás conseguir en cualquier tiempo y lugar, ocupado y sin ocupacion) gozarás verdaderamente de la tranquilidad y paz interior. En esta libertad de espíritu consiste todo el bien que desees y buscas; porque esta libertad no es otra cosa que perseverar el hombre interior en sí mismo, sin derramarse á querer, desear ó buscar alguna cosa fuera de sí; todo el tiempo que vivieres libre de esta suer-

te gozarás de aquella servidumbre y sujecion Divina, que es aquel gran reino que está dentro de nosotros, (Luc. 17.)

CAPITULO X.

Que no debe acobardarse ó perder el ánimo el siervo de Dios, aunque sienta en sí repugnancia, perturbación y dificultad para esta paz interior.

Advierte, hijo mio, que muchas veces te hallarás inquieto y privado de esta santa y dulce soledad y libertad interior; porque de los internos movimientos de tu corazon se levantará tal vez un polvo, que te causará grande fastidio en este camino. Esto permite Dios para mayor bien tuyo. Acuérdate, que esta es la guerra de donde los santos sacaron las coronas de sus merecimientos. En todas las cosas que te perturbaren, dirás: *Dios y Señor mio, ves aquí tu siervo; hágase en mí tu voluntad. Yo sé muy bien que la verdad*

de tu palabra será siempre firme y constante, y que tus promesas son infalibles, (Matth. 24. 2. Petr. 3.) y así me confío en ellas. Ves aquí tu criatura, haz de mí lo que fuere tu voluntad y gusto. Dios mio, no tengo cosa alguna que me lo impida. Yo vivo por tí solo. Dichosa el alma que así se ofrece á su Señor cuando se halla inquieta y turbada. Si por ventura durare esta batalla, y no pudieres tan presto como quisieras conformar tu voluntad con la Divina, no por esto pierdas el ánimo ó te acobar-des: mas continúa siempre en orar y en ofrecerte á tí mismo, porque de esta suerte alcanzarás sin duda la victoria.

Mira en el huerto la dura batalla que tuvo tu Redentor, y como su santísima humanidad rehusaba el cáliz, diciendo: *Pater, si possibile est, transeat à me calix iste: (Matth. 26.) Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz.* Pero luego volvía á poner su alma en soledad; y con una voluntad libre y desasida, decia con profundísima humildad: *Veruntamen non mea voluntas,*

sed tua fiat: (Luc. 22.) Pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra. Inspice, et fac secundum exemplar: (Ex. 25.) Aprende fielmente de este divino ejemplar.

No te muevas ni des algun paso cuando te hallares en alguna dificultad, sin que primero levantes los ojos á Jesucristo en la cruz; porque allí hallarás escrito con grandes caractéres el modo de gobernarte. No desmayes si alguna vez fueres turbado de tu amor propio, ni te retires, ni huyas de la cruz: mas vuelve á la oracion, y persevera en ella con humildad hasta tanto que pierdas tu voluntad propia, y quieras que en tí se haga la divina. Si te retirares de la oracion aun con solo este fruto, puedes estar contento; pero si no hubieres llegado hasta este punto, tu alma quedará ayuna y sin su alimento. Procura que nada habite en tu alma, ni aun por brevísimo tiempo, sino Dios. No tengas hiel ó amarguras de alguna cosa, ni pongas los ojos en los vicios y malos ejemplos de los otros; mas camina y procede siempre como un niño que no está sujeto á alguna

de estas amarguras , y pasa por todas partes sin daño ni ofensa suya.

CAPITULO XI.

De la diligencia que usa el demonio para turbar esta paz , y cómo debemos guardarnos de sus engaños.

Siendo costumbre del enemigo de nuestra salud emplearse con todo estudio en la ruina de nuestras almas , procura principalmente que se aparten de la humildad y simplicidad cristiana , y que atribuyan á sí y á su industria y diligencia propia alguna cosa , y no miren ó atiendan al don de la gracia , sin el cual no pueden ni aun pronunciar el nombre de Jesus : (1. ad. Cor. 12.) porque aunque verdaderamente podemos resistir á la gracia con nuestro libre alvedrío , no obstante no podemos recibirla en nosotros sin el auxilio y socorro de la misma gracia , de manera que si alguno no la admite , esto se ha de imputar á culpa suya ; pero

si la admite y recibe, esto no lo hace ni lo puede hacer sin la misma gracia, la cual se ofrece suficientemente á todos. Procura, pues, nuestro comun enemigo persuadir á cada uno á que se presuma y se crea mas diligente que los otros, y que se dispone mejor á recibir en sí los dones de Dios; y asimismo le induce á que ejecute este acto interior con soberbia, no considerando la insuficiencia de sí mismo (si no fuese ayudado de la gracia), y á que pase á despreciar á los otros con su pensamiento, imaginándose que no hacen las buenas obras que él hace. Y así, hijo mio, si no estás muy advertido, y no vuelves pronta y diligentemente á tu propia confusion, y al conocimiento de tu miseria y tu nada, te hará precipitar en la soberbia, como al fariseo del Evangelio, que se gloriaba de sus bienes, y juzgaba malos á los otros; (*Luc. 18.*) y si una vez llega á ganar y poseer tu voluntad por este camino, reinará en ella como tirano, y hará reinar en tí todos los vicios, y será grande tu daño y tu pe-

ligro. Por esta causa nos encargó el Señor, que velásemos y orásemos. (*Matth. 29.*) Es pues necesario, que pongas tu atencion y cuidado en que el enemigo no te prive de un tesoro tan grande como es la paz y tranquilidad del alma; porque no hay artificio ni diligencia que no emplee para quitarte este reposo y hacer que tu alma viva inquieta y turbada, en que sabe muy bien que consiste toda tu perdicion y daño; porque así como una alma si se halla quieta y tranquila obra con facilidad, y las cosas que hace las hace perfectamente, y persevera sin repugnancia en el bien, y resiste sin dificultad á cualquiera contradiccion; así al contrario, si se halla inquieta y turbada, obra poco y con mucha imperfeccion; se cansa luego, y finalmente vive en un mártirio infructuoso. Tú, pues, si quieres salir con victoria y que no se logren las artes y diligencias de tu enemigo en nada, has de velar con tanto cuidado, como en no permitir que entre alguna turbacion en tu alma, y en no consentir que esté in-

quieta ni un breve instante. Y para que sepas mejor guardarte de sus engaños, toma por regla cierta en este caso, que cualquiera pensamiento que te distrae y aparta del amor de Dios y de su confianza, es un mensagero del infierno, y como tal debes repelerlo luego y no admitirlo ni escucharlo; porque el oficio del Espíritu Santo no es sino de unir siempre las almas mas estrechamente á Dios, encendiéndolas en su dulcísimo amor; y asimismo inspirando en ellas nueva confianza de su bondad y misericordia infinita: pero al contrario, el oficio del demonio es introducir en las almas temores y desconfianzas, dándoles á entender que sus faltas ordinarias son mas graves de lo que son; que nunca hacen lo que deben; que jamas se confiesan bien; que reciben tibiamente la comunión; que sus operaciones estan llenas de defectos: y con estos escrúpulos y aprensiones procura tenerlas siempre inquietas, temerosas y desconfiadas. La falta de la devocion sensible, y de los gustos en la oracion y en los demas ejerci-

cios , hace que la reciban y sufran con una impaciente tristeza , dándolas á entender que en aquella forma todo es perdido , y que seria mejor dejar tantos ejercicios. Y finalmente , las induce á tanta inquietud y desconfianza , que se persuaden á que cuanto hacen es inútil y sin algun fruto : con lo cual viene á crecer tanto en ellas el temor y congoja , que piensan que Dios las ha olvidado. Pero en la verdad , hijo mio , no es así ; porque son innumerables los bienes que resultarian de la sequedad y falta de la devocion sensible , siempre que el alma entendiese lo que Dios pretende de ella en este estado , y procurase solamente de su parte tener paciencia y perseverancia en obrar bien. Y para que el fruto y provecho que Dios pretende no redunde (por no entenderlo tú) en daño y perjuicio tuyo , pondré aquí brevemente los bienes que proceden de la humilde perseverancia en estos áridos ejercicios , á fin de que sabiéndolos no pierdas la paz , cuando te hallares en semejante sequedad de mente y opre-

quieta ni un breve instante. Y para que sepas mejor guardarte de sus engaños, toma por regla cierta en este caso, que cualquiera pensamiento que te distrae y aparta del amor de Dios y de su confianza, es un mensajero del infierno, y como tal debes repelerlo luego y no admitirlo ni escucharlo; porque el oficio del Espíritu Santo no es sino de unir siempre las almas mas estrechamente á Dios, encendiéndolas en su dulcísimo amor; y asimismo inspirando en ellas nueva confianza de su bondad y misericordia infinita: pero al contrario, el oficio del demonio es introducir en las almas temores y desconfianzas, dándoles á entender que sus faltas ordinarias son mas graves de lo que son; que nunca hacen lo que deben; que jamas se confiesan bien; que reciben tibiamente la comunión; que sus operaciones estan llenas de defectos: y con estos escrúpulos y aprensiones procura tenerlas siempre inquietas, temerosas y desconfiadas. La falta de la devocion sensible, y de los gustos en la oracion y en los demas ejerci-

cios , hace que la reciban y sufran con una impaciente tristeza , dándolas á entender que en aquella forma todo es perdido , y que seria mejor dejar tantos ejercicios. Y finalmente , las induce á tanta inquietud y desconfianza , que se persuaden á que cuanto hacen es inútil y sin algun fruto : con lo cual viene á crecer tanto en ellas el temor y congoja , que piensan que Dios las ha olvidado. Pero en la verdad , hijo mio , no es así ; porque son innumerables los bienes que resultarian de la sequedad y falta de la devocion sensible , siempre que el alma entendiese lo que Dios pretende de ella en este estado , y procurase solamente de su parte tener paciencia y perseverancia en obrar bien. Y para que el fruto y provecho que Dios pretende no redunde (por no entenderlo tú) en daño y perjuicio tuyo , pondré aquí brevemente los bienes que proceden de la humilde perseverancia en estos áridos ejercicios , á fin de que sabiéndolos no pierdas la paz , cuando te hallares en semejante sequedad de mente y opre-

sion de corazon acerca del sentimiento y gusto de la devocion , ó en cualquiera otra tentacion , aunque sea muy horrible.

CAPITULO XII.

Que no debe inquietarse el alma por las tentaciones interiores.

Infinitos son los bienes que la amargura y sequedad espiritual causan en el alma , si se reciben con humildad y paciencia. Si los hombres entendiesen bien este secreto , no tendrian tanta inquietud y pena cuando padecen esta amargura y sequedad interior ; porque la tomarian no como señal de aversion y odio que les muestre el Señor , sino como testimonio precioso de su amor y de su bondad , y la recibirian como una gracia muy singular con que los favorece su misericordia. Para conocer esto , basta que adviertas y consideres , hijo mio , que semejantes cosas no suceden sino solamente á las

personas que descan verdaderamente darse al servicio de Dios, y alejarse de todo lo que puede no solamente ofenderle sino desagradarle: ni esto les sucede, por lo comun, en el principio de su conversion, sino despues que han servido al Señor por algun tiempo, y que estan resueltos á servirle con toda perfeccion, habiendo puesto, como solemos decir, la mano á la obra; y por lo contrario no vemos jamas que los pecadores se lamenten de semejantes tentaciones: de donde se reconoce claramente, que esta es una vianda preciosa con que Dios convida á los que ama, y aunque sea insípida y desabrida á nuestro paladar, no obstante nos aprovecha mucho: bien que entonces no conozcamos este beneficio; porque cuando se halla el alma en esta sequedad, como las tentaciones que padece en este estado son tan graves que solo el pensar en ellas les causa horror y escándalo, viene á adquirir de este modo la humildad, el temor, y aquel odio santo y desprecio de si misma que Dios desea, aunque como

se ha dicho, ignorando por entónces el alma este secreto, lo aborrece y huye de andar por semejante camino; porque nunca quisiera estar sin deleite y gusto interior, juzgando que cualquiera ejercicio sin este gusto es tiempo perdido, y trabajo sin provecho.

CAPITULO XIII.

Que Dios nos envia estas tentaciones para nuestro bien.

Para entender mas particularmente que las tentaciones nos vienen de Dios para nuestro bien, se debe considerar que el hombre por la depravada inclinacion de la naturaleza corrompida es soberbio, ambicioso y amigo de su propio parecer, presumiendo siempre de sí mas de lo que verdaderamente es. Esta presuncion es tan peligrosa para el progreso espiritual, que solamente el olor es suficiente para no dejarnos llegar á la perfeccion. Por esta causa Dios con la providencia y pater-

nal cuidado que tiene de cada uno de nosotros, y particularmente de los que se han entregado de veras á su servicio, toma por su cuenta el ponerse en estado en que podamos salir de tan peligrosa ilusion, y vengamos como forzados á tener verdadero conocimiento de nosotros mismos, como hizo con el apóstol san Pedro, cuando permitió que lo negase, (*Matth. 26.*) para que de este modo se conociese á sí mismo, y perdiese esta peligrosa presuncion, y no fuese en adelante en sus propias fuerzas: y con el apóstol san Pablo, cuando por preservativo de esta peste del alma, y del abuso que podia hacer de las altas revelaciones con que lo habia favorecido, le dió una molestísima tentacion (*2. Corint. 12.*) que le hiciese conocer la fragilidad y flaqueza natural, y lo tuviese sujeto y humilde. Dios, pues, compadeciéndose de nuestra miseria y perversa inclinacion, permite que nos vengan estas tentaciones, y que tal vez sean horribles y formidables, para que nos humillemos y nos conozcamos bien, aunque nos

parezca que nos son inútiles y de ningún provecho.

En esto se descubre su bondad y sabiduría infinita ; pues con lo mismo que á nosotros nos parece mas nocivo, mas nos aprovecha ; porque venimos á humillarnos y á confundirnos , que es lo que principalmente ha menester nuestra alma : pues ordinariamente sucede , que el siervo de Dios que se halla en tal estado , juzga que las tentaciones , la indevoción , la tibieza y sequedad de espíritu que siente en sí , proceden únicamente de sus imperfecciones , y de que no puede haber persona alguna tan imperfecta y defectuosa como él , ni que sirva á Dios con tan grande tibieza y flojedad : y se persuade , á que las imaginaciones y pensamientos que le combaten , no vienen sino á las almas perdidas y desamparadas de Dios ; y que por esta causa merece tambien la suya ser tratada con el mismo rigor y desamparo : de donde resulta , que el que antes presumia ser algo , despues con esta amarga medicina que le ha venido del cielo , se

tiene por el peor hombre del mundo , y se considera indigno aun del nombre de cristiano ; y no hubiera venido jamas á tan baja estimacion ó sentimiento de sí mismo , ni á tan profunda humildad , sin el remedio de estas amarguras y tentaciones extraordinarias ; lo cual es una gracia muy singular , que Dios hace en esta vida á las almas que se ponen y resignan enteramente en sus manos para que las cure de sus dolencias y enfermedades , como le agrada , y con la medicina que solamente su Magestad conoce perfectamente que las es conveniente y necesaria para su salud y bien. Y advierte , hijo mio , que el fruto y provecho que nos causan estas tentaciones y repugnancias interiores que nos ponen en sequedad , y destierran de nosotros todo lo que la devocion tiene de sensible , no es solamente la humildad ; porque el alma que se halla en este estado de tribulacion , se ve obligada á recurrir á Dios , y á procurar servirle con mayor cuidado y diligencia , como por remedio de este trabajo ; y asimismo

para librarse de semejante martirio, va examinando cuidadosamente su corazón, huyendo de las mas levés imperfecciones y culpas, y de todo lo que puede alejarla de Dios; y de este modo la tribulacion que juzgaba tan contraria y nociva, le sirve de estímulo para buscar á Dios con mayor fervor, y huir de todo lo que juzga no ser conforme al beneplácito Divino. Y finalmente, todas estas aflicciones, amarguras y trabajos que el alma padece en estas tentaciones; todas estas tibiezas, sequedades, desolaciones y disgustos espirituales, no son otra cosa que un purgatorio amoroso, si se sufren con humildad y paciencia, y sirven para ganarnos en el cielo aquella corona que solamente se adquiere con ellas, tanto mas gloriosa, cuanto mayores hubieren sido estas tribulaciones y trabajos. De esto conocerás claramente, cuan poca razon tenemos de turbarnos y contristarnos de semejantes cosas; como sucede á las personas poco experimentadas, que lo que verdaderamente les viene de la mano de

Dios, lo atribuyen al demonio, ó á sus pecados é imperfecciones; y las señales y testimonios de amor los toman por indicios y demostraciones de odio; y las caricias y favores Divinos piensan que son golpes que salen de un corazon colérico y enojado, y que todo lo que hacen y obran es perdido y sin algun mérito, y que esta pérdida no tiene remedio; porque si creyesen lo que verdaderamente sucede en estos casos, esto es, que no hay pérdida alguna, sino antes bien grandes ganancias (si el alma sabe valerse y aprovecharse de aquella ocasion, como puede siempre), y que todo esto es un claro argumento de la amorosa memoria que Dios tiene de nosotros, no sería posible que se inquietasen y perdiesen la paz por verse afligidos y atribulados de muchas imaginaciones y tentaciones, ó por hallarse indevotos, áridos y secos en la oracion, y en los demas ejercicios: antes bien con nueva perseverancia humillarían entónces sus almas en la presencia del Señor, proponiendo en todo y por todo hacer su

beneplácito divino, procurando con suma diligencia conservarse pacíficos y tranquilos, tomando todas estas cosas de la mano de su Padre celestial, en la cual solamente está el cáliz que se les presenta; porque, ó procedan del demonio, ó de los hombres, ó de los pecados ó de cualquier otra causa, semejantes tentaciones y molestias, Dios es siempre el que nos las envia, si bien nos las ofrece por varios medios, segun su beneplácito; porque á nosotros no llega sino solamente el mal de la pena, el cual viene de su mano, que nos lo ordena para nuestro bien: bien que el mal de la culpa que comete el prójimo cuando nos hace alguna injuria ó agravio, sea contrario á su voluntad; pero su divina Magestad se sirve de este instrumento para nuestra salud y beneficio, y así en lugar de entristecernos y turbarnos, debemos dar gracias á Dios con alegría y gozo interior, haciendo todo lo que pudiéremos con perseverancia y resolucion, sin andar perdiendo el tiempo, y con él los muchos grandes méritos

que Dios quiere que adquiramos con las ocasiones y motivos que nos ofrece.

CAPITULO XIV.

Del remedio que debemos usar para no inquietarnos en nuestras caídas y flaquezas.

Si alguna vez cayeres en alguna negligencia ó culpa, ó con las obras ó con las palabras; como si te turbases en alguna cosa que te sucediese, ó si murmurases ó si oyases con gusto murmurar á otros, ó si incurrieses en alguna altercacion ó movimiento de impaciencia, ó en alguna vana curiosidad ó mala sospecha de otros, ó vinieses á caer por algun otro camino, no solo una, sino muchas veces; no debes por esto inquietarte y turbarte, ó desconfiar y afligirte, pensando en lo que ha pasado, ó confundiéndote dentro de tí mismo: unas veces imaginándote que no podrás corregirte jamas de semejantes flaquezas: otras veces persuadién

dole á que tus imperfecciones y tus débiles propósitos son la causa de aquella caída: otras veces representándole que no caminas de veras en el espíritu y via del Señor; y finalmente, oprimiendo tu alma con otros mil vanos escrúpulos y temores, y llenándola de tristeza y pusilanimidad: de donde se sigue que tienes empacho y vergüenza de presentarte á Dios, ó si te presentas, lo haces tímido y desconfiado, como si no le hubieses guardado la fidelidad que le debes; por hallar el remedio pierdes el tiempo, pensando con escrupulosa prolijidad las circunstancias de tu falta, examinando cuánto te detuviste en ella de propósito, si consentiste, si quisiste ó no, si procuraste evitar en tiempo aquel pensamiento; y mientras mas imaginas y piensas en estas cosas, apartándote del verdadero camino, menos te entiendes, y menos comprendes lo que deseas, y mas crece y se aumenta en tí la molestia, la inquietud y congoja para confesarte, y vas á la confesion con un temor molesto, y despues de haber perdido mu-

cho tiempo en confesarte sientes todavía inquieto y turbado tu espíritu, porque siempre te parece que no lo has dicho todo al confesor. Así se vive una vida inquieta y amarga con poco fruto, y con pérdida de una gran parte del mérito; y todo esto no nace de otra causa que de no entender nuestra natural fragilidad, y de no saber el modo en que el alma debe negociar con Dios, con el cual despues de haber caído en semejantes faltas y flaquezas, y en otras, se trata mas fácilmente con una humilde y amorosa conversion á su divina y paternal bondad, que con la tristeza y desconsuelo interior que se recibe por la culpa: deteniéndose solamente en el exámen de las faltas, especialmente veniales y ordinarias, de que vamos hablando, en que suele caer el alma que vive del modo de que aquí se trata: y solamente hemos tratado de aquellas almas que viven una vida espiritual, y que procuran aprovechar en la virtud conservándose sin pecado mortal: que para las otras que viven descuidadas de su salvacion, y

entre los pecados mortales , ofendiendo cada instante á Dios , no es esta medicina , sino que es necesaria otra suerte de exhortacion : porque estas almas tienen grande motivo para vivir inquietas y turbadas , y para llorar ; y así deben poner gran cuidado en examinar sus conciencias , y en confesar sus pecados , para que por su culpa y negligencia no les falte el remedio necesario para su salvacion.

Volviendo , pues , á tratar de la quietud y paz en que se debe conservar el siervo de Dios , añado , que la doctrina que se ha dado acerca de la conversion humilde y amorosa á Dios , á que se debe unir una total confianza en su paternal bondad , se debe entender , no solamente de las faltas ligeras y cotidianas , sino tambien de las mayores y mas graves que las que ordinariamente se suelen cometer (si Dios permitiere que caigas alguna vez) y aunque las faltas sean muchas y repetidas , y aunque se cometan no solamente por descuido y fragilidad , sino por malicia : porque la penitencia y la

contrición sola de un ánimo turbado y escrupuloso, no pondrá jamás el alma en un estado perfecto, sino se junta con esta filial y amorosa confianza de la bondad y misericordia de Dios.

Esto principalmente es necesario á las personas que desean, no solamente verse libres de sus miserias, sino tambien adquirir un grado muy alto de virtud, y grande amor y union con Dios. Lo que no quieren entender muchas personas espirituales, y por esta causa tienen siempre el corazon tan caido y tan desconfiado que no pueden pasar adelante y hacerse capaces de mayores gracias, las cuales sucesivamente les ha preparado, y viven muchas veces una vida inútil y miserable, y digna de compasion; porque prefieren sus propias imaginaciones á la verdadera y saludable doctrina que nos conduce y lleva por el camino real á las altas y sólidas virtudes de la vida cristiana, y de aquella santa y dichosa paz que el mismo Jesucristo nos dejó en la tierra. (*Joan.* 14.) Deben tambien estas personas todas las veces que

se hallaren molestadas con alguna inquietud originada de las dudas de su conciencia, tomar consejo de su padre espiritual; ó de otra persona que juzgaren idónea para dar semejantes consejos, conformarse con su dictámen, y procurar quietarse; y para concluir con lo que pertenece á la inquietud que proviene de las imperfecciones y faltas en que incurrimos, añado el capítulo siguiente.

CAPITULO XV.

Que el alma debe quietarse en las caídas y faltas, sin perder el tiempo ni su aprovechamiento espiritual.

Ultimamente, hijo mio, quiero enseñarte una importante regla, que deberás observar en todas las culpas ó faltas que cometieres. Siempre que hubieres caído en algun defecto grande ó pequeño, aunque lo hayas cometido mil veces al dia voluntariamente, y con advertencia, no te turbes ó in-

quietes , ni te detengas en examinar tu caída ; mas luego al punto , considerando tu fragilidad y miseria , recurre con humildad á Dios , y dile con una dulce y amorosa confianza : Señor , yo he obrado como quien soy , de mí no podia esperarse otra cosa sino estos y otros mayores defectos ; y no hubiera parado en estos solos mi fragilidad , si vuestra bondad , que siempre me ayuda y nunca me desampara , no me hubiese socorrido. Yo os doy gracias , Señor , por el mal de que me habeis librado , y de todo corazon me duelo del que he cometido , no correspondiendo á vuestra gracia. Perdonadme y asistidme con vuestra gracia , para que yo no os ofenda mas , y ninguna cosa me separe de vos , á quien deseo servir , obedecer y agradar siempre. Hecha esta breve oracion , no pierdas el tiempo en inquietas reflexiones para saber si el Señor te ha perdonado ; mas con confianza y tranquilidad de espíritu camina adelante , sin pensar en lo que ha pasado , y prosigue tus ejercicios como si no hubieses caído en algun defecto ; y eje-

cutarás esto mismo , no solamente una vez sino ciento si fuere necesario , y con la misma confianza y quietud la última vez que la primera ; porque de esta manera tú vienes á honrar y engrandecer la suma bondad de Dios , de quien debes concebir y creer , que es infinitamente benigno y misericordioso mas de lo que tú puedes imaginar. Obrando de esta suerte ninguna cosa impedirá tu perseverancia y aprovechamiento espiritual , ni perderás el tiempo vanamente y sin fruto. Y advierte, hijo mio , que podrás tambien sacar mucha ganancia y provecho de tu propia caída , levantándote con un acto intenso de reconocimiento de tu miseria , humillándote en la presencia de Dios , y con un acto de reconocimiento de su divina misericordia , amándola y exaltándola ; pues de este modo tu propia caída vendrá con el auxilio y socorro de Dios á levantarte á grado mas alto que aquel de donde caiste. Yo quisiera que las almas que se turban y desmayan en sus caídas , entendiesen bien este secreto espiritual , para que

conociesen cuán diferente es este estado del de un interior humilde y tranquilo , donde reina la humildad y la paz , y de cuanto daño y perjuicio les es la pérdida de tiempo que estas inquietudes les causan. Procura tú , hijo mio , no olvidar esta advertencia , porque es una de las llaves que tiene el alma para abrir grandes tesoros espirituales , y enriquecerse en breve tiempo.



TRATADO III.

*De los dolores mentales de Jesucristo
nuestro Redentor.*

PROEMIO.

Hubo un alma muy amante de Dios, que deseaba mucho sustentarse y satisfacerse de los amargos manjares de la pasión del amoroso y dulcísimo Jesús, la cual después de mucho tiempo, y de repetidos y fervientes ruegos, fué finalmente introducida por mano del mismo Señor al sacratísimo tálamo de su angustiado corazón. Esta singular gracia obtuvo repetidas veces; de tal suerte, que con el exceso del dolor que sentía, se hallaba en algunas ocasiones obligada á decir: *No mas, Señor, no mas; que no puedo sufrir pena tan grave.* Estas cosas no las tengo por increi-

bles, antes bien las creo indubitablemente, sabiendo cuan benigno y liberal es este Señor con todos los que con fe y perseverancia le saben pedir lo que desean. Díjome, pues, esta alma dichosa, que orando decia á Dios con grandes ansias: *¡O Señor mio: yo te ruego y suplico me anegues en el amarguísimo mar de tus dolores mentales, porque aquí desco morir, ó dulce vida mia, ó amor mio, si es gusto tuyo! Dime, ó Jesus mio, dime esperanza mia, ¿cuán grande fué el dolor de tu afligido corazon? Y que el dulcísimo Jesus le respondia: Sabe, hija mia, que fué tan grande, cuanto fué grande el amor que tuve á Dios y á la criatura.* Demás de esto me dijo, que ya en otros tiempos la habia hecho el Señor capaz en el grado que habia sido su voluntad del amor que tenia á la criatura. Sobre este amor dijo cosas excelentes y admirables, que no pueden referirse sin alguna larga narracion.

Cuando el Señor la decia que era tan grande su dolor, cuanto fué grande su amor á la criatura, le parecia

por la grandeza de este amor, de que su bondad la habia hecho capaz, que le faltaban todos los sentidos; y apenas oyó sola esta palabra, se vió obligada á reclinar en algun lugar la cabeza, por el afan y congoja grande que sentia en todos sus miembros; y despues que estuvo así algun tiempo, habiéndose recobrado, dijo: *¡O Dios mio! ¡O único bien de mi alma! Yo te pido por tí mismo que me digas ¿cuántas fueron las penas que afligieron y congojaron tu amoroso corazon? A esta pregunta respondió el benignísimo Señor con agrado y dulzura de esta suerte,*

El primer dolor mental de Jesus fué por las almas, que aunque unidas á él se habian de condenar,

Sabe, hija, que demás de otras muchas penas mías, que por ahora no quiero decirte, fueron infinitas las que sufrí dentro de mi corazon por infinitas almas, miembros míos, que conocia que habian de separarse de mí, que

soy su verdadera cabeza , y cada alma habia de separarse de mí todas las veces que pecase mortalmente. Esta , hija mia , fué una de las mas crueles aflicciones que yo sentí : porque si uno á quien dan el tormento de la cuerda se queja con tanto extremo cuando se desunen y apartan sus miembros de su lugar propio y natural , considera qué martirio seria el mio , pues tantos miembros míos habian de desunirse y separarse de mí , cuantas almas á mí unidas son y serán condenadas ; y tantos dolores sentia , cuantos eran los miembros que de mí habian de apartarse : tanto mas dolorosa es la separacion de los miembros espirituales que la de los corporales , cuanto es mas preciosa el alma que el cuerpo ; y cnanto sea mas preciosa el alma que el cuerpo , no puedes saberlo tú , ni persona que vive ; porque yo solamente conozco la nobleza del alma , y la vileza del cuerpo , como Criador de lo uno y de lo otro. Y así no puedes tú , ni alguna otra criatura , comprender la cruel congoja que me causaron tantas separaciones

de miembros unidos conmigo con tan estrecho vínculo de amor: y así como en el pecar un modo es mas grave que otro, y un pecado mas enorme que otro pecado, así yo al ver los varios modos y diferentes pecados con que las almas habian de desunirse y separarse de mí, sentia mayor ó menor pena: de donde procedia la calidad y cantidad de tantos dolores como me atormentaban; y como yo sabia que habiendo de ser su voluntad enteramente perversa, habia tambien de ser eterno su tormento, por esta causa era este el mayor dolor que me penetraba el corazon; pues tantos miembros míos, esto es, tantas almas condenadas *nunca* habian de volver á juntarse y unirse conmigo, que soy su cabeza; y este *nunca* es lo que atormenta y atormentará enteramente aquellas almas infelices sobre todas las demas penas que padecerán y pueden padecer por toda la eternidad. Este *nunca*, hija mia, me causó tanta afliccion y pena, que hubiera escogido de buena gana padecer de nuevo todas las aflicciones que sen-

tí, por todas estas desuniones y separaciones, no una, sino infinitas veces, como yo hubiese visto que una sola de tantas almas habia de reunirse y juntarse á la integridad de los otros miembros vivos; esto es, de mis escogidos, que vivirán eternamente con espíritu de vida, que procede de mí, que vivifico todas las cosas que viven.

Aquí has de ponderar, hija mia, cuán preciosa me es una alma, pues he dicho, que infinitas veces hubiera querido padecer penas tan graves por reunirla y juntarla conmigo. Y advierte tambien, que es tanto lo que aflige y congoja á aquellas almas la pena de este *nunca* por ordenacion de mi divina justicia, que quisieran ellas padecer tambien infinitas penas, con tal que viesen alguna esperanza de esta reunion: y así dispone mi justicia en todos los pecados, que á la calidad y cantidad de las penas que causaron en separar las almas de mí, corresponda la calidad y cantidad del castigo; y porque mas que otra cosa me afligia este *nunca*, quiero y dispongo que este

nunca aflija y atormente aquellas almas mas que todas las otras penas, que tienen ó tendrán eternamente. Aquí podrás considerar tambien cuanto seria el dolor y pena de mi corazon por tantas almas perdidas y condenadas.

Decíame esta alma bendita, que entónces nacia en ella un santo deseo de preguntar al Señor esta duda; pero con sumo temor y reverencia, porque no pareciese que queria investigar curiosa la Divinidad; y así con simplicidad pura y confianza decia: *¡O dulce y precioso Jesus mio! Muchas veces he oido decir, que tú, mi Dios y Señor, llevaste sobre tí las penas de todos los condenados. Quisiera saber, Bien mio, si fué cierto que sentiste aquella diversidad de penas que se padecen en el infierno: como son frio, calor, abrasarse y morderse sus propios miembros aquellos espíritus infernales?* Y entónces el benignísimo Jesus, respondiendo dulce y amorosamente y con señales de que esta pregunta no le habia desagradado, la decia: *hija mia, yo no sentí esta diversidad de penar de los condenados*

en el modo que tú me lo preguntas ; porque estos habian de ser miembros muertos y separados de mí ; y te lo daré á entender con este ejemplo. Si fuese forzoso cortarte una mano , un pie ó cualquiera otro miembro , y se hubiese dado ya principio á esta dolorosa operacion , es cierto que hasta tanto que la mano ó el pie se cortase enteramente y separase de tí , sentirias grave dolor y pena ; pero despues que estuviese cortada la mano ó el pie , si alguno arrojase al fuego estos miembros , ó los hiriese y maltratase , ó los expusiese á los dientes de los perros y de lobos , tú no sentirias dolor alguno por ser miembros podridos y muertos , y separados enteramente del cuerpo , y solamente sentirias la pena de ver arrojado al fuego ó devorado de las fieras un miembro que habia sido tuyo. De esta misma manera me atormentaron las almas condenadas , miembros míos. Mientras hubo en ellos esperanza de vida y de reunirse conmigo , padecí infinitos dolores y aflicciones , y aun todas las angustias y tormentos que las

mismas almas en esta vida padecieron hasta la muerte de su cuerpo; porque hasta aquella hora habia en ellas esperanza de juntarse y reunirse conmigo si hubiese querido: pero de lo que habian de padecer despues de la muerte, no sentí pena alguna, por ser miembros podridos y muertos y separados enteramente de mí, y que no habian de vivir en mí jamas verdadera vida; pero no dejaba de serme grave tormento y pena el ver que tantas almas que habian sido propios y verdaderos miembros míos, habian de ser presa de los infernales espíritus y condenadas á eternos tormentos. Y estos son hija mía, los dolores mentales que sufrí por los réprobos, que antes habian sido miembros míos.

El segundo dolor mental fue por los pecados de todos los escogidos.

El segundo dolor que me penetró el alma, fué por los pecados mortales de todos los escogidos; porque en to-

dos los modos que fuí afligido por los miembros condenados, lo fuí tambien por los escogidos que habian de pecar mortalmente, y por esta causa separarse de mí. Y sabe, hija mia, que fué tan dura y cruel mi pasion por estos amados y escogidos miembros míos, cuanto era grande el amor que eternamente les habia de tener; indigna la vileza á que se abatirian pecando mortalmente; escelente la vida á que se unirian obrando bien; y graves y enormes los pecados que de mí los habian de separar. En esto fué diferente el dolor que sentí por los miembros condenados, del que sentí por los escogidos: que por los condenados no fuí alligido de las penas que despues de la muerte habian de sufrir, sino de pensar que habian sido miembros míos; pero por los escogidos sufrí todas aquellas penas, que no solamente en la vida, mas despues de la muerte habian de padecer; y así sentí los martirios de todos los penitentes, las tentaciones de todos los tentados, las enfermedades de todos los enfermos, los golpes de todos los

atormentados, las ignominias, las persecuciones y todas las demas incomodidades que padecieron; y en fin todas las penas grandes y pequeñas de todos los escogidos viandantes, sentí tan vivamente en mí mismo, como tú intensamente sentirías que te hiriesen la mano, el pie ú otro cualquiera miembro del cuerpo. Considera, pues, cuántos fueron los mártires, cuántos y cuán diversos los tormentos que sufrió y padeció cada uno de por sí; cuántas las penas y aflicciones de los demas miembros escogidos, y la diversidad de las mismas penas.

Para que comprendas mejor estas penas, considera bien: si tuvieses mil ojos, mil manos y mil pies, y de todos los demas miembros tuvieses tambien mil, y en cada uno sintieses diversidad de dolores, y todos estos dolores padecieses á un mismo tiempo, ¿no seria este un esquisito tormento, y nunca oído ni tolerado? Pues mira, hija, cuánto fué infinitamente mayor mi dolor, no habiendo sido mil solamente mis miembros, sino innumera-

bles, como tambien sin número la variedad y diversidad de las penas; porque fueron innumerables las penas de los mártires, de los confesores, vírgenes y de todos los otros electos míos; y así como no se puede entender ni comprender cuáles y cuántas son las bienaventuranzas, glorias y premios preparados para los justos y escogidos en el Paraíso; así no se puede entender ni comprender cuáles y cuántas fueron las penas interiores que por los miembros escogidos sufrí y padecí; á cuyas penas por disposicion de mi divina Justicia, son correspondientes las bienaventuranzas, glorias y premios celestiales.

En cuanto á los dolores que me affligieron por los tormentos de los escogidos despues de su muerte, sabrás, que sentí en mí mismo toda la diversidad, calidad y cantidad de penas que habian de padecer en el purgatorio; porque estos, hija mia, no eran miembros que habian de separarse de mí para siempre, como los condenados, sino miembros vitales que habian de

vivir eternamente con espíritu de vida , habiéndolos yo prevenido con mi gracia y bendiciones. Y si quieres saber , hija mia , la razon por que no me atormentaron las penas de los condenados en el infierno , y me affligieron las de los escogidos en el purgatorio , considera : que así como sentirias dolor por cualquier golpe ó daño que recibieses de un miembro movido ó roto , que estuviese vivo y no apartado del cuerpo de todo punto , hasta que vuelto á su lugar propio sanase ; así yo sentí todos los tormentos que mis escogidos habian de padecer en el purgatorio , como miembros míos vivos , que despues de aquel castigo temporal habian de volverse á juntar perfectamente conmigo , que soy su verdadera cabeza. Y has de saber , que no hay otra diferencia entre las penas del purgatorio y del infierno , sino que las del infierno nunca tendrán fin , mas las del purgatorio sí ; y por esta causa las ánimas en este lugar padecen con paz y con alegría , aunque no sin dolor , y se purifican y limpian de todas las manchas

que los pecados hicieron, sufriendolo todo con paz, y dando gracias á mi suma justicia. Todo esto he querido darte á entender acerca de la pena mental que padecí por mis escogidos.

¡O si yo me acordara de las devotas palabras que en este paso oí de aquella alma dichosa, mientras con un entrañable llanto me dijo, que su Divino esposo la habia hecho capaz (en el grado que habia parecido á su infinita bondad) de la gravedad y torpeza del pecado; y cuán grande pena y martirio habia dado á su amantísimo Jesus, apartándose y desviándose del sumo Bien, para unirse y juntarse á cosas bajas y viles, como son todas las de este mundo, que nos dan ocasion y materia de pecar!

Me acuerdo que me dijo con muchas lágrimas: *¡O Dios mio, y cuán miserable soy, habiéndoois causado tantas y tan grandes penas; ó me salve, ó me condene! No entendí jamas, Dios mio, que tanto os ofendiese el pecado, que si lo hubiese entendido, pienso que no hubiera pecado con tanta facilidad y lige-*

reza; pero Vos, ó Rey y Criador mio, no atendais á lo que os digo, que aunque lo hubiese entendido, hubiera obrado peor que nunca, si vuestra piadosa mano no me hubiera detenido. ¡O amantísimo y dulcísimo Jesus mio! Son tantas y tan crueles vuestras penas, que no me pareceis mas Dios, antes me atreveré á deciros (si en esto no os ofendo) que sois un infierno de penas de amor; y así le llamaba muchas veces con una santa compasion y simplicidad.

El tercer dolor mental de Jesus fué por su Madre santísima.

Escúchame, hija mia, con atencion, que me quedan todavía que decirte amarguísimas cosas, principalmente de aquel agudo cuchillo que penetró mi alma; esto es, del dolor y pena de mi inocentísima y purísima Madre, la cual por mi pasion y muerte habia de ser afligida y atribulada sobre cuantas criaturas han sido y serán jamas afligidas en el mundo; y por

esta causa la he glorificado y sublimado dignamente en el cielo sobre todas las criaturas angélicas y humanas : porque has de saber , hija mia , que cuanto por mi amor es mas afligida y humillada la criatura en este mundo , y aniquilada en sí misma , tanto es mas glorificada y ensalzada despues por mi divina Justicia en el reino de los bienaventurados : y como no hubo jamas en la tierra persona mas angustiada que mi dulcísima Madre , así en el cielo no hay ni habrá jamas alguna semejante á ella ; y así como en la tierra fué despues de mí la mas afligida , así en el cielo es despues de mí la mas bienaventurada.

Y has de saber tambien , que en todos los modos y por todos los respetos que yo Dios humanado fuí afligido y sufrí tan graves penas , padeció igualmente y fué afligida mi santísima Madre , y entre sus penas y las mias no hubo otra diferencia , sino solamente que yo padecí en un grado mas alto y mas perfecto. Pero fué tanto lo que me atormentó su dolor , que si hu-

quiera sido voluntad de mi eterno Padre, me hubiera sido de suma consolacion que todos sus trabajos hubiesen recaido sobre mi alma, como ella quedase libre y exenta de padecerlos; y aunque se me hubiesen renovado todas las llagas y dolores que sentí en todo el curso de mi pasion, me hubiera sido de sumo refrigerio que quedase ella sin pena y sin dolor alguno. Mas porque en mi incomprensible martirio no habia yo de tener la menor consolacion ó lenitivo, no me fué concedida esta gracia, aunque repetidas veces con ternura filial y con muchas lágrimas se la pedí á mi eterno Padre.

Decia entónces esta alma, que sentia una opresion y congoja tan grave en su corazon por el dolor de esta santísima Señora, que no podia pronunciar otra palabra que esta: *¡ O Madre gloriosísima! No quiero yo llamarte Madre de Dios, sino Madre de dolor, Madre de pena, Madre de todas las aflicciones que no se pueden pensar ni referir; porque si tu Hijo es un abismo*

de penas y tribulaciones, ¿cómo te llamaré sino Madre de dolor?

No mas, Señor mio, no mas: no me digais mas de los dolores de vuestra purísima Madre, que no me hallo con fuerzas para sufrirlo, y esto me bastará mientras tuviere vida, aunque tuviese mil años.

*El cuarto dolor mental de Jesus fué
por su enamorada discípula
Magdalena.*

Dejando el Señor esta tierna y dolorosa materia, por ver á esta alma tan afligida y lastimada, la dijo: ¿Pues qué dolor te parece que sentí por la afliccion y pena de mi amada y bendita discípula y carísima hija María Magdalena? No podrás tú jamas, hija mia, ni alguna otra persona, entenderlo bien por la perfeccion del Maestro que la amaba, y por el amor y bondad de la discípula amada. Solamente podrá comprender alguna cosa, quien hubiere experimentado y probado

el amor casto y espiritual, así en el amar como en el ser amado; pero no podrá hallarse jamas otro amor que sea semejante á este; porque así como no se halla un tal Maestro, así tampoco se halla una tal discípula, pues no hubo ni habrá jamas otra Magdalena: deja que los demas discurran y digan lo que quisieren en este punto; porque yo te aseguro, que fuera de mi santísima Madre, no hubo jamas persona que sintiese tanto mi pasion y muerte como Magdalena: y así como despues de mi bendita Madre fué la mas afligida en mi muerte, así en mi resurreccion fué despues de mi dulcísima Madre la primera que mereció ser consolada; y si hubiese habido otra persona que sintiese mayor dolor que Magdalena, sin duda hubiera sido favorecida y consolada antes que la misma Magdalena con mi aparicion.

En el dulce sueño que Juan, mi querido discípulo, tuvo el dia de mi última cena sobre mi sagrado pecho, le hice capaz de profundos misterios, (*Joan. 13.*) y con la luz interior que

le comuniqué, vió mi gloriosa resurreccion, y el fruto amplísimo de las almas que habia de resultar de mi passion y muerte: y aunque verdaderamente mi amado hijo y discípulo Juan sintió mayor afliccion y pena de mi passion y muerte que los demas discípulos míos: no obstante, como sabia ya el abundante y copioso fruto de la redencion, no escedió en el dolor á la enamorada Magdalena, que no era entonces capaz de cosas tan altas y tan profundas como Juan: el cual, aunque hubiese podido, no hubiera jamas impedido mi muerte por la luz y conocimiento que tenia del gran bien que de ella habia de resultar á todo el linage humano; pero no sucedió así á mi amada Magdalena, porque cuando me vió espirar en la cruz, le pareció que le habia faltado el cielo y la tierra, por tener únicamente en mí puesta toda su esperanza, su amor, su paz y todo su consuelo; y como me amaba sin medida ni regla, así fué su dolor sin regla ni medida. Yo solo conocí, sufrí y sentí cordialmente este dolor en la

íntimo de mi alma, y probé por Magdalena todos los afectos y ternuras que pueden probarse y sentirse de un amor casto y espiritual; porque me amaba entrañablemente. Y para que entiendas mejor esto, sabe que mis discípulos por no estar enteramente desasidos de las cosas del mundo, como esta santa pecadora, volvieron á las redes que habian dejado; pero ella no volvió á la vida libre y profana, antes bien llena de fervor, y abrasada de un santo deseo, habiendo perdido la esperanza de verme vivo, me buscaba animosamente muerto, sabiendo que ninguna cosa podia deleitarla y agradarla, sino yo únicamente, su amado Maestro, ó fuese muerto ó vivo; y en prueba de esta verdad, considera que por hallarme muerto dejó la compañía de los vivos, y aun la presencia de mi dulcísima Madre, que es la mas deseable, la mas amable, y la mas deleitable despues de la mia; y aun la vision y dulces coloquios de los ángeles le parecieron nada. Esto mismo, hija mia, has de entender que sucede á

cualquier alma que afectuosamente me ama y me desea; porque en ningun otro objeto halla descanso y quietud sino en mí solamente, su amado Dios. No podrás tú, hija mia, comprender jamas cuan grande y excesiva fué la pena de esta mi querida discípula; y como todo redundaba en mi afligido corazon, sentí por esta causa una afliccion y angustia, que escede á todo encarecimiento. Muchas veces hubiera muerto Magdalena con la gravedad y fuerza de su intenso dolor; mas yo no lo permití, porque quise valirme de ella para que fuese la Apóstola de los Apóstoles, y les anunciase y evangelizase la verdad de mi resurreccion, como ellos hicieron despues en todo el mundo. Fué tambien un puro y dulcísimo espejo, y vivo ejemplo de verdadera conversion y de verdadera penitencia; y quise asimismo que fuese regla y norma segura de la bienaventurada vida contemplativa, habiendo vivido en la soledad por el espacio de treinta y tres años oculta y desconocida al mundo, gustando y sintiendo allí los íntimos

afectos y efectos del amor en el grado que en el destierro de la vida mortal se pueden gustar y sentir.

*El quinto dolor mental de Jesucristo
fué por sus queridos y amados
Discípulos y Apóstoles.*

El otro dolor que heria mi alma, era la fija memoria del colegio de los Apóstoles, columnas del cielo y fundamentos de mi Iglesia militante; porque yo conocia que como sencillas ovejas sin pastor andarían turbados, dispersos y fugitivos (*Zacarh. 13. Marc. 14.*), y sabia todas las tribulaciones, penas y martirios que habían de padecer y tolerar por mí. No ha habido jamas maestro alguno que tan cordialmente amase á sus discípulos, como yo amaba á mis queridos hijos, hermanos y discípulos, los Apóstoles: y aunque yo amé siempre con amor infinito á todas las criaturas; con todo eso debes pensar y creer que tuve un amor muy especial y privilegiado á los

que traté y comuniqué corporalmente; y por esta causa sentí y padecí por ellos especial dolor en mi afligida alma; y aquellas palabras llenas de amargura y tristeza que pronuncié en las mortales agonías del huerto : *tristis est anima mea usque ad mortem*: (Matth. 26.) *triste está mi alma hasta la muerte*; no las dije tanto por el rigor del suplicio , que se me prevenia por los hombres , cuanto por el dolor de dividirme y separarme de mis amados discípulos , dejándolos desamparados y solos sin mí , que era su padre y fidelísimo maestro. Esta angustia me afligia con tanto esceso , que me parecia otra especie de muerte mas dura y dolorosa esta ausencia y corporal separacion de ellos : de manera , que quien considerase bien las palabras del último sermón que hice (*Joan. 13. et sequentibus*) no podría , aunque tuviese el corazón muy duro , dejar de verter copiosas lágrimas ; porque todas aquellas tiernas y lastimosas palabras me salian de lo íntimo del corazón. Después de esto yo veía los tormentos y

penas que habian de padecer, y sabia que por ensalzar mi nombre uno habia de ser crucificado, otro desollado, otro degollado, y que todos finalmente habian de acabar su vida por mi amor con varios martirios. Tú misma, hija mia, puedes en parte conocer en tí, cuán grave y dolorosa me fuese esta pena, considerando cuanta afliccion sentirias si una persona á quien amases cordialmente, y deseases todo bien y consuelo, fuese por tu causa injuriada y ofendida con palabras y obras. Pues como yo, hija mia, fuí causa de todos los ultrajes, persecuciones y trabajos de mis Apóstoles y discípulos, no pudo dejar de ser muy grave mi dolor, y no hay términos ni símiles adecuados para declararlo. Y baste esto si me quieres tener compasion.

*El sexto dolor mental de Jesus fué por
la ingratitud de su amado discípulo
el traidor Júdas.*

Otro interno dolor me afligia, y como cuchillo de tres venenosas y agudísimas puntas continuamente heria y traspasaba mi corazón. Este cuchillo de tres puntas fué la impiedad, ingratitud y alevosía de mi amado discípulo Judas; la dureza, ingratitud y perversidad de mi escogido y amado pueblo Judaico; y la ceguedad, ingratitud y malignidad de todas las criaturas que fueron, son y serán jamás. En cuanto á Judas piensa ahora un poco, hija mía, en su ingratitud. Yo le admití en el número de los Apóstoles, le perdoné todos sus pecados, le comuniqué la virtud de obrar milagros, le hice dispensador de todo lo que se me había dado, y siempre le di señales y pruebas de mi singular amor, para removerlo de la inquietud y traición que disponia y fraguaba contra mí. Pero cuanto mayores eran las demos-

traciones de mi amor y ternura , tanto mayor era la dureza y perfidia de su corazon. ¿ Con cuánta amargura crees, hija mia , que yo revolveria en mi afligido espíritu estas cosas, y otras muchas que ahora no te digo? Pero cuando llegué á aquel acto lastimoso y humilde de lavarle los pies , y los de los otros Apóstoles , entónces se me liquidaba el corazon en tiernísimo llanto, y mis ojos eran fuentes de vivas lágrimas que caian sobre sus inmundos y abominables pies. Yo decia en mi corazon: ¡ O Júdas ! ¿ qué te he hecho yo que tan alevosa y desleal traicion fraguas contra mí ? ¡ O desventurado discípulo ! ¿ No era esta la mayor prueba que yo podia darte de la fineza de mi amor ? ¡ O hijo de perdicion ! ¿ por qué motivo te divides y apartas así de tu padre y maestro ? ¡ O discípulo ingrato ! Yo con tanto amor te beso los pies ; ¿ y tú con tanta perfidia me has de besar la boca ? ¡ O qué ingrata correspondencia ! Lloro tu perdicion , querido y amado hijo , y no mi pasion y muerte : porque no vine al mundo sino para pa-

decer y morir por las almas que yo tanto amo. Estas y otras semejantes palabras le decia yo con el corazon, bañando y regando sus pies con mis abundantísimas lágrimas. Pero este infeliz discípulo no lo advertía; porque yo estaba postrado á sus pies con la cabeza inclinada, y con mis cabellos tenia cubierto mi lagrimoso rostro.

Este triste y amargo llanto que procedia de la ternura de mi amor, fué semejante al de un padre que tiene un hijo único y solo, á quien estando para morir, le hace algun bien, y despues dentro de su corazon le dice: vete con Dios, hijo, que este es el último bien que yo te haré jamas. Esto mismo me sucedió á mí con Júdas cuando le lavé los pies, y con tanta ternura llegué á mi sacratísimo rostro. Viendo estas cosas los afligidos Apóstoles, decian interiormente: ¡O Jesus! nuestro muy amado maestro, tú nos dejas un perfectísimo ejemplo de profundísima humildad y entrañable amor: pero míseros de nosotros, ¿qué haremos sin tí, que eres todo nuestro bien? ¿Qué hará

tu afligida y lastimada Madre, cuando le contemos un acto tan heroico de tu humildad, como el de haber lavado nuestros inmundos y vilisimos pies llenos de polvo y lodo, y besádoslos con tu dulcísima boca? ¡O Señor Dios nuestro! Semejantes demostraciones de tu amor son para nosotros señales indubitables y ciertas de mayor dolor y pena.

Todo esto, hija mia, te he dicho por darte alguna noticia del cordial dolor que sufrí por la impiedad é ingratitud del traidor Júdas: pues cuanto mas le quise y mayores pruebas le di de mi amor, tanto mas me atormentó, angustió y afligió su misma ingratitud.

*El séptimo dolor mental de Cristo
fué por la ingratitud del pueblo
Judaico.*

¡O cuánto afligió y penetró mi corazon el ingrato y obstinado pueblo Judaico con la saeta de su ingratitud, y endurecida obstinacion! Piensa un poco,

hija mia, cuán ingrato fué á mis beneficios. Hícele pueblo santo y sacerdotal: (*Exod. 6. et 19.*) escogíle en parte y herencia mia sobre todos los demas pueblos de la tierra: libréle de las manos de Faraon, y de la servidumbre de Egipto: condújele á pies enjutos por el mar Bermejo: fuíle nube y columna; de dia con la sombra, y de noche con la luz: (*Ibid. 13. et 14.*) sustentéle de celestial maná cuarenta años: díle de mi propia boca la Ley en el monte Sinaí, y repetidas victorias contra sus enemigos: (*Josué 12. Ps. 134 et 135.*) en suma, hija mia, de los judíos tomé carne humana; y todo el tiempo que viví en la tierra conversé con ellos: (*Hebr. 2. Baruch. 3.*) mostréles el camino del cielo: híceles en aquel tiempo infinitos beneficios y gracias: di vista á sus ciegos, oído á sus sordos, libre movimiento á sus cojos, vida á sus difuntos, y en fin obré entre ellos infinitos y estupendos milagros. (*Matth. 11.*) Cuando entendí, pues, entre las demas cosas, que levantando la voz gritaba este ingrato pueblo con furor

y rabia que fuese suelto y libre Barrabas , siendo hombre perverso y sedicioso , y que yo , Señor del cielo y de la tierra , fuese crucificado ; (*Matth. 27.*) me pareció que mi afligido corazón se me dividía dentro del pecho de dolor y pena. Y esto , hija mia , no sabe bien , sino solamente quien prueba y experimenta cuán grave pena sea el recibir toda suerte de males del mismo á quien se ha hecho toda suerte de bienes , y cuán dura cosa sea á un inocente oír gritar á todo un pueblo : *muera , muera , sea crucificado ;* y que un delincuente que está en peligro de ser sentenciado al mismo suplicio , y que claramente se sabe que es digno de mil muertes por sus maldades , sea por la voz concorde del mismo pueblo aclamado por libre. Estas cosas , hija mia , son mas para considerarse profundamente , que para esplicarse con palabras.

*El octavo dolor mental de Jesus fué
por la ingratitud de todas las
criaturas.*

Esta misma alma estando iluminada de Cristo, sol de justicia, me dijo finalmente, que dando gracias al Señor por sí y por todas las criaturas, sentia tanta humildad en el corazon, que sinceramente confesaba á Dios y á toda la corte celestial, que habia ella sola recibido de su divina Magestad mas dones y beneficios que Júdas, y que todo su amado pueblo; y que con mas alevosa y desleal ingratitud que Júdas, habia conspirado contra su Magestad. y que con mayor perfidia y crueldad le habia crucificado que aquel ingrato pueblo; y con esta santa consideracion humillaba su alma, y la ponía debajo de los pies de los condenados y del maldito Júdas, y desde aquel abismo enviaba voces, gritos y lamentos á su amado y ofendido Dios, diciéndole: benignísimo Señor mio, ¿cómo puedo yo darte gracias de que me sufras,

siendo mis maldades mil veces mayores que las de Júdas? Tú le hiciste tu discípulo, y á mí tambien me has hecho tu discípulo: perdonástele sus pecados, y yo tambien confio de tu piedad y misericordia me perdonarás los míos: distele á él la dispensacion de las cosas temporales; y á mí, ingrata, me has dispensado tantos dones y gracias de tesoros espirituales: á él le diste virtud para obrar milagros; y á mí me los has hecho obrar mayores, conduciéndome voluntariamente al lugar y hábito religioso en que me hallo. ¡O Jesus mio! Yo te he vendido con alevosa perfidia, no una sola vez como este infeliz discípulo, sino infinitas. ¡O Dios mio! Bien sabeis que ha sido mas alevosa mi perfidia que la de Júdas, cuando con pretexto y especie de virtud os he dejado, y me he entregado á las prisiones de la muerte; y si tanto te afligió la ingratitud de tu escogido pueblo, ¿cuánto te habrá afligido la mía, pues ha sido mayor y mas execrable, habiendo recibido de ti, verdadero bien mio, mayores beneficios

y gracias? ¡O Señor mio dulcísimo! Yo te alabo y bendigo de todo mi corazón porque me has sacado del Egipto del mundo, del cautiverio de los pecados, y de las manos del cruel Faraon: digo, del demonio infernal, que dominaba á su arbitrio mi pobre alma; y me has llevado, Dios mio, por medio de las aguas del mar de la vanidad mundana con los pies enjutos á la soledad del desierto de la santa Religion, donde infinitas veces me has alimentado de tu dulcísimo y sabroso maná, el cual me ha sabido á todo género de gustos; de modo, que todos los placeres y deleites del mundo me han sido amargos y desabridos en comparacion del menor consuelo tuyo. Agradézcote, Señor y Padre mio benignísimo, que me hayas dado la ley, no una sino muchas veces con tu dulcísima y santísima boca en el monte Sinai de la santa oracion, escrita con el dedo de tu piedad en tablas de piedra de mi duro y rebelde corazón. (*Exod. 31. Deut. 9. Véase en el dolor 7.*) Te agradezco, Redentor mio benignísimo la

ayuda que me has dado contra todos mis enemigos y vicios capitales; y conozco que todas las veces que he vencido en mis combates, tuya ha sido la victoria; y si he quedado vencida, ha sido únicamente por mi malignidad y por el poco amor que te tengo. Tú, ó Señor, has nacido por gracia en mi alma, y me has mostrado el camino y la luz de la verdad para ir á tí, verdadero Paraíso, entre las tinieblas y obscuridades del mundo. A tu misericordia debo el ver, el oír, el hablar y el caminar, porque verdaderamente yo estaba ciega, sorda, muda y coja para todas las cosas espirituales; y me has resucitado en tí, verdadera vida, que das vida á todos los vivientes. Mas, ó Dios mío y Redentor mío, ¿quién te ha atado á la columna y azotado? Yo. ¿Quién te ha crucificado? Yo. ¿Quién te ha dado hiel y vinagre para apagar tu sed? Yo. Y pasando así por todos estos penosos discursos con copiosas lágrimas y suspiros, según la gracia que el Señor la daba, concluyó diciendo: Señor mío, ¿sabes por qué

te digo que he hecho contra tí todas estas cosas? Porque he hallado la luz y conocimiento en tu luz; (*Psalms. 35.*) y así sé muy bien que mucho mas te afligieron los pecados mortales que cometí, que los verdugos que entónces atormentaron tu sacratísimo cuerpo con tanto rigor y crueldad; y no es necesario que me digas mas del grandísimo dolor que te causó la ingratitud de todas las criaturas: que despues que me has dado la gracia de conocer á lo ménos en alguna pequeña parte mi grande ingratitud, considero por tu especial inspiración y gracia todo lo que han hecho y obrado contra tí todas las criaturas; y con esta consideracion me falta el espíritu, y me admiro, Jesus mio, de tanta caridad y paciencia como has mostrado con nosotras, vilísimas criaturas tuyas: pues no dejas, ni cesas jamas por esto de socorrernos en todas nuestras necesidades espirituales y corporales. Y así como, Dios mio, no pueden saberse las cosas innumerables que has criado en el cielo, en la tierra y en todos los demas elementos

para nosotros, tus indignísimas criaturas; así no se puede saber ni comprender nuestra indecible ingratitude; y tambien confieso, Señor mio, y creo, que solo tú mismo sabes y puedes saber cuál y cuán grande fué aquella amarguísima saeta que te penetró el corazon por la ingratitude de tantas criaturas, cuantas fueron, son y serán jamas; cuya verdad conozco y confieso por mí y por todas las criaturas: que como no pasa mes, ni dia, ni hora, ni momento, sin que participemos de tus beneficios y gracias, así no pasa instante de tiempo sin infinitas ingratitudes nuestras; y esto creo, conozco y confieso que fué uno de los mas crueles dolores y penas de tu afligida alma santísima.



TRATADO IV.

Del modo de consolar y ayudar á los enfermos á bien morir.

Infimus eram, et visitastis me. (*Matt. 25.*)

CAPITULO PRIMERO.

Cuán grande sea la obra de ayudar á los enfermos.

Clara cosa es que la salud verdadera del hombre no está en la vida, sino en la muerte; porque donde cayere el árbol, allí tendrá siempre su morada; (*Eccles. 11.*) de que se infiere, que el ayudar á bien morir á los enfermos es obra de no pequeña caridad, y mayor de lo que muchos se imaginan: porque si se considera el hombre que se ha de salvar, lo hallamos de inesti-

mable valor , habiendo sido criado á imágen y semejanza de la Trinidad altísima : despues de esto , si se vuelve el pensamiento á las obras que el Hijo de Dios ha hecho por salvarle , ¿ quién podrá jamas comprender la estimacion y grandeza de la salud humana ? Y finalmente , si se considera el fin principal de ella , que es la gloria de Dios , queda de todos modos inefable en su grandeza.

CAPITULO II.

De las consideraciones que debemos hacer cuando nos llaman á ayudar á los enfermos.

Para escitarnos mejor á la caridad cuando nos llaman á ayudar á los enfermos , demas de las consideraciones sobredichas , debemos de premeditar las cosas siguientes : la primera , que no nos llaman estas ó aquellas personas , sino Dios , que nos da por ejemplo á su Hijo santísimo , al cual envié

desde el cielo á la tierra para redimir y salvar al mundo : donde considerarás cuán infatigable se mostró siempre por nuestro bien , sin que el frio , el calor , el hambre , la sed , ni pena alguna , ni aun la ignominia de la cruz detuviese el curso de su fineza. Así pues , si no quieres contristar á tu Señor , está advertido para no rehusar este piadoso y caritativo oficio por motivo alguno , no por cansancio , no por alguna comodidad propia , no por alguna mortificacion ó pena que se padece en los aposentos ó estancias de los enfermos , y últimamente considera aquella sentencia del Señor : *Qua mensura mensi fueritis , remetietur vobis : (Luc. 6.)* Con la misma medida con que midiereis , sereis medidos.

CAPITULO III.

*De los medios principales de que
necesitamos para ayudar á los
enfermos.*

Para ejercitar bien esta santa obra de ayudar á los que estan para morir , necesitamos de cinco cosas : de la buena vida , de la desconfianza de nosotros mismos , de la confianza en Dios , de la oracion , y de saber el arte y modo de ayudarlos. Pero habiendo discurrido ya de las cuatro primeras en el Combate Espiritual , trataré solamente en este lugar con el auxilio divino de la quinta , con toda la brevedad posible.

CAPITULO IV.

*De los estados diferentes en que pueden
hallarse los enfermos.*

Cinco me parece que son los estados en que suelen hallarse los enfer-

mos : el primero , de los que por caídas , heridas ú otros varios accidentes estan para morir en breve espacio de tiempo : el segundo , de los que lo tienen mas largo , pero no quieren conformarse con la voluntad divina : el tercero , de los que estan conformes y pueden ejercitar las potencias del alma en actos de virtudes : el cuarto , de los que , ó ya no sienten , ó no pueden sino con suma dificultad hacer algun acto de virtud ; y en el quinto estado pondremos los que habiendo salido del peligro empiezan á mejorar y restablecerse.

CAPITULO V.

Del modo de ayudar á los del primer estado.

El modo de ayudar á los que estan luchando y combatiendo con la muerte , es que si considerada la gravedad del accidente reconocemos que las permitirá media hora de vida , la estimemos apénas medio cuarto ; y empeza-

rémolos á ayudarles con las cosas mas principales y necesarias á la salud eterna : pues si se alargare la vida , se podrá despues acudir á las demas urgencias. Por exemplo : si hallamos uno que está en el punto de espirar , el socorro que se le dará será el decirle : **Hijo mio** , duélete de haber ofendido tantas veces y de tantos modos á un Dios que con amor indecible te ha criado á su semejanza , y siendo tú esclavo de la culpa , te ha redimido con la sangre y con la muerte de su propio Hijo ; pídele con confianza en nombre y en virtud de la preciosa sangre que por tí ha derramado , perdon de tus pecados ; y si alguno te ha ofendido , perdónale de todo corazon , y dí : *Jesu Salvator mundi , miserere mei : Jesu dulcissime , sis mihi Jesus : Jesu Pastor bone , suscipe spiritum meum. Sancta Maria , succurre mihi misero peccatori. Sancti Dei omnes intercedere dignemini pro mea salute. Jesus mio, Salvador del mundo , tened misericordia de mí : dulcísimo Jesus , sed para mí Jesus y salud de mi alma : Jesus , Pastor bueno*

y amable , recibid en vuestras manos mi espíritu. María santísima , socorred á este miserable pecador. Santos y confesores del cielo , rogad por la salud de mi alma á la divina Magestad ; y si tuviere mas tiempo de vida , se le dirá que confiese sus pecados en esta forma : Me pesa de haber pecado en tal y en tal cosa muchas y repetidas veces , procurando acabar cuanto antes ; porque si despues el mal diere treguas , se le preguntarán aquellas particularidades y circunstancias que son mas necesarias : y procediendo de este modo y con esta prudencia no morirá el enfermo sin ayuda suficiente para salvarse.

CAPITULO VI.

Del modo de ayudar á los enfermos del segundo estado , que son los que tienen mas largo tiempo de vida para disponerse , y rehusan conformarse con la voluntad divina.

Como el socorro de los enfermos de este segundo estado consista en disponerlos para que reciban dignamente los Sacramentos , para que tomen horror á esta miserable vida , y se desprendan del amor de las cosas terrenas ; y asimismo para fortalecerlos contra las tentaciones del demonio , que procura no se conformen con la voluntad de Dios , ni abracen el duro golpe de la muerte con los falaces protestos de la mocedad , de las dignidades , de la obligacion á los hijos , del temor de sus pecados y del tremendo juicio divino por no haber hecho penitencia de ellos , ni atendido á tiempo al bien de sus almas : por tanto se tratará de todas es-

las cosas en los capítulos siguientes , como tambien de las causas por qué en la enfermedad se procura diferir la confesion , y de dos medios para persuadir á los enfermos de cualquier estado que abracen sin dificultad la muerte.

CAPITULO VII.

Del primer retrato de las miserias de esta vida , delineado en auxilio de los enfermos del segundo estado.

Siendo llamados á ayudar á los enfermos del segundo estado , se debe antes de entrar en el aposento del enfermo preguntar con buen modo á su familia las costumbres y calidades de su persona y de su vida (si no lo conocemos) porque con esta luz y noticia se abrirá el camino de ayudarle y de inclinarle á la virtud ; y entrando despues en el aposento , diremos : *Pax huic domui* : (Luc. 10.) *La paz de Dios sea en esta casa* ; y preguntaremos al enfermo la calidad de su mal , y como

se halla , mostrándole siempre en las palabras y en el semblante afecto de amor y compasion , y deseo de todo su bien. Quedando despues un poco como pensativo , dirémos la sentencia siguiente con aquella voz y modo que mas convinieren á su enfermedad : *Occupatio magna creata est omnibus hominibus , et jugum grave super filios Adam à die exitus de ventre Matris eorum usque in diem sepulturae in matrem omnium :* (Eccles. 40.) Verdaderamente , que todos los hombres están sujetos á un grande trabajo , y que todos los hijos de Adan tienen sobre sí un pesado yugo desde el dia en que salen del vientre de su madre hasta el dia de la sepultura en que vuelven á la tierra , madre comun de todos. Esta sentencia y estas palabras son , hijo mio , el verdadero y natural retrato de la vida miserable del hombre , la esperiencia de todos lo confirma , y lo que mas que todo lo autoriza es ser un retrato hecho por el Espíritu Santo , que no puede mentir ni engañar á alguno. Mirémosle , pues , todos y volvamos á

mirarle frecuentemente , porque son maravillosos sus frutos ; estos son el desprecio de nuestra vida mortal , y el deseo de la celestial , que es eterna , y no está sujeta á miseria alguna. No le pareció bastante decir solamente : *occupatio* , *et cujum* , *trabajo y yugo* ; y así espresó tambien *magna et grave* , *grande y pesado* ; ni se contentó con la palabra *hominibus* , á los hombres , sino que añadió *omnibus* á todos ; y finalmente despues de haber dicho *à die exitus de ventre matris eorum* , desde el dia en que salen del vientre de su madre ; añadió *usque in diem sepulturae in matrem omnium* , hasta el dia de la sepultura , en que vuelven á la tierra , madre comun de todos. ¿ No te parece , hijo mio , que podemos llamar feliz al que mas se avecina á la muerte , ó por decirlo con mas propiedad , á la otra vida ? Pues este se halla mas próximo á salir de las miserias de este destierro , que suelen ser de ordinario las enfermedades , y que podemos considerar mas venturosas á los muertos , como dijo el Sabio : *Melior est dies*

mortis die nativitatis : (Eccles. 7.) Mejor es el día de la muerte del hombre , que el de su nacimiento.

CAPITULO VIII.

Del segundo retrato de la vida miserable del hombre.

En otro lugar , de los muchos que hay , nos pone á la vista la Escritura el retrato de nuestra vida miserable , diciendo : *Homo natus de muliere , brevi vivens tempore , repletur multis miseriis :* (Job. 14.) *Nace el hombre de muger , vive poco tiempo , y ese poco tiempo que vive está lleno de miserias.* ¡ O vida del hombre , no solo miserable , sino miserabilísima ! Si estás llena de tantas miserias , ¿ cómo puede caber en tí el mas leve placer , que sea verdadero y no fingido ? ¡ O infelicitísima vida , no solamente llena de una suerte de miserias , sino de infinitas una peor que otra , siendo el término de una principio de otra , y aun de otras muchas !

En estas miserias pensaba aquel gran filósofo (*Erúclito Ephesio.*) que cada vez que veía un hombre, lloraba amarguísimo. (*Marc. Ant. Coccio Sabellico, l. 5. exemplor. cap. 2. Vide Beyerlinch. in Theatr. verb.: Commiseratio et Misericordia,*) pareciéndole que veía un bello vaso, pero muy frágil y sujeto á innumerables accidentes. Esto mismo consideraba aquel pueblo que recibía al recién nacido con llantos, y celebraba su muerte con regocijos. Bocado amargo es la representación de los dos retratos referidos; pero para quien tiene sano el paladar y el entendimiento, es dulce lo que se sigue: *Brevi vivens tempore... quasi flos egreditur et conteritur, et fugit velut umbra:* (*Job. ibid.*) *Vive* (el hombre) *poco tiempo.... nace como la flor, luego se marchita y desvanece como la sombra.* Lo que tiene de bueno este rápido curso de nuestra vida es lo breve de ella; porque considerando el cristiano cuán presto ha de pasar de las miserias de este mundo á la bienaventuranza del cielo, á la fruición y gozo de su Señor

nabitur tui. Adae vero dixit: Quia au-
disti vocem uxoris tuae, et comedisti
lignum, ex quo praeceperam tibi, ne
comederes, maledicta terra in opere tuo,
in doloribus comedes ex ea cunctis die-
bus vitae tuae, spinas et tribulos germi-
nabit tibi, et comedes herbas terrae; in
sudore vultus tui vesceris pane tuo, do-
nec revertaris in terram, de qua sumptus
es, quia pulvis es, et in pulverem re-
verteris: (Gen. cap. 3.) Multiplicaré tus
aflicciones y trabajos, dijo Dios á Eva;
y los partos de tu vientre: parirás con
dolor tus hijos, estarás sujeta al varon,
y debajo de su poder y dominio. Y des-
pues dijo á Adan: Porque diste oídos
á tu muger contra lo que te habia man-
dado, y comiste del fruto del árbol ve-
dado, y de que te mandé no comieses,
será maldita la tierra, no correspondien-
do á su cultivo, ni á tu trabajo; te ali-
mentarás de ella á fuerza de la fatiga
de tu cuerpo y de la labor de tus ma-
nos todos los dias de tu vida: sus fru-
tos serán espinas y abrojos, y comerás
de las yerbas que produjere, y del pan
que solicitarés con el sudor de tu rostro,

hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste formado ; porque polvo eres , y te convertirás en polvo. No crea alguno que sea solamente de los pobres este retrato , porque es universal y comprende indistintamente á todos , pobres y ricos , nobles y plebeyos , príncipes , reyes , emperadores y papas ; y estos últimos estan sujetos á padecer mayores aflicciones , afanes y agonías en sus ánimos , que padecen los pobres en sus ánimos y en sus cuerpos. Sea el último retrato la forma de nuestro cuerpo : pues siendo su forma de cruz , nos declara bien que es la vida humana una cruz continua : quien está en cruz es preciso que viva crucificado ; y así el alma en la prision y cárcel de este cuerpo mortal , ha de padecer tormentos quiera ó no quiera.

De lo que se ha dicho hasta ahora , se ve claramente ser la vida del hombre miserable y miserabilísima , y que no hay industria ó arte alguna que pueda hacer que no sea miserable. La muerte sola es la que , si se abraza con voluntad y gusto cuando Dios la en-

via , nos libra y saca de cualquier miseria ; y á los que dicen haber encontrado agradable y deliciosa esta vida , y que por esto les parece cosa muy dura el dejarla , se les puede responder , que les sucede puntualmente lo que á los enfermos , que por tener viciado el paladar juzgan y perciben lo amargo por dulce , los alimentos buenos por malos , y los malos por buenos ; y así para hacerlos capaces de la verdad se les puede decir :

Lo primero , que si no tuviesen oscurecido el entendimiento con la vida habituada en el mal y sujeto á tantas pasiones , no hablarían de esta suerte ; y si tuviesen discrecion para considerar y poner de una parte los afanes y las fatigas que han padecido por gustar un falso y breve deleite , y de otra parte este momentáneo deleite , no serían de este dictámen : que pregunten á aquellas almas iluminadas de Dios que tanto aborrecían las cosas presentes , y suspiraban por las eternas de la otra vida : ¿ por qué san Pablo deseaba morir y estar con Cristo , (*Philip. 1.*)

y el rey David se tenia como por ofendido , y se lamentaba de que se le alargase tanto el destierro de esta presente vida , (*Psalm. 119.*) sino porque conocian bien la poca ó ninguna estimacion que merece; y que es mas digna de ser vilipendiada y despreciada , que amada y apetecida , por estar llena de tantas aflicciones? Y así toda razon persuade, que rindan su entendimiento al de tantos filósofos y tantos escritores de alto ingenio , que concordemente declaran y manifiestan que la vida humana está toda llena de afanes y miserias.

Lo segundo , que si queremos oir lo que todos dicen , tanto pobres como ricos , hallarémolos que todos llaman infeliz y mísera nuestra vida.

Lo tercero , que si estan tan ciegos y obstinados que no quieran dar crédito al parecer de los demas hombres, habrán de sujetarse forzosamente al Espíritu Santo , el cual dice , que la vida del hombre está llena de miserias; y yo no sé como sea posible , que una cosa que esté llena de miserias pueda ser deliciosa y agradable.

Lo cuarto , pregunto á aquellos en cuyo ciego parecer y falso juicio es deliciosa la vida humana , que me digan , ¿ si entre los placeres que han hallado en la suya , se ha mezclado alguna vez alguna amargura ? Porque si esto les ha sucedido , ¿ cómo pueden llamarla deliciosa , siendo tal la propiedad de lo amargo , que todo lo desazona y convierte en amargo , y siendo asimismo de tal condicion el corazon humano que la dulzura pasada no solo no le da mas gusto , sino que lo llena de mayor amargura con su memoria ? ¿ De qué sirve al convidado haber satisfecho su apetito con los manjares de dos ó tres platos , si los últimos le llenan de amargura y veneno el corazon ? Pero supongamos que esta errada opinion sea verdadera y cierta , y que esté llena de gustos y delicias la vida humana sin la menor mezcla de amargura ó desabrimiento ; ¿ dejará por esto de ser breve , y de acabarse luego ? ¿ Se podrá negar , que no es amarguísimo su fin sobre todas las dulzuras , gustos y contentos pasados ? Pero aunque fuese muy

larga , y sin fin por decirlo así : ¿cuál es mas larga , esta temporal del mundo , ó la eterna del cielo ? ¿Cuál es mas alta y mejor ? Aquí se goza de las criaturas ; allá del Criador con inefable gusto y contento : aquí se trata con hombres interesados , perversos y sin fe ; en el cielo se goza de la compañía de tantas almas santas y espíritus angélicos , que se aman con ardiente y recíproca caridad ; y sobre todo , se goza indeciblemente de la increada hermosura de Dios : de manera , que aun segun su ciego parecer y falso juicio , no debe el hombre rehusar el morir cuando Dios lo llama á la otra vida , pues pasa á un estado sin comparacion alguna mas feliz y mas alto : ¿ y cómo podrá llamarse hombre de sano juicio el que deseando una cosa , se lamenta y no apetece la mejor , pudiendo con menos costa lograrla luego ? ¿ Qué es mas difícil al hombre , dejar esta presente vida contra su voluntad , ó dejarla con su voluntad y gusto ? ¿ Dejarla para ir al instante á la muerte eterna , ó dejarla para ir á la verdadera vida , bienaventurada y eterna ?

CAPITULO X.

Cómo se ha de ayudar á los que padecen tentaciones por morir en la juventud.

Otros son tentados porque les parece que la muerte los alcanza muy presto , por hallarse aun en la edad florida de la juventud. A estos se dirá : si tú , hijo mio , supieses bien considerar la brevedad de nuestra vida , verias claramente que de ningun modo la conviene esta voz *presto ó tarde*. ¿Qué otra cosa es esta vida que un breve relámpago? ¿Una sombra que va siempre huyendo de tí? ¿Un viento que velozmente pasa? ¿Aun no has advertido que las cosas de este mundo engañoso se acaban en el mismo punto que se gozan? ¿Y que cuanto mas se vive , mas se muere? *Praecisa est* , decia el rey Ezequías , *velut à texente vita mea ; dum adhuc ordiner , succidit me : de mane usque ad vesperam finies*

*me : (Isai. 38.) Cortaste , Señor , el hilo de mi vida con la facilidad que se corta la hebra en el telar cuando teje la tela. Breve es esta vida , y esta brevedad es siempre incierta : porque no se sabe si nuestro Señor , en cuyas manos está la vida y la muerte de todos , vendrá serò , aut media nocte , an galli cantu , an mane : (Marc. 13.) Si de dia , si de noche , si por la mañana , ó por la tarde. ¡ O vida no solamente dudosa y ciega , sino vivo afan ! Esta brevedad de la vida conocerás claramente si reduces á tu memoria alguna de las acciones que hiciste cinco ó seis años á esta parte , y otra de las que ejecutaste diez ó doce : porque apenas conocerás distancia de tiempo entre una y otra ; y ten por cierto que , aunque hubieses vivido desde el tiempo de Adan hasta el dia presente , siempre te pareceria que morias presto. Esto procede de que tienes la voluntad asida al amor de las criaturas ; pues si tuvieses purgado el afecto , dirias con el Profeta : *Hei mihi , quia incolatus meus prolongatus est.* (Ps. 119.) ¡ Ay de mí , que se me dilata*

mucho el destierro de la Patria Celestial!
 Ultimamente, si queremos comparar esta momentánea vida con la eternidad de la otra, ¿no la reputaremos por un instante? Pero supongamos como posible que á medida de nuestro deseo se nos concediese una larga vida: ¿esto es digno de desearse en un valle de miserias? ¿Qué cosa es vivir largamente, sino estar largamente lleno de aflicciones? Todos somos peregrinos, (1. *Petr.* 1.) y andamos por caminos llenos de lazos, (*Psal.* 56.) de enemigos, de errores, de afanes, de ocasiones de pecados; ¿y tú te dueles de haber llegado al término de tu peregrinacion, y al fin de las fatigas y peligros de esta vida? ¡O vida miserable y engañosa, á cuántos con tu largo espacio has infundido sueño y descuido, y has hecho quebrar la nave de la vida rica de virtudes y perfecciones espirituales en el escollo de una ruina eterna! Quien nace, muere: ¿si has de morir, ¿por qué apeteces tanto la tardanza de la muerte, sufriendo el molesto y congojoso pensamiento de que has de me-

rir un día? Muy necio sería el que estando condenado á muerte con otros muchos, rogase al Juez por ser el último en quien se ejecutase la sentencia. ¿Por qué decimos á Dios todos los días *fiat voluntas tua?* (Matth. 6.) *Hágase tu voluntad*, si despues somos rebeldes á sus preceptos? ¿O por qué decimos: *Adveniat regnum tuum?* ¿Venga á nos vuestro reino, si tanto nos agrada la intolerable esclavitud de esta vida? Grande es tu obligacion, hijo mio, de dar gracias á Dios, porque se digna de llamarte luego á su reino, y á gozar de su vista y presencia; dáselas, pues, conformándote con su voluntad, porque de otro modo tendrás un perpetuo arrepentimiento sin ningun fruto.

CAPÍTULO XI.

*De la ayuda de aquellos que por hallarse
constituidos en dignidades no quie-
ren morir.*

Son fuertemente tentadas las personas que se hallan constituidas en alto grado de dignidad, cuando se acercan á la muerte, porque rehusan el morir. A estas personas se puede decir, que las dignidades de este mundo son mas dignas de nuestro menosprecio, que de nuestra estimacion; siendo cierto que las mas altas se hallan amenazadas de mayores peligros, y que los que las gozan (semejantes á los que se hallan en la cima de un alto edificio) estan espuestos al precipicio y á la violencia de los rayos, y sujetos al frio de las cosas celestiales y de las virtudes verdaderas, y al calor del amor de las vanidades del mundo y de los vicios. Demás de esto, esceptuando algunos grandes varones que las han huido

ó gozado sin algun apego , yo no he leído ni oído jamas que los honores y dignidades traigan consigo el descanso para esta vida , ó la salud para la otra ; porque no son sino materia de inquietudes y agitaciones interiores , y ocasion de una condenacion eterna. Los afanes que las dignidades causan al corazon por los peligros grandes á que estan sujetas , lo conocieron bien muchos gentiles que huyeron de las coronas , sin que los cegase su resplandor , como lo refieren las historias : dejó de nombrar innumerables reyes y emperadores cristianos , príncipes y princezas , que pisando con menoscupio heroico el fausto de las diademas , abrazaron la vida monástica. Acuérdate tú mismo de los disgustos y afanes que has tenido en tu dignidad , por no haber logrado en ella todas aquellas condiciones y calidades que se proporcionaban con tu gusto , y de los desconsuelos impacientes de subir á otras mas elevadas ; y de las noches en que te habrá robado el sueño este ansioso cuidado. ¡ O ciego mundo , qué vano eres

y engañoso! Despues de esto, hijo mio, cuán amarga te será la memoria de la muerte, sabiendo ya, que, ó quieras ó no quieras, te ha de quitar las dignidades con la vida. Pero si tanto te enamoran y agradan las dignidades, desprecia las terrenas de todo corazon por agradar á Dios; que su divina bondad te dará sin duda en el cielo tal dignidad, que escederá infinitamente á cualquiera otra del mundo. No seas tan imprudente que quieras perder la una y la otra, y el alma y el cuerpo; lo cual sucederia si murieses (lo que Dios no permita) sin desnudarte del amor y afecto de las cosas mundanas, y sin conformarte con la voluntad del Señor.

CAPITULO XII.

Del modo de socorrer á los que sienten el morir por causa de sus hijos.

Hay algunos que dicen que moririan gustosos, pero que por tener hijos que necesitan de su gobierno y direc-

cion, no pueden conformarse con la voluntad divina. Preguntemos á estos, ¿qué cosa les importa mas, que mueran en gracia de Dios, ó que sus hijos tengan alguna felicidad en este mundo? Pues si su salud eterna les es mas importante sin comparacion que todos los bienes temporales de sus hijos, ¿no seria locura no desnudarse de aquellos afectos que se la impiden? *Si autem manus tua, vel pes tuus scandalizat te, abscinde eum, et projice abs te: bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quàm duas manus, vel duos pedes habentem mitti in ignem aeternum; et si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice abs te: bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quàm duos oculos habentem mitti in gehennam ignis: (Matth. 18.)* Si tu mano (dice el Señor) ó tu pie, ó algun otro miembro te sirviere de tropiezo ó escándalo, sepáralo de tí; que mejor te está lograr tu salvacion con la falta de algun miembro, que sin esta falta perderte por una eternidad.

Preguntémosle tambien, ¿quién es

mas padre de estos hijos , Dios ó vosotros ? ¿ Quién los ama mas , vosotros ó Dios ? ¿ Quién puede mas ayudarlos , Dios ó vosotros ? Vosotros solamente sois sus padres en orden á la carne y al pecado ; pero Dios lo es por las misericordias que les ha dispensado , formándoles por pura piedad suya el cuerpo , y criándoles el alma : y si su divina Magestad por su inefable caridad ha enviado su Hijo al mundo para redimirlo y salvarlo (*Ephes. 2.*) y particularmente por la salud de vuestros hijos , ¿ cómo ha de ser capaz de abandonarlos , y de no socorrerlos de todos aquellos bienes que fueren necesarios á ella ? De los bienes , grandezas y felicidades terrenas no debe el cristiano hacer el aprecio que quisiera nuestra depravada naturaleza , sino solamente el que Dios manda , y para el fin que es de su agrado. Pero no porque el bien de los hijos no proceda de la vida y de la industria de los padres , sino de la bondad y providencia del Señor : *Bona et mala , vita et mors , pauperas et honestas à Deo sunt* (*Eccli.*

11.); no se le prohíbe por esto al hombre que trabaje y se fatigue para sí y para su familia; sino que se le da á entender, que debe poner su confianza, no en su industria y trabajo, sino en la providencia de Dios, y recibir despues de su mano todo cuanto le sucede, como lo que mejor le esté: de manera que, si es de su santa voluntad que mueras de esta enfermedad, esto será lo mejor, y lo que mas te conviene; y si por causa de tu muerte quedasen tus hijos mas pobres de lo que ahora estan, tambien será esto lo que mas les importa. Todo consiste en que abracemos con gusto y con accion de gracias cuanto nos viene de su mano. Siendo pues esto así, deja tus hijos en las de su Padre celestial, con segura confianza de que hará por ellos todo lo que les conviniera, y cuida solamente de lo que pertenece á tu alma,

CAPITULO XIII.

De aquellos que no mueren gustosos por causa del temor de sus pecados y del juicio de Dios.

Muchos enfermos suelen conturbarse por el temor de sus pecados y del juicio divino, de donde procede el no morir gustosos. A estos diremos: cosa muy buena es temer la justicia divina, y los ocultos y altos juicios de Dios, como no se esceda tanto en este temor, que se dé en tierra con la esperanza de su misericordia. Y así debes saber, que Dios quiere del pecador que piense y considere que ha ofendido á su divina Magestad: que se duela de sus culpas cuanto le sea posible, puramente por agradarle en esto: que desee este dolor, y lo pida á la divina clemencia: que se confiese de todos sus pecados con ánimo resuelto y propósito firme de perder antes la hacienda y la vida que volver á ofenderle: que se resigne

en la voluntad de Dios en esta y en la otra vida; y que espere en su misericordia, aunque le parezca que ve efectos contrarios. Quien hiciere todo esto no tiene que dudar, que *vita vivet, et non morietur*: (Ezech. 18.) *Que vivirá eternamente, y no experimentará los rigores de la muerte eterna, y que sus pecados si fuerint ut coccinum, quasi nix dealbabuntur, et si fuerint rubra quasi vermiculos, velut alba lana erunt*: (Isai. 1.) *Si fueren de color rubicundo como la grana, ó de color bermejo ó rojo como el gusanillo, mudarán su color en la blancura de la nieve y de la lana muy blanca*: esto es, aunque clamen justicia y venganza, significada en el color rubicundo y sanguíneo, se los perdonará Dios usando de misericordia, y lavará las manchas de sus culpas, dejando mas blanca que el armiño su alma. Este, pues, es el punto adonde debe encaminar el pecador todos sus pensamientos y su voluntad, y conformarse con la de Dios, que quiere que se arrepienta de haberle ofendido, y que proponga firmemente no ofenderle

mas, sino obedecerle en todo y por todo, haciendo cuanto su divina Magestad nos ha mandado, y nos manda su amada esposa la santa Iglesia católica romana. Todos los demas pensamientos y reflexiones que congojan nuestro espíritu, como por ejemplo: ¿Quién sabe si yo seré del número de los escogidos, ó de los pecadores á quien Dios no perdona? y otras cosas semejantes, son pensamientos y reflexiones de nuestra soberbia, y sugestiones del demonio; porque es tan infinita la misericordia de Dios, tan inefable la satisfaccion que Jesucristo ha dado por todo el mundo, y tan indecible el afecto y prontitud con que perdona su divina Magestad, que mas regocijado quedará el pecador por esto, cuando sea capaz de conocerlo, que por el mismo perdon de su pecado.

CAPITULO XIV.

Cómo se ha de tratar con aquellos que no quisieran morir por desear hacer penitencia de sus pecados.

No faltan algunos que no quisieran morir con el motivo ó pretesto de que no han llorado sus pecados; á estos se dirá: sabe, hijo mio, que aquel llanto y aquella penitencia es de mayor valor, que mas agrada á Dios, y esta es la penitencia que desea y pide de nosotros. Si su divina Magestad quisiese de tí mas largo llanto, te daría mas larga vida; luego si ahora te la quita, es indubitable y cierto, que la penitencia que desea de tí, es la resignación de tu voluntad en la suya, doliéndote de no haber antes llorado amargamente las ofensas cometidas contra su divinidad: y si este llanto y resignación no te agradan, ten por cierto, que el deseo que tienes de larga vida, no es para llorar, aunque te lo parez-

ca, sino para continuar la vida pasada; porque hay muchos pecadores, que despues de haber recobrado la salud, se entregan mas desenfrenadamente á sus vicios. Pero si quieres llorar largamente, no te falta el modo, aunque sea corta la vida. Lloras tus pecados mas intensa y dolorosamente por ser ofensas de Dios, que por las penas que les corresponden. Lloras con el mayor odio de tí mismo, y amor de Dios que te sea posible, y con la mayor resignacion á cualquier pena ó castigo que quisiere darte; y si no tienes esta resignacion, desea tenerla, y pídelas á su divina Magestad; y sobre todo ofrécele el llanto que hizo por nosotros su Hijo santísimo (*Hebr. 5.*) á gloria suya.

CAPITULO XV.

De la tentacion de diferir la confesion.

No dejará el demonio de tentar al enfermo que se halla en este segundo estado, quando le ve casi conforme con

la voluntad divina , para que dilate la confesion , dándole á entender que ha menester antes pensar bien sus pecados , haciéndole sentir por entónces algun afan y congoja ; y sugiriéndole , que en habiéndose confesado , no le quedará mas esperanza de vida. A esta tentacion responde san Agustin , diciendo : *Remedia conversionis ad Deum nullis sunt cunctationibus differenda , ne tempus correctionis pereat tarditate ; qui enim poenitenti indulgentiam promisit , differenti diem crastinum non spondit* (Tom. 3. lib. sent. á D. Prospero excerptar. sentent. 71.).... *ipsa enim est res , quae multos occidit , cum dicunt cràs , cràs , et subito ostiam clauditur ; remansit foris cum voce corvina , qui non habuit gemitum columbinum.* (Tom. 10. serm. 15. de Verb. Domini , cap. 11.) *Los remedios de la penitencia y de la conversion á Dios no se han de diferir con excusas y dilaciones , por no perder el tiempo que se nos concede para el arrepentimiento y enmienda ; porque el Señor , que prometió el perdón de la culpa , no prometió el día de mañana. Esta*

vana esperanza ha perdido á infinitos ,
 que diciendo : crás , crás , mañana , ma-
 ñana , han hallado despues cerrada la
 puerta , y quedándose de la parte de afue-
 ra con la voz del cuervo , por no haber
 formado á tiempo el gemido de la pa-
 loma. Por esta causa , hijo mio , gime
ut columba , et tunde pectus : gime ahora
 y llora tus pecados. Si te ofreciese la
 salud del cuerpo , es cierto que no di-
 rias mañana : ¿ pues por qué lo has de
 decir , cuando se te ofrece la del alma ,
 que es la suma de la felicidad ? ¿ Cono-
 ces tu grande error ? ¡ Ay de mí , hasta
 los poetas gentiles te reprenden y con-
 denan ! Horat. (*Epist. lib. 1. ad Lollium*
Epist. 1.)

. *Nam cur*
Quæ lædunt oculos, festinas demere : si
quid
Est animum , differs curandi tempus in
annum ?

Ovid. (*De remed. lib. 1.*)

Sed propera : nec te venturas differ in
horas.
Qui non est hodie , cràs minus aptus
erit.

Como si dijese: *¿Es posible, hombre, que pongas tanto cuidado en sacar la paja que te molesta los ojos, y que el remedio de tu alma le difieras de año en año? Dáte prisa, no dilates el remedio de lo que mas te importa; porque si hoy no lo hicieres, menos lo harás mañana. Y así dice Dios: (Eccl. 5.) Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem; subito enim veniet ira illius, et in tempore vindictæ disperdet te: No dilates el convertirte al Señor, ni difieras de dia en dia el remedio de tu salvacion; porque su ira vendrá de repente, y si te hallare desprevenido te condenará para siempre.*

Ea pues, hijo mio, comencemos en el nombre del Señor la confesion; porque mañana sobre los demas peligros te amenaza el mal, mayor afan y congoja que ahora sientes: y por ventura este afan y congoja son puramente industria y arte del demonio para impedirte la confesion; y así empecemos, que en lo que mira á no haber hecho un diligente exámen, déjalo por mi cuenta, que yo te prometo que con

facilidad te lo traeré todo á la memoria. Es error y locura el pensar que el confesarse quita al enfermo la esperanza de la salud corporal, porque antes bien sucede lo contrario. Por los pecados envia Dios muchas veces las enfermedades; y así quitándose por medio de la confesion los pecados, que son la causa de la enfermedad, viene tambien á quitarse el efecto. Esto nos lo muestra claramente el Señor en el evangelio; pues queriendo sanar los enfermos, primero les perdonaba los pecados; y despues de haberles dado la salud, les advertia, que no reincidiesen en el pecado, para que no les sobreviniese mas peligrosa enfermedad con daño mayor suyo. (*Joann. 5.*) *Ecce sanus factus es: noli amplius peccare; ne deterius tibi aliquid contingat.*

CAPITULO XVI.

De las principales causas porque el pecador va dilatando la confesion.

Cuatro son las causas principales porque el pecador dilata la confesion : el trato y comercio deshonesto ; el odio contra el prójimo ; la hacienda mal adquirida , y la vergüenza de confesarse. En cuanto á la primera causa se advertirá , que si la persona con quien se tiene el comercio deshonesto no está ausente , es menester alejarla del enfermo , de modo que no la vea mas , ni tenga algun aviso ó noticia de ella. Despues se dirá al enfermo : bien veo que el dilatar la confesion nace de parecerle cosa dura el dejar á quien tanto amas ; pero si amas mucho á tu amiga , y tu amiga te ama igualmente , ¿ cómo podeis decir con verdad que os amais recíprocamente , si el uno persigue mortalmente al otro con este amor ? Amar no es otra cosa que querer bien

á la persona amada , y desearla todo el bien y felicidad posible ; pero no es esto lo que hace vuestro amor , el cual tiene dentro de sí tal veneno , que en el mismo tiempo que os amais , os da velozmente la muerte. Mientras amas á tu amiga , te matas á ti y matas igualmente á tu amiga ; y mientras tu amiga te ama , se da á sí misma y á ti juntamente la muerte eterna. Si tanto gustas de amarla , ámalala ; pero sin este mortal veneno , y con aquel amor que á ti y á ella os procure el bien y la salud del alma. Su bien y el tuyo consiste en dejarla , para que se convierta y ame al que la crió y redimió , y para que llore su pecado y la gravísima ofensa que ha cometido contra su divina Magestad. Sabe , y no hablo sin fundamento ni me engaño , que está con firme resolucion de no continuar en vuestra ilícita comunicacion por bien de su alma y de la tuya. Y así conviene que hagas lo mismo por la salud de tu alma y de la suya , y principalmente por agradar á Dios. Inútiles y vanas serán todas tus repugnancias y pensa-

mientos contrarios , porque , ó quieras ó no quieras , forzosamente la has de dejar. ¿Serás, hijo mio , tan loco y tan obstinado , que quieras mas dejarla con tu condenacion eterna , que con el logro de la amistad de Dios y de su reino ?

CAPITULO XVII.

De la segunda causa , que es el odio contra alguno.

Para quitar esta segunda causa del odio contra alguno , se le dirá al enfermo : paréceme , hijo mio , que tú quieres mostrarte soldado pundonoroso , sin entender el arte y las leyes de la milicia. ¿ A quién has visto jamas , que queriendo vengarse de su enemigo , elija el medio de darse á sí mismo la muerte ? ¿ De qué soldado de honra has oido que habiéndose alistado debajo de la insignia de un capitan , le sea decoroso militar en la de su enemigo ? Tú por la gracia de Jesucristo , nuestro capi-

tan , eres cristiano , y en el santo bautismo te has alistado por soldado suyo, y así estás obligado á militar segun las leyes de la milicia cristiana. En esta milicia se combate contra el pecado y contra las pasiones que inducen al pecado ; quien obra de otra suerte y combate contra su hermano , no es soldado de Cristo ni soldado de honor , sino soldado rebelde y digno del infierno. Y si tan bien hallado estás con el enojo y con el deseo de la venganza , tómalala de ti mismo , que con tanta impiedad y frecuencia has ofendido á Dios , á tu alma y á la del prójimo : enójate, digo, con tus pasiones desordenadas , y combate contra el pecado ; y si quieres pelear con quien te ha ofendido y vencerlo con sumo honor tuyo , combate con las armas y en el modo que enseña nuestro capitan Jesucristo. Ves aquí las armas con que quiere Cristo que se combata con los enemigos , y el modo de vencerlos gloriosamente : *Ego autem dico vobis : diligite inimicos vestros : (Matth. 5.) Amad á vuestros enemigos , dice su divina Magestad. Juz-*

ga el mundo ciego infamia y deshonor el no vengarse de los enemigos, y cobardía y vileza de ánimo el perdonarlos y hacerles bien. ¡O Señor, ó Señor, ó Dios mio omnipotente! ¿Por ventura sois Vos cobarde y no teneis honor, cuando perdonais á vuestros enemigos y derramais en ellos vuestras gracias y misericordias? Vos, que teneis por propiedad el perdonar, ¿teneis segun este impío y ciego juicio del mundo por propiedad la cobardía y el deshonor? Vuestro santísimo Hijo cuando pendiente en el árbol de la Cruz decía: *Pater, dimitte illis, non enim sciunt, quid faciunt*: (Luc. 23.) *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen*; ¿hacia un acto de vileza y de pusilanimidad porque rogaba por los enemigos que le crucificaban? ¿Por ventura todos tus heroicos siervos, todos tus invencibles apóstoles, todos los mártires, todos los reyes y emperadores cristianos y santos, y todos los soldados de tu milicia han sido cobardes y viles, porque todos han perdonado á sus enemigos, y procurado favorecerlos, hon-

rarlos y hacerles bien? ¡O ciego mundo, y sobre toda ponderacion impío! Tú mismo en tus historias honras y celebras los Césares, porque perdonaban á sus enemigos y procuraban obligarlos con sus liberalidades y gracias: tú no acreditas de cobarde, sino de magnánimo, á Octaviano Augusto, que perdonó y ofreció su amistad á Cinna su enemigo, que procuraba quitarle la vida: *Olim tibi hosti, ò Cinna, nunc insidiatori et parricidæ, do veniam: jam hinc inter nos inchoetur amicitia, contendamusque utrum meliori fide ego tibi bis vitam condonaverim, an tu acceperis.* Pues, cómo hoy llamas cobardía y vileza el perdonar á los enemigos? Pero dejando al mundo en su ceguedad, sigamos á nuestro capitan Jesucristo; porque el honor que de seguirlo resulta es grande, el premio inestimable, y la necesidad indispensable y forzosa para quien no quiere morir de muerte eterna. Repara en el honor y premio que da á quien perdona y hace bien á sus enemigos: *Ut sitis* (dice Cristo *filius Patris vestri, qui in cælis est.* (Matth. 5.) *Para*

que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos. Qué honor y qué premio sea el hacerse hijo de Dios, es incomprensible al entendimiento de los mortales.

¿Pues qué diremos de la necesidad indispensable que tenemos de perdonar á nuestros enemigos? Todos somos deudores á Dios, porque todos le hemos ofendido. Si no perdonais, nos dice, no sereis perdonados: *nisi ignoscatis, neque vobis ignoscetur.* (Ex Matth. 6. ex Marc. 11.) *Si enim dimiseritis hominibus peccata eorum, dimittet et vobis Pater cælestis delicta vestra.* Y en otra parte: *Qui vindicari vult, à Domino inveniet vindictam, et peccata illius servans servabit.* (Eccli. 28.) Perdona, pues, hijo mio; porque si vuelves el pensamiento al honor, no tienes alguna excusa para no hacerlo prontamente: si á las deudas que has contraído con tus culpas, nada tienes que alegar en tu favor si no perdonas. Si recurres á los gentiles, te hallas convencido con su ejemplo y debes perdonar; y si convencido no te reduces, infaliblemente

te condenarás, y serás brevemente arrebataado á las llamas eternas. Escucha un ejemplo que á este propósito se lee en las vidas de los santos de uno que estando para morir, no quiso jamas perdonar á un enemigo suyo: pues mientras que por su alma se cantaban en la Iglesia los nocturnos de los difuntos, cuando se llegó á aquellas palabras: *Parce mihi, Domine: Perdone-me, Señor*; se vió que un crucifijo, desclavándose las manos se tapó con ellas los oídos, y dijo: *non pepercit: neque ego parcam: no perdonó á su enemigo, y así no le perdonaré.* Así pues, si tú quieres que Dios te perdone sin que perdones á tu enemigo, sabe que has entrado en una soberbia diabólica y tan grande, que no se le puede dar nombre adecuado y correspondiente. ¿Por que quieres que Dios te obedezca, si tú no quieres obedecer á Dios?

CAPITULO XVIII.

De la tercera causa.

La tercera causa de diferirse la confesion es, como dijimos, porque los enfermos no quieren restituir la hacienda agena; ó por mejor decir, mal adquirida. A estos se dirá: ¿Por qué no restituyes la hacienda agena que tan injustamente has poseído? Yo no puedo imaginar que sea por persuadirte que la puedes llevar contigo; porque desnudo has venido á este mundo, y desnudo has de salir brevemente. (*Job. 1.*) Si lo haces porque tus hijos queden ricos, incurres en un notable y pernicioso error; pues conocidamente quieres perder tu alma por dejar á tus hijos acomodados: eliges para ti un infierno sin fin, y para tus hijos riquezas. ¿Pero qué digo riquezas? Mejor diré ocasiones de su ruina que de su fortuna; porque con estos bienes mal adquiridos los pones en el

camino del infierno , donde condenados á eternas penas llenarán tu alma de oprobios y maldiciones , despues que en este mundo hayan padecido por justos juicios de Dios infinitas miserias ; pues ordinariamente los herederos de bienes mal adquiridos los disipan presto , y quedan despues reducidos á suma indigencia , como lo califican muy repetidas experiencias. Pero aun cuando semejantes riquezas fuesen permanentes y perpetuas en tu familia , considera con reflexion las palabras de Cristo : *¿ Quid prodest homini , si mundum universum lucretur ; animæ verò suæ detrimentum patiatur ?* (Matth. 16.) *¿ De qué te servirán tantas riquezas , si te han de ocasionar la pérdida inestimable de tu alma ?* Demás de esto , ¿ qué satisfaccion puedes hallar en no restituir las en estas pocas horas de vida que te quedan mientras te atormenta el remordimiento de la conciencia , que es ya un principio del infierno ? Donde despues te afligirá cruelmente la memoria de haber dejado ricos á tus hijos , conociendo con cuanta impiedad

has obrado contra tu alma , habiéndola condenado á penas tan terribles y eternas , por dejarlos en las delicias de una falsa y momentánea prosperidad.

CAPITULO XIX.

De la cuarta causa.

La vergüenza es la cuarta causa porque el pecador difiere la confesion. Se dirá á este : segun yo me persuado, hijo mio , tú rehusas el confesarte por vergüenza de algun pecado grave que has cometido. ¿Cuánto mas honrada te hubiera sido esta vergüenza si la hubieses tenido de tí mismo , cuando te inducian tus pensamientos á tal pecado , considerando que de hombre te convertias en bestia , y de hijo de Dios en esclavo del demonio ? ¡ O qué vergüenza digna de la vida eterna , y de inestimables bienes hubieras tenido , si sobre esta reflexion hubieses considerado que pecando , se peca en la purísima y tremenda presencia de Dios que

todo lo vé; á la vista del eterno Padre que por el inefable amor que nos tiene ha enviado su hijo á padecer la ignominia de la Cruz para destruir el pecado y para salvarnos! Esta vergüenza sí deberían tener todos los hombres cuando su mala inclinacion los induce á pecar; pero la de confesarse de ninguna manera: *Pro anima tua*, dice Dios, (*Ec. 4.*) *ne confundaris dicere verum; est enim confusio..... adducens gratiam et gloriam*: No te avergüences, ni te cause confusion confesar la verdad por bien y remedio de tu alma; porque esta confusion y vergüenza trae consigo honor y gloria. Pero dejando de discurrir en el honor inestimable que la confesion ocasiona al penitente librándole de la servidumbre del pecado y del demonio, y haciéndole amigo é hijo de Dios, quiero responder ahora á tu tentacion. Tú huyes la confesion por pundonor y vergüenza; y haces uno de los mayores errores que pueden cometerse: porque cuando uno ha perdido la honra para con Dios y su córte celestial (lo cual no sucede jamas sino

por el pecado) es incapaz de tenerla en parte alguna. Hónrele por cierto el mundo ciego cuanto quisiere, que Dios hará que tambien del mundo sea luego conocido y para siempre despreciado: *Ostendam gentibus nuditatem tuam, et regnis ignominiam tuam: (Nahum. 3.)* Yo haré notoria á los hombres tu desnudez, y al mundo tu ignominia. Instruido en esta verdad san Agustin, decia á Dios así: *Non operui, sed aperui, ut operires; non celavi, ut tegeres; nam quando homo detegit, Deus tegit; cum homo celat, Deus nudat; cum homo agnoscit, Deus ignoscis: No oculté, Señor, mis pecados, sino que los confesé para que Vos los oculteis: no los encubrí, antes los declaré para que Vos los encubrieseis; porque cuando el hombre los declara, Dios los oculta; y cuando el hombre los confiesa, Dios los perdona.* Así pues, hijo mio, ten por cierto que no tiene el pecador medio mas eficaz para recobrar el honor que la confesion sacramental; y entre otras razones la mas poderosa es la de la palabra de Cristo, que no es capaz de

mentir , cuando dice : *Qui se humiliat , exaltabitur* : (Luc. 18.) *el que se humilla , será exaltado* : lo cual principalmente se entiende en la confesion sacramental , de modo , que cuanto mas el penitente vence su vergüenza , y hace á Dios el sacrificio de confesar las culpas ignominiosas que ha cometido por el honor y gloria de su divina Magestad , que así lo quiere , tanto es mas honrado , no solamente de Dios y de toda su corte celestial , sino tambien del mismo confesor , obrando Dios esta maravilla en el alma del confesor ; y en prueba de esto pudiera referir muchos ejemplos que se hallan en las vidas de los santos. De manera , hijo mio , que no hay otro medio para conseguir un verdadero y perpetuo honor que la amistad de Dios , y el recobrarla cuanto antes por medio de la confesion cuando se ha perdido.

CAPITULO XX.

*De dos medios universales para inducir
al enfermo á morir gustoso.*

Dos medios me parecen muy poderosos con cualquier enfermo , para que abrace gustosamente la muerte ; el uno es decirle : la vida y la muerte del hombre no depende de nuestra voluntad , sino solamente de la divina ; de manera que si Dios quiere que mueras de esta enfermedad , todos los médicos y remedios del mundo , todo el poder , consejo y prudencia de las criaturas , no son capaces de impedir que mueras : *Non est consilium , non est sapientia , non est prudentia contra Deum ; ego occidam , et ego vivere faciam : percutiam , et ego sanabo ; et non est , qui de manu mea possit eruere.* (Prov. 21. Deut. 32.) El exhortarte yo , hijo mio , á que quieras morir , es solamente para que mueras bien y en gracia de Dios , el cual segun muestra tu enfermedad ,

quiere que mueras de ella : así pues , humíllate á su divina Magestad , sujetándote con resignacion á su poderosa mano : (1. *Petr.* 5.) y á los deseos que tienes de vivir , dñes : ¿ De qué servís , vanos deseos , si no está el morir en mis manos , sino en las de Dios ? Y despues para hacer mas gloriosa la victoria , añadirás : Y aun cuando estuviese en mis manos , viendo que mi Señor y mi Dios quiere que yo muera , quiero morir por darle gusto.

El otro remedio es imaginarte frecuentemente que Dios te dice : *Dispone domui tuæ; quia morieris, et non vives:* (Isai. 38.) *Procura disponer las cosas de tu alma; porque estás próximo á la muerte, y no vivirás.* Y ten siempre prevenida esta sentencia para vencer todos los deseos de vivir , diciendo : ¿ Para qué son estos deseos , si ha llegado el último término de mi vida ? Quiero , pues , obedecer á mi Criador , tratar de disponer mis cosas , y ordenar todos mis afectos y todas mis obras para la patria celestial.

CAPITULO XXI.

*Del tercer estado de los enfermos , y en
qué consista el auxilio que se les
debe dar.*

El auxilio de los enfermos de este tercer estado , esto es , de los que se hallan conformes con la voluntad de Dios , y pueden ejercitarse en actos de virtudes , consiste en enseñarles en qué modo deben portarse para agradar á Dios con el médico , con quien los gobierna y sirve , con la enfermedad y con Dios ; y cómo han de combatir de solo á solo con el demonio , cuando se hallaren en el cuarto estado.

CAPITULO XXII.

De lo que el enfermo debe hacer con el médico.

El modo que debe tener el doliente con el que le asiste, ó sea el enfermo con el médico, es primeramente que mire y considere al médico y las medicinas como obras de la bondad y providencia de Dios, de cuyo agrado ha sido proveer al hombre en sus enfermedades de médicos y medicinas, dando á las medicinas virtud de sanar nuestros males, y á los médicos el conocimiento de ellos y de la virtud de las yerbas. Sepa despues, que si Dios no da actual luz al médico, y actual concurso á la virtud de la medicina, ni esta producirá su efecto, ni aquel conocerá el mal, ni su origen: de lo cual se infieren tres cosas: la primera, que la pronta confesion sacramental es tambien cosa admirable para la salud del cuerpo; porque viendo Dios pura la

conciencia, oirá los suspiros y oraciones del enfermo; y consiguientemente, si conviniera, dará al médico el verdadero conocimiento del mal, á las medicinas actual virtud, y el efecto de la salud al enfermo: la segunda es, que los ricos y poderosos no confien en la multitud de médicos, ni en sus juntas, y que los pobres no se entristezcan ni desmayen, viéndose abandonados de la asistencia de las criaturas; sino que los unos y los otros igualmente confien en Dios, y quieran todos depender de su divina Magestad, que sana con médicos y sin ellos, segun es de su agrado: la tercera cosa es, que aunque en todo y por todo hemos de poner nuestra confianza en Dios, debemos no obstante procurar la asistencia de buenos médicos, y obedecer sus órdenes.

CAPITULO XXIII.

*Cómo deben portarse los enfermos con
quien los gobierna.*

Porque los enfermos ordinariamente por causa de sus males suelen estar melancólicos, ásperos y desabridos con los que los gobiernan y asisten, se deberá desde luego exhortarles á la paciencia para que reciban con ánimo quieto cualquier servicio que se les haga, aunque no sea á su gusto, ó porque no sea bueno, ó porque se lo haga creer así el desabrimiento que les ocasiona su indisposicion. Para que no caigan, pues, en el vicio de la impaciencia y de la ingratitud, se les dirá tambien que cuando no les sirven, ó asisten á su gusto, se digan á sí mismos secretamente: Callad, callad, porque vuestro juicio no está para juzgar acertadamente en este tiempo; y si tal vez se faltase en algo, obren como prudentes y buenos cristianos,

escusando la falta y disimulando el disgusto, admitiéndolo todo con semblante alegre, y mostrando su agradecimiento: y si las faltas fuesen graves, y se cometiesen en cosas muy necesarias, no por esto deben impacientarse; mas acordándose de sus culpas, y de lo mucho que deben á la divina Justicia, recibir las con rendimiento de gracias por pena de sus pecados, considerando que les es mucho mejor pagar aquí con poco y con ganancia de mérito, que con mucho en el purgatorio, y sin merecer cosa alguna; y acuérdense que nuestro divino Redentor entre tan crueles penas como padeció, no pudo, estando en la cruz, tener un poco de agua. ¡O si supieses cuántos enfermos hay tan destituidos de todo alivio y consuelo humano, que las piedras, cuanto mas los hombres, se movieran á compasion; y no obstante con ánimo paciente bendicen á Dios! ¡Cuánta mayor razon hay, hijo mio, para que tú lo bagas, teniendo tantas asistencias y comodidades?

CAPÍTULO XXIV.

Cómo debe portarse el enfermo con su enfermedad.

Porque las enfermedades causan dolor y congoja á los enfermos, el modo de gobernarse bien en ellas es sufrirlas con paciencia. A este fin podemos animar al enfermo con las consideraciones siguientes. Locura es sin duda en el hombre no querer tolerar los dolores y adversidades que trae consigo la vida humana, no pudiendo evitarlas; vergonzosa cosa es el no estar acostumbrado á sufrirlas con ánimo tranquilo; pues si tenemos por ignominia la poca doctrina en quien por muchos años se ha ejercitado en las escuelas y estudios, ¿qué se dirá del hombre que apenas ha nacido entra en los afanes y dolores de esta miserable vida, si aun no ha aprendido á tolerarlos? ¿Quién ha vivido jamas sin ellos? Nuestros primeros padres ¿cuán brevemente cayeron

de las delicias del Paraíso terrestre en el abismo de las aflicciones y penas de esta mísera vida? (*Genes. 3.*) ¿Cuán agudos fueron los dolores que penetraron su corazón, cuando con tantas maldiciones fueron arrojados del Paraíso? ¿Cuándo con su sudor adquirían el pan? ¿Cuándo vieron la espantosa muerte de su hijo Abel, (*Genes. 4.*) cosa, ni vista, ni sucedida aun en el mundo? Y no obstante sufrieron todo esto con ánimo paciente. ¿Quién de los patriarcas, reyes y profetas ha vivido sin dolor? ¿Quién de nosotros llegará jamás con su dolor, por agudo que sea, al que sintió Abraham mientras pensaba en la muerte que había de dar con sus propias manos á su único y deseado hijo Isaac por obedecer á Dios? (*Genes. 22.*) ¿Quién al amargo llanto de Jacob, cuando vió la túnica de su amado José teñida en sangre? (*Genes. 37.*) ¿Quién comprenderá jamás los dolores de David, cuando huía de su palacio real perseguido mortalmente de su querido Absalón? (*2. Reg. 15.*) Y dejando otros ejemplos, ¿qué diremos

de los amargos dolores del rey Sede-
 cías , cuando sus enemigos , despues de
 haberle quitado el reino , y muerto en
 su presencia sus hijos , le sacaron los
 ojos , y lo llevaron con grillos y cade-
 nas á las cárceles de Babilonia ? Y no
 obstante , entre tantas calamidades y
 angustias bendijo á Dios. (4. Reg. 25.)
 Si volvemos los ojos al Testamento
 nuevo , se nos pone á la vista inmedia-
 tamente nuestra cabeza Jesucristo , que
 con toda verdad fué llamado : *Vir do-*
lorum (Isai. 53.) *Varon de dolores* : su
 santísima Madre : *Mar grande de do-*
lores y amarguras ; y todos los demas
 miembros suyos los Apóstoles ; márti-
 res , pontífices , vírgenes y todos los
 santos , escesivamente llenos de dolores
 y tormentos. Pues , hijo mio , si no
 hay quien viva sin dolores , el único
 remedio es sufrirlos con paciencia , que
 de esta suerte cuantos fueren los dolo-
 res , tantas serán las piedras preciosas
 de la corona con que serémos corona-
 dos en el cielo por nuestro Criador.

CAPITULO XXV.

*Del modo de escitar al enfermo á la
paciencia y del arte de tolerar.*

Para enseñar , pues , al enfermo el arte de tolerar con paciencia los dolores y afanes de la enfermedad , se le dirá que vuelva frecuentemente todo el pensamiento á uno de los puntos siguientes , hablando siempre consigo en esta ó semejante forma : ¿ Por qué motivo no quieres tú comer de los frutos de que de tiempo en tiempo ha comido siempre toda la naturaleza humana ? ¿ De qué me sirve la impaciencia si no me quita , mas antes me aumenta los dolores ? ¿ No seria locura la mia , si teniendo enfermo el cuerpo , dejase enfermar tambien la razon ? ¿ No es acaso la carne uno de mis principales enemigos ? ¿ Pues por qué me duelo de sus trabajos ? ¿ No he ofendido á Dios por dar gusto al cuerpo ? ¿ Pues por qué ahora no me alegro de que con su

dolor se satisfaga la ofensa de mi Señor? Si no hay mercader que deje de comprar géneros preciosos cuando puede hacerlo con poco dinero, ¿por qué dejaré yo de comprar el cielo y una corona rica de gloria, con estos breves y ligeros dolores? *Id enim quod in praesenti est momentaneum, et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimite aeternum gloriae pondus operatur in nobis, non contemplationibus nobis, quae videntur, sed quae non videntur: quae enim videntur, temporalia sunt; quae autem non videntur, aeterna sunt:* (2. Cor. 4.) Las tribulaciones y los trabajos de esta vida, aunque momentáneos y leves, nos grangean una eterna felicidad de gloria á los que contemplamos, no las cosas que vemos, que son temporales, sino las que no vemos, que son eternas. ¡O qué mercancía es esta tan rica y barata; pues se compra con lo temporal lo eterno, con lo poco lo mucho! Venturoso soy, pues me hallo en esta dichosa feria; y sin razon me lamento de mis penas, debiendo considerar, que si quiero ser miembro de

Cristo (1. *ad Cor.* 6.) no hay razon que permita que debajo de una cabeza coronada de espinas haya miembro que no participe del dolor de sus heridas. Si quiero entrar en el reino de los cielos, *per multas tribulationes nos oportet introire in Regnum Coelorum*; (Act. 14.) me es preciso pasar por muchas y repetidas tribulaciones, para lograr la entrada en el reino de Dios. Ni esto debe parecerme extraño, cuando hablando de sí nuestra cabeza, dice: *Nonne haec oportuit pati Cristum, et ita intrare in gloriam suam?* (Luc. 24.) ¿Por ventura no fué conveniente que Cristo padeciese todo lo que padeció, y que así entrase en su gloria?

Se dirá tambien al enfermo que demas de estas consideraciones, quando se sintiere agravado del dolor, acuda con el pensamiento á los dolores que Cristo padeció ya en un misterio, ya en otro de su pasion; pues mientras se ocupare en considerarlos, sin duda alguna se le suavizarán mucho los suyos. Añadirá tambien oraciones jaculatorias á este modo. Despues que habrá

visto á nuestro Señor Jesucristo angustiado en el huerto sudar sangre (*Luc. 22.*) le dirás así: *O Señor mio, dignaos en memoria y en virtud de las agonías que sufristeis en el huerto, de dar fuerza á mi flaqueza para que pueda tolerar estos dolores, y hacer en esto vuestro santísimo gusto.* Otras veces despues que habrá considerado un poco algun misterio, se imaginará que Jesucristo crucificado vuelve á él los ojos, diciéndole: *Mira, hijo, cuanto padezco por tí: quiero ver ahora como sufres por mi amor estos pocos dolores que te ofligen; que si te parece dura cosa tolerarlos, procura hacerte violencia. porque esta violencia arrebatata el reino de los cielos (Matth. 11.) á mí y á mi Padre, en que consiste la bienaventuranza.*

Tambien se dilata el corazon y se dispone al sufrimiento dando gracias á Dios porque nos hace dignos de padecer, alegrándonos de tener algo que ofrecerle juntamente con los dolores de eu Hijo, de María santísima, y de todos los mártires y santos.

CAPITULO XXVI.

Cómo ha de portarse el enfermo con Dios.

Lo que el enfermo debe hacer con Dios es unirse frecuentemente á su Magestad con la fe, con la esperanza, con la caridad, y con el dolor de haberle ofendido. No hay medio mas poderoso para inducir un alma al ejercicio de estas virtudes, que la consideracion de la bondad de Dios, la cual se irá descubriendo al enfermo con la declaracion, de tiempo en tiempo, de los puntos siguientes: que Dios es nuestro Criador, Redentor, Rey, Sacerdote, Sacrificio, Abogado, Intercesor, Pastor, Alimento, Padre, Cabeza, Médico, Maestro, Ejemplo, Camino, Gozo, Vida, Honor, Gloria y todo bien; añadiendo despues la explicacion de cada uno de estos puntos de este modo ú otro semejante. Considera, hijo mio, cuan grande es la benignidad de

este Señor, á quien tanto has ofendido; pues pudiendo haberte sepultado al instante en el infierno como merecia la gravedad de tus culpas, te ha sufrido y te ha llamado á sí por tantos modos. ¿No te parece que le debes amar con todo el corazon y con todas las fuerzas de tu alma? (*Luc. 10.*) ¿Qué debes dolerte de haberlo ofendido, y esperar de su bondad no solo el perdón de tus pecados, sino toda tu felicidad y tu bien? Ea pues, hijo mio, procura hacer actos de estas virtudes, ejercitándote al amor de su bondad, al dolor de su ofensa, y á la esperanza en su infinita misericordia. Entre la declaracion de uno y otro punto de los referidos, se podrá tambien introducir con gusto y utilidad de los circunstantes algun paso de la Escritura ó de las vidas de los Santos, que declare la bondad de Dios, añadiendo inmediatamente algun pensamiento de los bienes celestiales, para que el corazon del enfermo se encienda y se inflame en el deseo de conseguirlos: lo cual se hace diciendo por ejemplo: *Cum*

invocarem , exaudivit me Deus. (*Psalm.* 8.) Tan prevenido y dispuesto se halla Dios para ayudarnos en nuestras necesidades , que parece en cierta manera que todo su bien consiste en favorecernos. Vuelve , hija , el pensamiento á donde quisieres , que siempre hallarás pronto á Dios. Si miras al cielo , la tierra , las plantas , al mar , los animales y todas las criaturas , en cualquiera hallarás siempre á Dios , dando á todas continuamente para uso tuyo el ser , la virtud y las operaciones. Si vuelves los ojos aun á los demonios , que son nuestros enemigos , hallarás tambien á Dios que les restringe el poder , para que tanto , y hasta tanto no mas , nos tienten y nos ejerciten en las virtudes. (1. *Corinth.* 10.) En suma , hijo mio , si entramos dentro de nuestro corazón , hallarémos que nos reprende el mal , nos exhorta al bien , nos promete el cielo , y se nos ofrece á sí mismo , si le obedecemos. La declaracion de la parábola del hijo Pródigo es muy á propósito para los enfermos temerosos de la justicia de Dios , ponde-

rando los puntos siguientes: *Cum adhuc longe esset, vidit illum Pater ipsius, et misericordia motus est, et occurrens, cecidit super collum ejus, et osculatus est eum..... Citò proferte stolam primam, et induite illum, et date annulum in manu ejus, et calceamenta in pedibus ejus, et adducite vitulum saginatum et occidete, et manducemus, et epulemur; quia hic filius meus mortuus erat, et revixit: perierat, et inventus est: (Luc. 15.)* Estando aun lejos (el Pródigo) de la casa, vióle su padre, y movido de misericordia le salió al encuentro, y echándole los brazos al cuello le dió muchos ósculos y abrazos, y sacando de su recámara la mejor gala, y las alhajas mas preciosas, le vistió y adornó con ellas, y despues hizo un magnífico convite: porque el hijo perdido habia parecido, y porque vivia el que tenia por muerto. ¡O qué ingratitud es la nuestra, dilo tú mismo, cuando ofendemos á tan benigno Padre! ¿Quién no espera perdon de cualquier grande pecado? ¡O qué felicidad la de quien muere presto, pues va luego á ver al Criador

que le ha formado los ojos , la lengua , el rostro , y le ha criado el alma ; á ver al Redentor que con su sangre y muerte le ha salvado ; á ver la belleza de Dios , que es tal y tan grande , que llena y satisface todo el sentido y la capacidad infinita del mismo Dios , que es la felicidad cumplida ! ¿ Qué belleza será aquella que siendo vista perpetuamente y mirada *ab æterno* de los mismos ojos de Dios , teniendo todavía tan fija en sí aquella bienaventuradamente , que ningun otro objeto la distrae , causándole siempre una alegría incomprendible ? ¡ O cuán alta y cuán inefable es la gracia concedida al hombre de recrearse y beatificarse en la misma belleza en que Dios se recrea y se beatifica ! Preciosa puedes llamar esta enfermedad , (*Psalm. 115.*) pues te envia del mundo al cielo , de tantos riesgos á un puerto seguro , y de tantas miserias á la bienaventuranza y gran gozo del Señor.

CAPITULO XXVII.

Del modo de servirse de todas las ocasiones que ocurren , para que el enfermo esté siempre unido con Dios.

No faltan ocasiones en que pueda sustentarse la mente del enfermo con el dulce pasto de pensamientos celestiales y actos de virtud. Del médico (despues que se haya ido) tomaremos ocasion para hablar con el enfermo de este modo : Ya el médico te ha visitado , y has oido lo que ha ordenado y dispuesto , y lo que es necesario para tu enfermedad ; pero este es médico terreno , que cura solamente el cuerpo , que es de tierra , y que precisamente ha de volver á la tierra , y te hace dos visitas al dia por su interes ; vuelve ahora el pensamiento al médico celestial , que sana el alma que es inmortal , y tambien el cuerpo cuando conviene : este es nuestro Dios , Criador y

Redentor : este es aquel solo , *qui propitiatur omnibus iniquitatibus tuis , qui sanat omnes infirmitates tuas : qui redimít de interitu vitam tuam , qui coronat te in misericordia , et miserationibus :* (Psalm. 102.) *que con su benignidad perdona tus errores , sana tus dolencias : que redime la vida de tu alma de la perdicion eterna , y que con su infinita misericordia te concederá la corona de la gloria.* Y no solamente visita dos veces al enfermo , sino que continuamente le asiste , librándole de todo mal , y procurándole el bien. *Cum ipso sum in tribulatione :* (Psalm. 90.) *Con él estoy en la tribulacion , y no quiere otra paga que el amor ; esto es , aquel amor que nos hace obedientes á sus preceptos , que nos escita y mueve á dolor cuando le ofendemos , y que con humildad y se nos hace correr apresuradamente á su misericordia.* ¿ Cuántas veces has recibido estas gracias de este divino Médico ? Sosiega , pues , y descansa ahora en su amor , y dí de todo corazon : *Benedic , anima mea , Domino , et omnia , quas intra me sunt , no-*

mini sancto ejus. Benedic, anima mea, Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus. (Psalm. 102.) Alaba, alma mia, al Señor, y todas mis potencias alaben su santísimo nombre. Alaba al Señor, alma mia, y ten presentes sus beneficios, sin olvidarte de alguno de ellos. Tambien tengo que hacerte una advertencia para que no incurras en un grande error. Tú, por obedecer al médico terreno, recibes con gusto muchas cosas amargas al paladar. Pues si ejecutas esto solamente por la salud incierta de un cuerpo corruptible, ¿con cuánto afecto y rendimiento de gracias deberás recibir cualquiera amargura por obedecer á Dios, y sujetarte en todo á su voluntad? Procura, pues, hijo mio, estar en esto muy advertido; porque en ello se interesa no menos que el honor de Dios y tu eterna salud. Tambien se podrá decir al enfermo: no se ha visto ni oído, hasta ahora, que médico alguno haya querido tomar la enfermedad y dolores, ni que haya tomado las medicinas amargas, ni otros remedios para sanar al enfer-

mo, sino los dineros y regalos que le han dado; pero nuestro divino Médico ha hecho todo esto por nuestra salud: *Verè languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit: (Isai. 53.)* él bebió el cáliz amargo de nuestra medicina: *Calicem, quem dedit mihi Pater, non vis, ut bibam? (Joann. 18.)* El tomó igualmente sobre sus delicadísimas carnes todos los remedios de dolores por nuestra salud: *Ipsè autem vulneratus est propter scelera nostra, et labore ejus sanati sumus; (Isai. 53.)* y así exclamó con aquellos suspiros amarguísimos: *Deus meus, Deus meus, ¿ut quid dereliquiste me? (Matth. 27.)* Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado? ¡O ingratitud impia del hombre, que no ama á este Médico, que no obedece á este Señor, y que no quiere padecer por amor suyo la mas leve pena! Cuando se sangrare al enfermo le podrá decir: Esta sangre que has permitido te saquen, ha sido de una parte sola, y en poca cantidad, y únicamente por el amor que tienes á este cuerpo miserable y corruptible,

y se te ha sacado con una punta sutilísima, para que no sientas el dolor; pero Cristo nuestro médico soberano dejó le sacasen toda la suya de todo el cuerpo á fuerza de azotes, de espinas agudas, y de duros clavos. ¡O inefable, ó dulce amor! ¡O bone Jesu, sis mihi, quaeso, Jesus! ¡O buen Jesus, sed para mí Jesus; esto es, sed salud, Salvador, sed Médico: que todo lo dice vuestro dulcísimo Nombre. ¿Sabes, hijo, lo que nos sucede cuando hablamos y discurremos del amor que nos tiene? Lo mismo puntualmente que sucede á los que van al mar con sus vasos para llenarlos de agua: los llenan verdaderamente; pero aunque vayan muchas veces al mar y llenen sus vasos, no obstante siempre se queda el mar en su inmensidad, como si nada se le hubiese quitado: así, digo, hacemos nosotros cuando discurremos y hablamos del amor divino, que por mucho que nuestros entendimientos se llenen de su conocimiento, lo que nos falta por conocer es siempre infinito.

En las visitas que se hacen al en-

fermo, se le dirá: Mira cuantos vienen á visitarte y á consolarte de varias maneras; pero las visitas que tuvo nuestro Redentor, estando en el árbol de la cruz, para dar la salud al linage humano, quiso que fuesen afanes y oprobios: *Prætereuntes autem blasphemabant eum, moventes capita sua, et dicentes: Vah qui destruis Templum Dei, et in triduo reedificas illud; salva te-metipsum: si filius Dei es, descende de cruce: (Matth. 27.) Blasfemaban los pasajeros á su divina Magestad, haciendo movimientos irrisorios con la cabeza, y diciéndole: Vah, que destruyes el Templo de Dios y le reedificas en tres dias, sálvate ahora á ti misma: si eres hijo de Dios, descende de la Cruz.* Cuando se habrá limpiado y purgado el pecho, y lavado la boca, le diremos: Tú por la gracia del Señor te has limpiado y purgado el pecho, y lavado la boca; pero nuestro Salvador, á fin de que se limpiase y purgasen nuestros pechos de las iniquidades, toleró que le escupiesen en su sacratísimo rostro, siendo el objeto en que desean mirar y con-

templar todos los espíritus angélicos : *Tunc expuerunt in faciem ejus.* (Matth. 26.) Cuando vieres al enfermo volverse de un lado á otro , dle : Tú te vuelves frecuentemente de una parte á otra , y en ninguna te permite reposo tu enfermedad : lo mismo sucede puntualmente á nuestra alma cuando se halla enferma por haber dejado á Dios , y entregádose al amor de las criaturas ; vuélvase donde quisiere , jamas hallará quietud en alguna cosa : *Versa* , dice san Agustin , (*Conf. lib. 6.*) *et reversa in tergum , et latera , et in ventrem ; et dura sunt omnia* : porque solo Dios es la paz y el descanso de nuestras almas. Si quieres pues quietud , pon tu corazon en Dios , pasa de un acto de amor á otro , fija allí todos tus pensamientos , y descansa ; con el dolor de sus ofensas suaviza los dolores de tu cuerpo , y reposa eternamente en la esperanza de su bondad y misericordia.

Viendo vasos sobre la mesa , le dirá : ¡ O cuántos y que bellos vasos están aquí á tu servicio , llenos de varias aguas y licores ! Pero el vaso preve-

nido para el Hijo de Dios estaba lleno de amargura: *Vas ergo erat positum aceto plenum.* (Joann. 19.) Considera un poco, hijo mio, nuestra ingratitud, viendo que Cristo nuestro bien, tomó lo amargo por nuestra salud, y por purgarnos de nuestros pecados, y en cambio de las bendiciones y gracias que debe tributarle nuestro reconocimiento, solo hemos procurado llenarle el pecho de mayores amarguras.

Las flores que suelen verse en el aposento del enfermo, pueden dar ocasion para levantar á Dios la mente del enfermo diciéndole: vuelve un poco los ojos interiores de estas flores terrenas á aquella flor divina del Hijo de Dios, en que jamas falta suavidad de amor y de todo consuelo: *Ego*, dice, *flos campi*: (Cant. 2.) *Yo*, dice, *soy la flor del campo*. La flor del campo no debe su ser á la industria del hombre, sino á las aguas del cielo: no es propia de este ó de aquel, sino de quien la quiere; y no solamente está sujeta á los pies del hombre, sino tambien á los de los brutos: así pues el Hijo de Dios

no encarnó en las purísimas entrañas de María santísima por obra de hombre, sino del Espíritu Santo: *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi* (Luc. 1.) No es de este ó de aquel, sino de quien lo quiere gozar con la verdad y con la obediencia de sus preceptos: *Si quis vult venire post me.... tollat crucem &c.* (Matth. 16.) *El que quisiere seguirme abraza su cruz.* Esta flor divina no se sujetó solamente á José y á su Madre santísima, *et erat subditus illis;* (Luc. 2.) sino tambien á los bestiales caprichos de los Fariseos y de la plebe: *Ego sum vermis, et non homo, opprobrium hominum, et abjectio plevis.* (Psalm. 21.) ¡O cuán digna es de ser considerada la soberbia del hombre, que no quiere en sus deseos sujetarse ni aun al mismo Dios!

Las almohadas de la cama nos dan tambien materia para decir al enfermo: Tu cabeza tiene donde reclinarse. Atiende á la amargura con que se lamenta: *Vulpes foveas habent, et volucres cœli nidos! Filius autem hominis*

non habet, ubi caput reclinet : (Luc. 9.)

Los animales tienen cuevas , las aves del cielo nidos ; y el Hijo de Dios , Criador del cielo y tierra , no tiene en que reclinar su cabeza. Tan despreciado , dice , soy del hombre , á quien he criado á mi semejanza , y redimido con mi sangre (Gen. 1. Pet. 1.), que antes da albergue en su corazon á la vanidad y á los engaños que afligen y dan la muerte , que á mí que doy la paz y la vida. A este modo podemos de cualquiera cosa tomar ocasion de hablar al enfermo y circunstantes , para encenderlos con nuevos actos en el amor de Dios , y ejercitarlos al dolor de su ofensa , y á la esperanza de su misericordia.

CAPITULO XXVIII.

Qué se debe decir cuando se toma el Crucifijo en la mano.

Se tomará algunas veces el Crucifijo ; y como si el mismo Señor hablase , diremos al enfermo : *Para que veas, alma mia amada , cuanto te quiero , me pongo delante de tus ojos pendiente de la cruz con esta cabeza penetrada de espinas , con estas manos y pies traspasados de clavos , con este costado abierto , con el espíritu ya entregado en las manos de mi Padre , para que aplacado te reciba en amistad.* Considera , hijo mio , esta fineza incomparable del Salvador , adórale (y adorará el enfermo el Crucifijo) , y dile : *Ave , Rex noster , tu solus nostros es miseratus errores ; Patri obediens ductus es ad crucifigendum , ut agnus mansuetus ad occisionem : Bendito seas , Señor y Rey de los judios y nuestro , de quien solamente podemos esperar misericordia , y alcanzar perdon de nues-*

tras culpas : pues obedeciendo á vuestro eterno Padre quisisteis ser llevado á la cruz , y como inocente Cordero , dar en ella la vida para nuestro remedio. Después en particular adorará la cabeza , y sumergirá en aquellas llagas todos los pensamientos soberbios y vanos , con que habrá ofendido á su divina Magestad , diciendo : Dignaos , Redentor mio , de perdonarme en virtud de estas llagas cualquiera pecado que con mis pensamientos haya cometido ; y adorando las llagas de las manos , pedirá perdón de todas las obras malas , y en la adoración de los pies el perdón de todos los afectos terrenos ; últimamente adorando la llaga del costado , se sumergirá enteramente en ella con todos los pensamientos , palabras y obras con que hubiere ofendido á Dios , para que allí se limpie de todas sus culpas , y esté seguro en todos los asaltos , y preservado de todo mal ; y dirá fervorosamente : Dominus fortitudo mea , Dominus firmamentum meum , et refugium meum , et liberator meus : (Psalm. 17.) El Señor es mi fortaleza , es mi ampa-

ro , es mi refugio , y el que me libra y librará de mis enemigos : y teniendo el Crucifijo en la mano , se podrá tambien decir al enfermo : en virtud de las llagas de este sagrado cuerpo , el Padre eterno te coronará en el cielo con la corona de gloria : por las de estas espaldas te dará la estola de alegría : estas manos penetradas de la dureza de los clavos te han fabricado en el cielo tu silla : las llagas de estos pies te han allanado el camino de la bienaventuranza , y te darán la entrada en la gloria eterna ; ofrece pues con rendimiento de gracias al Padre celestial su Hijo santísimo en este Crucifijo , para que en virtud de sus méritos te conceda todos estos efectos , y dile : *Dios mio , Padre de nuestro Señor Jesucristo , mirad vuestro Hijo , y en virtud de sus obras perdonadme y hacedme digno de vuestro reino , para que allí os adore y alabe sin fin.* Y se dirá algunas veces al enfermo que bese las llagas del Crucifijo con todo afecto y fe.

CAPITULO XXIX.

Del modo de armar al enfermo para la batalla que ha de tener con el enemigo de solo á solo.

Podrá suceder (se dirá al enfermo) que la enfermedad te quite en los últimos momentos el uso de la lengua y del oído, en cuyo tiempo suelen combatir mas los enemigos para lograr el triunfo; pero no desmayes por esto: *Plures enim nobiscum sunt, quàm cum illis: (4. Reg. 5.)* Porque mas poderoso es el escuadron que nos defiende, que el que combate contra nosotros. ¿Crees por ventura, hijo mio, que Dios te olvida? ¿Qué Jesucristo está ya cansado de obrar por tu salud? ¿Qué María santísima y el ejército de los ángeles del cielo no están prevenidos para ayudarte? Si el demonio tiene deseo rabioso de tu condenacion, infinitamente mayor es el que Dios tiene de tu salud; si el demonio sabe engañar y tiene al-

gun poder, queda fácilmente vencido de la infinita sabiduría y poder divino; y por decirlo en una palabra, tanto podrá el demonio, tanto sabrá y tanto tendrá cuanto le fuere permitido del Señor, (2. *Corint.* 1.) que desea siempre salvarnos; y así todo está en las manos de su divina Magestad, cuyo amor no somos capaces de esplicar, ni aun de comprender. ¿Puedes desear nueva mejor y de mayor consuelo que esta? Anímate, pues, hijo; pero advierte que Dios quiere que estemos prevenidos y armados contra los asaltos del enemigo, (*Matth.* 24.) el cual en estos últimos instantes de la vida suele ordinariamente combatirnos con tentaciones contra la fe y la esperanza, y con la presuncion y vanas ilusiones.

CAPITULO XXX.

Del modo de armarse para vencer las tentaciones contra la fe.

En el fin del Combate Espiritual se habló de estas tentaciones que suelen padecerse en la hora de la muerte ; pero muy brevemente : por cuya causa trataremos en este lugar , como el mas propio , con mayor estension esta materia. Para que tú , hijo mio , combatas con poco trabajo y con segura victoria en la batalla contra la fe , la regla que deberás seguir siempre , ha de ser huir de cualesquiera discursos sobre la misma fe ; manteniéndote siempre con invariable firmeza dentro de esta fortaleza : *Yo creo cuanto cree la Santa Iglesia Católica Romana* ; y esto mismo ejecutarás , aunque los asaltos vengan autorizados y corroborados con lugares y pasos de la sagrada Escritura ; porque todos estos lugares serán mal alegados y truncados , y no serán dignos de al-

guna consideracion. De este modo se desvanecerán , como la cera al fuego y el humo al aire. Estarás tambien advertido , que algunas veces te ocurrirán pensamientos que parecerán favorables á la fe ; pero no obstante no les des oídos de ninguna manera ; porque todo esto será industria y artificio del demonio , para abrirse la puerta , y confundirte despues el entendimiento con disputas : y así te repito una y mil veces te tengas firme en este lance dentro de esta segura fortaleza : *Yo creo cuanto cree la Santa Madre Iglesia Católica Romana* , crea como creyere , cuanto creyere , y porque lo creyere ; pues es cosa de mucho peligro querer investigar y saber estas cosas con curiosidad en los últimos combates : y así hazte sordo á cualquiera pregunta en orden á la fe , aunque te parezca que los ángeles del cielo , ó el mismo Jesucristo , te la hacen por darte materia de mayor merecimiento. Acostúmbrate , pues , desde ahora á decir frecuentemente : *Yo creo cuanto cree la Santa Iglesia Católica Romana* , y en este punto no quiero

saber mas. Pero aunque, como he dicho, este es un fortísimo presidio, no obstante tu mayor apoyo y tu mayor defensa ha de ser la omnipotente bondad y misericordia de Dios; porque no es el arco ó la espada del hombre la que da la victoria (*Psalm. 43.*), sino la mano diestra de la virtud divina; y por esta causa es necesario recurrir frecuentemente á Dios con el pensamiento, para que te libre de todos los peligros.

CAPITULO XXXI.

De la protestacion de la fe.

Se advertirá al enfermo que diga el credo; y despues se dirá: ¿No crees todo esto y cuanto cree la Santa Iglesia Católica Romana? ¿No quieres morir y vivir en esta santa y segura fe? Vuelve, pues, el corazon á Dios y dile: *Señor y Criador mio, no solamente os habeis dignado por vuestra bondad de criarme á vuestra imágen y semejanza,*

sino tambien habeis querido que yo naciese de padres católicos, y que viviese siempre en la fe Católica Romana, de lo cual os doy infinitas gracias: pues que vuestras obras son perfectas, (Deut. 52.) é infinita vuestra bondad y misericordia, os suplico, que perfeccioneis esta gracia en mi, haciéndome morir en la fe Católica Romana; porque esta es mi firme y resuelta voluntad, y así lo declaro delante de Vos, Criador y Redentor mio, delante de vuestra Madre santísima, é inmaculada Virgen, en la presencia de mi Angel custodio, de san Miguel arcángel, ángeles y santos del cielo, y de estos RR. PP. y de todos los circunstantes; y os suplico, Señor mio, por aquel entrañable amor que os movió á bajar del cielo á la tierra, que os digneis de sustentarme para que no caiga, y si cayere, de levantarme luego; que desde ahora detesto cualquiera caída ó duda en que incurriere, y os pido humildemente perdon. Implorará tambien el enfermo el auxilio de María santísima, del Angel custodio, de san Miguel arcángel, y de todos los demas santos de

quienes fuere devoto , y repetirá esto muchas veces al dia.

CAPITULO XXXII.

Del combate contra la esperanza y de sus deseos.

Tres son los principales argumentos con que procura derribar el demonio nuestra esperanza. El primero es, dándonos á entender que las confesiones pasadas no han sido buenas : el segundo , que la gravedad y multitud de nuestros pecados no es capaz de perdon ; y el tercero , que nuestro arrepentimiento llega tarde. La defensa de la primera batería es fácil á quien se halla todavía hábil para tratar con su confesor , diciéndole : Padre mio , esto y esto me da cuidado ; ¿ qué os parece que haga ? Y despues que habrá ejecutado lo que el confesor le haya aconsejado y ordenado , no piense mas en esto , ni dé oídos á tales argumentos. Tambien es fácil el remedio para los

que estando ya vecinos á la muerte , no pueden recorrer con su memoria la vida pasada ; porque deben estos decirse á sí mismos : *Yo creo , que las confesiones pasadas han sido buenas por la misericordia de Dios ; pero si no lo hubiesen sido por culpa mia , me pesa Dios mio , de todo corazon , y fiado en la preciosísima sangre de vuestro Hijo santísimo , os pido que me perdoneis ; pues yo estoy pronto á hacer cuanto debo , si vuestra divina Magestad me lo permite ; y esto bastará para su quietud , y para deponer cualquier escrúpulo y congoja.* Para responder al segundo argumento , sabemos que el mismo Salvador del mundo dijo que vino á la tierra por salvar á los pecadores ; (*Matth. 1. Tim. 9.*) se vistió de nuestra naturaleza por los pecadores ; asimismo por los pecadores conversó en el mundo treinta y tres años ; por la salud de los pecadores predicó y enseñó su divina doctrina ; (*Baruch. 3. 3. Matth. 4.*) y últimamente por la salud de los pecadores toleró tantas penas y tormentos en la cruz , y murió en ella. ¿ No dijo tambien Dios

en el antiguo Testamento por boca de su Profeta: (*Isai. 1.*) *Quiescite agere perverse; discite benefacere.... et venite, et arguite me? Si fuerint peccata vestra, ut concinnum, quasi nix dealbabuntur, et si fuerint rubra, quasi vermiculus, velut lana alba erunt. Dejad de obrar perversamente: procurad hacer obras de piedad y de misericordia; y si yo os fallare y no os socorriere con mi gracia, argüidme de infidelidad y de que falté á mi palabra. Si vuestros pecados fueren de color rubicundo como la grana, ó de color bermejo ó rojo como el gusanillo, mudarán su color en la blancura de la nieve, y de la lana muy blanca. (Véase en el cap. 13.)* En el Testamento nuevo sanando Cristo á la suegra de san Pedro, (*Matth. 9.*) al hijo único de la viuda de Nain, (*Luc. 7.*), y á Lázaro (*Joan. 11.*) ¿no se declara manifiestamente que no hay pecado que el misericordioso Dios no perdone á quien con humildad y se recurre á sus brazos piadosos?

El tercer argumento, con solo esta autoridad de la Escritura, queda ente-

ramente desvanecido: *impietas impij non nocebit ei, in quacumque die conversus fuerit ab impietate sua: (Ezech. 33.)* La maldad del impto no le dañará, ni le servirá de perjuicio delante de Dios, como de veras la deteste, y se convierta de corazon á su Magestad, pidiéndole perdon de sus culpas.

CAPITULO XXXIII.

Del tercer asalto, que es el de la presuncion, y del modo de rebatir los enemigos.

Vencidos los enemigos en los dos asaltos referidos, suelen acometernos con el tercero, que es el de la presuncion; y esto sucede en dos maneras: la una es presumiendo nosotros de nuestras obras, y apoyando en ellas nuestra salud: la otra es persuadiéndonos á que somos mas favorecidos de Dios, y mas particularmente que los demas. La presuncion de nuestras obras se redarguye y convence con dos pe-

derosas razones : la una es , que no sabemos si son aceptas á Dios ; y la otra , que de las buenas obras se puede caer fácilmente en alguna culpa que nos dé la muerte para siempre. De la presunción de una singular misericordia de Dios , basta decir , que es una insufrible soberbia que debe huirse y aborrecerse mortalmente. Dirá , pues , frecuentemente : *nescit homo , utrum odio , an amore dignus sit.* (Eccles. 9.) *No sabe el hombre si es digno de amor ó de odio. Non intres in iudicium cum servo tuo , Domine ; quia non justificabitur in conceptu tuo omnis vivens :* (Psalm. 142.) *No entreis , Señor , en juicio con vuestro siervo , porque no se hallará quien pueda justificarse en vuestra presencia.*

CAPITULO XXXIV.

De algunas advertencias para el último paso de la muerte.

Si por desgracia ó poca advertencia (se dirá al enfermo) hubieses caído en alguna duda sobre la fe, ó en pensamientos de desesperacion, de presuncion, de infidelidad ó en algun otro, no pierdas el ánimo, aunque el demonio te quiera hacer creer que no tienes remedio; porque si puedes, confíesate luego; y si no puedes, dí con el corazon: *Deus, propitius esto mihi peccatori*: (Luc. 18.) *Dios mio, usad de misericordia con este pecador*; y si pudieses, harás alguna señal de contricion y de dolor, que Dios te ayudará: vuelve tambien con frecuencia el pensamiento al auxilio de María santísima, de tu Angel custodio y de los otros santos de quienes eres devoto, empezando desde ahora á acostumbarte á estos actos. Acuérdate tambien desde

ahora , que cuando yo te mostrare las llagas de los pies de Cristo crucificado, te exhorto á la humildad y santo temor de Dios , diciendo en nombre tuyo : *non intres in judicium cum servo tuo, Domine, &c.* (Psalm. 142.) *No entréis, Señor, en juicio con vuestro siervo; porque no se hallará quien pueda justificarse en vuestra presencia; y mostrándote las llagas de las manos, te aliento á la esperanza en los méritos de Cristo, diciendo por ti: In te, Domine, speravi, non confundar in æternum: (Psalm. 30. 70.) Espero, Señor, en Vos, y espero en los méritos de vuestra santísima Pasion, que no será vana mi esperanza, sino que lograré la vida eterna.* Y cuando te mostrare el costado abierto , te convido á su amor, diciendo en tu nombre : *Diligam te, Domine, fortitudo mea: (Psalm. 17.) Ámote, Señor, y te amaré, fortaleza mia; y mostrándote todo el crucifijo, te convido nuevamente al amor y á la esperanza, y diré por ti: Jesu, sis mihi Jesus: Jesus, sed para mí Jesus; y levantando las manos al cielo, diré en tu nom-*

bre : *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum ; ita desiderat anima mea ad te Deus : (Psalm. 41.) así como el ciervo sediento busca con ansia el agua , así mi alma te desea , Dios mio , y bien mio ;* y poniéndote delante la imágen de la Virgen santísima , diré por ti : *Maria , Mater gratiae , Mater misericordiae , tu nos ab hoste protege , et in hac hora mortis suscipe : María , Madre de gracia , Madre de misericordia , libradme del enemigo , y recibidme en esta hora de mi muerte . ¿ No desees , hijo mio , que yo en tu nombre diga y repita estas oraciones y afectos y todo lo demas que Dios me inspirare ? Dilata , pues , el corazon , está alegre y confia en quien te ha criado y redimido . Ultimamente , te advierto que no desees jamas tener visiones , y que si las tuvieres no las creas ni las adores , aunque te exhorten á que lo hagas ; mas volviéndote con la consideracion á aquel santo que representan , le adorarás en el cielo ; y si representaren á María santísima , adórala á la diestra del Hijo de Dios : y representando á este sobe-*

rano Señor, le adorarás á la diestra del Padre, y en el santo sacramento del Altar.

CAPITULO XXXV.

Lo que se debe decir cuando al enfermo se le da el Viático.

Cuando hubiere llegado el santísimo Sacramento, se dirá al enfermo antes que lo reciba: aquí está el único Salvador del mundo debajo de los accidentes de esta Hostia consagrada, que es aquel Hijo bendito á quien el Padre *propter nimiam charitatem, qua dilexit nos, misit in mundum*: (Eph. 2.) *Por el infinito amor con que nos amó y ama, envió al mundo*: aquí digo está oculto el Cordero inmaculado que murió en la cruz por librar el linage humano del cautiverio de la culpa. (1. Joan. 4. Joan. 1) ¿No crees firmemente todo esto, y que comiendo de este Pan divino con la disposicion debida, recibimos muchos favores y gracias, y entre

otras, que en este último término de la vida nos dará virtud, y nos servirá de guía para el camino del cielo? ¿No tienes deseo de recibirlo para gozar de estos efectos milagrosos, y para complacer en esto á tu Salvador? ¿No te conoces indigno de un bien tan grande, y de recibir dentro de ti este Señor inmenso? Díle pues: *Domine, non sum dignus*, &c. (Matth. 8.)

CAPÍTULO XXXVI.

Del cuarto estado de los enfermos.

Pusimos en el cuarto estado los enfermos que poco ó nada sienten. El modo de ayudarles será poner frecuentemente el corazón y la mente en Dios, rogando por ellos en esta ó semejante forma: Criador del cielo y de la tierra, veis aquí vuestra criatura, que con tan alto consejo y amor habeis criado á vuestra imagen y semejanza: (*Genes. 1.*) no menosprecieis, Señor, la obra de vuestras manos, aunque con los peca-

dos que he cometido se halle defectuosa. (*Psalm. 137.*) Veis aquí, ó Verbo encarnado, aquella criatura, que era ya vuestra carne: no la aborrezcais, Señor, aunque se halle desnuda de buenas obras, sino vestidla de vuestros bienes y méritos, así como nos mandais á nosotros que lo hagamos. (*Isai. 58. Matth.*) Veis aquí, Legislador divino, esta criatura por sus pecados enemiga vuestra: perdonad, Señor, á vuestros enemigos, y hacedles bien, pues así nos mandais vos que lo hagamos con los que son nuestros enemigos. (*Matth. 5.*) Veis aquí, ó buen Pastor, esta vuestra ovejuela perdida (*Luc. 15. Joann. 10.*) que habeis buscado y seguido treinta y tres años en este valle de lágrimas: no permitais que de vuestros divinos hombros caiga en las manos de los lobos infernales, (*Luc. 15.*) sino reducidla á vuestro aprisco. Mirad, Redentor del mundo, la criatura por quien habeis sufrido tan indecibles tormentos en la cruz: no la abandonéis ahora, aunque haya sido ingrata: salvadla, Señor, en memoria de aque-

llas angustias mortales que os dignasteis de padecer en el Huerto, (*Luc. 22.*) y en virtud de vuestras sacratísimas llagas, de vuestra sangre, y de vuestra muerte.

También para ayudar al enfermo podremos usar de versos de los salmos que sean propios del lugar y del tiempo; y si estuviere tímido, se dirá: *Adjutor meus, et liberator meus es tu: Domine, ne moreris.* (*Psalm. 69.*) *In te, Domine, speravi; non confundar in æternum.* (*Psalm. 30 et 70.*) *In te speraverunt patres nostri, speraverunt, et liberasti eos: ad te clamaverunt, et salvi facti sunt: in te speraverunt, et non sunt confusi.* (*Psalm. 21.*) *Deus, ne elongeris à me; Deus meus, in auxilium meum respice.* (*Psalm. 70.*) *Deus, in adjutorium meum intende; Domine ad adjuvandum me festina.* (*Psalm. 69.*) *Deus noster, refugium et virtus, adjutor in tribulationibus, quæ invenerunt nos nimis.* (*Psalm. 45.*) *Miserere mei Deus, miserere mei; quoniam in te confidit anima mea: et in umbra alarum tuarum sperabo, donec transeat iniqui-*

las. (Psalm. 56.) Domine, vim patior, responde pro me. (Isai. 38.) Quare tristes es, anima mea, et quare conturbas me? Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi salutare vultus mei, et Deus meus. (Psalm. 42.) Quam dilecta tabernacula tua Domine virtutem! concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini Beati, qui habitant in domo tua, Domine, in sæcula sæculorum laudabunt te. (Psalm. 83.) Convertere, Domine, et eripe animam meam: saluum me fac propter misericordiam tuam. (Psalm. 6.) Eripe me de inimicis meis, Domine, ad te confugi. (Psalm. 143.) Clamavi ad te, Domine, dixi: Tu es spes mea, portio mea in terra viventium. (Psalm. 141.)

Si se teme que presuma de sí y de sus obras, se dirán estos versículos: *Non intres in iudicium cum servo tuo, Domine, quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens. (Psalm. 142.) Si iniquitates observaveris, Domine: Domine, quis sustinebit? (Psalm. 129.) Non enim in arcu meo sperabo, et gladius meus non salvabit me. (Psalm. 143.)*

Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam. (Psalm. 113.) Deus, propitius esto mihi peccatori. (Luc. 18.) Se dirá tambien frecuentemente: *Jesu, sis mihi Jesus. ¡Jesus, Maria! Jesu, adjuva me propter te metipsum, et Matrem tuam. Maria, Mater gratiæ, Mater misericordiæ, tu me ad hoste protege, et in hac hora mortis suscipe.* Se le hará muchas veces la señal de la cruz en la frente, en los ojos, en la boca y en el pecho, diciendo: *Jesus, Maria: Jesu Nazarene, Rex judæorum, saluum me fac in nomine tuo. (Joan. 19. Act. 2 et 4.)* Tambien se le rociará frecuentemente con agua bendita, se leerá la pasion de Cristo, se dirán las letanías y otras cosas que enseña el Ritual, propias de este caso, y se dirá á los circunstantes que rueguen por el enfermo; y todos procurarán ayudarle del modo que pudieren, acordándose en esta ocasion cada uno de aquella sentencia del Señor: *Qua enim mensura mensi fueritis, remetietur vobis: (Luc. 6.)* Con la medida con que midiereis, seréis medidos. Con estos y

semejantes versos y oraciones , se ayudará á los enfermos de este estado ; pues no son capaces de mayor auxilio.

CAPITULO XXXVII.

Qué se debe hacer despues que el enfermo haya muerto.

Despues que el enfermo haya muerto , será bien retirarse á otra estancia , para dar lugar á que la familia atienda á acomodar el cadáver ; y entre tanto diremos el oficio de difuntos ; y volviendo despues á consolar á los parientes , les hablaremos en esta forma : os alabo que lloreis , porque demás de ser cosa agradable á Dios el llorar á los muertos , es señal de tener el corazon humano ; pero tambien es cierto , que ha de tener sus términos el llanto , para que no se convierta en vicio una obra tan digna de alabanza ; y para empezar á moderar las lágrimas , oigamos lo que á cada uno de nosotros nos dice el difunto , aunque no oigamos su voz :

Memor esto, nos dice, *judicii mei; sic enim erit et tuum: mihi heri, et tibi hodie*: (Eccli. 38.) Ya yo he muerto; y muy en breve haréis vosotros lo mismo, sin esperanza de que vuelva á empezar el curso de vuestra vida. Desde ayer á hoy se puede decir vive el hombre: tan velozmente pasa esta sombra fugitiva de la vida; porque no hay vida verdadera sino la del cielo. ¿Pues para qué llorais por mí tan amargamente? Si se debe llorar, llorad tambien por vosotros, que caminais con pasos apresurados á la muerte; y por decirlo mejor, si me amais y os amais á vosotros mismos, dejad el llanto, que á mí no me aprovecha; y á vosotros, siendo escesivo, os ocasionará daño en el cuerpo y en el alma. Gastad, pues, el tiempo que empleais en llorar, en rogar á Dios por mí, considerando que los juicios de Dios hallan que purgar en las almas mas de lo que imagina el mundo. Yo, como quien os amo, os exhorto á la virtud, al amor de Dios y del prójimo, y al desprecio del mundo. ¿De qué me han servido

los deleites de la carne , los deseos , la soberbia y la vanidad del mundo ! Mirad como todo pasa á manera de viento velocísimo. Lo que solo me ha quedado , son penas acerbísimas , que por la misericordia de Dios , como debeis esperar , conviene que yo padezca , no en el infierno , sino en el purgatorio ; y así os pido , que me ayudeis y socorrais con todos aquellos medios que enseña la santa Iglesia Católica Romana ; y dando fin á mi razonamiento , os pido nuevamente que procureis hacer en vida , lo que en la hora de la muerte deseariais haber ejecutado. ¡O qué dolor ! ¡O qué dolor es en la hora de la muerte el pensar en el bien que pudimos haber hecho y no hicimos ! ¡O cuántos bienes eternos se pierden ! ¡Cuántos tesoros se desperdician ! Sed pues sabios , advertidos y prudentes , y ordenad y componed vuestra vida para la última necesidad en que os hallaréis , que en esto consiste la suma de nuestra felicidad ; y todo lo demas es inútil y de ningun provecho.

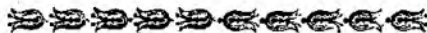
CAPITULO XXXVIII.

Del quinto y último estado de los enfermos.

En el quinto estado pusimos á los convalecientes , á quienes hablaremos en esta forma : Muchos documentos podréis haber sacado de esta enfermedad ; pues habeis conocido con mayor luz , que sois mortales : que las cosas del mundo pasan velozmente : que vuestra adhesion y apego á las criaturas es mas tenaz de lo que creiais : que sin grande dificultad y sumo dolor , no puede el hombre desasirse de ellas ; y últimamente , que es grande el terror y espanto que causa la consideracion de la estrecha cuenta que se ha de dar á Dios de toda nuestra vida. Asimismo habeis experimentado , cuán dulce es la memoria de las buenas obras que se han hecho. El fruto que habeis de coger de todo esto es , que como un prudente capitan , habiendo visto las partes mas flacas de vuestro corazon , y reconocido vuestros defectos , procureis

en este poco tiempo de vida que os queda , fortificaros con diligencia , para que cuando venga la muerte os halle tan bien prevenidos que os abra el paso á la vida verdadera. El modo pues de fortificaros y preveniros ha de ser este : Cada mañana imaginaréis que os dicen : *Dispone domui tuæ ; quia morieris.* (Isai. 38.) *Procura disponer las cosas de tu alma , porque está muy próxima tu muerte ;* y como si aquel día fuese el último de vuestra vida , atended en todas vuestras acciones á tener limpia la conciencia , á mortificar las pasiones , á despreciar el mundo , y á enriquecer vuestra alma de virtudes y buenas obras , para agradar á Dios. Para esto es necesaria la vigilancia , la violencia , la oracion , la meditacion , y la frecuencia de los santos Sacramentos. Os acostumbraréis á velar sobre vuestro corazon , para que se desprenda de las criaturas , y no se pegue mas á ellas ; y si en esto sintiereis repugnancia y pena , haceos fuerza , y recurrid al instante á la oracion , diciendo : Señor , libradme de mis enemigos , y de

todas las inclinaciones terrenas : ayudadme , Dios mio , para que no ceda á estos movimientos , que son contrarios á vuestra voluntad. Despues meditaréis en alguna de las cosas que hizo Jesucristo en el curso de su vida , y en los misterios de la Cruz ; y considerando que su divina Magestad se dió todo por vosotros , no tengais dificultad en entregaros enteramente á su voluntad , que no quiere otra cosa que vuestro bien , y tal y tan grande , que no cabe en nuestra comprension ; porque os quiere en el cielo en su compañía , para que os sustentéis del mismo manjar de gozo , perfeccion y bendicion , de que su divina Magestad se sustenta y sustentará siempre. Y si quereis una instruccion dilatada , que os enseñe á arreglar vuestra vida y pasiones desordenadas , y adornaros de las virtudes con todo lo demas que es necesario para adquirir la perfeccion cristiana , usad de la doctrina que os doy en el Combate Espiritual.



TABLA

DE LOS CAPITULOS DE ESTA OBRA.



CAPITULO PRIMERO. En qué consiste la perfeccion cristiana, y que para adquirirla es necesario pelear y combatir: y de cuatro cosas que se requieren para este combate.	1
Cap. II. De la desconfianza de sí mismo.	12
Cap. III. De la confianza en Dios.	17
Cap. IV. Cómo podremos conocer si obramos con la desconfianza de nosotros mismos, y con la confianza en Dios.	22
Cap. V. Del error de algunas per-	

sonas que tienen á la pusilanimidad por virtud.	24
Cap. VI. De otros avisos importantes para adquirir la desconfianza de sí mismo, y la confianza en Dios.	25
Cap. VII. Del ejercicio y buen uso de las potencias, y primeramente del entendimiento y necesidad que tenemos de guardarlo de la ignorancia y de la curiosidad. .	28
Cap. VIII. De las causas que nos impiden el juzgar rectamente de las cosas, y de la regla que se debe observar para conocerlas bien.	31
Cap. IX. De otro vicio de que debemos guardar al entendimiento para que pueda conocer lo que es útil.	34
Cap. X. Del ejercicio de la voluntad, y del fin á que debemos dirigir todas nuestras acciones, así interiores como exteriores . .	39
Cap. XI. De algunas consideraciones que mueven la voluntad á querer en todas las cosas el agra-	

do de Dios.	47
Cap. XII. Que en el hombre hay muchas voluntades que se hacen continuamente guerra.	49
Cap. XIII. Del modo de combatir la sensualidad, y de los actos que debe hacer la voluntad para adquirir el hábito de las virtudes.	55
Cap. XIV. De lo que se debe hacer cuando la voluntad superior parece vencida de la inferior, y de otros enemigos.	64
Cap. XV. De algunas advertencias importantes para saber en qué modo se ha de pelear, contra qué enemigos se ha de combatir, y con qué virtud pueden ser vencidos.	69
Cap. XVI. Del modo en que el soldado de Cristo debe presentarse al combate por la mañana.	72
Cap. XVII. Del orden que se debe guardar en el combate contra las pasiones y vicios.	77
Cap. XVIII. De qué manera deben reprimirse los movimientos re-	

pentinos de las pasiones.. . . .	78
Cap. XIX. Del modo en que se debe combatir contra el vicio deshonesto.	81
Cap. XX. Del modo de pelear con- tra el vicio de la pereza. . . .	92
Cap. XXI. Cómo debemos gober- nar los sentidos exteriores, y servirnos de ellos para la con- templacion de las cosas divinas.	100
Cap. XXII. Cómo podrán ayudar- nos las cosas sensuales para la meditacion de los misterios de la vida y pasion de Cristo nues- tro Señor.	106
Cap. XXIII. De otros modos de gobernar nuestros sentidos, se- gun las ocasiones que se ofre- cieren.	109
Cap. XXIV. Del modo de gober- nar la lengua.	119
Cap. XXV. Que para combatir bien contra los enemigos debe el soldado de Cristo huir cuanto le fuere posible de las inquietu- des y perturbaciones del cora- zon.	124

- Cap. XXVI. De lo que debemos hacer cuando hemos recibido alguna herida en el Combate Espiritual. 130
- Cap. XXVII. Del orden que guarda el demonio en combatir, así á los que quieren darse á la virtud, como á los que se hallan en la servidumbre del pecado. 134
- Cap. XXVIII. De los artificios que usa el demonio para acabar de perder á los que tiene ya en la servidumbre del pecado.. . . 135
- Cap. XXIX. De las invenciones de que se sirve el demonio para impedir la entera conversion de los que hallándose convencidos del mal estado de su conciencia, desean corregir y reformar su vida, y de dónde nace que los buenos deseos y resoluciones muchas veces no tengan efecto.. . . . 138
- Cap. XXX. Del engaño de algunos que piensan que están en el camino de la perfeccion. . . 142
- Cap. XXXI. Del engaño y de la

- guerra que nos suele hacer el demonio para que dejemos el camino que nos lleva á la virtud. 145
- Cap. XXXII. Del último asalto y engaño con que procura el demonio que las mismas virtudes nos sean ocasiones de ruina. . 152
- Cap. XXXIII. De algunos avisos importantes para mortificar las pasiones y adquirir nuevas virtudes. 165
- Cap. XXXIV. Que las virtudes se han de adquirir poco á poco y por grados, ejercitándonos primero en una virtud y despues en otra. 170
- Cap. XXXV. De los medios para adquirir las virtudes, y cómo debemos servirnos de ellos para aplicarnos á una sola virtud por algun tiempo. 173
- Cap. XXXVI. Que en el ejercicio de la virtud se ha de caminar siempre con continua solicitud. 178
- Cap. XXXVII. Que siendo necesario continuar siempre en el ejercicio de las virtudes, no he-

- mos de huir de las ocasiones que se nos ofrecieren para conseguirlas. 181
- Cap. XXXVIII. Que debemos abrazar con gusto todas las ocasiones que se nos ofrecieren de combatir para adquirir las virtudes, y principalmente aquellas que fueren mas difíciles y penosas. 184
- Cap. XXXIX. Cómo se puede practicar una misma virtud en diversas ocasiones. 189
- Cap. XL. Del tiempo que debemos emplear en adquirir cada virtud, y de las señales de nuestro aprovechamiento. 192
- Cap. XLI. Que no debemos desear con ardor librarnos de los trabajos que sufrimos con paciencia, y á qué modo debemos reglar nuestros deseos. 195
- Cap. XLII. Del modo de defendernos de los artificios del demonio cuando procura engañarnos con devociones indiscretas. 198
- Cap. XLIII. Cuán poderosas sean

en nosotros nuestra mala inclinacion , y la instigacion del demonio , para inducirnos á juzgar temerariamente del prójimo , y del modo de hacerles resistencia.	203
Cap. XLIV. De la oracion.. . . .	208
Cap. XLV. Qué cosa sea oracion mental.	216
Cap. XLVI. De la oracion por via de meditacion.	219
Cap. XLVII. De otro modo de orar por el camino de la meditacion.	222
Cap. XLVIII. De un modo de orar, fundado en la intercesion de María santísima nuestra Señora. . .	223
Cap. XLIX. De algunas consideraciones , para que con fe y seguridad acudamos al patrocinio de la Virgen María.	227
Cap. L. De un modo de meditar y orar por medio de los ángeles y de los bienaventurados.	229
Cap. LI. De diversos sentimientos afectuosos que se pueden sacar de la meditacion de la pasion de Jesucristo.	233
Cap. LII. De los frutos que pode-	

mos sacar de la meditacion de la Cruz, y de la imitacion de las virtudes de Jesucristo. . .	243
Cap. LIII. Del santísimo sacramento de la Eucaristia.	251
Cap. LIV. Del modo de recibir al santísimo sacramento de la Eucaristia.	253
Cap. LV. Cómo debemos prepararnos para la comunión, á fin de escitar en nosotros el amor de Dios.	258
Cap. LVI. De la comunión espiritual.	270
Cap. LVII. Del modo de dar gracias á Dios.	273
Cap. LVIII. Del ofrecimiento.	273
Cap. LIX. De la devocion sensible, y de la sequedad del espíritu.	280
Cap. LX. Del exámen de la conciencia.	290
Cap. LXI. Cómo en este Combate Espiritual debemos perseverar hasta la muerte.	293
Cap. LXII. Del modo de prevenirnos contra los enemigos que nos asaltan á la hora de la	

muerte.	295
Cap. LXIII. De cuatro géneros de tentaciones con que nos asalta el demonio á la hora de la muerte ; y primeramente de la tentacion contra la fe , y del modo de resistirla.	298
Cap. LXIV. De la desesperacion , y cómo podremos defendernos de ella.	300
Cap. LXV. De la tentacion de vanagloria.	303
Cap. LXVI. Del asalto de las ilusiones y falsas apariencias en la hora de la muerte.	304

P A R T E S E G U N D A .

TRATADO PRIMERO.

*Que contiene las Adiciones al Combate
Espiritual.*

- Cap. I. Qué cosa sea la perfeccion cristiana. 307
- Cap. II. Cómo conviene combatir para alcanzar la perfeccion.. . . 308
- Cap. III. De tres cosas que son necesarias al nuevo soldado de Cristo 309
- Cap. IV. De la resistencia y violencia.. . . . 311
- Cap. V. Que conviene velar sobre las pasiones.. . . . 314
- Cap. VI. Cómo quitando la primera pasion , que es el amor de las criaturas, y dándola á Dios, todas las demas pasiones quedan corregidas y ordenadas. . . . 313
- Cap. VII. Que conviene socorrer y ayudar á la voluntad humana.. 318

- Cap. VIII. Cómo venciéndose el mundo viene á quedar socorrida la voluntad del hombre. . . 319
- Cap. IX. Del segundo socorro con que se ha de ayudar la voluntad humana.. . . . 322
- Cap. X. De la tentacion de la soberbia espiritual. 325
- Cap. XI. Del tercer socorro de la voluntad humana. 327
- Cap. XII. Del modo en que ha de habituarse el hombre para tener presente á Dios. . . . 328
- Cap. XIII. De algunos avisos acerca de la oracion. 331
- Cap. XIV. De otro modo de orar. 333
- Cap. XV. Del cuarto socorro de la voluntad humana. 334
- Cap. XVI. De la meditacion del ser de Dios.. . . . 335
- Cap. XVII. De la meditacion del poder de Dios. 336
- Cap. XVIII. De la meditacion de la sabiduría de Dios. 337
- Cap. XIX. De la meditacion de la bondad de Dios. 338
- Cap. XX. De la meditacion de la

belleza de Dios.	339
Cap. XXI. De lo que ha hecho Dios por el hombre, con qué ánimo, y qué mas hiciera si fuese necesario.	340
Cap. XXII. Qué es lo que cada dia hace Dios por el hombre.	341
Cap. XXIII. Cuánta bondad muestra Dios aguardando y tolerando al pecador.	342
Cap. XXIV. Qué hará Dios en la otra vida, no solo con quien bien le ha servido, sino con el pecador convertido.	343
Cap. XXV. Del quinto socorro para la voluntad humana.	346
Cap. XXVI. De qué modo se podrá conocer el amor propio.	347
Cap. XXVII. Del sexto socorro de la voluntad humana.	350
Cap. XXVIII. De la comunión sacramental.	353
Cap. XXIX. De la confesión sacramental.	355
Cap. XXX. Cómo se ha de vencer la pasión deshonestas.	358
Cap. XXXI. De cuántas cosas se	

debe huir para no caer en el vicio deshonesto.	361
Cap. XXXII. Qué es lo que se ha de hacer cuando se ha caído en el vicio deshonesto.	362
Cap. XXXIII. De algunos motivos para que el pecador se convierta presto á Dios.	364
Cap. XXXIV. Del modo de procurar la conversion , y el llanto de la ofensa de Dios.	368
Cap. XXXV. De algunas razones por qué los hombres viven descuidados , sin llorar las ofensas de Dios.	370
Cap. XXXVI. Del amor para con los enemigos.	375
Cap. XXXVII. Del exámen de la conciencia.	378
Cap. XXXVIII. De dos reglas para vivir en paz.	380

TRATADO SEGUNDO.

De la paz interior y verdadera senda del Paraíso.

- Cap. I. Cuál sea la naturaleza del corazon humano , y cómo debe ser gobernado. 383
- Cap. II. Del cuidado que debe tener el alma de pacificarse y adquirir una perfecta tranquilidad. 385
- Cap. III. Que esta habitacion pacífica del corazon se ha de edificar poco á poco. 387
- Cap. IV. Que el alma debe negarse á toda consolacion y contento. 388
- Cap. V. Que el alma debe conservarse sola y desasida para que Dios obre en ella. 392
- Cap. VI. De la prudencia con que se debe amar al prójimo. . . 395
- Cap. VII. Cuán desnuda de amor propio debe presentarse el alma delante de Dios. 399

- Cap. VIII.** De la fe que se debe tener en el santísimo Sacramento, y del modo en que debemos ofrecernos al Señor. . . . 405
- Cap. IX.** Que no se deben buscar delicias, ni cosas que den gusto, sino solamente Dios. . . . 407
- Cap. X.** Que no debe acobardarse el siervo de Dios, aunque sienta en sí repugnancia para esta paz interior. . . . 410
- Cap. XI.** De la diligencia que usa el demonio para turbar esta paz. 413
- Cap. XII.** Que no debe inquietarse el alma por las tentaciones interiores. . . . 418
- Cap. XIII.** Que Dios nos envía estas tentaciones para nuestro bien. 420
- Cap. XIV.** Del remedio que debemos usar para no inquietarnos en nuestras caídas. . . . 427
- Cap. XV.** Que el alma debe quietarse en sus caídas, sin perder el tiempo ni su aprovechamiento espiritual. . . . 432

TRATADO TERCERO.

De los dolores mentales de Jesus.

Proemio.	436
El primer dolor mental de Jesus fué por las almas, que aunque unidas á él, se habian de con- denar.	438
El segundo dolor mental fué por los pecados de todos los escogidos.	444
El tercer dolor mental de Jesus fué por su Madre.	450
El cuarto dolor mental de Jesus fué por su enamorada discípula Magdalena.	453
El quinto dolor mental de Jesus fué por sus amados discípulos y apóstoles.	458
El sexto dolor mental de Jesus fué por la ingratitud del traidor Ju- das.	461
El séptimo dolor mental de Cristo fué por la ingratitud del pueblo judaico.	464

El octavo dolor mental de Jesus
 fué por la ingratitud de todas
 las criaturas. 467

TRATADO CUARTO.

*Del modo de consolar y ayudar á los
 enfermos á bien morir.*

Cap. I. Cuán grande sea la obra
 de ayudar á los enfermos. . . 473

Cap. II. De las consideraciones que
 debemos hacer cuando nos lla-
 man á ayudar á los enfermos. 474

Cap. III. De los medios de que ne-
 cesitamos para ayudar á los
 enfermos. 476

Cap. IV. De los estados diferen-
 tes en que pueden hallarse los
 enfermos.. . . . id.

Cap. V. Del modo de ayudar á
 los del primer estado.. . . 477

Cap. VI. Del modo de ayudar á
 los enfermos del segundo estado. 480

Cap. VII. Del primer retrato de
 las miserias de esta vida , deli-

neado en auxilio de los enfermos del segundo estado.	481
Cap. VIII. Del segundo retrato de la vida miserable del hombre. .	484
Cap. IX. Del tercer retrato de la vida humana.	487
Cap. X. Cómo se han de ayudar á los que padecen tentaciones por morir en la juventud. . .	494
Cap. XI. De la ayuda de aquellos que por hallarse constituidos en dignidades, no quieren morir. .	498
Cap. XII. Del modo de socorrer á los que sienten morir por cau- sa de sus hijos.	500
Cap. XIII. De aquellos que no mue- ren gustosos por causa del te- mor de sus pecados y del juicio de Dios.	504
Cap. XIV. Cómo se ha de tratar con aquellos que no quisieran morir por desear hacer peni- tencia de sus pecados.	507
Cap. XV. De la tentacion de dife- rir la confesion.	508
Cap. XVI. De las principales cau- sas por qué el pecador va dila-	

tando la confesion.	513
Cap. XVII. De la segunda causa.	515
Cap. XVIII. De la tercera causa.	521
Cap. XIX. De la cuarta causa. .	523
Cap. XX. De dos medios univer- sales para inducir al enfermo á morir gustoso.	527
Cap. XXI. Del tercer estado de los enfermos.	529
Cap. XXII. De lo que el enfermo debe hacer con el médico. . .	530
Cap. XXIII. Cómo deben portarse los enfermos con quien los go- bierna.	532
Cap. XXIV. Cómo debe portarse el enfermo con su enfermedad. .	534
Cap. XXV. Del modo de escitar al enfermo á la paciencia. . . .	537
Cap. XXVI. Cómo ha de portarse el enfermo con Dios.	541
Cap. XXVII. Del modo de servir- se de todas las ocasiones que ocurren, para que el enfermo esté siempre unido con Dios. .	546
Cap. XXVIII. Qué se debe decir cuando se toma el Crucifijo en la mano.	556

- Cap. XXIX. Del modo de armar al enfermo para la batalla con el enemigo. 559
- Cap. XXX. Del modo de armarse para vencer las tentaciones contra la fe. 561
- Cap. XXXI. De la protestacion de la fe. 563
- Cap. XXXII. Del combate contra la esperanza, y de sus deseos. 563
- Cap. XXXIII. Del tercer asalto, y del modo de rebatir los enemigos. 568
- Cap. XXXIV. De algunas advertencias para el último paso de la muerte. 570
- Cap. XXXV. Lo que se debe decir cuando al enfermo se le da el Viático. 573
- Cap. XXXVI. Del cuarto estado de los enfermos. 574
- Cap. XXXVII. Qué se debe hacer despues que el enfermo haya muerto. 579
- Cap. XXXVIII. Del quinto y último estado de los enfermos. . . 582

EN DICHA LIBRERIA DE PIFERRER SE
HALLAN LAS OBRAS SIGUIENTES.

El alma al pie del calvario considerando los tormentos de Jesucristo, y hallando al pie de la cruz el consuelo de sus penas. 2 tom. 8.

El alma victoriosa de la pasion dominante, por medio del examen particular de la conciencia. 1 vol. 8. con láminas finas.

Desengaños místicos á las almas detenidas ó engañadas en el camino de la perfeccion. 1 vol. 4.

Mística fundamental de Cristo Señor nuestro. Barcelona 1 vol. 4.

Gemidos de la Madre de Dios. 1 vol. 8. con láminas.

Ejercicios de S. Ignacio de Loyola, por Salazar 1 tom. 16 mayor.

Cristiano en la Semana Santa. 1 tom. 12 con láminas.

Confesiones de S. Agustín, 2 tom. 8.

El Espíritu de S. Francisco de Sales, 2 tom. 8. con dos láminas.

El Hombre Feliz por el P. Almeida, 2 tom. 8 con láminas finas.

Oficio de la Semana Santa segun el Misal y Breviario romano. 1 tom. 16 m.

PERRONE: *Sobre el misterio de la Concepcion Inmaculada de la Virgen María*. 1 tom. 4

Sentimientos de una alma á Dios, 1 tom. 8 con una lámina.

Verdades eternas por el P. Rosinoli. 1 tom. 8.

Vida de Sta. Genoveva princesa de Brabante, nueva edicion con una lámina 1 tom. 8.

Vida de Sta. Filomena. 1 tom. 8.

Exámen de las que quieren ser monjas, y utilísimo á las que lo son, por Cordorniu. 1 vol. 8.

Discursos espirituales, sobre los asuntos mas importantes para la vida cristiana, por Croiset. 2 vol. 8.

Meditaciones para el santo sacrificio de la misa. 1 tom. 32.

Manual de ejercicios espirituales para

tener oracion mental, por Villacastin.
1 vol. 12.

Soliloquios divinos, por Villegas. 1 v. 12.

Delicias de la religion cristiana ó el poder del Evangelio, por Lamourete. 1 tom. 8.

La dulce y santa Muerte, por Crassét.
1 tom. 8.

Tratado de la confianza en la misericordia de Dios, por Languet. 1 v. 8.

Prontuario de la teología moral, corregido é ilustrado por Santos y Grosin.
1 tom. 4.

Lasala y Locela: catecismo mayor de la doctrina cristiana. 1 vol. en fol.

Alegría del alma cristiana, por Lombez.
1 vol. 8.

A mas de las obras espresadas, se hallará un gran surtido de libros de devocion, de ciencias, artes y agricultura; diccionarios y gramáticas; historias, novelas, etc.